

Cuentos
De Navidad



WARNING!



YAOI Boys Love +18
Cont. homoerótico

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

El contenido de los relatos en esta antología podría no ser aptos para menores de 18 años, podrían contener escenas de sexo explícito.

"Yaoi es un término que denota la representación artística, erótica o romántica de relaciones de amor homosexual entre dos varones."

Si este tipo de temática homoerótica no es de su agrado, se sugiere no continuar con su lectura.



Indice

Copos de Esperanza	
Celeste G.	4
El Amigo Secreto	
Aurora Blue.....	40
Una Sonrisa Para Navidad	
Milagro Gabriel Evans	61
Regalo de Navidad	
Naomi Colmenares.....	89
Un Regalo de Navidad para Andrés	
Saga Zuster.....	105
25 Centímetros para Navidad	
Yukima Reyes	125
Amor, Pintball y Otras Cosas Sin Importancia	
Hermanos Pin	147
Un Cabrón para Navidad	
Galleta Shirahime	177
Una Navidad Agridulce	
Kougami Haruka	205
Cada Momento	
Daniel Richards	222
Un Poco de Fe	
Elygweasley.....	241

Celeste G.



Copos
De Esperanza



Les deseo a todos unas felices fiestas, una dulce navidad y un próspero año nuevo.

Para aquellos que tengan momentos duros en estas fiestas, siempre hay alguien ahí esperando por darles una razón para luchar, quien mejor que por ustedes mismo y por aquellos que los queremos.

Celeste G.

Resumen

Los suaves copos de nieve caían lentamente, como una lluvia de hojas secas en el otoño, solo que de color blanco y con el sentimiento de paz y pureza, que solo la nieve puede traer. Así como la melancolía y la esperanza para otros, la esperanza de no estar solos otra navidad.

Mathew Collins está solo nuevamente esa navidad, sus cansados ojos miran con tristeza como los niños juegan con sus padres y ríen mientras suben al regazo de santa. El recuerdo de sus padres fallecidos y de su pequeña hermana regresa a él en esos días, cuando la navidad une a las familias y él no tiene una con la cual celebrar. Dedicado a su sastrería no espera volver a tener esa alegría que ha perdido.

Brian Grey tiene una gran familia con una cantidad extensa de familiares que vienen a visitarle esa y todas las navidades, pero siempre siente que algo le hace falta para estar completo. Ver a las parejas unidas y felices, le hace darse cuenta cuando desea tener a alguien para esas fiestas, alguien a quien sostener cuando las cosas se vuelvan sentimentales o cuando es consciente del mundo que le rodea. Entonces, acompañando a su madre en sus locas compras de última hora, lo encuentra.

Él alto y elegante costurero no es exactamente lo que esperaba. Brian está encantado con su melancolía palpable y su sonrisa ligera. Matt no creía encontrar una persona para llenar aquel vacío que dejó su familia, entonces ellos se dan cuenta que esa noche buena pueden no estar solos.

¿Caerán pequeños copos de esperanza para Brian y Matt?



Copos de Esperanza

Su mirada estaba fija en el escaparate que estaba arreglando. Tratando de ignorar el bullicio y las risas en el centro comercial, pero siempre, su mente traicionera le traía aquellos días cuando él era uno más de esos chicos al lado de sus padres. Cuando él era otro que sonreía y bromeaba alrededor, tratando de hacer problemas o simplemente hacer sonreír a su padre o hacer enojar a su hermana y madre. Cuando ser el hermano mayor era una divertida molestia y ser el hijo mayor era un papel importante.

Negó para sí mismo, no era momento de ponerse sensible sobre algo que no podía remediar, sobre algo que no tenía poder alguno. Cerró con seguro las puertas del escaparate y con una triste sonrisa vio los tres maniqués que había vestido con sus nuevos abrigos. Eran elegantes aunque más que nada cálidos para esos días de blanca navidad, fría navidad. Miró como poco a poco, mujeres en grupos y otras con sus maridos se acercaban a ver su última creación. Él no era exactamente un famoso diseñador, pero su pequeña sastrería siempre tenía nuevos abrigos diseñados para esas épocas. Matt se encargaba de hacerlos durante el año para que cuando las fiestas llegasen él tuviera suficientes tamaños y diseños novedosos para sus clientes usuales y para los nuevos.

Con pasos cansados caminó entre cada escaparate, asegurándose que cada prenda estuviera a punto. Él no era famoso, pero no significaba que permitiera que sus costuras fueran de mala calidad o que alguien se quejase de un botón suelto. Nunca lo permitiría. Seguro que su madre vendría a patearle el trasero si él ponía en mal su adorada tienda.

Sonrió al ver a las tres mujeres que se movían de un lado a otro. El centro comercial recién había abierto pero ya había gente juntándose en su puerta esperando a que ellos abrieran. Sus tres vendedoras se movían de un lado a otro, acomodando los adornos navideños y preparando el chocolate para los que

esperarían por sus modelos en ese mismo momento. Otra detrás de la caja, contando el dinero de entrada mientras una de ellas –la más detallista y su mejor amiga-, se movía al estéreo y colocaba los villancicos, claro solo las melodías. Jess era consciente de que él no era exactamente muy festivo, pero cuando se trataba de la navidad, bueno, él no era exactamente el Grinch pero no era exactamente muy feliz. Con veinticuatro años, él tenía mucha tristeza en su vida y su mejor amiga lo entendía aunque no lo apoyaba exactamente sobre deprimirse. Por eso las tres tenían festivos gorros hechos de retazos, que él había sido obligado a hacer, así como cada adorno, que era la forma de Jess de presionarlo, aunque no duramente.

Suspiró profundamente cuando vio que todo estaba listo. Le dio una larga mirada a su pequeña tienda “*Trozo de esperanza*”. La tienda que una vez había sido de su madre y que después de su fatal accidente, tenía cinco años siendo de él. Los tonos café estaban por todas partes, suavizados por las cortinas azul real en los probadores y en el espacio que daba hacía la parte trasera donde él tenía su taller, del mismo color los cojines repartidos por toda la tienda para las personas que esperaban por sus diseños o que acompañaban a algún amigo en el probador.

Aplaudió un par de veces atrayendo la atención de su trió de emocionadas damas. Dos pares de ojos miel le vieron atentamente y los ojos verdes llenos de cariño de Jess.

—De acuerdo chicas, mañana es veinticuatro, por lo que esté día será pesado. Hoy los más prudentes harán sus compras pero es para mañana que debemos tener todo listo. —sonrió al ver a las dos rubias suspirar y a Jess rodar sus ojos mientras acomodaba su cabello rojizo a un lado. Sonrió ligeramente. —Sé que pueden encargarse, solo quiero que estemos preparados para todo y que nada se salga de nuestras manos, este año somos más conocidos gracias a la página que Natalie nos hizo. —La rubia detrás de la caja alzó un pulgar mientras sonreía ampliamente. Matt le guiño un ojo y volvió al tema. —Así que hay más pedidos de lo normal, las demás vendrán después, nos quedamos hasta tarde terminando un par de trajes pero yo estaré listo para ceñir los trajes que sean necesarios, no duden en preguntar y apóyense entre ustedes. Yo estoy justamente atrás. — Agregó amablemente sin tratar de parecer que estaba asfixiándolas o que no confiaba en sus habilidades.

Confiaba en ellas, pero él era el jefe y debía darles su apoyo sin dudar. El recordárselos era la forma de decirles “yo te apoyo”, sabiendo de que eran capaces pero que él estaba justamente atrás para atraparles.

Todas asintieron haciéndolo tener el viejo recuerdo de cuando su mamá se encargaba de esa platica, cuando era ella la que decía que estaría justo atrás para cubrir la espalda de cada chica y de su hijo. Había pasado tiempo desde aquello pero él seguía sintiéndose como si le faltase una parte importante de su vida. Como que cada veinticuatro él pensase en esa fatal noche y en cuanto le arrebató aquel conductor ebrio.

Las tres aplaudieron alegremente mientras sonreía sacándolo a la fuerza de sus turbias cavilaciones. Jess pasó a su lado y palmeó su mejilla después de darle un beso. —Vamos a hacerlo, jefe.

Asintió sintiéndose algo animado pero no del todo, algo faltaba pero no iba a resolverlo en ese momento y probablemente nunca si las cosas seguían como hasta ahora. Estaba soltero, sin pareja y sin diversiones fuera del negocio. Caminó hacía su taller pasando la cortina. Las voces alegres dieron la bienvenida mientras las puertas eran abiertas y la campana avisaba a cada nuevo cliente, el murmullo de las voces admiradas y las preguntas comenzaron. Se sentó tras su máquina y empezó a hilar la aguja, sería un largo día y no tendría tiempo para pensar mucho menos para recordar. Así era mejor.



Las cajas pesaban y el tratar de seguirle el paso a su madre era demasiado entre tanta gente. Bufó cuando la pequeña mujer giro una vez más por el mismo lugar, hasta que se detuvo de golpe y estuvo cerca de empujarla con las cajas.

Entonces gruñó apenas esquivándola. —¡Mamá! —Los ojos avellanados se volvieron hacía él con toda calma.

—¿Qué pasa cariño? —su tono suave y dulce se acentuaba con su baja estatura y su cabello marrón en moño. El abrigo café y la ropa en tonos azul y rosa eran solo algo más que hacía que su madre resaltase con su supuesta ingenuidad.

Pero él la conocía mejor y ella, aunque la amaba, era una mujer de fuerte carácter y de lengua rápida, claro, cuando era necesario. Algunas veces él disfrutaba ver como ponía a sus hermanos en su lugar, luego para él mismo ser reprendido por burlarse de estos. No tenían cinco años de edad, pero ella siempre los hacía parecer de esa edad, con veinte y tres años, él podía decir que disfrutaba de ello, casi siempre.

Acomodó el peso, sus brazos estaban tensos. —¿A dónde se supone que tratas de ir? —preguntó exasperado.

Una sola ceja se alzó, lo que lo hizo rodar los ojos. Finalmente ella suspiró y lo miró con los ojos entrecerrados. —Brian, te ofreciste a acompañarme así que no te quejes. —Miró alrededor con su ceño fruncido, finalmente sonrió iluminadamente cuando encontró lo que fuera que estuviera buscando, sus ojos le miraron con alegría. —¡Ahí está! Finalmente, creí que se había movido pero bueno... la última vez fue Penélope la que me trajo y ella da vueltas por todas partes...

Él siguió a la pequeña mujer sin escuchar mucho de lo que ella estaba diciendo, no porque estaba cansado de estar desde las cinco de la mañana comprando en el mercado lo que ella quería para la cena de noche buena, no como si no lo estuviera, sino porque él era consciente de su hermana mayor era un dolor de cabeza y no había persona más allá de su esposo quien realmente la entendía, ella era un torbellino imparable. Su hermana se movía por todas partes, como una pelota sin dirección, hasta que de alguna manera, llegaba a su destino. Y, aunque su madre se estaba quejando en ese momento, él sabía que ella era ciertas veces de la misma manera, ¿de dónde más podía sacarlo Penny?

Su madre era muchas veces un torbellino imparable al que había que seguir a toda prisa o puedes perderle la pista.

Él estaba feliz de haber sacado la orientación y la serenidad del lado de su padre. Su tranquilo, relajado y calmado padre podía lidiar con una esposa inquieta, cuatro hijas y tres hijos, y pese a ello, siempre estar listo con una sonrisa y una taza de café. Brian sonrió al pensar en su amable padre y en su dulce madre imparable, ellos eran los más amorosos y comprensibles padres, cuando Brian había

declarado a los doce años que le gustaban los chicos, la única platica que habían tenido era sobre el uso de los preservativos y como él debía tener cuidado a quien decirle sobre dichas preferencias para no salir lastimado mientras estudiaba en una escuela pública donde podía fácilmente ser lastimado.

Ahora bien, al ser de los tres hijos él único gay, se suponía que debía ser una excelente compañía para las compras de su madre. Excepto que Brian prefería mil veces estar en casa comiendo sobras de la cena frente al televisor a tener que estar comprando los cientos de regalos para su inmensa familia que venía por las fiestas.

Se detuvo cuando llegaron frente a una pequeña tienda. Una vidriera mostraba tres diferentes conjuntos de abrigos y las luces navideñas alrededor de este hacían que los colores terrosos resaltasen, así como los tonos azules de las bufandas. Hizo una mueca. No estaba muy feliz de seguir a su madre a una sastrería, cuando era claramente un desperdicio de gay para sus hermanas cuando tenía pésimo estilo de la moda y aunque él les dijera que era de tontos el creer en las tonterías de todos los hombres gay siendo buenos para la ropa y adornos. Era un tonto estereotipo, pero no era como sí pudiera salvarse de ser compañía de su madre. Así que iba a seguir a su madre, así tal vez podría comprarle un buen regalo a su padre, pues era su santa secreto y tenía que darle algo muy bueno si quería superar a la billetera de piel que su madre había comprado.

Pero no significaba que fuera a ser una marioneta para que su madre probase cada traje en él. La detuvo antes de que entrase al pequeño local. —Mamá, voy a ayudarte a elegir, pero nada de ser el modelo, si quieres comprarle algo a Evan y Erick, lo mejor es que los traigas. —Estaba harto de ser usado como muñeco para medir la ropa de sus hermanos.

Ella rodó sus ojos pero suspiró finalmente al ver que él no la seguiría dentro si ella no lo prometía. —Está bien, Bebé. Pero debes de saber que el próximo año serán los gemelos los que me ayuden con las compras. —Era casi como una amenaza, sabiendo como de malhumorada su madre se ponía cuando estaba con sus dos hermanos mayores, pero él prefería quedarse en casa y escuchar a su madre quejarse cuando regresase de lo que fuera que sus hermanos hicieran a tener que ir con ella. —Andando, tengo dos abrigos que comprar y corbatas y tal vez un par de sacos...

La lista seguía y seguía, pero todo eso quedó en el fondo de su mente cuando la campana sonó avisando su llegada. Sus ojos vagaron sobre la madera reluciente que brillaba gracias a las suaves luces multicolores. Los tonos terrosos combinados con un azul profundo lo hacían sentirse extrañamente confortado, miró alrededor notando las paredes llenas de diferentes trajes así como rollos de tela, corbatas, muñecas de trapo, bolsos y otro sin fin de costuras. Su madre bullía alrededor mientras que él disfrutaba de ese curioso lugar, tan masculino y calmado, mientras que solo habían mujeres despachando.

Parpadeó sorprendido cuando un suave toque a su lado lo hizo volver de su sorpresa. Giró su rostro hacía un lado donde una pequeña mujer de cabellos rojos y ojos verdes le miraba, su rizado cabello suelto hacía resaltar el gorro de santa que estaba hecho de retazos muy bonitos y era particularmente interesante ya que habían retazos de cuadros y líneas que hacían que el gorro resaltase. Solo se notaba que era un gorro de navidad por el copo de algodón en la punta que colgaba a un lado.

Ella sonrió. —Buen día, soy Jess ¿tiene algún modelo que desee ver o probarse?

Brian acomodó las cajas entre sus brazos para poder mirar alrededor con algo de incertidumbre, no era bueno comprando ropa pero en ese lugar parecía como si no pudiera equivocarse a elegir un abrigo o incluso un par de bufandas, tenía más de dos años con el sudadero que traía en ese momento y su madre había amenazado con llegar a su apartamento y quemarlo. Así como toda la ropa fea que ella no estaba feliz de verlo usando, incluso sus hermanas habían amenazado con llevarlo a comprar ropa nueva, porque odiaban sus sudaderos y chaquetas de colores llamativos.

Aunque él no miraba nada malo en su chaqueta o en sus zapatillas de deporte, pero lo cierto es que entendía que necesitaba cierta ayuda. No de sus hermanas, pero tal vez en ese lugar él podía encontrar algo de ropa más formal. Se suponía que con veintitrés años él debería vestir un poco mejor.

Asintió. —Quisiera ver un par de gabardinas, unas bufandas y tal vez... ¿un gorro? —dijo con algo de incertidumbre haciendo que ella riera cortésmente. Ella era muy linda y aunque a él no le iban las mujeres podía decir cuando una mujer era claramente admirable.

Ella lo era.

Aunque un par de minutos después no estaba muy feliz con Jess, no mientras que había dicho que no quería ser un maniquí de su madre y terminó con un grupo de mujeres mayores al lado de su madre esperando por que saliera del cambiador con un nuevo conjunto que su madre le obligaría a comprar porque según ella y su grupo de amigas, él se miraba totalmente “comestible” no importaba lo mucho que él tratase de decir que no le gustaban las mujeres, ellas seguían pasando sus manos por su trasero o pellizcando las mejillas de este.

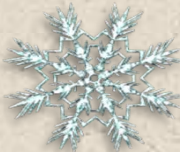
Se miró en el espejo antes de salir. Su cabello negro resaltaba con esa nueva gabardina. El color azul real con los pequeños detalles en marrón, era especialmente cómoda y cálida, podía acomodar sus manos dentro de los escondidos bolsillos a los lados y aun así se miraba bien. Sus propios ojos resaltaban con cierta alegría y lo cierto es que cuando colocó sobre sus descuidados cabellos el gorro de lana tejido a mano, él estaba sorprendido. Casi parecía otra persona y los pantalones de mezclilla marrones y la camisa de lana verde oscura, todo hacía que se sintiera ciertamente como alguien de su edad.

Alguien que podía ser volteado a ver en la calle e incluso, podía tener un apuesto novio como pareja.

Bufó, solo porque tuviera bonita ropa no significaba que estuviera buscando a alguien. Él era claro en pensar que el momento en el que se enamorase nunca iba a llegar y lo mejor era salir y sonreír mientras las mujeres se derretía haciéndolo sonrojar y tocando lo que seguramente nadie iba a tocar.

Era deprimente, pero estaba seguro de que siempre iba a estar solo, bien podía disfrutar de los toques de las mujeres mayores. Nop, mejor era apresurarse y terminar eso antes de ser vendido o peor, violado por una de ellas.

Se rió por sus pensamientos mientras salía al escándalo de las mujeres.



Matt alzó la vista y se quitó los audífonos cuando el escándalo llegó a sus oídos pese a lo alto que tenía el jazz. Se quitó las gafas de aumento y movió su cuello de un lado a otro, luego miró al fondo del taller donde sus tres costureros estaban haciendo últimos ajustes para un envío de última hora, parpadeó un par de veces tratando de enfocar pero era inútil sus ojos no servían desde hace mucho tiempo por lo que sacó el otro par de lentes, los de su uso normal y los vio mejor. Todos ellos con sus propios audífonos, dos mujeres mayores que habían trabajado desde siempre en *Trozos* y su nuevo costurero, Adam, quien tenía un año trabajando con ellos. Su madre habría estado entusiasta de ver a un joven de diecinueve años tan entusiasta con mejorar su costura y aunque Adam tenía una niña pequeña a la que mantener, el joven era muy alegre sobre el hecho de poder cocer cosas para su pequeña niña así como aprender de las dos matriarcas, todo sobre costuras y trenzado de cabello.

Las risas y silbidos hicieron que reaccionase. Acomodó las gafas de aumento sobre su cabello y caminó estirándose, se asomó a la cortina y frunció el ceño al ver que solo Natalia estaba en su puesto y que había un tumulto al lado de los vestidores. Salió y la interrogó con la mirada cuando ella giró su rostro hacía él pero esta solo negó y se rió señalándole con un movimiento de cabeza hacía el grupo reunido en los vestidores y volvía a los apuntes en el cuaderno de ventas.

Intrigado caminó hacía donde estaba un grupo de unas diez o más mujeres, Sarah y Jess entre ellas, riendo y silbando mientras frente a todas ellas estaba un hombre sonrojado. Matt miró alrededor notando a los hombres, seguramente los esposos de algunas de las mujeres, moviéndose entre los escaparates y eligiendo cosas, dándoles miradas divertidas a donde estaba el grupo de mujeres. Matt se abrió paso entre las mujeres, sonriendo cuando ellas lo reconocían y le saludaban. Llegó al lado de Jess y Sarah para ver al hombre que modelaba uno de sus abrigos preferidos, uno de los estilos que su madre había confeccionado para su cumpleaños número dieciocho.

Un verde musgo con costuras en color rojo tinto en zigzag, que era una de sus costuras favoritas, los pequeños detalles en color amarillo y botones café un poco más claro haciendo resaltar la misma tela, las mangas se ceñían perfectamente a los fuertes brazos y la ligera curva del abrigo hacía que se apretase su cintura. Recorrió con sus ojos los pantalones de vestir de línea recta color negro y la camisa blanca que llevaba abajo así como el sombrero sobre los cabellos negros. Repentinamente sus ojos se encontraron con los del hombre haciéndole sentirse ligeramente sonrojado por estar ser consciente de como este hombre se miraba impresionante con la ropa que él mismo había hecho y cuantas mariposas

empezaban a rondar por su estómago cuando una sonrisa y un guiño hacía él hizo a las mujeres reír y aplaudir, cuando él hombre lo miraba a él.

Jess lo codeó. —Creo que navidad de ha adelantado mi amigo, ese chico está mirándote muy intensamente para ser una simple casualidad. —murmuró riendo entre dientes.

Matt aclaró su voz, viendo como una de las mujeres se acercaba al modelo y movía ciertas partes de la ropa acomodándola, la acción le trajo el recuerdo de su madre, mientras que el más musculoso hombre de mandíbula cincelada con una ligera barba de candado rodaba los ojos como un niño pequeño.

—No digas tonterías. —le replicó pero cuando los oscuros ojos se posaron en él solo pudo escabullirse entre las mujeres sintiéndose torpe por estar sintiéndose sonrojado por un total extraño que parecía estar coqueteando con él.

Tras un par de palabras de la madre del hombre finalmente las mujeres empezaron a seguir a sus maridos y a seguir con las compras mientras que él huía segundos antes de quedarse frente al hombre impresionante que usaba la ropa confeccionada por él. Un momento después trataba de prestar atención a las medidas que estaba tomando para ajustar un par de pantalones en un hombre mayor cuando el apuesto hombre al lado de su madre se acercaron a la caja con lo que parecía todo un guardarropas.

Natalia se movía tomando los precios de cada pieza mientras que Matt trataba inútilmente se no mirar como los oscuros ojos miel estaba enganchados en él sin una clase de pudor o vergüenza, haciéndolo sentirse consciente del interés que el otro tenía por él. Cuando finalmente terminó con las medidas y el hombre mayor fue al vestidor a quitarse los pantalones para que él pudiera ajustarlos, se giró para encontrarse cara a cara con el hombre de los vestidos.

Dio un pequeño saltó, pero se contuvo lo suficiente para no apoyar sus manos en el fuerte pecho en una de las camisas que había hecho a mano.

Una ligera sonrisa tiro de los carnosos labios cuando vio la sorpresa que su aparición causo en él.

—Lo siento, no pretendía asustarte. —el tono bromista no le pasó desapercibido, pero trato de ser profesional mientras le miraba a los ojos. Él unos cinco o más

centímetros más alto pero mientras que él era delgado y algo escuálido, él hombre tenía más cuerpo, con músculos que ceñían la ropa y lo hacían verse atractivo.

Aclaró su voz. —No se preocupe, ¿puedo ayudarle? —preguntó en lo que esperaba fuera un tono calmado y sereno, una sonrisa coqueta tiro de los labios del apuesto hombre, haciendo que se sintiera algo nervioso de estar en la misma habitación de ese alegre hombre.

Un brillo travieso hizo que sus ojos parecieran increíblemente más atractivos, un oscuro color miel o whisky que podía fácilmente perder a cualquiera. —Estaba esperando que pudieras tallar mis pantalones, mi madre ha insistido en que necesito tallarlos todos o voy a terminar dejándolos de usar. —la lasciva mirada le recorrió nuevamente haciéndole sentir incómodo. —Además, ganó yo al ser atendido por tan apuesto sastre.

Matt asintió sin decir nada, dando un paso al lado para que este pudiera subir el pequeño escalón frente al espejo para poder tallarle los pantalones. El apuesto hombre le guiño un ojo, pero Matt solo sonrió, no sabía porque este estaba coqueteando con él. Lo cierto es que después de tanto tiempo solo no creía ser material para novio o pareja, negó para sí mismo. Lo mejor era concentrarse en el trabajo, no ganaría nada poniéndose nervioso por algo que bien podía ser su imaginación.



Hablando de eso de “no digas nunca, porque pasará”, estaba frente a uno de los hombres más impresionantes que tuviera el placer de ver. No solo por su recortado cabello rubio o sus impresionantes ojos hielo. No. Más bien por la mirada entristecida y su sonrisa ligera mientras aceptaba sin dar comentario sobre los halagos que Brian le deja caer mientras le ceñía los pantalones. Hablando del mejor lugar para conocer a alguien. Jess, una de las vendedoras y la primera en atenderle, le había dicho que el hombre de ojos tristes era el dueño de la tienda y el principal costurero. Así como había hecho ligeros comentarios sobre su jefe.

Brian no iba a admitir que estuvo complacido cuando ella le dijo que no tenía novio en ese momento, aclarando que sus coqueteos podían ser bien recibidos. Estaba feliz de saber que esa puerta no estaba cerrada para él y que podía bien intentar conquistar al costurero.

Mientras los dedos se movían sobre su cuerpo él estaba haciendo un esfuerzo monumental por mantener su libido tranquila, no iba a conquistar a nadie con una erección. Eso pasaba cuando tenía más de cinco meses sin tener una relación seria y como no estaba interesado en rollos de una noche, ahora mientras los delgados y elegantes dedos pasaban alisando la tela, él solo podía pensar en cómo su madre estaba hablando alegremente con la despachadora a unos cuantos pasos para no tener una vergonzosa erección en medio de la tienda.

Alzó la mirada al espejo, viendo como el hombre –Matt, otro pequeño dato regalado por la chica pelirroja-, acomodaba los alfileres de forma eficiente, sus ojos serios y pese a tener un metro de tela rosa en su cuello el chaleco azul sobre la camisa de blanca de cuello y sus pantalones de tela color negro, hacían que su figura delgada resaltase. Él se miraba impresionante, más allá del estilo profesional para alguien que no tenía que ser mucho mayor que él, se miraba como un hombre que tenía su vida calculada.

En cierta forma se sentía algo más tímido de lo normal, no es que no supiera coquetear o hacer a un chico sonrojarse, sino que no estaba seguro de ser el tipo de chico que podía gustarle al costurero. No solo porque este se miraba tan brutalmente serio, sino porque no creía ser tan especial como para llamar su atención.

No, él solo estaba demasiado nervioso. No iba a comenzar ahora con sus pensamientos negativos, sus hermanas decían que su último novio lo había dejado sintiéndose menos, claro, la ruptura había sido fea, pero no quería creer que Paul había de alguna manera bajado su autoestima por culparlo de ser muy meloso. Nunca había pensado que cuidar, mimar y querer estar todo el tiempo con la persona que tenía una relación era malo, pero lo cierto es que Paul lo hizo sentir que estaba persiguiéndolo, cuando solo había querido compartir su vida con su pareja.

Tal vez sus hermanas tenían razón y debería dejar que ellas fueran y le dieran una paliza. La idea de su hermana mayor junto a sus tres hermanas menores dándole una paliza al capitán del equipo de rugby de la universidad era de cierta manera

divertida, pero no iba a ponerlas en esa posición, se suponía que él debería de haberlo superado ya para ese momento.

Además, tendría mucho en la cabeza para olvidar esos tristes pensamientos. Primero, era navidad y pronto tendrían la casa de cabeza pues en pocas horas ese mismo día estarían llegando sus abuelos maternos con tres de sus tíos, así como pronto tendría a sus abuelos paternos llegando con sus cinco tíos y primos. Segundo: Todos llegarían a su casa para las fiestas, su padre al ser el hijo mayor tenía ese derecho y su madre, bueno, nadie podía decir que sus fiestas no eran esperadas por toda la familia. Su madre se había pasado una semana cocinando para tenerlo todo preparado, así como sus hermanas habían decorado y arreglado todas las habitaciones de la casa para la gran familia que vendría de visita.

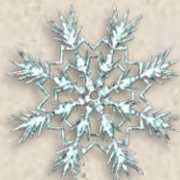
Suspiró. Sería una gran fiesta de eso no había duda, pero también sabía que iba a ser interrogado y empujado por ambas partes, todos querían verle saliendo con alguien y él adoraba a su enorme familia por aceptar sus preferencias e instarlo a conseguir alguien para él. Todos querían verlo feliz, en una relación, mientras que él no había estado seguro de tener las fuerzas para volver a saltar al mar y pescar, por mucho que estos lo presionasen, incluso se sentía peor.

Aunque ahora, mientras miraba al elegante hombre colocar los alfileres en las costuras de sus pantalones con sus dientes mordiendo su labio inferior y sus ojos concentrados en su tarea. Bueno, tal vez hubiera una oportunidad para él.

Solo tenía que tener el valor y zambullirse a por ella. No estaba seguro de poder vivir con el rechazo, pero tenía que intentarlo, tenía tiempo sin sentir las mariposas rondar por su estómago o tener las manos húmedas por la emoción de poder hablar y coquetear.

Así que sonrió, con todo el encanto que su madre aseguraba podía conquistar a medio mundo si así lo desease. —Me preguntaba... —Los profundos ojos azules hielo se volvieron hacia él y tenía que decirlo, el tenerlo a sus pies, con sus labios rojos por morderlos y su mirada desolada. Joder, él solo podía pensar en las muchas cosas malas que estaría haciendo con ese elegante hombre al tenerlo de la misma manera, pero con otras circunstancias. —¿Tienes un descanso? Me gustaría invitarte a tomar una taza de chocolate y tal vez un pastelillo. Tengo tiempo sin comer algo dulce y estaría muy feliz de tener una, incluso, más dulce compañía conmigo.

La mirada seria se fijó en él, las mejillas se sonrojaron ligeramente haciendo ver al hombre inclusive más adorable. Brian estaba perdido al verle sonrojarse y en su sorprendente sonrisa. Ahora él podía sentirse feliz consigo mismo, no importaba que el hombre se negase, él lo volvería intentar, porque esa sonrisa era exactamente lo que estaba buscando en una pareja.



Matt acomodó un nuevo alfiler, sin poder evitar sentir los ojos que estaban prendidos en su cabeza mientras trataba de encontrar una forma de responderle. Él no tenía citas, no era material de novio, pareja o amante; él no era el adecuado para tan apuesto hombre. Estaba demasiado dañado. Sin embargo, el hecho de que este le pidiera salir, bueno, no se lo había esperado y no estaba seguro de cómo responder. Claro que él tenía un descanso, incluso se tomaba como hora y media para ir alrededor del centro comercial y comprar uno que otro objeto que regalaría a sus amistades luego.

Tragó con fuerza, sabiendo que no podía decir que sí, pero que no deseaba decir no. Así que en su vez dijo algo intermedio. —¿Porque? —preguntó alzando la mirada. Se encontró con los oscuros ojos, que le miraban con cierto encanto. Matt tenía tiempo sin ser visto de esa manera, había lujuria así como puro interés, de ese que sientes cuando encuentras a una persona con la que podrías ver una vida juntos.

Era absurdo, pero él podía ver que ese hombre podía ser especial, porque una persona que sonreía amablemente todo el tiempo, debía serlo. Su pura sonrisa y sus coquetos ojos oscuros, tenía algo que le decía que él podía tener una sonrisa en su vida nuevamente, que tal vez su momento para ser feliz había llegado.

No estaba del todo seguro de que fuera una buena idea, también.

Este le guiñó un ojo. —¡Vamos! Creo que es evidente el porqué, no todos los días tienes la suerte de encontrarte con un apuesto sastre que no te dé un puñetazo

por decir que tiene unos bellos ojos o qué; su sonrisa puede iluminar toda una calle. —De nuevo lo deslumbró con su amplia sonrisa con hoyuelos. Matt estaba seguro de que éste era al menos un par de años menor. Nadie mayor podía tener una sonrisa tan inocente, pero de nuevo, este era un hombre que había llegado a su tienda acompañado de su madre. —Sin mencionar que encuentro que eres muy apuesto y tienes algo que... no tengo idea que será, pero quiero llegar a conocerlo profundamente.

Su tono sugerente hizo que sus mejillas se sonrojasen, estaba seguro de que estaban teñidas de rojo escarlata por la vergüenza y descaro del hombre frente a él. El hecho de que este no estuviera sonrojado o que incluso lo viera con alegría, no ayudaba, al contrario, lo hacía sentir demasiado viejo. Lo cual no era, pero la vida algunas veces lo hacía sentir mucho mayor, así como el peso sobre sus hombros o los pensamientos tristes que siempre rondaban a su alrededor. No estaba muy seguro de poder superar en algún momento sus pérdidas, pero deseaba tanto ser contagiado por un poco de esa luz que ese hombre estaba regalando con una de sus sonrisas.

Suspiró. —No estoy seguro de que sea una buena, idea... tengo mucho trabajo, hay costuras que hacer y tengo pedidos... —aclaró sin estar seguro de estar dando una excusa para el hombre o para él —. Además, no creo que sea de todo profesional de mi parte aceptar el coqueteo de un cliente.

Una sonrisa de medio lado del hombre fue casi como si le respondiera “¿enserio? ¡Vamos que soy encantador!” sin embargo, cuando este estiró su mano, no pudo más que tomarla algo desconcertado y ser puesto de pie. Estando este en el escalón era un poco más alto que él, sus miradas se encontraron y éste no soltó su mano.

—Me llamó Brian, Brian Grey. —Matt asintió lentamente. Los ojos oscuros brillaron. —Desde el momento que entré a la tienda me encontré hipnotizado, pero cuando nuestros ojos se encontraron... bueno, no quiero sonar como un cliché, pero no creí que fuera a encontrarme siendo flechado en navidad.

Matt rodó los ojos ante lo absurdo de las palabras, aunque se encontró sonriendo también. —Mathew Collins, mucho gusto.

Brian le guiñó un ojo. —El placer es todo mío. ¿Entonces? ¿Un café? —insistió sin soltarle la mano. Matt miró alrededor notando como sus chicas disimulaban no

estar prestando atención a su conversación, pero se mantenían lo suficiente cerca para escuchar lo que estaban hablando.

Así mismo la madre de Brian, quien disimulaba mirando unas corbatas pero que cada poco volvía sus ojos hacía ellos. Se sintió incomodo, sonrojado y tonto; ya no era un niño, pero estaba siendo observado por las cuatro mujeres como si ellos estuvieran haciendo algo que necesitase supervisión.

Aclaró su garganta, finalmente soltando su mano de la prensa que le sostenía. Cruzó sus brazos sobre su pecho y miró a otro lado, no estaba seguro de poder responder siendo conscientes de todas las miradas interesadas en lo que iba a decir. Pero cuando alzó la mirada y se encontró con los oscuros ojos whisky mirándole ansiosamente, bueno, él no podía negarse cuando alguien lo miraba como si fuera uno de sus deseos más negados por el gordito de rojo. Sonrió, él era más como un duende trazando regalos, pero estaba de alguna manera entusiasta por ser tratado como alguien especial.

Suspiró. —Creo que... tal vez, un café no estaría mal. —masculló entre dientes, no seguro de estar tomando una decisión correcta, pero desde que este estaba usando el último regalo de su madre, supuso que debía seguir las pequeñas señales.

Tal vez no fuera una mala idea salir a tomar un café, bien podía nada salir de ello, pero al mismo tiempo, tal vez algo...algo podía salir de ello. Él no había sido capaz de negarse, no cuando tenía al hombre sonriéndole de manera tan encantadora.

Brian alzó una de sus manos y acarició su mejilla lentamente. Matt no pudo más que apoyarse en el cálido toque, tenía tiempo sin ser acariciado o halagado para salir en una cita. Era algo refrescante, sin duda, algo que se había negado a sí mismo y que no recordaba haber extrañado tanto.

Brian le miró suavemente. —Me alegró mucho que aceptarás, estoy seguro de que mi madre hubiera hecho un escándalo si no lo hubieras hecho. —confesó con una sonrisa. A Matt le gustaba su sonrisa, más cuando escuchó a la pequeña mujer mayor bufar a las espaldas de este. Brian rodó los ojos. —Sin mencionar que puede ser una verdadera cotilla cuando se lo propone.

Matt sonrió sintiéndose sorprendentemente contento con su elección. —Parece que así son las mujeres, pues mis empleadas están haciendo lo mismo. —acordó

viendo como ellas volvían a su trabajo apuradamente con sus mejillas rojas. Volvió su mirada, encontrándose nuevamente con los oscuros ojos. —¿Te parece a las once?

Brian sonrió. —Las once me parece perfecto.

Matt trató de parecer entusiasta, aunque en realidad estaba un poco más que asustado. Esperaba que fuera perfecto, no creía tener la fuerza de voluntad para intentarlo si este pequeño salto de fe, no salía como esperaba.



Brian estaba ansioso, ayudando a su madre a meter el sin fin de cajas, bolsas y regalos empaquetados que había comprado ese día. No quería ser demasiado efusivo y meter todo de un montón para que ella se fuera de una maldita vez. No quería ver el reloj nuevamente, era consciente de que su madre estaba viéndole con los ojos entrecerrados, estaba seguro de que ella iría directamente a decirles a sus hermanas y luego, él tendría que lidiar con ellas viniendo a espiarle. Todo eso pasaría si ella miraba que él estaba nervioso o que estaba demasiado ansioso con ver a Matt, ella era una mamá leona declarada e iba a hacer todo por velar por él, pese a que no era el menor de sus hermanos, ella siempre lo había visto como el niño de sus ojos.

En ciertas ocasiones eso era bueno, pero ahora mismo, no tanto.

Ella se apoyó contra un lado de la camioneta mientras él metía lentamente las últimas cajas de zapatos que ella había comprado para sus dos abuelas y abuelos. Una de sus cejas se alzó cuando finalmente terminó por lo que él tuvo que cerrar la cajuela y mirarla.

—Mamá... —se quejó como un niño pequeño, pero es que ella siempre lo hacía sentir como si tuviera cinco nuevamente.

Ella rodó los ojos. —No me vengas con “mamá” a mí, sabes que no debes hacerte ilusiones tan temprano en el partido, cariño. —su tono condescendiente lo hizo hacer una mueca. Él sabía que había razones por las que su madre estaba preocupada por él pero no significaba que fuera halagador a su ego.

Suspiró. —No estoy haciéndome ilusiones, mamá. —se quejó al verla alzar nuevamente su ceja. —¡Es en serio! —rascó su cuello. —Sé que parece que estoy ilusionado, pero la verdad es que estoy emocionado por la idea de tener una cita, aunque sea a tomar café... tal vez, ¿ya sabes? Tal vez tenga suerte y deje de pensar que el problema es mío.

Ella asintió con cada una de sus palabras, dejándole decir lo que sentía y no juzgándole pese a que estaba preocupada. Su madre siempre estaba preocupada por él, así como por sus dos hermanos que hasta el momento no habían tenido novias ni citas, pese a ser mayores que él. Su madre vivía preocupada porque sus bebés no fueran lastimados, ese momento había llegado con Brian y ella todavía se culpaba por no haberle dicho que no le agradaba Paul. Ahora sin embargo, ella quería que él estuviera seguro pese a que él le aseguraba que nunca había sido culpa de ella ni lo sería, porque él era un hombre adulto y las malas decisiones eran solamente suyas.

Finalmente, tras mantener un silencio algo incómodo, ella asintió haciéndolo suspirar aliviado. —No diré nada a tus hermanas, pero debes de llamarme para decirme que clase de persona es, no quiero que te vayas directamente al apartamento sin decirme sobre ello. ¿Entiendes? —frunció el ceño. —además, tú no eres el problema, ese chico no era el correcto.

Brian ya estaba rodeando a su madre entre sus brazos mientras ella daba sus condiciones, beso la coronilla de sus cabellos. —Lo prometo, mamá. Estoy seguro de que no tendré mucho que contar, pero te llamaré cuando llegué a mi apartamento, después de todo, tengo que regresar a casa para la cena. —Ella asintió complacida y luego besó su mejilla.

—Suerte cariño, espero que tengas una buena cita. —le guiñó un ojo. —No hagas nada que yo no haría y sé el caballero que crie en tí, de acuerdo. No quiero que me avergüences.

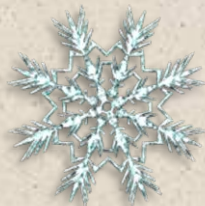
Ella se subió al auto luego de besar su mejilla nuevamente, él la vio irse. Tendría que tomar un taxi para llegar al edificio de apartamentos donde vivía, pero valía la

pena. No había querido que su mamá estuviera esperándole, cuando él quería pasar un tiempo conociendo al apuesto sastre, sin mencionar que ella podía estar espíandole como una de las mujeres en los libros que ella disfrutaba leer. Ella leía demasiadas novelas de misterio y de mujeres detectives, “Divina ante la muerte” era una de sus preferidas y sin duda iba a disfrutar de usar de dichos conocimientos policiacos para espíarle. Por lo que verla irse directamente a casa era un gran alivio.

Miró su ropa e hizo una mueca, no se miraba bien como había estado con la ropa de Matt, volver a su ropa de colores variados era algo malo para una cita. Normalmente tendría a sus hermanas eligiendo en su guardarropa que debería usar y que nunca ponerse. Miró su reloj, todavía tenía media hora, bien podía suavizar su mal gusto en ropa y parecer un poco más al hombre de la edad que tenía. Lo bueno es que Matt había ido directamente a arreglar las costuras de su ropa por lo que no lo había visto usando su sudadero discordé y sus zapatillas extravagantes. Aunque hubiera querido usar la ropa que habían comprado en *Trozos*, está iba a estar lista hasta más tarde y podría usarla en otra cita – esperaba-.

Con la decisión tomada de comprar nueva ropa, empezó a caminar en dirección contraía de donde estaba *Trozos*, tenía que hacer unas comprar y supuso, dejaría que su madre quemase su sudadero y sus hermanas ayudarán a elegir un nuevo guardarropa. Sonrió, tal vez había necesitado un motivo para cambiar muchas cosas que sabía que estaban mal en su vida, tal vez conocer a Matt había sido algo más especial de lo que creía.

Tal vez... había esperanza de algo más.



Matt trató duramente de concentrarse en las costuras y no en ver a cada cinco minutos el reloj. Lo que era una total pérdida de tiempo pero que no podía evitar. Estaba en su mesa de costura, con una aguja de mano, zurciendo para acomodar las costuras. Estaba seguro de que los pantalones iban a quedarle a Brian como un guante, ajustados en los lugares correctos y lo harían ver... bueno, harían que se viera incluso más apuesto. El saber que tenía que tenerle la ropa lista para poder llevársela después de la cita era lo único que lo tenía sentado sin recorrer la tienda de adelante a atrás por el miedo a lo que iba a hacer.

No era un niño, tampoco sería su primera cita o el primer hombre interesado en él. Había tenido novios, amantes, había tenido un poco de la experiencia universitaria, claro que no demasiado, solo lo necesario para no aburrirse de sí mismo y para no tener a Jess todo el tiempo reclamándole sobre su poca vida social. Su amiga podía ser dura cuando era necesario y eso lo agradecía, lo había necesitado en aquel entonces así como ahora.

Sonrió trémulamente cuando una mano se posó sobre su hombro, miró sobre este y ahí estaba ella. Sus ojos verdes viéndole con amistad y comprensión mientras le tendía su abrigo.

Casi como en un sueño, dejó que ella le pusiera el abrigo tallado de color azul que adoraba, mientras Adam tomaba las prendas y seguía donde él lo había dejado. Sonrió torpemente a sus costureros, que sonreían y le despedían con grandes sonrisas. Sus mejillas se tiñeron, casi parecía una chica yendo a su primer baile, lo cual era absurdo pues tenía veinticuatro años y no era su primera cita. Sin embargo, mientras miraba a Brian parado fuera de la tienda esperando por él, sentía que sus nervios surgían haciéndole vacilar en sus pasos. Era ridículo, el sentirse como un niño pequeño cuando era un adulto y era dueño de su propio lugar así como tenía una carrera ascendente. Sin embargo, no podía más que temblar en el interior mientras salía a encarar la realidad o al menos, encarar el hecho de que no quería estar más tiempo solo.

No esa navidad, no más. Quería alguien para compartir esos días, compartir las noches y cada momento de su vida. Alguien que estuviera interesado en él, que no le importase que pasase mucho tiempo en su tienda y que no perdiera el interés en él cuando estuviera de su peor ánimo. Él quería alguien que lo amará.

Cuando salió de la tienda y sus ojos se encontraron con los ojos oscuros de Brian, notó en esos la misma incertidumbre que estaba sintiendo, el miedo a no ser querido o el ser rechazado. Sonrió entonces, haciendo por ende que este sonriera

también, ambos estaban mirándose como tontos, sonriéndose mutuamente. Estaba bien, él podía intentarlo, podía intentar ser feliz.

«Mamá, papá, Lizzie... quiero intentarlo, quiero intentar ser feliz, ¿eso está bien? Quisiera poder tener sus consejos en estos momentos, saber que no estoy cometiendo un error en abrirle las puertas en mi vida a este hombre»

Brian aclaró su voz. —¿Vamos? —La mano fue tendida para él y tras una leve vacilación la tomó. Ellos se alejaron, con las manos unidas.

Agradeció vivir en un estado donde nadie les daba una segunda mirada a dos hombres tomados de la mano, no creía poder soportar tener que lidiar con el desprecio de la sociedad también. Brian estaba guiándolo a través del mar de gente, los adornos navideños y los villancicos que hacían eco junto al murmullo de las voces juntas. Matt miró al hombre que sostenía su mano. Brian estaba vestido con jeans azules, una playera blanca y un sudadero color azul oscuro que le favorecía, sin embargo Matt tenía en mente varios conjuntos que harían sus ojos resaltar y que se ceñirían a su musculoso cuerpo a la perfección. Rodó los ojos, ellos apenas estaban caminando para tener la primera cita y él ya estaba pensando en preparar conjuntos para que Brian los llevara. Él no podía comenzar a pensar de esa manera, solo terminaría ilusionándose de más y no estaba preparado para ello.

Llegaron al café que estaba en el centro del centro comercial, rodearon la fuente. Matt miró sus manos entrelazadas, sentía que estaba sudando y temblando ligeramente por los nervios, lo cierto es que no entendía los nervios así como el sentimiento de desconcierto que le estaba abrigando. Sin embargo, no pudo evitar sentirse emocionado ante la idea de tener un tiempo para conocerlo, alzó la mirada fijándose en el hombre.

Brian lo miró de reojo al sentirse observado, le guiñó un ojo y Matt vio como una sonrisa más segura tiraba de sus labios, así como el apretón en su mano, que lo hacía sentirse seguro de que ambos estaban en la misma página.

Encontraron una mesa al fondo del café, donde se sentaron uno frente al otro y pese a que Matt era muy consciente de ser un hombre adulto, cuando Brian le abrió la silla no se resistió, incluso se sintió halagado por el trato de caballero. Muchas cosas hablaban de este siendo creado por una buena madre, él mismo había sido creado de esa manera, su madre no esperaría nada menos que un hombre que sabía ser atento pese a estar rodeados de extraños.

—Gracias. —dijo tímidamente. Brian negó mientras tomaba asiento frente a él, la mesa era pequeña por lo que sus rodillas se tocaron.

Brian tocó sus rodillas juntas un par de veces, casi como una caricia suave y alentadora, así como su constante sonrisa. —No es nada, mi madre crío un caballero. —sus ojos rodaron con sus propias palabras haciéndolo reír.

Una mesera se acercó y tomó su orden, Matt un café con leche mientras que Brian un expreso, ambos pidieron una rodaja de tarta de manzana. Platicaron sobre el clima, de la cantidad de gente que estaba llegando al centro comercial para hacer sus compras de fin de año así como todos los regalos para esa fecha. Matt miraba atentamente cada gesto, movimiento y sonrisa que Brian, quien hablaba emocionadamente sobre cada cosa y parecía particularmente emocionado por la navidad lo cual le pareció algo encantador, mas cuando él se consideraba a sí mismo una clase de Grinch en esas fechas, pero ese hombre parecía estar entusiasta con ello.

Finalmente se detuvo y lo miró con una sonrisa tímida. —Lo siento, cuando estoy nervioso hablo de mas, por favor, tienes la libertad de callarme cuando te aburra. —sus mejillas se colorearon con la vergüenza haciéndolo sonreír.

Negó lentamente. —No te preocupes, no soy una persona muy habladora. —sonrió amablemente. —sin mencionar que es interesante escucharte divagar sobre cada asunto.

Brian rascó su nuca totalmente avergonzado, Matt lo encontró adorable. Ambos detuvieron la plática mientras bebían sorbos de sus bebidas, sus miradas se encontraron y tímidamente desviaron la mirada. Matt rodó los ojos para sí mismo, en ese momento casi parecía como si fuera todavía un adolescente y no el hombre de veinticuatro años que realmente era.

Brian ladeo la cabeza, apoyándola sobre su palma abierta. Matt alzó una ceja al ver la contemplación que el hombre tenía sobre él, se sintió como uno de los maniqués en la vitrina de su tienda, siendo admirado y medido, sin entender que era lo que estaba buscando el hombre más joven en él. Acomodo sus lentes sobre su nariz, tratando de ignorar la mirada concentrada.

Brian rompió el silencio. —¿Te he dicho que eres hermoso? —Matt sonrió nerviosamente sin saber cómo responder. Pero este no estaba esperando una

respuesta, sus oscuros ojos seguían contemplándole. —Me encantan tus ojos, azules, no... casi grises, como el hielo. Tan profundos y tan melancólicos, como si hubiera un mundo que todos ignoran en tú mirada.

Matt ladeó la cabeza y negó. —Lo haces sonar como si fuera una clase de misterio. —bromeó con una ligera sonrisa. —No lo soy, soy un simple sastre.

Brian asintió. —Puede que sea así pero veo que hay mucho más, cuando miras algo... no sé, pareciera que buscas algo o que tu mente se va lejos... —Matt miró su bebida sin saber cómo responder eso.

Él todavía sufría por la pérdida de su familia, estaba solo, sus familiares vivos no eran felices con él siendo gay por lo que no los visitaba mucho. Estaba solo en el mundo, más allá de sus pocas amistades y de Jess así como de sus empleados, bueno... no tenía nadie más. Supuso que cuando miraba a las familias felices recordaba su pasado, cuando estaba al lado de sus padres y su hermanita, cuando ellos hacían que él se sintiera amado pese al rechazo de sus abuelos o de sus tíos. Pero tras su muerte, él solo había recibido rechazo.

Tal vez se torturaba demasiado a sí mismo, supuso. Después de haber tenido una pérdida tan devastadora, él no podía seguir adelante y muchas veces se había maldecido por no haber estado con ellos, por haber salido en una cita a la que no quería ir. Él no había estado con ellos y cuando se enteró fue demasiado tarde, ahora él estaba solo.

Una cálida caricia en su mejilla le hizo alzar la mirada encontrándose con los suaves ojos miel, que le observaban de cerca. Tragó sus emociones con fuerza, tratando de que el sentimiento de declive que siempre le venía en esas épocas regresase a su interior. No necesitaba sentirse así cuando estaba teniendo una cita, mucho menos cuando estaba tratando de gustarle al hombre frente a él. Sin embargo, mientras se perdía dentro de sus ojos se encontró reconfortado, como si pudiera dejar que todos sus miedos salieran y ese hombre lo sostendría en esa tormenta.

Cerró los ojos acomodando su mejilla en la palma abierta que le acariciaba. —El aniversario de la muerte de mi familia es mañana, miró a todos porque recuerdo lo que tenía y que un hombre ebrio me arrebató. Yo solo... no puedo dejar de sentir que estoy total y completamente solo en el mundo, que al ver a las familias unidas o a las parejas, yo no tengo la misma oportunidad. Cada día me siento como que

estoy viviendo a medias que no tengo... —Sus palabras fueron cortadas cuando el par de labios se pegaron contra los suyos.

No había notado cuando Brian se había acercado y aunque miraba con sorpresa los ojos cerrados del hombre, sus labios se ciñeron contra los otros, su estómago revoloteo y finalmente cerró los ojos dejando que el beso llevase todos esos sentimientos de hundimiento lejos de él. El sabor a café, a dulce y a Brian estaban en su paladar mientras sus lenguas se acariciaban tímidamente, conociéndose lento pero constante. Cuando se separaron sus frentes quedaron una contra la otra, sus ojos cerrados mientras jadeaban. Finalmente Matt abrió los ojos encontrándose con los orbes miel, que le miraban atentamente.

—Nada mal para un primer beso. —comentó, un ligero brillo en su mirada lo desconcertó y luego su mirada serena. —Todo lo que me has dicho me demuestra que eres un hombre fuerte, pero muy solo... sin embargo, al mismo tiempo, me he dado cuenta de lo mucho que deseo quitar ese dolor de tú mirada.

Matt bajo la mirada, no estaba seguro de que decir a esas palabras. Respiró profundo sintiendo el calor ajeno contra su hombro, el latir de corazón y la cálida respiración contra su rostro. No estaba listo para que Brian viniera y le dijera eso, o de lo fácil que había sido confesarle como se sentía, cuando él era tan reservado con sus asuntos personales. Pero había algo en ese hombre que lo había hecho confiar, tal vez era el hecho de que no estaba deprimiéndose por verlo melancólico e incluso, parecía encantado con la idea de hacerlo feliz.

Pero él no estaba seguro de que fuera una buena decisión. No cuando tenía tanto dolor en su pecho, tanta tristeza acumulada que buscaba los peores momentos para regresar. —Brian... yo no creo que sea una buena idea.

Pero eso no detuvo la suave sonrisa del hombre de ojos miel, ni siquiera mostró molestia, por el contrario parecía bastante entusiasta.

—Estoy seguro de que debe dar miedo, Matt. Pero no voy a dejarte que tires esta oportunidad por tener miedo, yo también lo tengo. —agregó viéndole amistosamente. —Pero ambos debemos tomar un paso a la vez, me gustaría invitarte a cenar esta noche y que habláramos más, quiero conocerte.

Matt tragó con fuerza viendo la verdad en los oscuros ojos miel. Nada se ocultaba en ellos, casi como si Brian lo estuviera haciendo para que él viera cuando interesado estaba realmente y eso, eso era importante para Matt. No creía tener el

poder de dejar que alguien entrase en su corazón para ser golpeado, no creía poder soportarlo.

Sin embargo...

—Mañana es veinticuatro, tengo mucho que hacer para mañana, lo más seguro es que salga de madrugada de aquí a mi casa. No puedo dejar a mis costureros con todo el trabajo. —De cierta manera lamentaba tener que tener tanto que hacer, Adam y sus dos chicas no podrían con todo, por mucho que ellas dijeran que sí, él sabía que necesitaba terminar muchas cosas para el siguiente día y luego tenía que tomar un tiempo para ir a dejar flores a su familia.

Brian sonrió. —Entiendo... no te preocupes, encontraré la manera de tenerte un tiempo para mí. —Matt lo miró sin entender sus palabras, pero no importaba mientras Brian picoteaba sus labios. —Quiero salir más contigo, quiero conocerte y que me conozcas. Creo que podemos tener entre nuestras manos algo especial.

Matt sonrió torpemente sin estar seguro de nada pero estando dispuesto a intentarlo.



Brian sonrió al pobre asustado hombre, sabía desde el momento que pegó sus ojos a Matt que este iba a ser un reto. Brian disfrutaba los retos, como estudiante de ingeniería era un buscador de retos empedernido. Sin mencionar que el hecho de que estaba muy interesado en conocer a fondo al triste sastre.

Sabiendo que era momento de cambiar de conversación, empezó a comentarle sobre su vida. Contarle sobre su trabajo, su lugar de vivir y de cada uno de sus hermanos así como de cada miembro de su extensa familia. Poco a poco vio como este comenzó a salir de su caparazón, riéndose y preguntando. Ellos seguían uno al lado del otro, sin darse cuenta él tenía su brazo rodeando los

delgados hombros del hombre mayor –aunque solo por un año-, mientras que Matt acariciaba inconscientemente su muslo. Ellos parecían una pareja y esa idea le gustó mucho, Matt parecía estar más cómodo con él y supuso que se debía que a cada cuanto le daba un piquito haciendo al sastre sonreírle y sonrojarse.

Estaba feliz de poder sacar un poco el lado descarado de su madre, sabiendo que lograba una sonrisa del sastre, estaba feliz.

Era adorable en muchas maneras y tocaba una fibra dentro de él que lo hacía desear cuidarlo del mundo. Nuevamente, las palabras de sus abuelas le vinieron a la mente, cuando había terminado con Paul, ellas dijeron que había una razón para todo y *el hombre que te complemente está en alguna parte esperando*. Bueno Brian estaba casi seguro de haberlo encontrado en Matt, estaban apenas conociéndose y sabía que faltaba mucho para poder decirlo con seguridad, pero él casi podía apostar que lo había encontrado.

La plática había seguido de forma amena, con algo de persuasión había conseguido que Matt hablase de sí mismo, hablando sobre sus deseos de tener otra tienda y hacer de su negocio familiar un poco más grande. Era casi increíble pensar en el sastre como un administrador, pero lo era, graduado de la universidad con honores, Matt había tenido la oportunidad de tener un empleo de prestigio pero nada le llamaba más que sus costuras y los diseños, que era su otra vocación y de la que según por sus palabras, era lo que realmente amaba.

Brian estaba asombrado de ver a Matt hablando calmadamente sobre sus planes a futuro, como esperaba ver a *Trozos* creciendo como muchas veces había soñado su madre. Y aunque lo vio entristecer por la mención a su madre, también vio la sonrisa triste y soñadora de sus palabras.

Continuaron hablando e incluso almorzaron en el café, Brian disfruto de ver la avergonzada sonrisa y la profunda mirada hielo enfocarse en él. Como Matt se iluminaba cuando encontraban pequeñas cosas en común, como música, arte, películas, deportes y política. Ellos comieron en cómodo silencio, dándose miradas y compartiendo sonrisas discretas. Cuando llegó la una de la tarde y fue obvio que Matt debía volver a la sastrería, Brian no podía creer que el tiempo hubiera pasado tan rápido y por la mirada apenas conforme que Matt le dio al reloj, estaba seguro de no ser el único que pensaba en lo injusto del tiempo.

Brian insistió en pagar la cuenta, Matt lo miró con una ceja alzada pero no dijo nada. Bueno, Brian estaba acostumbrado a ser servicial y aunque Matt no era una

mujer, no encontraba una razón por no consentir a la pareja con la que estaba compartiendo un buen momento. Después de eso caminaron entre el bullicio de personas, Brian sonrió al ver a los niños sentarse en las piernas de Santa mientras rodeaban el gran árbol decorado, miró de reojo a su cita y sin poder evitarlo sonrió al ver la mirada enternecida. Rodeo al serio hombre con un brazo sobre sus hombros acercándolo a su costado, robándole un poco de su calor.

Le susurró al oído. —¿Quieres sentarte en las piernas de Santa? —le molestó con una sonrisa, el hombre lo fulminó con la mirada aunque una pequeña sonrisa tiraba de sus labios mientras se apretaba más contra su costado.

Brian disfrutó del olor de su colonia así como el calor de su cuerpo, sonrió sintiéndose tonto y algo como un adolescente, lo que era decir mucho cuando hace tiempo que había pasado la edad de andar colgado de la mano de quien le gustase. Aunque en ese momento no envidiaba esos días, porque Matt y él compartían miradas y sonrisas avergonzadas, como dos adolescentes enamorados, mientras Brian lo acompañaba de regreso a la tienda. Demasiado rápido llegaron frente al local, Brian estaba decepcionado y hubiera querido tener al sastre para él más tiempo pero por el movimiento de gente dentro de la tienda estaba seguro de que eso no iba a pasar. Matt tenía trabajo y él debía ir a su apartamento para alistarse para ir a la casa de sus padres para la cena familiar antes del gran día.

Matt lo miró con una mirada resignada. —El trabajo me llama, pasa, espero que esté listo tú pedido. —Brian asintió bajando su brazo de los hombros pero mantuvo su palma abierta en la cintura del alto hombre.

Su sonrisa creció cuando este no hizo nada para evitar el toque e incluso pudo verlo sonrojar mientras dejaba que él lo guiase al mostrador donde una rubia muy animada les sonreía.

—Hey jefe. —saludó ella de forma calmada mientras miraba con curiosidad de uno a otro.

Matt aclaró su voz. —Hola Nat, puedes ver si Adam terminó con las costuras de Brian, por favor. —La pequeña rubia caminó detrás del mostrador con una sonrisa y un guiño, hasta pasar por la cortina que separaba el local.

Brian no pudo evitar susurrar al oído de su cita. —Parece que ella estaba muy feliz, ¿cuál será la razón? —preguntó en broma.

Matt bufó mientras le miraba con enojo aparentado. —No tengo idea de lo que hablas. —respondió en tono modesto haciéndolo reír.

Brian se dedicó a molestarlo con suaves besos en sus mejillas o castos besos que hacían al sastre sonrojar. En cualquier otra situación o lugar, él se llevaría a su cita a un lugar más privado para poder disfrutar de su sonrojo y como sus manos se aferraban a su chaqueta. Pero ese no era momento y fue evidente cuando Nat regresó con dos bolsas llenas, que de seguro llevaban toda la ropa que su madre le había obligado a comprar. Aunque ahora no estaba tan molesto por el bache en su tarjeta, incluso podía decir que iba a agradecerle por hacerlo gastar tanto, porque ahora tenía un guardarropa que no lo avergonzaría cuando pidiera una segunda cita o cuando lograse llevar a Matt más lejos.

Firmó el recibo y tomó las bolsas, Matt se mantuvo a su lado mientras que aceptaba el sombrero de santa hecho de trozos, que Nat le estaba dando como regalo por su compra. Cuando ella se excusó para ir a hacer algo tras la cortina él volvió su atención al hombre a su lado. Los ojos azules hielo lo miraban con cierta tristeza y eso estaba mal, no quería que Matt creyera que una cita era suficiente, él quería más, mucho más.

Brian lo observó con cierto encantó, los ojos hielo estaban fijos en él, con su melancolía encantadora y su expresión suave. —Quiero verte nuevamente, quiero tener una cita en la que pueda llevarte a casa y robarte un beso mientras los vecinos nos espían. —comentó con una sonrisa.

Matt sonrió y se rio bajando la mirada para luego volver a verlo con algo de esperanza pintando sus expresiones. —Espero que mis vecinos no se enojen, entonces. —su mirada fue tímida y su sonrisa suave. Pero Brian estaba seguro de poder caer a los pies de ese hombre con una de esas sonrisas.

Bajó una de las bolsas, ignorando el parloteo de los clientes alrededor, acarició una de las mejillas. Sonrió cuando Matt se apoyó contra su palma abierta y sus mejillas estaban incluso más rojas.

—Voy a hacerlos enojar, pero serán celos. Porque nadie tendrá la suerte mía a conquistar al más apuesto sastre de la ciudad. —comentó alzando ligeramente su rostro para besar los decadentes labios. Los ojos hielo le vieron con cierta sorpresa pero Brian solo le guiñó un ojo. —Tengo tú número y créeme, no vas a deshacerte de mí tan fácilmente.

Un beso más y una caricia en la mejilla de su sastre y él caminó fuera de *Trozos*. Sabía que no habían quedado en nada pero mirando atrás sobre su hombro podía ver la cara sorprendida y la mirada esperanzada del alto hombre sobre él. Sonrió y se despidió con la mano mientras buscaba la manera de hacer que Matt decidiera salir con él formalmente. Porque estaba seguro de que sí lo dejaba en manos del sastre, nunca iba a pasar nada y eso estaba bien, él adoraba un buen reto y trabajar sobre presión era algo que a Brian se le daba perfecto. Ahora, ¿qué podía hacer para que ellos pasasen el veinticuatro juntos?



24 de diciembre 3:35 am

Matt restregó sus ojos tratando de mantenerlos abiertos pero era demasiado difícil, había terminado de hacer tres confecciones de última hora para un cliente de años y apenas había podido ayudar a los demás con los demás pedidos. Era cierto que la página en línea había sido una gran ayuda para el negocio, pero a ese paso iba a necesitar contratar más costureros y luego estaba la idea de otro local. Jess había estado a su lado descociendo costuras –que era lo único que ella soportaba hacer en el taller-, mientras que ella le hablaba sobre un local disponible en otro centro comercial muy cercano y a buen precio. La idea de tener otro taller y otra tienda era algo que había pasado por su mente desde hace unos meses, años atrás la tienda no había tenido el capital para hacerlo pero ahora incluso podía pedir un préstamo y sería aceptado. Sus ventas se mantenían tanto en línea como en mostrador, por lo que podía permitirse pensar en hacer más grande el negocio familiar.

Un gemido hizo que apartase la mirada de la costura terminada, miro a su alrededor hasta encontrar la cabeza pelirroja entre los retazos de tela, ella parecía estar estirándose como un gato mientras se enderezaba. Jess había insistido en quedarse con él mientras terminaba y, tal parecía ella podía calcular el tiempo que le tomaría pues empezó a gatear juntando sus botas y su bolso. Los grandes

rollos de tela y esponja eran perfectos para dormir un rato, él había ofrecido comprar un sofá cama pero ella decía que el de la tela y la suavidad del material virgen era increíble para tomar una siesta y que lo prefería de esa manera pues sabía que Matt iba a apurarse pues no la quería durmiendo en el suelo, de lo contrario se tomaría su tiempo.

Se levantó con todo y abrigo puesto y le miró con los ojos entrecerrados. —¡Matt! —Él negó ante el quejido mientras cortaba el hilo extra.

Ella golpeaba el suelo exasperada de que él se tomase el tiempo acomodando las prendas en la mesa de planchado para que Adam lo hiciera cuando llegasen más tarde. Él se tomaría la mañana libre y Jess lastimosamente no tendría su misma suerte por lo que se estaba quejando y él, bueno, le parecía divertido burlarse de ella cuando ella lo hacía con él cuando pasaba la noche en vela por algún proyecto.

Cuando terminó de revisar que todo estuviera desconectado y las luces apagadas, conecto la alarma y cerró la puerta, ya teniendo su abrigo puesto así como guantes y bufanda, Jess se tambaleaba como si estuviera borracha haciéndolo reír, la tomó del brazo mientras salían, ella quejándose todo el tiempo sobre su injusto jefe explotador quien debía aumentarle el sueldo por quedarse tantas horas en el trabajo. Matt rodaba los ojos mientras casi la arrastraba, él sabía lo que estaba haciendo, trataba de que él no pensase en que estaba en el día más triste de su vida. Ocho horas después, sus padres estarían en camino a recogerlo para tener un almuerzo juntos y luego ellos irían a la casa de unos amigos de sus padres para jugar un reto y pasar ahí las doce.

Matt pasó esa noche en la comisaria, con pocos familiares renuentes y él siendo acosado por el abogado de su padre, quien no estaba feliz de estar ahí antes de la media noche y no con su familia. Matt había tenido la peor de las navidades, nunca nada se compararía al regresar a casa y ver todos los regalos bajo el árbol, el saber que ellos nunca iban a regresar y que ahora él estaba solo.

Fue dulce de su parte pero no había manera de colorear su amarga y negra navidad, en lo único que podía pensar es en como tuvo que identificar los cuerpos un día después y un par de días luego enterrarlos junto a sus recuerdos más bellos.

Cerró los ojos cuando el frío los golpeó al salir del centro comercial, saludaron al guardián y caminaron al estacionamiento. Matt miraba sus pies, notando como las

botas hacían un hueco en la blanca nieve. Alzó la vista al cielo y con una triste sonrisa vio los copos caer. Jess debió percatarse de su estado de ánimo porque enderezó su cuerpo y caminó a su paso lento. Él ya no estaba cansado, su pecho dolía pero no por no haber dormido nada, sino porque ese día que era el más alegre para todos para él solo era...

—Copos... ¡mira Matt! Está nevando, ¿no es hermoso? —su tono suave lo hizo sonreír, ella quería entretenerlo y eso estaba bien, él podía sonreír mientras estuviera con su mejor amiga, aunque luego estuviera solo.

—Son perfecto. —aceptó con un tono suave, alzó su palma y miró las minúsculas partículas juntarse en la tela de sus guantes.

—*Copos de esperanza*, ¿no sería un nombre perfecto para la nueva tienda en la que están pensando? —la ronca voz hizo que ambos vieran hacia donde estaba el auto de Matt, apoyado contra este estaba el hombre que había robado sus pensamientos toda la tarde anterior.

—Brian. —susurró Matt sin aliento.

Este sonrió, una sonrisa suave y el aliento blanco ondeo fuera de él, pero lo más importante era su mirada. Su mirada, suave y alentadora mirada. Durante todo el tiempo que había estado solo —sin sus padres—, nunca había sentido, pese a sus amistades, alguien que pudiera hacerle empujar dentro de su mente sus pensamientos tristes con tal de formar una sonrisa. Una de verdad. Jess lo soltó y aunque le dio una mirada de reojo, ella solo rodó los ojos y le empujó hacia su auto, encarando así a Brian.

Los ojos miel le miraron con alegría, podía notarlo por la forma en que se apretaban en las esquinas y pese a la bufanda que cubría su cuello y partes de su boca, podía ver la alegría en su expresión.

Brian dio un par de pasos hasta que ellos estaban muy cerca, encarándose uno frente al otro. —Sé que habíamos quedado en vernos en los próximos días, pero anoche, mientras cenaba con mi familia yo... —negó y luego miró como los copos caían como una suave lluvia alrededor de ellos. Sus ojos volvieron a él. —mientras el abuelo hablaba sobre su último viaje a las Bahamas con la abuela y como él había amado el tiempo juntos sin nietos...yo solo podía pensar en cuan triste debías estar y que yo estaba dando por sentado a cada miembro de mi familia.

Matt hizo una mueca. —Brian, nunca pretendí que te sintieras culpable yo solo... —Brian tomó su mano, acercándolo hasta que sus pechos chocaron, sus alientos flotaban en una nube blanca entre ellos, los pequeños copos caían creando a su alrededor una pared que hacía que todo el mundo estuviera fuera. Solo eran ellos y la nieve, ellos y el sentimiento de paz y cariño que traía consigo la navidad.

Algo que Matt había olvidado pero que podía sentir pleno y consciente en Brian.

Los ojos miel le miraron atentamente. —No estoy tratando de hacerte sentir culpable, solo que yo... —su expresión se endureció mientras encontraba las palabras. Matt dejó que sus ojos vagaran sobre el grueso cuerpo. Notó entonces el abrigo de su madre, el último regalo de cumpleaños y uno de sus diseños favoritos. El abrigo color musgo con las costuras de hilo rojo, tan modesto y bien ajustado, seguro Adam había hecho un trabajo perfecto acomodándolo para que Brian se mirase como un modelo. Este bufó atrayendo su atención. —Lo que quiero decir es que he estado pensando en cuanto deseaba que estuvieras ahí a mi lado y sé que estamos comenzando a conocernos y todo eso, pero lo que más deseó es que puedas sonreír y recordar esos buenos momentos con tú familia de forma dulce y no con esa tristeza que te come por dentro.

Matt cerró los ojos y dejó que los brazos de Brian lo rodearán así como su calor y su aroma. —Brian...

Brian negó y picoteó sus labios. —No. No quiero que digas nada, estoy aquí porque quiero estar contigo cuando vayas con tus padres, tal vez... presentarme, quiero que conozcan al pretendiente de su hijo. —Matt estaba sin palabras mientras Brian pegaba sus frentes juntas, su mirada miel llena de sentimientos que lo hacían sentirse perdido y a la vez emocionado. —Porque no quiero que estés solo nunca más.

Matt cerró los ojos mientras aceptaba el suave beso sobre sus labios, los fuertes brazos que le rodearon, pese al frío que estaba a su alrededor y el dolor de su corazón, se sentía cálido y querido. Dejó que un par de lágrimas resbalarán por sus mejillas, nunca pensó que fuera a encontrar un hombre que quisiera estar con él en el peor de sus días, sosteniéndole cuando sus piernas ya no le sostuvieran.

Cerró los ojos y pegó su rostro contra el pecho del hombre que podía muy pronto sostener su corazón. —Yo... está bien. Está perfecto. —Aceptó con una sonrisa triste. Alzó el rostro encontrándose con la mirada alegre de Brian.

—Okey, entonces... ¿Copos de Esperanza? Creo que es un buen nombre pero ¡vamos! ¿No suena como una clase de cliché? —Matt miró a su amiga pasar al lado de ellos, una sonrisa sabelotodo tirando de sus labios mientras se acercaba al auto de Matt. —¡Oh cierto! Feliz navidad a ambos.

Brian se rió entre dientes ante la elocuente pelirroja que los saludaba con una reverencia para luego abrir la puerta trasera del auto y tirarse dentro con drama de más. Matt rodó los ojos y volvió su atención al hombre que lo sostenía.

—Feliz navidad, Brian.

Esté picoteó sus labios y lo jaló hacía el auto. —Feliz navidad, Matt y muchas más. —Ellos entraron al auto entre risas y burlas de su amiga, con su aparentemente nuevo novio como copiloto mientras los copos de nieve caían llenando las calles de un puro blanco.

Una nueva navidad y el inicio de una nueva vida para él, no podía pedir más de regalo a Santa.



Sobre el Autor

notas

Lentamente Celeste G. nació en un foro de web novelas de cantantes, donde escribía como Other.Joick.Fan. Si bien, ese es el seudónimo de su preferencia, Celeste G es el nombre que finalmente ha aprendido a usar. Celeste cree que es raro hablar en tercera persona de sí misma, pero tras leer diferentes fuentes sobre cómo escribir sobre ella en sus libros todos le dijeron lo mismo. Tercera persona será, aunque no está segura.

Disfruta de leer traducciones, leer manga y ver animes. Pasa su tiempo entre ser estudiante de primer ingreso en la licenciatura de Letras y hermana mayor de cinco. Le encanta la música rock punk y las melodías tristes, así como el helado de pistacho y los días lluviosos. Puede ver una relación entre personajes masculinos en cualquier película, anime o serie que vea y eso hace enojar a sus hermanas, aunque a ella le divierte muchísimo.

Tiene más de cinco años escribiendo, los dos últimos son los que realmente piensa que ha mejorado. Siempre adora leer los comentarios y es exactamente eso lo que le motiva. Padece de insomnio y artritis por lo que es común verla pegada en la PC o en la cama, cuando está demasiado adolorida. Tiene más de cincuenta novelas en su USB que están en producción y muchas más en su mente listas para ser trasladadas a un documento.

No importa el día, no importa el tiempo y no importa cuanta tarea tenga, siempre tiene tiempo para leer los comentarios, por lo que por favor, no duden en hacérselos llegar y motivarla a seguir escribiendo.

Puedes comunicarte con ella en:

Blog: <http://novelasdemifantasia.blogspot.com/>

Google+: [google.com/+CelesteG01](https://plus.google.com/+CelesteG01)

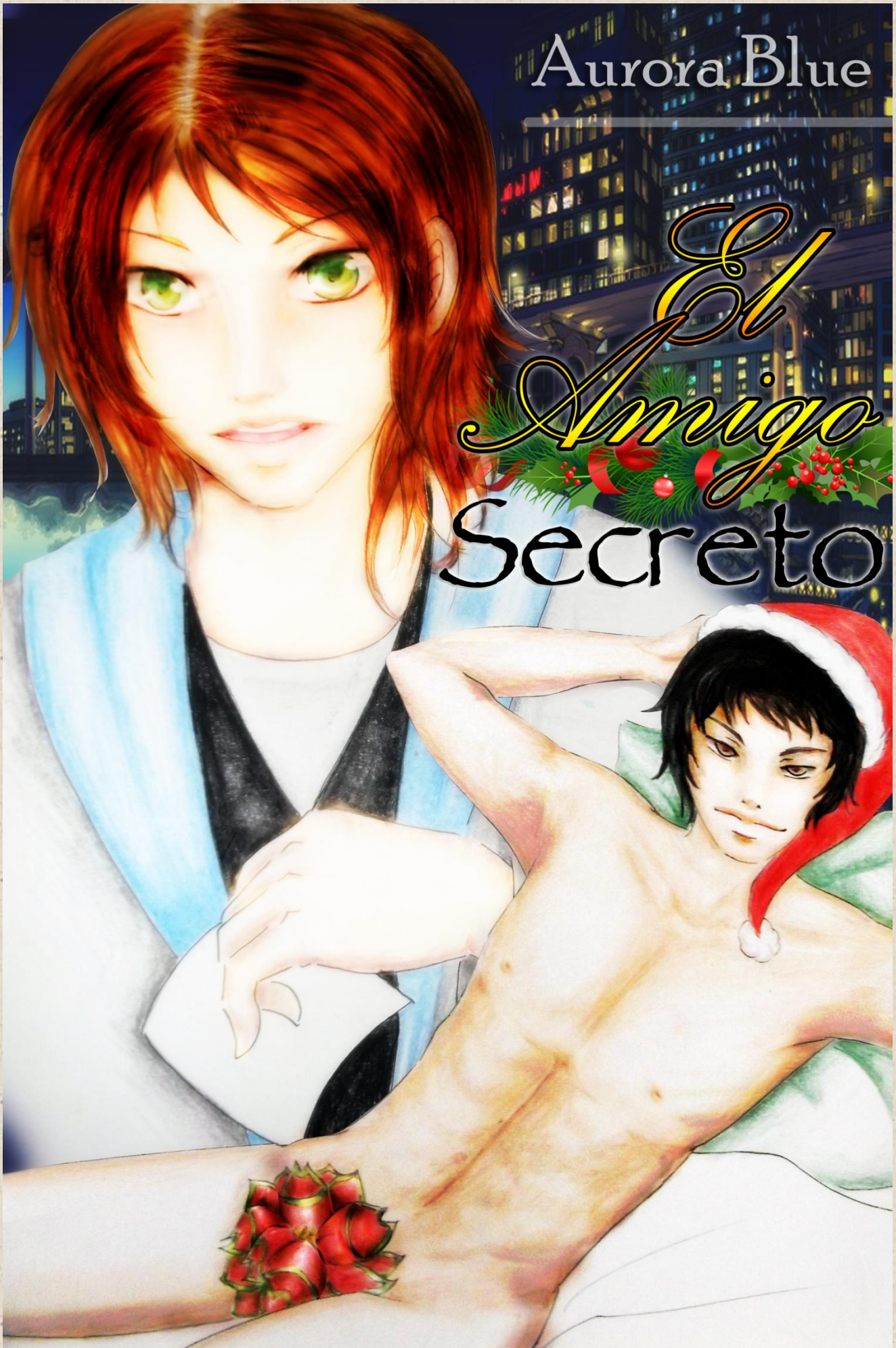
Facebook: <https://www.facebook.com/celeste.guevara.9406>

Correo: other.joick.fan@gmail.com

“Gracias por leer y no olviden comentar. Disfruto leerles tanto como ustedes a mi”

Aurora Blue

El
Amigo
Secreto





El Amigo Secreto

Gabriel llevaba casi una hora de retraso, suponía que la fiesta ya debía estar en su mejor momento, pero no había podido desocuparse antes. Las ventas de navidad siempre eran las peores. Los clientes acudían como manadas salvajes, abarrotando la tienda con su lista interminable de regalos. Buscando siempre el que estaba de moda y, por supuesto, se encontraba agotado. Para después pasarse más de media hora eligiendo algo parecido o de la misma marca y, de ese modo, dejar contentos a sus hijos o sobrinos.

El dueño de la juguetería había tenido que bajar las persianas de la tienda para desocuparse a la hora de cierre. Y, aun así, hubo que atender a todos los clientes que quedaron dentro. Pasaban de las diez cuando por fin pudo marcharse a su casa y, mientras se duchó, se cambió de ropa y cenó algo, había perdido cuarenta minutos de su preciso tiempo.

Normalmente, no estaría tan emocionado por una reunión organizada por la Facultad de Arquitectura, pero sabía que él estaría allí. Las chicas de la facultad habían insistido en hacer una reunión en la discoteca más concurrida del barrio universitario, y se habían vuelto locas organizando el asunto del “amigo secreto”.

Gabriel llevaba su regalo en uno de los bolsillos de la chaqueta. Era un llavero de plata, sencillo pero elegante. Su amigo secreto tendría que conformarse con lo que logró comprar con las prisas. En realidad, Gabriel no había puesto mucho empeño en escoger el regalo: le había tocado Sergio. El homofóbico declarado de la carrera. Y, aunque no era agresivo ni mal compañero, no parecía capaz de mantener la boca cerrada y guardarse sus comentarios sarcásticos contra los homosexuales.

Sin embargo, Sergio también era uno de los alumnos sobresalientes del curso: creativo y con buenas ideas. Siempre resultaba una buena experiencia trabajar en su grupo. Por ello, muchos toleraban sus majaderías, incluyendo a Gabriel que hacía oídos sordos a sus comentarios.

Daban las once con quince cuando llegó a las puertas del “*Havana Club*”, pagó su entrada e ingresó. El antro, como era de esperar, estaba abarrotado de gente.

Divisó a varios de sus compañeros bebiendo y conversando. En el sector de las mesas, habían juntado varias de ellas en una larga fila, para que se acomodaran todos los alumnos de la carrera. Otro grupo estaba en la pista de baile, moviéndose al ritmo del último tema de Enrique Iglesias. Incluyendo a Juan, el objeto de sus fantasías. Gabriel permaneció parado en mitad del antro, contemplando embobado como Juan movía sus caderas en la pista de baile.

—Estás babeando ¿lo sabes? —dijo Andrea sorprendiéndolo. Lo agarró del brazo y lo arrastró con ella. Él se dejó llevar, pero sin perder de vista la pista de baile.

No habían hecho una reunión como esa en todo el semestre. Por lo que Gabriel no había tenido la oportunidad de ver como su compañero movía su cuerpo al ritmo de la música. Y, para un hombre de su tamaño, le salía de una manera muy sensual.

—Límpiate la baba —volvió a molestar su amiga—, o algún mesero podría resbalarse en el charco que estás dejando en el piso.

—No seas metiche. —Le pellizó la mejilla y la muchacha dio un respingo. Andrea se sobó la mejilla, que se le había puesto roja de inmediato, y contraatacó en el brazo del chico.

—¡Eres un bruto! —se quejó ella. Gabriel le besó en la cabeza y continuaron jugueteando hasta que llegaron a las mesas.

Andrea era su mejor amiga. Habían sido compañeros de curso en la enseñanza básica y después en la media. Se conocían de toda la vida. Ésta vivía a tan solo unas casas de la de su abuela, y habían sido amigos desde la infancia. Cuando Gabriel descubrió que le gustaban los hombres, ella fue la primera en enterarse y lo animó que se lo contase a sus padres. Y, cuando estos lo repudiaron por ser un “maricón”, había llorado más que él, mientras trataba de consolarlo.

Gabriel había pasado toda su infancia al cuidado de su abuela. Sus padres trabajaban y apenas les quedaba tiempo para cuidar de un niño pequeño. Así que su amorosa “lela”, como la nombraba con cariño, se había encargado de criarlo. Después de que sus padres lo desconocieran por su preferencia sexual, su abuela lo había acogido de forma definitiva en su casa, y aún vivía allí. Desde entonces, Andrea se le había pegado como una lapa. Él le tenía un cariño especial, era como la hermana que no le dieron sus padres, pero mucho mejor, ya que su afecto no era obligado, sino sincero y espontáneo.

Llegaron al grupo de mesas y Gabriel saludó a los compañeros que se encontraban dispersos, charlando y bebiendo. Estrechó unas cuantas manos y repartió unos pocos besos. Saludo a Sergio con una inclinación de cabeza, y éste le devolvió el gesto con el ceño fruncido.

—Para mí que a Sergio le gustas —murmuró Andrea en su oído.

—¿Yo? ¡Estás loca! —se quejó, arrugando la nariz y simulando un escalofrío.

—Sí, mi sexto sentido nunca se equivoca.

—Pero si ni me soporta. Además, detesta a los homosexuales.

—Pura pantalla —insistió Andrea—. Seguro que tiene un severo caso de closet y es demasiado orgulloso para reconocerlo. Siempre está pendiente de ti en clases y, luego, contraataca con comentarios sarcásticos para que no se le note el interés. No es así con los otros gay de la carrera.

—¡Eeww! Deja de pasarte películas, a todo color y con final rosa, por favor. Haces que me dé escalofríos de tan solo imaginar que pueda ser cierto. —Se froto los brazos de forma exagerada y ella comenzó a reírse.

Sergio había dejado bien claro, desde el primer día de clase, que a él no le gustaba estrechar la mano de “maricones” como Gabriel. Y ni pensar en saludarlos con un beso en la mejilla, como estaba tan de moda entre los estudiantes universitarios. «*A mí eso de los besos me suena a maricones*», había proclamado en aquella ocasión.

Varios de los homosexuales de la carrera habían saltado ofendidos, y contestaron a su réplica con unos cuantos insultos hacia los heterosexuales hipócritas y de mente cerrada. Pero Gabriel se mantuvo al margen, esa era su opinión y se hallaba en su derecho de estar en contra de lo que desconocía o le asustaba. Mientras no lo lastimara, ni hiriese a nadie por causa de su mente estrecha, a Gabriel le era totalmente indiferente lo que pensara de él.

Después de aquel incidente, no habían ocurrido otros similares. Los “de su condición”, como había comenzado a llamarlos para no levantar más polémicas, decidieron ignorarlo. Y se logró una convivencia civilizada, casi cordial, entre los compañeros de la carrera. Aunque, a veces, rallara en lo tensa.

Gabriel se acordó del regalo que traía guardado, así que lo sacó de su bolsillo y lo dejó junto al montón que ya había en el centro de las mesas. Andrea le convidó de su trago mientras esperaban que apareciera el mesero y lo atendiera.

—Y bien, ¿piensas declararte? —insinuó su amiga, apuntando con un gesto de cabeza hacia la pista de baile, donde aún se encontraba bailando Juan.

—¡Yo! ¿Qué?... —se quejó él, entre toses. Su compañera había soltado la pregunta en su oído, sorprendiéndolo y provocando que se atragantara con la bebida.

—¡Por Dios, si es que te pasas de tímido! Han estado todo el semestre lanzándose miraditas. De lejos se nota que le gustas.

—Es idea tuya. De todos modos, él nunca ha dicho que sea gay. Si de verdad le gustara, me habría hablado, todos en la facultad saben que lo soy.

—A lo mejor es extremadamente tímido.

—¿Con ese cuerpo?! Mide casi dos metros y está sobrado de músculos. Podría voltear a cualquiera que intente ofenderlo.

—Puede que no haya salido del closet —trató de justificar Andrea.

—¡Un caso de armario!, peor aún. Mejor toma tu trago... La falta de alcohol está sacando tu personalidad entrometida y casamentera. Cada vez te pareces más a mi lela, y yo te prefiero chispeante y medio tonta. —Gabriel le devolvió el vaso y su amiga lo recibió haciendo un puchero con los labios.

—Para que lo sepas —se defendió la muchacha—, yo admiro mucho a tu lela Lucia. No cualquier abuela le anda buscando novios a su nieto.

—Pero hay que reconocer que mete mucho la pata —dijo Gabriel riendo

—Sí —coincidió Andrea, entre risas—. ¿Te acuerdas de cuando acosó a aquel instructor de aerobics que le daba clases los sábados en el Centro del Adulto Mayor?

—Ella aseguraba que era gay sólo porque tenía el trasero demasiado levantado.

—Y tenía razón, pero el pobre no encontraba la manera de sacársela de encima para que no se enteraran los ancianos y terminara perdiendo su trabajo.

—Mi abuela se las hizo pasar verdes al pobre. Cada vez que tenían un descanso de las sesiones, se pegaba a su costado para tratar de concertarnos una cita.

—Y, cuando íbamos a buscarla al centro, inventaba cualquier excusa para dejarlos solos a ver si conectaban.

—Tenía sólo diecisiete años. Era demasiado tímido y él varios años mayor que yo.

—Pero bien que se te quitó la timidez unos meses después —se rió con malicia Andrea, picoteándole las costillas con uno de sus dedos.

Gabriel se sonrojó al recordar aquel tiempo y al protagonista de sus primeras experiencias sexuales. Continuaron riendo por varios minutos, rememorando todos los intentos de de su abuela por emparejarlo, cuando la voz profunda de Juan cortó de inmediato su risa y lo estremeció. No se había dado cuenta en qué momento se acercó a las mesas y, mucho menos, cuando se había colocado entre ambos. Estaba en cuclillas, en medio de las dos sillas, con su brazo afirmado en el

respaldo de la silla de Gabriel y su mano a escasos centímetros de su cuello, irradiando calor. Su rostro enrojeció de inmediato. Solamente esperaba que, con la escasa iluminación del lugar, no se notase demasiado. Mientras, Andrea lo miraba con los ojos brillantes y su característica sonrisa pícaro.

—Hola, Gabriel, pensé que ya no venías —lo saludo Juan, con su cabeza ladeada y una sonrisa en sus labios.

—Emm... No pude desocuparme antes —respondió bastante nervioso. El rostro de su compañero estaba a escasos centímetros del suyo y podía saborear su aliento a cerveza.

—Me alegro de que hayas podido venir —dijo, ampliando su sonrisa—. ¿Están bebiendo? —preguntó a ambos—. Les traigo unas copas de la barra si quieren. Voy para allá.

Gabriel iba decir que no, pero no le salió el habla. Estaba absorto: apreciando sus ojos marrones, que brillaban con las luces del antro; las pestañas negras espesas; la cicatriz en el mentón que tanto le intrigaba; y aquella nariz, que pese a tener el tabique levantado e incluso estar un poco chueca, le parecía más que perfecta. Andrea lo sacó de ensoñación contestando por él.

—Gabriel aún no ha tomado nada.

—¿Te pido algo, entonces?

Su rostro estaba muy cerca y lo observaba de manera intensa, con una sonrisa en los labios que a Gabriel se le antojó coqueta. El chico notó la garganta seca y no quiso hablar, tenía miedo de tartamudear y quedar en ridículo frente al objeto de todas sus fantasías. Había pasado muchas noches soñando con él y pensando en su cara mientras se complacía a sí mismo. Ese recuerdo lo hizo sonrojar aún más.

—Un sexo en la playa —interrumpió Andrea, guiñándole un ojo a Juan y apuntando a su amigo—. Mira que aquí mi socio anda un poquito falto de eso. — Gabriel estuvo punto de ahogarse con su propia saliva y la miró echando chispas por los ojos.

—Un mojito nada más —respondió, mientras rezaba para que su voz no revelase la vergüenza que sentía.

—Un mojito, entonces. —Sonrió y le guiñó un ojo antes de enderezarse y dirigirse hacia la barra. Gabriel lo escuchó reírse en voz alta mientras caminaba. Se enrojeció por completo y miró a su amiga con ganas de estrangularla.

—¡Te pasaste, yegua! —la acusó molesto. Andrea se encontraba radiante de felicidad, con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Yegua?... ¡Ah, no! No te me pongas cola* a estas alturas de la vida, Gaby — se burlo su amiga, ignorando la vergüenza del chico. Éste hizo un ademán femenino con la mano, y se cruzó de brazos frunciendo el ceño—. Además, estabas petrificado en tu asiento, embobado. Contemplándolo con una cara igualita a la que tiene la estatua de la virgen María con el niño Jesús que hay en la parroquia... ¿Viste como te coqueteó? “*Pensé que no venías*”, “*me alegra que pudieras venir*” —repitió Andrea, imitando la voz de Juan—. ¡Acaba de coquetear contigo, Gabriel!

Su amiga lo miró expectante, él sólo se encogió de hombros. Sí que había visto la chispa de interés en los ojos del moreno, pero llevaba tanto tiempo esperando por una oportunidad que creía que lo mejor era no hacerse demasiadas ilusiones.

**colepato o cola* se le dice a los homosexuales afeminados o que se visten de forma llamativa.*

A Gabriel no le habían faltado conquistas desde que entró en la universidad, y sabía utilizar muy bien su buena apariencia para ligar cuando quería. Tenía los ojos pardos y el cabello castaño claro y un cuerpo nada despreciable. Su abuela había insistido en apuntarlo con ella en todas las disciplinas aeróbicas que se ofrecían en la sede del adulto mayor. Y, como Andrea siempre se encompinchaba* con ella, terminaba siendo arrastrando todo el tiempo por ambas mujeres. Habían comenzado con aerobics, seguido con aerobox, spinning y, ahora, andaban con la fiebre del zumba. No podía quejarse, su cuerpo se mantenía bastante tonificado y sin demasiados músculos.

**encompinchaba* se unen para idear alguna treta*

—Aquí tienes. —Juan había vuelto al grupo de mesas sin que Gabriel se diera cuenta, por eso soltó un respingo cuando éste se inclinó para dejar su trago sobre la mesa frente a él. Su aliento cálido le rozó una oreja, al enderezarse para pararse a su lado, y Gabriel se estremeció.

Había traído también otra copa para Andrea. Ambos se lo agradecieron y tomaron sus tragos. De nuevo, Gabriel vio aquel brillo en los ojos de su amigo. «*No pueden ser imaginaciones mías*», pensó, mientras el otro seguía mirándolo desde su asiento.

Juan era un misterio para Gabriel. Sabía por una conversación que escuchó de una de sus compañeras que se había trasladado desde Antofagasta a la ciudad de Concepción, a principios de este año, pero no se había inscrito en la carrera hasta comenzar el segundo semestre. En todo el tiempo que llevaban siendo compañeros, apenas intercambiaron unos pocos saludos.

Gabriel había sentido un flechazo por él moreno el primer día de clases, al verlo sentado en su pupitre, perdido en sus pensamientos, y contemplando absorto como el viento y la lluvia azotaban los árboles de fuera de la ventana. Se había sentido cohibido cuando su nuevo compañero se percató de que lo observaba con

evidente interés; y sonrojado, apresuró el paso para llegar a su asiento. Durante toda la clase, intentó no mirarlo por miedo a encontrar desprecio o asco en aquellos ojos penetrantes.

Durante todo el semestre, se habían robado miradas, pero no hablaron. No coincidían en todas las clases y, debido al trabajo de Gabriel, tenía que marcharse en cuanto éstas terminaban para cumplir con su horario. Así había pasado medio año sin avances por su parte, y menos del moreno.

—ando... Que te ha estado mirando todo el rato —le hizo notar Andrea, pegándole un codazo en las costillas para que la tomara en cuenta. Se había perdido en sus pensamientos y no escuchó nada de lo que le dijo.

—Eso parece —respondió sin demasiada confianza.

—Anda, sácalo a bailar —lo animó su amiga, jalando su brazo y sacudiéndolo en su silla.

—¿Qué?... ¡No!... —Gabriel se soltó y volvió a beber de su trago.

—¡Eres una mierda cobarde, Gaby! —lo regañó la muchacha—. Esta es tu oportunidad. La semana que viene empiezan los certámenes; después comienzan las vacaciones de verano; y el año que viene estaremos todos enfocados en nuestra tesis. Tendremos suerte si contactamos con alguien del grupo alguna vez.

Andrea tenía razón. En pocas semanas, acabaría el semestre y, después, cada uno tomaría su camino y no volvería a verle. Se sentía particularmente tímido respecto a Juan, no había sabido como acercársele en todo el semestre. Esa era la primera vez que éste parecía tan interesado y sociable con él, y eso lo tenía un poco perturbado.

Gabriel observó al objeto de sus deseos, que le sostuvo la mirada por varios segundos, provocando que se acobardara y bajara la suya. Andrea seguía dándole jalones en el brazo, mientras le soltaba una sarta de groserías al oído para espabilarlo. El murmullo y las risas de la mesa se detuvieron cuando Nicol, otra de las compañeras de la carrera, se levantó de su asiento, callando a todos para hacerse escuchar. Gabriel se sintió aliviado de no tener que seguir soportando las insistencias de su amiga, y puso atención a lo que la muchacha quería decir.

—Estoy muy contenta de que todos pudieran venir —gritó por encima del ruido de la música—. Quiero brindar por este veinticuatro de diciembre y desearles unas felices pascuas. Espero que mañana pasen las navidades junto a sus familias. Y que encuentren el arbolito lleno de regalos para ustedes. —Los demás rieron y levantaron sus copas, brindando con saludos similares.

Gabriel bajó los ojos. Esa fecha siempre le recordaba que sus padres seguían pretendiendo que sólo se tenían a ellos mismos, y preferían celebrar con sus amigos más cercanos, antes que con su hijo y madre. Andrea le acarició el brazo y Gabriel levantó el rostro para mirarla. Le besó la mejilla y su amiga se abrazó a su cuello.

—Feliz Navidad, Gabriel —le susurró al oído.

—Feliz navidad, flaca apestosa.

Entre ella y su abuela, se habían encargado de que no sintiera la ausencia de sus padres. No habían estado presentes en toda su niñez, así que casi nunca los echaba en falta. Pero, en esas fechas, era cuando más se daba cuenta de lo abandonado que lo dejaron. Le dio otro beso en la mejilla a su amiga del alma y ambos chocaron sus copas.

Gabriel miró a Juan que se encontraba con una expresión igual de triste en su rostro. De seguro extrañaba a su familia, y lo más probable era que regresara con ellos para las vacaciones de verano. De pronto, tomó conciencia de que, al retornar a su ciudad natal, había una posibilidad de que jamás volviera a verlo, ya que podía quedarse allí ejerciendo su carrera. En realidad, no sabía nada de su vida, ni de sus planes de futuro.

—Este es nuestro último año de carrera —continuó Nicol—. Estoy muy feliz de haberos conocido y haber compartido con ustedes todos estos años. —Varios de los presentes gritaron su acuerdo sobre el bullicio. Sé que hemos tenido nuestras diferencias. Algunos más que otros... —Varios de los ojos se posaron de inmediato en Sergio. Este levantó su cerveza y brindó.

—¡Yo también los echaré de menos, pendejos!... Incluso a los maricones. —Los chillidos y las protestas no se hicieron esperar. Él se encogió de hombros y siguió bebiendo su cerveza como si nada.

A Gabriel aquello le hizo mucha gracia. No podía esperarse menos del homofóbico del grupo, pero el comentario de que los iba a extrañar a todos, incluso a los “maricones”, había estado exento de sarcasmo. Al parecer, los milagros de Navidad sí existían. Entonces, sintió un irrefrenable impulso de reírse. Comenzó a carcajearse y todos los presentes detuvieron sus conversaciones para mirarlo extrañados. No podía parar. Se secó las lágrimas de los ojos y levantó su copa en alto.

—Nosotros los maricones también te extrañaremos, Rey —dijo Gabriel, lanzándole un beso.

Todos los presentes comenzaron a reírse y a lanzar besos en dirección a su compañero. El aludido se puso rojo y se hundió un poco en su silla. Después de

unos minutos, comenzó a carcajearse también y a chocar su botella de cerveza con todo aquel que le ofrecía un brindis.

—¡Es hora de abrir los regalos del amigo secreto! —gritó emocionada Nicol. Todas las chicas, igual de emocionadas, comenzaron a tomarlos del montón y a repartirlos. Sergio recibió el suyo. Se veía sorprendido, tanteó la caja y miró a Gabriel.

Aunque los paquetes sólo llevaban puesto el nombre del amigo secreto y no de quién lo había regalado, él había llegado de último y todos los que estaban en las mesas lo vieron colocar el suyo. Su compañero abrió el pequeño paquete con disimulo y lo guardó de inmediato en su bolsillo. Tomó su botella de cerveza y se centró en ella.

Recibió el suyo de manos de una de las muchachas: era mediano y muy liviano. Antes de abrirlo, ya sabía que se trataba de algún muñeco de felpa. Al desenvolverlo, comprobó que así era. Era un pequeño oso de peluche, con un gran corazón en el pecho donde se leía “I love”, adornado con una cinta roja alrededor de su cuello.

—Es muy mono —dijo su amiga con su paquete en las manos.

—¿Tú que recibiste?

—Un florero de vidrio —respondió la muchacha decepcionada. Sacando de su caja el objeto para mostrarlo.

—El diseño es muy bonito.

—Sí, y muy poco original. Seguro que es de alguno de los muchachos. Los hombres nunca saben hacer buenos regalos.

—Yo siempre te hago buenos regalos —protestó Gabriel, exagerando un puchero—. ¿O es que acaso has estado fingiendo tu entusiasmo todos estos años?

—Tú eres una excepción a la norma. Incluso sería feliz si me regalaras ese oso barato esta Navidad.

Él se rió ante la cara de cachorrito que puso su amiga. Apretó el oso a su pecho, alegando que era suyo y de nadie más, y se percató de que tenía una dureza anormal. Lo miró con detenimiento y se dio cuenta de que llevaba algo brillante escondido bajo el lazo del cuello. Desenvolvió el lazo y encontró una pequeña bolsita transparente amarrada a la cinta. En el interior, había una llave y una pequeña nota.

—¿Qué es eso?

—Una llave.

—Eso ya lo sé —indicó Andrea, poniendo los ojos en blanco—. ¿Pero de qué es?

—No lo sé.

—Trae una nota... ¡Lee la nota! —apuró la muchacha.

Abrió la pequeña bolsa y vació su contenido. Observó la llave para ver si la reconocía de alguna parte, pero no le era familiar. Desdobló la nota y la leyó en silencio. La letra era clara, pero no elegante. Lo más probable era que no perteneciera a ninguna de las chicas.

—¿Qué dice? —insistió ella, arrebatándole el papel de las manos. Se pegó a su amigo y la leyó en un volumen que solo ellos pudieran escuchar.

“Pasada la media noche:

Paicaví #1080, depto. N°103

Te espero, J”.

Ambos se quedaron mirando el mensaje sin decir nada. Volvieron a leerlo, ahora en silencio. Andrea fue la primera en hablar.

—¿Crees que sea de Juan? Firma con una J.

—No lo sé. ¿Por qué haría algo así? Estamos en el mismo lugar, podría hablarme si quisiera invitarme a algún sitio.

Ambos miraron al posible responsable de la nota. Juan se encontraba charlando y riendo con varios de los compañeros. Gabriel volvió repasar la nota, le parecía de lo más extraña. ¿Y la dirección? Tampoco la conocía. Guardó la llave junto con el papel en el bolsillo de su chaqueta y bebió de su trago.

—¿Qué vas a hacer? ¿Vas a ir?

—¿Estás loca? ¡Puede ser cualquiera! Me parece una treta ridícula.

—Yo la encuentro súper romántica —opinó Andrea, aún emocionada—. Pero tienes razón, puede ser cualquiera.

Ambos repasaron la lista de compañeros que comenzaban con esa letra: había dos Juan, un Joaquín, Jordan, Joel y una Johana. Pero todos sabían que era gay, así que era imposible que fuera Johana. Descartaron a más candidatos. De los seis, solo dos eran gay, y ambos tenían pareja. Sólo quedaba Juan, quien jamás se había acercado a Gabriel con intenciones de ligar, ni tampoco había dado señal alguna de que fuera gay. Al menos hasta esa noche. Juan seguía siendo un misterio para él, al igual que la nota.

Gabriel no quiso aventurar nada más sobre el mensaje, se concentró en su trago y participó de las conversaciones amenas que sostenían sus compañeros de carrera. De vez en cuando, desviaba la vista hacia donde se encontraba el objeto de su deseo, pero éste seguía sin mirarlo y conversaba animado con unas chicas de la facultad.

De pronto, Juan se levantó de su asiento y comenzó a despedirse del grupo de compañeros. Gabriel se alarmó. Si éste se iba, perdería su oportunidad de ligar con él y, en la universidad, sabía que no se atrevería a hablarle. Su compañero se acercó a ellos y se despidió de Andrea con un beso en la mejilla. Apretó el hombro de Gabriel y mantuvo ahí su mano.

—¿Ya te vas? —preguntó Andrea decepcionada.

—Sí. Tengo algo importante que hacer. —Acarició de forma casual el cuello de Gabriel con uno de sus dedos, provocándole un hormigueo que le recorrió la nuca y bajó por su espalda—. Adiós, Gabriel... Nos vemos luego —se despidió con un extraño brillo en los ojos.

Antes de marcharse, observó el pequeño oso que se encontraba sobre la mesa con el lazo desecho. Sonrió de forma disimulada y volvió a despedirse.

—Nos vemos luego —le dijo a Gabriel, esta vez con una sonrisa en sus labios.

Tanto Gabriel como Andrea se quedaron mirando su espalda hasta que desapareció tras las puertas de la discoteca. El pecho de Gabriel se sintió apesadumbrado. Se había ido... se había marchado del local y no lo vería hasta la semana entrante.

—¡Es él! —gritó Andrea en su oído, sacudiéndole el brazo. Gabriel se asustó, y dio un respingo.

—¡Cresta, Andi!, no seas chillona. Casi me rompes el tímpano.

—Lo viste, es él... —Sacudió su brazo emocionada—. ¡Es él, es él!... Juan tiene que haber dejado la nota... Viste como miraba el oso. Y el tono con el que volvió a repetir “nos vemos luego”. Esta más que claro que se estaba insinuando... ¡Sí, sí, sí!... —chilló alzando los brazos al aire y haciendo un bailecito feliz—. Alguien va a tener su “noche buena” esta Navidad. —Comenzó a cantar un villancico. Repitiendo las palabras navidad y noche buena a cada momento.

—Ya córtala, que te ves ridícula. —Ella le sacó la lengua y continuó cantando y bailando. No pudo evitar reírse y terminó siguiéndole el juego. Pronto todos los alumnos reunidos en las mesas estaban cantando villancicos similares.

—¿Qué hora es? —preguntó de sopetón Andrea, interrumpiendo su canto.

—Las doce con quince —respondió revisando su celular.

—Ya son pasadas las doce, tienes que ir, Juan te está esperando —lo animó empujándolo de la silla.

Gabriel se sacó las manos de su amiga y la obligó a quedarse quieta. Había visto segundas intenciones en los gestos y comentarios de Juan, pero tenía miedo de hacerse ilusiones. Sabía que no le sentaría bien la desilusión, si al final resultaba que no era él quien lo esperaba en esa dirección.

—No lo sé, me sigue pareciendo muy infantil. ¿Y si no es Juan? O peor aún, ¿qué si es algún enfermo y me cita sólo para lastimarme? —La idea lo hizo estremecer. No se había planteado antes esa posibilidad, pero bien podía ocurrir.

—Tienes razón —dijo Andrea agarrándolo del brazo—, por eso voy a ir contigo. Pásame la dirección.

—¿Qué?! —gritó Gabriel

—El papel con la dirección —lo apuró extendiendo la palma de la mano—, quiero ver dónde está. No nos vamos a quedar con la duda... ¡Yo no me voy a quedar con la duda!

Gabriel titubeó, pero igual le entregó la nota. Andrea lo desdobló de inmediato y anotó la dirección en la aplicación “Mapas” de su celular.

—No está muy lejos de aquí, sólo a unas cuantas cuerdas de la diagonal. Vamos. —Ella se levantó de la silla y se puso la chaqueta. Agarró su cartera y lo apuró—. Llegaste en bus, ¿cierto?

—Obvio. Sabes que mi abuela no me deja conducir cuando salgo a beber.

—Bien, te llevo en mi coche. —Andrea ya se encaminaba a la salida, pero Gabriel la detuvo.

—Espera, ¿y si no es él? —El miedo a que fuera una trampa de alguien para herirlo le vino de golpe—. ¿Y solo me citan para hacerme daño?

—¡No seas paranoico! ¿Quién va a querer hacerte algo? ¿Sergio? Pero si está bien borracho, lanzándole los tejos a Nicol. —Gabriel miró a su compañero, quien se encontraba bien pasado en copas. Nicol trataba de sacárselo de encima e ignoraba todos sus avances—. De todos modos, en caso de cualquier cosa, llamamos a los pacos*. —Lo agarró del brazo y lo arrastró con ella a la salida.

**pacos* gerga popular para referirse a los Carabineros de Chile*

Una vez en el vehículo, se colocaron los cinturones de seguridad y Andrea encendió el coche. Se fue todo el trayecto murmurando la dirección de la nota mientras conducía. Gabriel estaba con el corazón en la mano de lo ansioso que se sentía, sus nervios comenzaban a traicionarlo, y estuvo a punto de pedirle a su amiga que se olvidaran del asunto y volvieran a la discoteca.

—Esos son los departamentos. —Apuntó con la cabeza—. 1075... 1079... 1080. ¡Ese es! —Detuvo el vehículo muy cerca del apartamento mencionado y se bajó.

La imitó, aún inseguro. Receloso de lo que encontrarían al entrar al edificio. En el inmueble, se apreciaban varias luces encendidas. Era temprano. Las familias ya debían estar cenando o abriendo los regalos de navidad. Andrea entró y él la siguió. El recibidor se encontraba a medio iluminar y no vieron a nadie, ni siquiera al portero. Revisaron la distribución de los departamentos, y enseguida encontraron el departamento 103. Estaba en el quinto piso, así que se encaminaron directo al ascensor. Mientras subían, los nervios de Gabriel volvieron a jugarle una mala pasada. Andrea tarareaba el villancico que había estado cantando en la discoteca, alterando aún más sus nervios. Encontraron la puerta del departamento y el chico sacó su llave para ver si coincidía con la cerradura.

—Espera. —Andrea lo detuvo antes, sacó su teléfono de su cartera y tecleó el 133, sin presionar la tecla de llamada—. Mejor estar prevenidos. —Gabriel asintió y encajó la llave en la cerradura, giró la manija y ésta se abrió de inmediato. Ambos se miraron antes de atreverse a entrar.

El departamento era pequeño, de solo dos ambientes. Andrea le hizo notar la cinta roja que se extendía por todo el piso hasta llegar a una habitación a medio iluminar. La puerta de lo que probablemente fuera el dormitorio, estaba entreabierta. Por lo que no podían distinguir si había alguien dentro, ni de quién se trataba. Ella lo agarró del brazo. Gabriel notó que la muchacha temblaba un poco.

—Ya estamos aquí, ¿no? —Trató de infundirle un valor que no tenía. Se encontraba igual de temeroso y aprensivo.

Habían llegado hasta allí y Gabriel no iba a dar marcha atrás, ni irse sin conocer al misterioso responsable del regalo del amigo secreto. Avanzó con Andrea pegada al costado, que llevaba el teléfono en alto, como si de un arma se tratase, dispuesta presionar el número de Carabineros en cuanto viera el peligro. Llegaron a la puerta del dormitorio, Gabriel la empujó para que se abriera sola.

—¡Oh, mi Dios! —gritó la chica, soltando el teléfono y tapándose la cara con las dos manos. Él no pudo ni hablar, permaneció con la boca abierta en estado de shock por lo que estaba viendo.

Dentro de la habitación, en el centro de la cama, se encontraba Juan: totalmente desnudo, con una enorme cinta de regalo envuelta alrededor de su pene y un gorrito de santa en la cabeza.

—¡Oh, mi Dios!... ¡Oh, mi Dios! —continuó carcajeándose, mientras se tapaba la cara y miraba su cuerpo desnudo por el medio de los dedos.

—¡Oh, mi Dios! —repitió entre risas, cuando por fin pudo encontrar su voz.

Juan se veía incomodo y un poco molesto. Se enderezó murmurando que se taparía y acercó uno de los cojines a su entrepierna.

—¡NO! —gritaron ambos, se miraron y rieron de nuevo. Juan se acomodó en la cabecera, no se tapó, pero tampoco mejoró el ceño.

—Yo mejor me voy —dijo ella, recogiendo su celular del suelo—. Disculpa Juan, no quise mirar, igual no me arrepiento. —Siguió riéndose mientras guardaba el móvil en el bolso y se despedía de Gabriel—. Creo que volveré al Havana Club para aceptar la invitación de Patricio. Pienso llevármelo derechito a un Motel —añadió aún riendo—. Adiós.

Gabriel permaneció mirando al hombre desnudo en medio de la cama matrimonial. Andrea les gritó desde la puerta:

—Parece que más de alguien tendrá su noche buena esta navidad, jajaja. —La puerta se cerró y los chicos continuaron mirándose sin decir nada.

—¿Por qué? —preguntó Gabriel rompiendo el silencio.

—¿Por qué, qué?

—Esto —dijo, apuntándolo y abarcando la habitación iluminada sólo por la luz de las velas, a la botella en la mesita de noche junto a las dos copas, y a la enorme cinta cubriendo el miembro de Juan.

—Tenía que jugármela —se justificó, encogiéndose de hombros.

—¿Por qué ahora? ¿Por qué nunca me hablaste? —Juan se rascó la cabeza y se acomodó el gorrito de Santa Claus en ella.

—Tenía mis reservas con respecto a ti —confesó, y Gabriel levantó una ceja—. Prejuicios tontos, no he tenido muy buenas experiencias con chicos que se ven como tú. Son tan volubles. Al menos donde yo crecí. Se movían en dirección a quién les prestaba mayor atención y le ofrecía mejores regalos. —El otro se cruzó de brazos, iba a protestar por esa idea preconcebida hacía los chicos con buen aspecto, pero el moreno continuó—: Sé que tú no eres así. Llevo varios meses observándote. Eres amable y cariñoso con todos, no alardeas de tu buena apariencia, ni de tus conquistas. Incluso Sergio está interesado en ti, aunque se declare hetero.

—¿Tú también?! —Gabriel resopló—. Andrea insiste en lo mismo. ¡Que yo no le gusto a Sergio! Él me odia.

—Sí le gustas. Reconozco a un gay reprimido en cuanto lo veo. Y ese chico tiene un severo caso de armario. Peor para él.

Juan acomodó su espalda en el cabecero de la cama, se inclinó hacia la mesita de noche y sirvió vino en ambas copas. Después, sujetó uno de los vasos y se lo ofreció.

—¿Y si no hubiese venido? —preguntó sin moverse de su sitio.

—Me hubiese congelado las bolas hasta la una de la madrugada —respondió con una sonrisa—. No, miento. Hubiese esperado hasta las dos, tú lo vales.

Gabriel se sonrojó y todo su pecho se calentó con el comentario. Avanzó hacia la cama, aún inseguro de si era todo real o lo estaba soñando. Escuchar del interés de Juan lo emocionaba y lo desconcertaba. Había estado pendiente de él todo este tiempo, y recién ahora se atrevía a jugársela. Estiró el vaso para tomar la copa ofrecida, pero Juan lo esquivó. Se acercó la copa de vino a los labios y bebió de ella. Luego, derramó un poco del líquido rojo sobre su pecho, mirándolo con un brillo de malicia en sus ojos.

—Estás demasiado vestido para apreciar el sabor de este buen vino —dijo con una sonrisa seductora en los labios—, sácate esa ropa. Todavía tienes que desenvolver tu regalo del amigo secreto —Gabriel se rió. Se quitó su chaqueta y la dejó sobre la silla que estaba cerca de la cama.

—Pensé que el oso era mi regalo —comentó mientras se desabrochaba la camisa.

—Tu verdadero regalo está bien envuelto —Juan le guiñó el ojo y bajó la mirada a su cubierta erección. La punta colorada de su pene se apreciaba por entre las cintas.

Se lamió los labios, impaciente por desenvolver aquel lazo y probar lo que se ocultaba debajo. Se apuró en desvestirse, ante la atenta mirada del moreno. Cuando estuvo desnudo, se acercó otra vez a la cama y se subió a ella. Juan se abrió de piernas, dándole un espacio para que se acomodara.

Gabriel permaneció sentado sobre sus talones, sin avanzar, mirando aquel cuerpo soñado. Acarició tímido, con ambas manos, las piernas gruesas y llenas de músculos. Subió con la yema de sus dedos, acariciando los bellos negros, delineando los muslos. Reprimió su impaciencia y su deseo de tirar de la cinta y llegar a su premio. Dispuesto a saborear el momento, a guardar cada detalle en su memoria. Cuando sus palmas llegaron a la entrepierna, Juan las apartó. Las sujetó con sus manos grandes y las colocó sobre su pecho, agarró su rostro y lo besó en los labios.

Saboreó el beso que esperaba fuera el primero de muchos. Su paladar se llenó del sabor del licor que su compañero había bebido momentos antes. Chupo la lengua que le salió al camino y la mordió. Juan gimió en su boca, profundizando el beso. Las manos de Gabriel se hundieron en el pecho firme, tratando de sostenerse. La intensidad de aquel contacto lo tenía flotando en una nube de dicha. De pronto, el moreno se separó, dejando los labios de Gabriel húmedos y necesitados, quien intentó seguirlo para reclamar otra vez su boca, pero Juan le rehuyó. Se recostó sobre los cojines y le ofreció el vaso de vino.

—Por una Feliz Navidad... —brindó, sosteniendo su copa en la otra mano—. Y porque hayan muchas como estas.

Gabriel tomó el vaso y chocó su copa con la de Juan. Se sostuvieron la mirada mientras bebían. El corazón le latía acelerado en el pecho, emocionado con la promesa de pasar más navidades juntos. El moreno se había colado profundo en su corazón desde el primer momento en que contempló sus ojos perdidos en sus pensamientos y su rostro tan masculino. Dejó la copa en la mesita de noche, no quería perder más tiempo. Juan lo imitó. Atacó su boca, con fervor y necesidad, siendo correspondió de igual manera.

Acarició con sus labios la barbilla del moreno. Besó y chupó las mejillas recién afeitadas, lamió la cicatriz rosa y suave del mentón. Su amante suspiró y gimió. Bajó por el cuello y dejó que su lengua explorara a sus anchas. No había prisa. Lo deseaba sí, había soñado con el moreno muchas veces, imaginando su cuerpo, el sabor de sus labios, pero ese momento era especial, irrepetible. Lo alargaría y lo conservaría por siempre en el lugar máspreciado de su memoria.

Llegó hasta su pecho y chupó los pezones ya erectos por el frío de la habitación. Juan gemía y le acariciaba la espalda, tratando de llegar a sus nalgas. Gabriel mordió el pezón en su boca para que se mantuviera quieto. Su compañero gruñó y se recostó en la cama, dejándolo explorar a su antojo. Bajo el pectoral izquierdo, encontró más cicatrices, y también en el costado derecho de su vientre. Las besó y lamió. Todas eran diferentes en tamaño y grosor, rosadas y lisas, recuerdos de un pasado que él desconocía y le interesaba saber. Las contempló y acarició con los dedos, imaginando la infinidad de posibles razones por las que se encontraban allí. Inseguro de preguntar, pero ansioso de conocer todo sobre el hombre que sería su amante.

—Son feas, ¿cierto? —declaró el moreno—. Aunque ya no se notan tanto, ha pasado mucho tiempo desde que me las hicieron.

—¿Te asaltaron?! —preguntó preocupado.

—No. Solo son consecuencias de una vida desenfadada. De un tiempo en que no fui yo mismo... Y me rodee de gente que no me convenía. —Juan recorrió con sus dedos las marcas en su cuerpo. Gabriel notó que había más cicatrices en ambos brazos. Su corazón se oprimió al ver esa cara apesadumbrada, mientras le revelaba una parte de su pasado. Se enderezó y lo besó tiernamente en los labios, intentando consolar su alma y aliviar su antigua pena.

Él había visto muchos casos similares mientras crecía. Antiguos compañeros de colegio e incluso vecinos de su niñez, que optaban por el camino más fácil, convirtiéndose en delincuentes, haciendo daño a la gente que los quería y se preocupaba por ellos. Éstos habían malgastado gran parte de su juventud entrando y saliendo de reformatorios, o de la cárcel. En el peor de los casos, perdieron sus vidas en riñas de pandillas y tiroteos con los Carabineros. El corazón de Gabriel se llenó de orgullo y su estima por el moreno creció. Juan había dejado de lado las tentaciones de una vida sin límites ni control, y había encauzado su vida para estudiar una carrera. Gracias a eso, ambos se habían conocido.

—No son feas, son marcas de superación. —Su amante sonrió y la expresión seria en su rostro desapareció. A sus ojos había vuelto aquella chispa del comienzo y su sonrisa se hizo ancha.

—¿A qué esperas para desenvolver tu regalo? —lo animó. Gabriel miró el inmenso moño, sonrió y bajó sus manos hasta la entrepierna de Juan, mientras el moreno lo miraba expectante.

Tomó ambos extremos de la cinta y tiró de ella. Después, abrió ampliamente los ojos cuando el miembro erecto de su amante se mostro ante él: era grande y grueso como lo había imaginado, pero no fue eso lo que más lo sorprendió, ya que éste se encontraba cubierta por lo que parecía ser una capa de chocolate. Levantó la vista para mirar a Juan, que tenía una enorme sonrisa en sus labios, y no pudo reprimir una carcajada porque el moreno lo sorprendía cada vez más.

—Es todo para ti, precioso —declaró Juan con un brillo lujurioso en sus ojos marrones. Gabriel se lamió los labios y se agachó para saborear su regalo.

—¿De menta?! —preguntó después de la primera lamida. El otro se encogió de hombros.

—Te escuché mencionarlo una vez. —Gabriel volvió a carcajearse.

—¡Tú de verdad me sorprendes!

—Espero hacerlo siempre. Anda ya, cómete tu regalo, que se está endureciendo en mi pene y empieza a incomodarme.

Bajó sonriendo hacia la erección. Lamió toda la envergadura, disfrutando del sabor de su chocolate favorito. Juan gemía y acariciaba su cabeza.

—Tienes que dejarlo bien limpio.

Gabriel obedeció, devorando con más ahincó todo el dulce, haciendo jadear a su amante con cada lamida y mordida sutil. Bajó hasta las bolas y las saboreó también. No estaban cubiertas del dulce, pero se moría por probarlas, así que no se contuvo. Subió de nuevo a recorrer el miembro de su amante, lamió todo el contorno y probó el líquido que salía de la punta.

Juan sujetó el rostro de Gabriel y lo elevó hasta que quedó tendido sobre su cuerpo. Lo besó con pasión, saboreando de sus labios el chocolate que se había embadurnado por todo el contorno. El chico fundió en el beso, acariciando, los hombros y pecho del moreno. Disfrutando del roce de su piel, contra la suya. Se movió sobre el cuerpo de Juan, rozando la evidencia de su excitación sobre la de su amante. El moreno le apretó el trasero con ambas manos y lo estrechó para que ambas erecciones se frotaran, segundos después le dio la vuelta y se puso encima. Se besaron por largo rato. Rozando su piel, deleitándose en el placer de los movimientos apasionados de sus cuerpos. Después, liberó su boca para coger una botella de lubricante y un paquete de condones del cajón de la mesita de noche.

—¡No puedo esperar más, te deseo! —Gabriel se lamió los labios y se abrió de piernas, impaciente por ser llenado por el moreno, quien sonrió complacido y destapó la botella para vaciar el líquido en sus dedos.

Volvió a besarlo, devorando su boca mientras lo preparaba. Su cuerpo respondía al estímulo y se abría con ganas a los dígitos invasores, a la espera del premio mayor. Cuando los sacó, Gabriel sintió la pérdida, pero no se quejó. Sus ojos contemplaban expectantes a su amante enfundarse con el condón. Levantó sus caderas y se ofreció al moreno. No quería ser tomado por la espalda, quería disfrutar de cada uno de sus gestos, y perderse en su mirada. Y así ocurrió, Gabriel fue llenado por el miembro de su compañero, con la mirada del moreno clavada en sus pupilas. Se besaron gimiendo, mientras sus cuerpos se fundían y eran uno solo.

Con cada estocada el corazón de Gabriel también se abría. Cada rincón era llenado por la presencia del moreno, al igual que su alma. Se sentía en casa, seguro por primera vez. La pasión aumentó y los movimientos de sus cuerpos también. Gritó el nombre de su amante, y éste grito el suyo cuando se corrieron. Permanecieron abrazados. Juan no se salió de su interior y él apreció el gesto. Aquella conexión lo hacía sentir importante y querido.

—Feliz Navidad —suspiró Juan en su oído.

—Feliz Navidad —repitió Gabriel

El moreno sonrió y lo besó. Se salió de su interior y se deshizo del condón. Se acomodó en la cama y lo atrajo hacia su pecho. Compartieron caricias, soñolientos y satisfechos. La noche era larga, aún quedaba muchas horas por disfrutar. Se acomodó en el amplio pecho y descansó su cabeza. Mecido en el ritmo del corazón de Juan, cerró los ojos y permitió que su cuerpo se relajara y repusiera energía.

De ninguna manera pensaba dormir, ya habría tiempo más adelante para el descanso y el sueño. El cuerpo firme y musculoso bajo suyo era su regalo, el regalo del “amigo secreto”. Y lo disfrutaría hasta que se asomaran los primeros rayos del sol por la ventana.



Sobre el Autor notas

Aurora Blue

Soy chilena, vivo muy cerca de la ciudad de Concepción. Mi afición por la literatura nació después de salir de la Enseñanza Media. Cuando comencé a trabajar y pude comprarme los libros que me interesaban, no los que me obligaban a leer en el colegio. Mis gustos en literatura son variados: van desde la comedia romántica, pasando por la literatura fantástica, paranormal y ciencia ficción, para terminar con la novela de suspense e intriga. Gran fan de Sir Arthur Conan Doyle

Mi afición por el romance BL comenzó con el yaoi, y casi de la mano le siguió la homoerótica. Se abrió mi caja de pandora y no dejé de imaginar un montón de situaciones en las que poner a los personajes de algún manga, o de mis novelas favoritas.

Tengo una imaginación hiperactiva jamás estoy pensando en una sola cosa. A veces cuando estoy escribiendo alguna historia, sin darme cuenta, abro otra página en blanco para comenzar con otra nueva que se me ha colado en la cabeza. Soy una gran creyente que: *“uno no busca las historias, son ellas las nos encuentran a nosotros”*, como le escuche decir a un autor, hace mucho tiempo. Y en mi caso, son los protagonistas de mis novelas los que se meten en mi cabeza, exigiendo que ponga manos al teclado y cuente sus historias.

Otra cosa que deben saber de mí: es que me apasiona la música y no hago nada sin ella martillándome los oídos. La necesito como respirar, sin ella mi mente se dispersaría, aun más, de lo que ya lo hace. Nunca en español, son las emociones en la melodía o en la fuerza con que las interpretan, lo que me inspira. Dependo mucho de ella para llenar de adrenalina mi sistema y lograr hacer fluir las historias en el papel.

Si quieres leer todo lo sale de esta mente pervertida, puedes seguirme en:
[http://www.wattpad.com/user/Aurora Blue](http://www.wattpad.com/user/Aurora%20Blue)

Milagro
Gabriel Evans



*Una
Sonrisa*
Para Navidad

"Una sonrisa para Navidad"
Derechos e-Book Milagro Gabriel Evans

Arte y Diseño de portada:
Minessa Nessa© Minessa Nessa Art&Photography - Ctrl FanFics
Todos los derechos reservados
©Edición Diciembre, 2014
@2014-12-25

La licencia de este relato corto me pertenece, por lo tanto si alguien lo quiere publicar en algún lugar, debe de tener mi permiso expreso. Por lo general siempre doy permiso cuando se trata de mis publicaciones de distribución gratuita, lo único que pido a cambio es que recuerden mencionar que es de mi autoría, mencionando el enlace a mi blog y mi correo electrónico.

Dedicado a...

He recibido tantas cosas buenas de parte de ustedes, mis amados lectores, que siento la necesidad de darles algo a cambio.

Humildemente les presento este pequeño relato, con el fin que ustedes recuerden que sus comentarios me han dado muchas razones para sonreír.

No puedo olvidarme de aquellos que compran mis libros, ustedes me impulsan a escribir, ya que cuando alguien insinúa que estoy perdiendo el tiempo, les muestro mi cuenta en paypal o la de payonner...ja...ja...ja...

En fin,

¡Feliz Navidad a todos!

Resumen

La vida le quito a Nicolás toda razón para sonreír. Tiene éxito como pintor, es joven y bien parecido, pero está totalmente solo después de que su pareja de vida muriera años atrás.

Un deseo de navidad, el que formulo más por llenar su tiempo que por que creyera que pudiera hacerse realidad, le trajo algo que no creyó posible. Una sonrisa para navidad.

Una Sonrisa Para Navidad

Tras el vidrio de la ventana Nicolás podía ver como las gotas de lluvia se estrellaban contra ella, el sonido era hipnótico y la vista era digna de ser llamada mágica. La luz del sol solo unos minutos antes terminaba de extinguirse tras el horizonte, en esa hora donde todavía la noche no reinaba y el día es solo era recuerdo. En ese momento el mundo presentaba un estado suspendido, como aguantar la respiración sabiendo que es solo capricho, así se sentía Nico, las ganas de llorar formaba un nudo en su garganta que al menos le recordaba que estaba vivo.

Un disco de acetato giraba mientras era acariciado por la aguja, la melodía era una canción que le era más que conocida. Casi esperaba sentir la calidez de unos brazos rodeándole, casi, ya que el pasado no acostumbraba regresar. Con las luces apagadas estaba de pie observando el mundo a través de la ventana, una copa de vino en la mano y un dolor acostumbrado estrujándole el corazón. A los veintidós años se era demasiado joven para cargar con tantos recuerdos, tantos pesares. Esa noche se sentía tan viejo que si se mirara en el espejo le sorprendería no encontrarse a un hombre de sesenta años en el reflejo. Quién diría que la vida pudiera ser tan cruel ensañándose con una sola persona.

Cansado de hacer el tonto con reflexiones inútiles, se apartó de la ventana para dejar la copa sobre la encimera. Tenía que terminar de colocar las luces del árbol, esa navidad él no estaría allí para acomodar la estrella, cosa que ocurría desde hacía tres años, así que todo el trabajo tendría que ser hecho por Nico. Dando un paso atrás observo su obra, de seguro a él le hubiera gustado ver la hermosa decoración. La navidad siempre había sido una de sus fiestas favoritas, al crecer con tantas carencias los había hecho más sensibles a esas pequeñas cosas.

Contento con la distribución de las luces en el árbol, termino de colocar un angelito que se negaba a quedarse en su lugar, los adornos eran preciosos. Alejándose dos pasos superviso que todo estuviera perfecto antes de ir por la

estrella. En una caja sobre la mesita de la sala estaba la joya más preciada, una vieja estrella que habían comprado juntos en su primera navidad como pareja. Siempre unidos, esa era su consigna, lo fue en el albergue para niños sin hogar, lo fue al escapar de mil casas de acogida solo para encontrarse otra vez. No eran hermanos, pero en su infancia se querían como si lo fueran, al crecer las hormonas hicieron el trabajo y los niños se convirtieron en adolescentes traviosos que acabaron probando maneras nuevas de jugar.

Al sostener la estrella entre sus manos no pudo evitar que un tropel de recuerdos le llegara en avalancha. Cuando el estigma de incorregibles ya pesaba sobre ellos, llegó Marieta, una señora entrada en años que quiso hacerse cargo de ese par de mocosos insufribles. Jamás hicieron mención de nada referente al cariño mutuo que se profesaban, no hubo preguntas de parte de la mujer y ellos por su lado se prometieron pagar el gesto portándose como dos hermanos mientras vivieran bajo su techo. Él había sido su único amante, después de su muerte perdió todo interés en el sexo, lo intentó una par de veces, pero al final no pudo evitar sentirse sucio.

A Nico le hubiera gustado reírse de su situación de muerto en vida, sino fuera porque perdió esa capacidad desde hace tiempo, la habría usado ahora. A sus veintidós años estaba demasiado joven para estar en un estado de soledad tan profundo. Usando una pequeña escalera que tenía prevista en una esquina, subió hasta quedar en la copa del coqueto árbol. La estrella se veía algo sobre utilizada, el cristal que antes fuera transparente, ahora tenía un cierto tono amarillejo que delataba su antigüedad. Podía haber cambiado muchas cosas en su vida, pero esa estrella era algo de lo que no se desharía fácilmente.

La estrella estaba colocada en su sitio reinando sobre las bonitas banalidades que colgaba del follaje verde del ciprés recién cortado. En la pequeña sala de su cabaña dejó que las titilantes luces bañaran su cuerpo delgado, la verdad es que había perdido kilos que no debía perder, pero en ocasiones solo el pintar lo mantenía cuerdo. Era demasiado cruel que lograra alcanzar el éxito cuando ya él no estaba allí para compartirlo, por eso sus cuentas bancarias estaba subutilizadas, solo en navidad gastaba en cosas sin sentido aparente.

Cansado por todo el ajetreo con la decoración, decidió que era el momento de irse a dormir con la esperanza de qué mañana sería otro día. El primer día del mes de diciembre y todo estaba justo en su lugar, las decoraciones sobre la chimenea, el árbol con sus luces, el adorno sobre la mesa, los cojines a tono con las fiestas, solo debía comprar unas cuentas cosillas y su refugio estaría listo.

Un mes antes todo esto le hubiera parecido imposible, pero es que desde que vio la fotografía de la cabaña en la inmobiliaria sintió un llamado, una fuerza que lo hizo querer comprarla y darle nueva vida. El lugar era perfecto, estaba cerca del poblado sin tener que ver a nadie si no lo deseaba, la vista al bosque era

increíblemente hermosa, la misma construcción tenía un ambiente reconfortante que le hacía sentir algo de consuelo. Después de tres años todavía no se acostumbraba a la idea de que él no regresaría, así de simple. A veces tenía la sensación de estar en una espera eterna.

La mañana siguiente lo hizo despertar, estaba tirado en el sillón con la ropa puesta y abrazando una botella de vino vacía, el fuerte dolor de cabeza le hizo saber que era su penitencia por dejarse llevar por el momento de nostalgia. De pie a duras llegó hasta el baño que estaba al fondo, vomitar hasta el alma era algo esperable si se tomaba en cuenta lo delicado que era su cuerpo con el tema del licor. Un baño, cepillada de dientes y un café, justo en ese orden era lo que necesitaba. Al atreverse a levantar el rostro vio justo encima del lavado su pobre reflejo en el espejo. Era una lástima sobre dos piernas, su incorregible cabello negro estaba revuelto, su rostro tenía el mismo color de un recién muerto, las ojeras le mataban el encanto a los enrojecidos ojos verdes, eso sin contar el dolor en el cuello por dormir de una manera antinatural.

Maldiciendo la hora en que se le ocurrió acompañar con vino tinto su momento de autocompasión, salió del baño, las luces del árbol estaba encendidas y el aroma a ciprés perfumaba el aire. Al acercarse a desconectar las bombillas, descubrió que sobre la alfombra estaba tirado el angelito que la noche anterior tuvo que acomodar como diez veces en el árbol.

—Realmente eres una mierda terca— le habló a la figurilla mientras la recogía del piso— Será mejor que te quedes donde te voy a dejar o en una de tantas voy a acabar pisándote sin querer— Colocándola nuevamente en una rama no pudo más que esbozar algo parecido a una sonrisa.

—Si fueras un ángel de verdad— se sentó sobre la alfombra— ¿Qué te pediría? — Encogiéndose de hombros acepto que era algo loco estar allí hablándole a un ángel de porcelana. Extrañamente el objeto resbalo de la rama cayendo nuevamente sobre la alfombra— ¡Diablos! — chilló algo asustado poniéndose de pie.

Pasando la mano sobre su desordenado cabello, trató de acomodarse las ideas— Me estoy volviendo loco— dejó escapar una sonrisa nerviosa. Acercándose hasta al lugar donde el ángel estaba tirado, decidió dejarse de payasadas y recogerlo— Creo que de castigo por el susto que me has dado— hablo mientras volvía a colgar la figurilla en el árbol— tendrás que concederme un deseo— como si lo pensará uno o dos segundos, continuo— tendrás que encontrar la manera de hacer que sonría como cuando él estaba vivo—Sus propias palabras hicieron que su corazón herido se apretujara en su pecho, sin importar que hubiera pasado tres años desde entonces, aquello era algo que no cambiaba— Te va a tocar difícil— se encogió de hombros.

Dejando de lado tanto drama, decidió que tomaría un desayuno ligero y bajaría al pueblo a buscar suministros, la idea de morir de hambre en medio de la nada no era su manera preferida de suicidio. Tocándose las muñecas sintió la fina herida que la navaja había dejado en ellas, la desesperación estuvo a punto de hacerlo faltar a una de las promesas que se hicieron mutuamente, jamás darse por vencidos. Marieta en ese día oscuro, salvó su vida por segunda vez haciéndole ver que ahora debía seguir viviendo por los dos.

Dejando la taza en el lavado, se dirigió a la puerta que daba al corredor que le servía de garaje, allí estaba su SUV esperándole, realmente amaba su cuatro por cuatro gris perlado. Cerciorándose de llevar su llave electrónica se acercó al vehículo y lo abrió, más que ir a comprar, era el simple hecho de manejar lo que lo hacía sentir algo animado.

Fuera de su propiedad, el camino de grava era empinado y la lluvia no lo hacía más fácil. Con cuidado de no maltratar el carro, se concentró en esquivar los agujeros para no dañar la suspensión. En veinte minutos se encontró en la autopista, otros diez minutos sobre la vía y ya estaba en la desviación que llevaba al pueblito al que sus habitantes se aventuraban a llamar ciudad. Al ver el reloj en el tablero vio que ya pasaban de las nueve de la mañana, así que las tiendas deberían estar abiertas para ese momento.

Lo primero que hizo al llegar al centro fue dirigirse a la gasolinera, una vez allí lleno del tanque para ir hasta el supermercado. Le sorprendió notar que hasta en Villa Robles la cercanía de las fiestas causaba cierto revuelo en las compras, el estacionamiento estaba tan lleno que el guarda de la casetilla estaba regulando el tránsito. Una vez estacionado se dirigió hasta el interior del local. Dentro había madres con sus niños, hombres revisando la sección donde estaban colocadas las herramientas que después de comprar nunca usaban, el ambiente estaba amenizado por música de villancicos clásicos. Sin poderlo evitar Nico se sintió animado, lo natural en su caso sería que estas fechas lo deprimieran, pero contrariamente algo en todo eso lo hacía sentir como si fuera a recibir una buena noticia en cualquier momento.

En el pasillo de las golosinas hecho al carrito varios paquetes de galletas, sin olvidar los chocolates, paso por donde estaban los cereales y tomó dos cajas de los que tienen frutas secas. Algo de leche y queso, carnes para nutrir la despensa, algo de verduras, frutas frescas, llegado al pasillo de los licores pensó en comprar un ponche para brindar con su soledad en la noche de Navidad. Al pagar en la caja dio una última revisión a su compra, satisfecho con lo que llevaba empujó el carrito a la salida.

En el estacionamiento vehículos entraban y salían. Era apenas la primera semana de diciembre, todos parecían estar algo estresados como si desde ahora temieran haber olvidado algo que era de vida o muerte. Con cuidado de no chocar

con nadie logro llegar hasta su suv que lo esperaba como una niña buena. Guardando la compra en la parte de atrás se dio cuenta que ya no tenía una excusa para estar en la civilización. Cerrando la puerta del maletero camino hasta la parte de enfrente de su vehículo, lo único que le quedaba por hacer era pasar a la farmacia por algunos analgésicos.

Al sentarse en el asiento del piloto noto como otra vez comenzaba a llover, el radiante sol de la mañana fue escondido por espesas nubes negras en lo que había entrado y salido del supermercado. Dispuesto a regresar a su cabaña lo más pronto posible condujo fuera del estacionamiento. La lluvia caía tan fuerte que el golpe en el techo del carro era difícil de ignorar. Cuando en Villa Robles hacía mal tiempo era algo perfeccionista en eso. La suv tenía buen agarre en carretera, estaba diseñada para transitar en caminos difíciles, así que recorrer la pequeña ciudad bajo un aguacero no representaba mayor problema. Parqueando frente a la farmacia bajo corriendo para comprar algunos medicamentos, agregaría a la lista analgésicos contra el resfrió que de seguro tendría.

Después de un saludo a la joven que atendía con una sonrisa pegada a la cara, siempre que venía a ese lugar ella no dejaba de coquetearle. Al parecer era de las mujeres a las que les gustaba el tipo bohemio, bien podía ser gay, pero no era de los que pasaban horas en el espejo. Su aspecto era casual, pantalón holgado negro, camiseta blanca con una guitarra estampada al frente, chamarra de mezclilla del mismo color del pantalón, cabello peinado al estilo “después de que pasa el huracán”, nada como para llamar la atención.

Al subir de nuevo a la suv se sintió aliviado, no era como que ocultara su sexualidad, al contrario, le daba igual. Se consideraba a sí mismo como una persona reservada. ¿A quién le importaba si le iba a eso de “métela o tela meto”? Todo ese asunto era muy suyo y de nadie más, peor si se tomaba en cuenta que no quería entablar una relación con nadie. Si la vida quería que estuviera solo, que así fuera, el pintar le daba consuelo, era una vía de escape, no un medio para ganarse la vida.

La lluvia no parecía querer amainar, con la escobillas al máximo y apenas si podía ver lo que tenía en frente. Tomando la calle que le llevaría a salir del pueblo, condujo a cuarenta kilómetros por hora, no era hora de jugar a las carreritas con la calle tan mojada. Estaba en esos pensamientos cuando sintió un fuerte golpe del lado derecho del vehículo, las luces se apagaron de pronto, ni siquiera pudo darse cuenta de sí estaba herido o no.

Alejandro estaba terminando de firmar la multa para la mujer que se negaba a usar el cinturón de seguridad, esta era la segunda ocasión en que la atrapaba conduciendo sin tomar en cuenta su seguridad. Lo que minutos antes había sido una hermosa mañana de diciembre, ahora parecía el diluvio bíblico.

—Termina eso y vámonos — fue lo último que escucho Alejandro de su compañero antes de verlo correr como una mujer con el cabello recién planchado a buscar refugio a la patrulla.

Arrancando la boleta se la entregó a la señora, le sorprendió notar que la mujer ya no parecía molesta, es más, hasta se notaba más que complacida. Al bajar la mirada a su dorso, noto por qué era, la fuerte lluvia había transparentado su camisa blanca del uniforme dejando ver sus bien trabajados músculos. —Si la vuelvo a descubrir sin cinturón me voy a asegurar que le quiten la licencia de conducir— a veces le molestaba ser poco menos que un pedazo de carne para las mujeres.

Habiendo terminado con la señora pervertida, como la llamaría secretamente desde entonces, entro a la patrulla del lado del conductor— ¿Cómoda la señorita? — se mofó de su compañero que se secaba el cabello con una toalla.

—Vete a la mierda— refunfuño el otro mientras se aseguraba de no guardar más agua en el pelo— A ti no te ha dado gripe ni una sola vez en todo el año, a mí ya van dos veces.

—Eso te pasa por no hacerle caso a tu mamá— se burló mientras observaba a través de las ventanas el movimiento de los vehículos— yo como todas las verduras que ella me sirve.

Alberto estaba a punto de patearle el culo a Alejandro cuando se escuchó un fuerte impacto, un automóvil había derrapado golpeando a una suv sacándola de la carretera y haciéndola chocar contra un poste telefónico. Aunque ninguno de los vehículos volcó, si se notaba que debía de haber heridos por lo aparatoso del accidente.

—¡Demonios! — exclamó Alejandro saliendo de la patrulla— Llama a emergencias— ordenó a su compañero— Esto se ve serio.

Alberto se quedó dentro de la patrulla llamando a una ambulancia y dando el reporte al hospital, conocía el automóvil que había chocado con la suv, acostumbraba haber niños como pasajeros y eso siempre hacía que las cosas fueran mucho peor.

Alejandro llegó primero hasta el automóvil que había causado el accidente por ser el que estaba más cerca de su posición, el conductor era un hombre de unos cuarenta años.

—¿Se encuentra bien? — Le pregunto mientras intentaba abrir la puerta del pasajero para llegar hasta el hombre.

—Me duelen las costillas— se quejó el conductor llevando sus manos al pecho.

—Tuvo suerte de llevar el cinturón— Alejandro no pudo evitar recordar a la señora pervertida, si hubiera sido ella, de seguro estaría muerta al chocar contra el parabrisas.

—Siempre lo hago, oficial— el hombre parecía estar conmocionado.

—Yo me haré cargo de este— hablo Alberto al llegar junto con su compañero— revisa al otro conductor.

Alejandro se dirigió hasta la suv, sabía que Alberto detestaba ver sangre y esas cosas, así que le dejó a él revisar al otro conductor.

—Hola— trato de llamar la atención del muchacho mientras abría la puerta izquierda de la parte de atrás del suv— ¿Estas bien?

El herido abrió los ojos lentamente, Alejandro estaba seguro de no haber visto un verde tan intenso en toda su vida, de seguro eran lentillas— Soy el oficial de tránsito Alejandro Valdelomar— se identificó así mismo— estoy aquí para ayudarlo.

—Duele— se quejó el chico antes de caer en la inconsciencia nuevamente.

Alejandro estaba dentro del vehículo, así que para facilitar el trabajo con los de emergencias acostó el asiento del copiloto para que los paramédicos tuvieran más espacio. Apenas terminaba la faena cuando escucho las sirenas de dos ambulancias llegar al lugar— Estarás bien, muchacho.

Nico abrió los ojos lentamente, la luz en el techo blanco le molestaba, estaba acostado en un lugar cómodo. La noción de no estar en su cabaña le llevo de golpe, para luego ser invadido por los recuerdos del accidente— Mi suv— gimio más que hablar— ¿Dónde está?

Una risa ronca hizo que Nicolas girara lentamente la cabeza para encontrarse lo que a sus ojos no podía ser verdad en una tan ciudad pequeña como esa. Había un oficial de tránsito de al menos metro ochenta, cabello castaño muy claro, los brazos cruzados sobre su pecho apenas si podían ser contenidos por las mangas de la camisa blanca del uniforme. Unos ojos color miel que le miraban vigilantes como si buscaran una respuesta en el pobre chico sobre la cama. Nico no recordaba tener un amigo que le apreciara lo suficiente como para pagarle a uno de esos bailarines exóticos como aliciente para que se recuperara pronto.

—Increíble— hablo el bailarín exótico disfrazado de oficial de tránsito— acabas de despertar y por lo primero que preguntas es por el auto.

Nico no puede evitar hacer una mueca muy parecida a una sonrisa— Hasta hablas como un oficial de tránsito— y como para hundirse más, agregó— el uniforme se ve real.

Alejandro arrugo el ceño, abriendo la boca quiso decirle al chico unas cuantas verdades, una lástima que se quedara dormido nuevamente dejándolo a él con la palabra en la boca. El sonido de la puerta al ser abierta llamó la atención del oficial.

—Sigue dormido— se acercó la doctora encargada del chico— revisando la tabla que estaba al pie de la cama, se explicó— este jovencito tiene suerte de tener todas sus partes enteras.

—El accidente fue aparatoso— se encogió de hombros Alejandro— ambos vehículos quedaron muy dañados.

—Me contaron los de la ambulancia—, respondió mientras escribía algo en los papeles que estaban prensados en la tablilla— que hasta un poste telefónico salió herido.

—Hace tiempo no teníamos un accidente de esa clase en pleno centro de la ciudad— se sentó en la silla que había junto a la pared— No sé si sea importante— creyó necesario decirle a la doctora—Despertó por algunos minutos, dijo algunas incoherencia y volvió a quedarse dormido.

—Es por los sedantes— se encogió de hombros restándole importancia a la situación— en algunas horas estará más consciente de lo que ocurre a su alrededor.

—¿Encontraron a alguien que se interese por el chico? — pregunto la doctora después de tomarle la presión al paciente.

—Nadie— hablo Alejandro— por lo visto tiene solo unas cuantas semanas de haberse mudado aquí.

—En sus documentos de salud no tiene a nadie a quién avisar en caso de emergencia— se quejó la doctora— Es increíble que alguien tan joven este tan solo.

—Me quedaré aquí hasta que despierte otra vez— estiró sus piernas, preparándose para estar allí durante un largo tiempo— ya terminé mi turno por hoy.

La doctora le dedico una mirada curiosa al oficial— Supongo que no hay inconveniente— le sonrió—Supongo que su madre y usted se parecen mucho.

—Hablando de ella— quiso saber que tan seguro se encontraba en esa habitación— ¿Todavía está por aquí?

—Se fue una hora antes de que usted llegara— explico—Estuvo casi todo el día en el Ala infantil.

Alejandro no pudo evitar sonreír, su madre era un caso excepcional, después de haber criado una tropa de hijos, ahora que todos estaban crecidos, dedicaba su tiempo como voluntaria en el hospital.

—Lo veré luego— se despidió la doctora al salir de la habitación.

Alejandro sabía que era algo injusto alegrarse por que su madre no estuviera allí, pero ella solía ser del tipo curioso. De seguro le haría preguntas que él prefería evitar responder. Justo cuando comenzaba a pensar que estar allí sentado era una mala idea, el chico comenzó a moverse, despertaría en cualquier momento.

—¿Qué paso? — pregunto el paciente desde la cama.

—Hasta que por fin preguntas algo de verdad importante— se puso de pie, caminando hasta la cama le dedico al chico una de sus deslumbrantes sonrisas.

Nico abrió los ojos, le llevo un tiempo enfocar la mirada. Lo primero que vio fue al guapo oficial que estaba junto a su cama. En ese momento calló en la cuenta de lo que le había preguntado cuando despertó la primera vez, desde hace tiempo no sentía como sus mejillas ardían por la vergüenza. Se preguntaba si era delito decirle semejante barbaridad a un oficial —¡Dios! — gimió llevándose la mano derecha a la cara, cubriendo sus ojos— siento haberlo ofendido con lo que dije...yo solo....— La risa clara del tipo, alto, uniformado y guapo lo hizo apartar la mano de su rostro.

—No te preocupes— encogiendo sus anchos hombros, logró verse todavía más sexy a los ojos de Nico— me han dicho cosas peores.

Sin poderlo evitar, Nico se encontró respondiendo a su sonrisa— Imagino que ese uniforme inspira algo de molestia en algunos irresponsables.

—Así es—, en el mismo ambiente cordial Alejandro quiso hacerle más fácil las cosas al chico lindo— aunque hoy juraría que la señora que detuve antes de tu accidente tenía ganas de pellizcarme el trasero.

De pronto Nico recordó que no estaba bien darse de bromas con un hombre que no conocía— ¿Mi suv quedó muy mal?— la carita de susto del paciente era algo poética.

Alejandro se llevó la mano al cabello y comenzó a pasarse los dedos en un movimiento nervioso— ¿La querías mucho?

— ¿Así de malo? — Nico estaba comenzando a pensar que las cosas no estaban muy bien que digamos.

Alejandro no sabía que decirle a un hombre que había perdido una belleza de vehículo — Digamos que deberías estar agradecido con que solo tengas una pierna rota y varios golpes que aunque duelen...

—Ya entendí— lo interrumpió Nico mientras trataba de acomodarse mejor en la cama de hospital.

Como por acto reflejo Alejandro le ayudo a subir la camilla, una vez estuvo a la altura correcta le acomodo la cabecera hasta asegurarse que el chico estuviera en una cómoda posición sentada— ¿Así está bien?

Nico estaba francamente confundido, casi no podía recordar la última vez que alguien había sido tan deferente para con él— Gracias... supongo— bajando la mirada trato de recomponerse a sí mismo— Y el otro conductor... ¿Cómo está?

—Digamos que tiene más golpes, se quebró más cosas— fingió no ver la turbación en el chico— pero al menos está vivo.

— ¿Yo tuve la culpa? — Nico estaba seguro de haber hecho las cosas correctas, aunque desde la muerte de su pareja de vida, ya no se sentía seguro de nada.

Alejandro vio en los ojos verdes del chico verdadera preocupación, así que le respondió en un tono profesional— Estaba terminando de hacerle una multa a una mujer cuando vi como un auto no pudo frenar en el cruce de calle golpeando a la suv arrojándola contra el poste telefónico.

— ¿Estaba ebrio tan temprano? — fue la pregunta lógica — Ni siquiera pasaba la hora del almuerzo cuando ese tipo me golpeo.

— Una llanta delantera exploto—, le explico a Nico que ya comenzaba a enfadarse— se pierde el control del vehículo cuando eso ocurre.

—Supongo que fue cosa de mala suerte— acepto Nico.

— Exactamente— estuvo de acuerdo el oficial. Cambiando de tema prefirió preguntar por algo que tenía tiempo dándole vueltas — ¿Hay alguien a quién quieras que se avise que estas aquí?

Nico bajo la mirada, de pronto sus manos se convirtieron en algo demasiado interesante como para dejar de verlas — Nadie— poner en palabras una verdad tan definitiva como esa, dolía.

Alejandro se sintió molesto, quién podía dejar solo a un chico que se notaba todavía debería estar en el regazo de su madre — Pronto será navidad— se encontró comentando sin saber muy bien porque le daba tanta importancia a la indefensión del muchacho —Alguien debería atenderte cuando salgas de aquí. Con esa pierna vas a necesitar quién te ayude.

Algo dentro de Nico se activó, algún mecanismo de auto preservación, lo que fuera, lo único que tenía claro era que debía parar ese asunto de una buena vez— Le agradezco la preocupación— arrugando el ceño le miró directo a los ojos— pero estoy bien solo... No soy un niño perdido que busque una niñera, vine a vivir a este pueblo para tener algo de privacidad y quiero mantenerla así.

Nicolás espero que el pueblerino se despidiera enfadado por su falta de tacto, jamás imagino ver el guiño que el alto señor músculos le dedico— Te dejaré tranquilo por hoy— hablo viendo la hora en su reloj de muñeca— tengo que ir a casa para descansar un poco. Hoy tendré que patrullar en el turno nocturno— al ver la carita de estupefacción del chico, agrego— Es la política con los solteros, mantenernos trabajando en lugar de dejarnos ir a buscar acción por allí.

El oficial se despidió sin darle tiempo a Nico de replicar nada, el hombre simplemente se dio la vuelta y salió por la puerta. De todo el asunto lo que dejó al pobre chico con taquicardia, fue ver lo bien que se acomodaba ese trasero bajo la delgada tela del pantalón del uniforme.

—¿Qué me pasa?— metió la mano bajo las mantas para descubrir que alguien allí abajo parecía realmente interesado en lo que podía dar ese cuerpo macizo de hombre que recién se marchó.

Acomodándose mejor en la cama cerró los ojos, dándose un masaje en la frente con las manos trato de reacomodar las ideas. Quizás todo era cosa del síndrome de abstinencia, o como dirían algunos versados: del caso de las bolas azules. La idea de follar con algún desconocido, en otro momento, en medio de su desesperación fue algo que hizo, causándole aún más daño al final. Por ningún motivo quería andar ese camino otra vez, al menos ahora se sentía dueño de su vida. Después de un largo proceso había aceptado que él no regresaría, que todo aquello era parte de un pasado que no podría hacer volver ni con todas las lágrimas del mundo.

Alejandro salió de la habitación, pero en lugar de marcharse se quedó detrás de la puerta por un momento, como si algo le dijera que debía escuchar atentamente. Estaba por marcharse pensando que se estaba volviendo loco, cuando unos suaves sollozos se hicieron escuchar tras la madera. El bonito muchacho con ojos de hierba regada por la lluvia, estaba llorando como un niño. Por puro impulso puso la mano en el llavín, estaba justo por abrir cuando cambio de opinión, lo dejaría desahogarse en soledad por ahora.

Apenas llegar a la Estación de Transito, cuando escuchó a sus compañeros quejarse del viejo miserable que gozaba con patear sus culos por simple diversión.

—Mis respetos, hombre— fue el saludo que recibió Alejandro apenas llegar a la sección de casilleros— vivir con tu padre es cosa de valientes.

Alejandro no sabía si enojarse o reírse con sus pobres compañeros, el jefe de la estación había dado orden de que los oficiales de tránsito debían ir a entrenamiento para evitar que se convirtieran en un montón de holgazanes. Lo que nadie tomo en cuenta es que el ex-militar Valdelomar, condecorado tantas veces que nadie llevaba ya la cuenta, les fuera a tratar con todo el rigor que el servicio militar exigía.

— Y eso que dijo que los trataría con la deferencia propia que se le dedica a un motón de señoritas de buena familia— decidió burlarse de lo pobres desgraciados. Los infelices tenían la apariencia de haber sido masticados por un dragón y luego regurgitados.

— Ya veremos cómo quedas después de que tu padre te entrene delicadamente— respondió uno de los oficiales más viejos.

Alejandro se encogió de hombros— Digamos que él puso especial atención en el entrenamiento de sus hijos— abrió el casillero y acomodó su bolso— no creo que nos lance algo que no podamos manejar.

Entre refunfuños y quejas los oficiales del siguiente turno acabaron de prepararse para comenzar con el trabajo. El día estaba nublado, aunque la lluvia desde la mañana había dejado de caer, no se podía confiar en eso. La patrulla había sido lavada y se le había hecho los cambios de aceite, la chica estaba lista para el turno nocturno. En una ciudad como esa no solía pasar cosas graves, por lo general no se pasaba de abolladuras, el accidente más grave en días había sido el caso de Nicolas García, el pintor que vivía a en las afueras.

La noche estaba algo fría, dejando claro que la navidad se acercaba con pasos gigantes. Estacionado en el cruce de calle veía como los pocos automóviles que transitaban a esas horas de la noche lo hacían dentro de los límites establecidos, por lo visto no podría matar el aburrimiento haciendo boletas. Sin poderlo evitar sus pensamientos se fueron otra vez al delgado chico de tristes ojos verdes que de seguro dormía en la cama de hospital, era injusto que alguien tuviera que pasar la navidad solo, y lo que era peor, con una pierna rota. Una sonrisa algo malévola se formó en los labios del oficial, era hora de usar sus influencias asegurándose que le informaran cuando al chico le dieran la salida.

En el hospital Nico estaba dolorido, al parecer al día siguiente las cosas dolían más, de no ser por los analgésicos de seguro le dolería hasta respirar. La amable doctora que le atendía le había dicho que en un rato le darían la salida, que solo estaban esperando un último trámite antes de dejarlo libre. Sentado sobre la cama, cansado de ver las paredes blancas, no pudo evitar recordar al guapo oficial de tránsito. Realmente era increíble que un hombre así no fuera un bailarín exótico, era alto, hombros anchos, un dorso esculpido en piedra, vientre plano, piernas largas, un culo de infarto, pero de todo ello lo que le daba ese toque

fatal, eran sus ojos color miel. Era como mirar a un niño grande, su sonrisa era abierta, sin trampas, su manera de hablar era desenfadado, se movía con la gracia de un felino grande, un hombre así era material pornográfico.

— ¿Cómo van las cosas? — una voz conocida le saco de su ensimismamiento. Al levantar el rostro se encontró con los ya conocidos ojos color miel. — Espero que estés mejor.

Sin poderlo evitar, Nico se encontró devolviéndole la sonrisa al ladino vestido de uniforme— ¿Ahora el transito vigila la conducción de sillas de ruedas?

El chico tenía un sentido de humor retorcido. Alejandro lo encontró caliente como el infierno, ese chico debía de ser del tipo tierno en la cama, eso era seguro. Era de esas personas con la que no era aburrido quedarse allí sentado conversando por horas.

—Solo vine a vigilar que un paciente no se escape en una silla de ruedas sin permiso—,le dedico un guiño—dicen que hay uno que no deja de quejarse por la comida del hospital.

Nico tomo aire, dejándolo salir lentamente trato de recordarse a sí mismo que no era del tipo de bromear con desconocidos— De verdad— trato de encontrarle a todo el asunto algo de sentido— ¿Por qué esta aquí?...¿Estoy en algún tipo de problema?

Alejandro se tomó su tiempo para contestar— Solo quería ver como estabas—,se encogió de hombros— ayer estabas desvariando un poco—El rojo encendido de las mejillas del paciente le dejo saber al oficial que había dado en el blanco—creo que me preguntaste si trabajaba en alguno de esos bares nudistas.

El chico abrió la boca, casi podía escuchar su propia quijada dar contra el piso— Lo hace a propósito— jadeo más que hablar.

—Tal vez— se puso de pie dejando de lado la silla— por ahora voy a casa a darme una ducha, más tarde vendré a buscarte para cuando te den la salida.

—¿Y quién dijo que me iría con usted, oficial? — achinando los ojos estaba listo para dar pelea. Los que le conocían sabían bien que cuando se ponía de ese modo era más fácil mover una montaña que hacerlo cambiar de opinión.

—Solo te informo— busco la puerta de salida— Nos vemos luego.

Nico quería tener algo a la mano para arrojárselo, ese hombre era insufrible. Cruzándose de brazos enderezó la espalda, arrugando el ceño decidió que nadie lo haría cambiar de opinión.

Tres horas después se encontraba sentado en un automóvil 4x4 modificado rumbo a su preciada cabaña— Mamá te mando pastel— hablaba Alejandro mientras conducía, ignorando olímpicamente el ceño fruncido de Nico.

—Me importa una mierda— se encontró el pintor diciendo. Usualmente era del tipo tranquilo, su pareja, él sí que era mecha de cartucho de dinamita, encendía con cualquier cosa. Nico amaba el hecho de que con solo darle un beso se calmaba con la misma facilidad con que se enfadaba, lo amaba tanto.

—¿En qué piensas? — En ese momento fue consiente qué el auto estaba detenido a la orilla de la autopista.

Nicolás se llevó las manos a la cabeza, un dolor comenzaba a formarse tras sus ojos— No es nada— su tono de voz era cansado— ¿Podemos continuar?

Alejandro no hizo ademán de encender el vehículo nuevamente, en el horizonte el sol estaba cubierto por un cumulo de nubes negras, de seguro lo que quedaba del día no terminaría sin ver una tormenta. —No eres buen mentiroso— hablo sin dejar de observar el cuerpo menudo que estaba sentado en el asiento del pasajero.

El pintor se masajeo la cien— Me va a doler la cabeza— se quejó. Desde hace demasiado tiempo no tenía con quién hacerlo.

—Espera— el sonido del cinturón al desabrocharse hizo que Nico levantara la vista— Mi papá me enseñó como aliviar esa molestia antes de que se convierta en algo insoportable.

Nicolás tenía toda la intención de decirle que por él se podía ir a meterse en sus asuntos y dejarlo en paz, pero las manos grades que le acariciaban cada lado de la frente lo hizo gemir de gusto— ¿Qué haces? — apenas si pudo preguntar. El hombre tenía unos dedos largos, su aliento golpeaba la mejilla del pintor.

—Voy a desabrocharte el cinturón— advirtió justo antes de hacerlo— Ahora siéntate de manera que me des la espalda.

Los masajes de los que era víctima lo hicieron dócil, obedeciendo quedó de cara a la ventanilla del pasajero. Alejandro comenzó a masajear la nuca, para luego irse hasta los hombros delgados, presionando justo los músculos correctos—Se siente increíble— tuvo que reconocer. La risa picara que escucho a su espalda le dijo que había inflado el ego de un hombre.

El oficial de tránsito no podía negar el estar disfrutando de su momento de altruismo, sentir esos hombros delgados, la espalda esbelta, la redondez que comenzaba al final de la espalda, todo esto le estaba ocasionando una cierta tensión en su sexo. Cuando supo que de seguir así iba a acabar haciendo algo realmente loco, prefirió dejarlo por la paz— ¿Ya te sientes mejor?

Un suspiro fue su respuesta, su paciente estaba dormido. Con cuidado de no ocasionarle dolor en la pierna rota, lo acomodó en el asiento y abrochó el cinturón— Descansa.

En media hora más llegaron a su destino. Entrando a la propiedad estacionó en el patio de enfrente. Tomando las llaves de la cabaña, las que estaban en el bolsillo de la chaqueta de Nico, fue a abrir y encender las luces. Al entrar descubrió algo increíble, al tocar uno de los encendedores de la pared, la casa se iluminó con diminutas luces de colores. El aroma a pino recién cortado inundó su olfato, la pequeña cabaña era como la casita de un cuento de Navidad, lo único que necesitaba para ser perfecta era el aroma del pastel de manzana.

Recordando que tenía a Nico dormido en el auto, dejó la puerta abierta para ir a buscarlo. Dentro de su 4x4 estaba el chico todavía dormido— Hora de llevarte a casa— levantando en brazos el cuerpo delgado lo llevó hasta dentro.

La cabaña era pequeña, un solo ambiente, una puerta separaba el dormitorio de todo el resto. Así que Alejandro solo tuvo que empujar con el trasero la puerta para poder entrar con su carga al dormitorio. La cama era de dos plazas, un armario cubría una pared, al otro lado una cómoda con espejo, el piso estaba cubierta con una gruesa alfombra beige, era algo lindo de ver. Estaba seguro que la cabaña se parecía a su dueño.

Acostando al chico entre las mantas, le quitó el zapato que traía puesto en el pie sano. Le soltó el broche del pantalón y lo arropó con una manta gruesa que encontró en una esquina. Sentándose en la orilla de la cama observó su obra, el joven se veía demasiado guapo y demasiado solo, cosa que no creyó posible en una sola persona. Después de un rato de estar viendo al chico decidió que ya era hora de marcharse. Tenía varios días libres que disfrutar, ahora sabía que los invertiría en venir a cuidar al guapo huracán.

Al ponerse de pie camino hasta la ventana, en ese momento fue consciente que fuera estaba lloviendo como si al cielo se le hubiera roto una tubería— ¡Diablos!— conocía lo suficiente del clima de ese lugar como para saber que ese fin de semana no habría sol. Era mejor bajar hasta el pueblo e ir a casa. Con cuidado de no despertar al bello durmiente, salió casi de puntillas del dormitorio.

En el patio la zona verde estaba totalmente llena de agua, aquello parecía el Diluvio Universal, corriendo hasta el 4x4 trató de no mojarse demasiado. Estuvo a punto de llorar cuando vio que la llanta del lado del conductor estaba pinchada, y lo que era peor, en la mañana había sacado la llanta de repuesto para sacudir un poco. Entrando a la casa nuevamente, se recostó al marco de la puerta— Estoy jodido...

—Lindo vocabulario para un chico de uniforme— se mofo Nico desde el marco de la puerta de su dormitorio. La verdad era que tenía cierto encanto el ver al “sonrisa de dentífrico” apunto de sentarse a llorar.

—Eres malo— se cruzó de brazos sin dejar su lugar junto a la puerta de entrada.

—Yo no te pedí que vinieras— se defendió Nico.

La sonrisa regresó en toda su gloria— Ahora tendrás que darme posada aquí— entró como si fuera el dueño de la casa, sentándose en el cómodo sofá.

El pintor observó cómo su casa era invadida— Ni en tus sueños— tomo la muleta y cojeando logro llegar a la silla junto al lugar donde estaba sentado el invasor.

Alejandro estaba en sus calcetines— Tienes una camisa o algo que pueda quedarme— hablo ignorando por completo el ceño fruncido de su anfitrión.

Nicolás a duras penas logro llegar a la parte de enfrente de la silla, dejándose caer se sintió tan cansado como si estuviera acabando de correr un maratón— Eres demasiado grande— se quejó sin dejar de mostrarse molesto— ¿Cómo piensas que algo mío pueda quedarte?

—Tienes razón— se encogió de hombros— aunque no te preocupes, ya me aseguraré de que dejes de estar tan flaco.

—Te quedarás—, se sentía apunto de morderse la lengua— pero no te creas que vas a durar aquí más tiempo del necesario.

El oficial fingió no escuchar al malhumorado muñequito, poniéndose de pie decidió que lo mejor era quitarse la camisa para ponerla a secar por allí.

Nicolás estuvo a punto de tragarse su propia lengua, su molesto invasor de moradas estaba desnudo de la cintura para arriba. Si por encima de la ropa se adivinaba que las cosas prometían estar buenas, ya sin nada puesto aquello era más de lo que se podía admitir como real.

—Creo que me puedo quedar así— se encogió de hombros con tanta naturalidad que rayaba en el descaro— Voy a poner la camisa a secar tras la refrigeradora— mientras caminaba al lugar donde estaba la zona de cocina, agregó— en cosa de dos horas estará totalmente seca.

—¡Ah!— ironizó molesto Nico— ¿Y los pantalones?

El oficial hacía parecer, con su metro ochenta de altura, el espacio de la cocina como algo demasiado pequeño— Creo que tienes razón— puso su mejor cara de inocencia— es mejor no andar con la ropa mojada.

Nicolás agradeció no padecer de males cardiacos. Alejandro estaba poniendo las manos en la cinturilla de los pantalones y comenzaba a bajarlos lentamente. El desgraciado tenía unos hombros anchos, una cintura estrecha, y como a propósito, un culo en el que si tiras monedas estas rebotan.

—¿Qué haces? — chilló horrorizado el pintor— Estas desnudándote en mi cocina.

Alejandro se dio la vuelta, acomodando el pantaloncillo que hacía las veces de ropa interior, le dedico un guiño travieso— No estoy desnudo...—señaló sus caderas— Además, los dos tenemos lo mismo...No seas melindroso.

Nicolás estaba totalmente sin palabras. Si se analizaba objetivamente, había que admitir que había similitudes, pero viéndolo desde la perspectiva en que estaba el pintor, la diferencia era de varios kilos de musculo, piel bronceada y algunos centímetros de más en el paquete que se dibujaba bajo la tela apretada.

—Creo que hay algo que tienes que saber— trago grueso el pintor, era su única oportunidad — Soy Gay.

La carcajada que se le escapó al oficial de tránsito nudista era algo ruidosa— Si es un ofrecimiento— hablo tratando de tomar aire— lo tomo.

El pintor tuvo toda la intensión de decirle que no era lo que pensaba, que aquello era todo un mal entendido, que lo que había dicho era para que supiera que no era correcto andar por allí desnudo delante de él, pero todas las palabras murieron cuando Alejandro se agachó delante de donde estaba sentado Nico.

—¿Pero, qué? — un besó interrumpió cualquier intento de defensa. Lo normal sería que Nico le apartara, cualquier contacto físico demandaba mucho esfuerzo para él. Gran sorpresa fue el encontrarse así mismo devolviendo el beso, todas sus neuronas se fueron a paseo, dejándolo solo con los deseos que se fraguaban en la parte baja de su cuerpo.

El oficial le besaba sin perder el control, algo le decía que a este joven había que llevarlo con paciencia. Las manos grandes acariciaron las mejillas delgadas con la delicadeza que se le dedica al cristal más fino — Eres hermoso— le susurro contra el oído.

Nicolás dejo salir un gemido, hace demasiado tiempo no sentía lo que eran las caricias de un hombre— Si te lo pidiera— se apartó para mirar a los ojos del joven que arrodillado entre sus piernas— ¿Te acostarías conmigo?

El oficial se mordió los labios, en sus ojos un brillo de travesura se hizo presente— Si no me pateas en la noche—, el tono de voz no delataba segundas intenciones—se podría arreglar algo.

—Hijo de p...— no pudo terminar porque la boca de Alejandro estaba tomando por asalto la de Nico.

—Me gusta ese carácter tuyo—, le dio un mordisquito en el labio superior— solo espero que no me aruñes demasiado, gatito.

Tomando aire el pintor trato de recuperar la cordura—Será cosa de una noche— advirtió, no quería malos entendidos.

—Quizás logre convencerte de repetir— se encogió de hombros— Soy bueno en eso.

—Lo digo en serio—, Nicolás no se dejaba engañar, una cosa era el deseo y otra muy diferente el compromiso— yo no quiero complicarme la vida con cosas...

Un beso le interrumpió otra vez— No pienses tanto—, Alejandro le beso otra vez— mejor sígueme la corriente.

Algo en esa sonrisa tan honesta lo hizo confiar, los ojos color miel le miraban prometiendo travesuras de adolescentes— Estas loco—, se encontró sonriéndole al oficial— lo peor de todo es que parece que se contagia.

—Creo, jovencito— encogió los anchos hombros— que es hora de irnos a la cama.

Fuera se escuchaba como si el cielo estuviera azotando la tierra a punta de agua. La pequeña cabaña era un refugio acogedor en medio de la tormenta. La luz de un rayo iluminó todo el primer piso de la cabaña, el ruido del trueno y luego todas las luces de la casa se apagaron.

—Diablos— chilló el pintor aferrándose con las uñas a los brazos de su pronto a ser amante.

—¡Ahy! — se quejó el hombre más alto al sentir como por muy poco le sacaba sangre—Está bien que te asustes, pero no me arranques la piel.

—¿Aquí siempre es así? — Pregunto Nico comenzando a arrepentirse de comprar esa cabaña en ese lugar donde las tormentas eran tan terribles.

—Pocas veces en el año— se explicó mientras levantaba en brazos al chico con cuidado de no lastimarle la pierna enyesada—Mejor sigamos justo donde lo dejamos, así se te olvida el asunto del clima.

Gracias a los rayos que iluminaban la tierra, Alejandro logro llegar con solo algunos pequeños contra tiempos hasta la habitación.

—Esta tan oscuro— comento el pintor mientras era acomodado sobre la cama— Esto es extraño si vives en la ciudad.

—Lo sé— le respondió el oficial de tránsito mientras se acomodaba junto al cuerpo menudo de Nico— Cuando mi padre se casó vino para acá con mi madre, luego nacimos todos sus hijos. He vivido en la ciudad, fue divertido por un tiempo, pero luego extraña a todos aquí. Así que regresé.

Nicolás se había acostado con uno o dos tipos después de la muerte de su pareja de vida, pero no recordaba haber tenido esas charlas con ninguno de ellos— Eso quiere decir que eres un chico de campo— se mofó.

La carcajada de Alejandro llenó la oscuridad de la habitación— Pues este chico de campo te va a enseñar un par de cosas— explicó mientras metía una mano bajo la camisa de su anfitrión.

El pobre Nico jadeó al sentir como una de sus tetillas eran tomadas entre los dedos del invasor de casas— Vas bien— logró hablar antes de que sus labios fueran seducidos por la boca experta del oficial— Si sigues así, tal vez me acuerde de tu nombre mañana.

Ahora era el cuello del pintor el que era mordisqueado sin piedad— Y tu culo también me va a recordar— sentenció mientras con la otra mano que no torturaba las tetillas del hombre, se fue a apretar los globos redonditos del trasero.

—Algunos solo saben usar la lengua para hablar— se defendió tratando de acallar los gemidos que amenazaban con escapársele.

—Eso se puede comprobar fácilmente—De un tirón Alejandro hizo salir del juego a la camisa de su amante, dejando al descubierto un dorso delgado.

Nicolás no podía creerlo, ese sinvergüenza sí que sabía lo que estaba haciendo. Con la lengua comenzó a jugar con cada una de sus tetillas, luego las mordisqueaba y cuando las cosas rallaban en lo doloroso, las volvía a consolar con su lengua. Para ese momento fingir que no sentía nada era algo estúpido, apuñando las mantas bajo sus manos, trató de tener un lugar de donde asirse.

—¿Cómo lo estoy haciendo? — pregunto mientras continuaba con su trabajo en la oscuridad de una noche tormentosa.

—Digamos que no sé si ya dejó de llover— bromeo Nico como desde hace tiempo no lo hacía.

Alejandro se incorporó quedando entre las piernas de Nicolás, siempre con cuidado de no causar más daño a la pierna rota— Ahora voy por la fase en que vas a sentir que la tierra tiembla.

—Tal vez puedas hacerlo—, reto dejándose hacer— tal vez no.

—Así que me tocó en suerte un caso difícil—, acarició el pene del chico por encima de la tela del pantalón corto— esto solo se pone mejor.

Nico no podía decir en qué momento exactamente las cosas se habían salido de control de tal forma, podía sentir el frescor de la noche sobre su sexo desnudo, aunque no podía ver por la falta de luz, al menos podía imaginarse el deseo en los ojos de su amante.

—Hace mucho tiempo que no hago esto— quiso dejarle en claro— Ten cuidado.

Alejandro llevo una mano hasta el cabello desordenado de Nico, acariciándole con cariño— Cuidaré de ti.

—No quiero olvidarle— sin poderlo evitar y como un verdadero idiota, comenzó a llorar como un niño.

Alejandro estaba listo para tener sexo con el chico bajo él, sabía que este le deseaba. Era una gran suerte que su padre fuera un exmilitar y que les hubiera enseñado a sus hijos un par de cosas sobre la guerra, mientras su madre les explicaba otras tantas sobre el amor. Como resultado final aprendió que en el amor y la guerra todo se vale. Es mejor una retirada estratégica que un ataque que lleve como resultado a la derrota.

—Si algo vale la pena— se recostó junto a Nico que no dejaba de llorar, abrazándole con cariño— no se olvida...así de simple...Háblame de él.

Nicolás, en medio de una noche donde los rayos no dejaban de golpear la tierra, comenzó a hacer lo que no hizo en los meses que lo obligaron a ir a terapia por lo del intento de suicidio, habló de él. Alejandro abrazó el cuerpo menudo que entre sollozos le habría el corazón, sin poderlo evitar sintió como también sus mejillas se humedecían al escuchar esa historia tan larga y llena de amor. Otro día podrían tener sexo, pero otra noche de estas quizás no la volverían a tener, porque hay cosas que se cuentan una sola vez en la vida.

Lentamente la mañana llegó con su luz molesta, esa que pega justo en la cara cuando se está en lo mejor del sueño. Al moverse sintió la molestia en su pierna, era fácil olvidar que la tenía rota. Con cuidado se sentó, encontrándose solo en la enorme cama. Sin poderlo evitar sonrió, qué podía esperarse si en lugar de una fulgurante noche de sexo le dabas a un chico la patética historia de tu vida. Sintiendo los ojos hinchados y con la cabeza que dolía por pasarse toda la noche llorando como alma en pena, no tenía muchos deseos de averiguar que más mierda le arrojaría el nuevo día.

El sonido de la puerta al abrirse puso en alerta a Nico, lo que jamás se hubiera esperado estaba entrando con una bandeja en las manos— ¡Buenos días! — Saludo Alejandro entrando con la soltura de alguien que está en su propia casa— es una suerte que nos guste la misma marca de café...eso es el destino.

—Supongo que soy afortunado— se encontró devolviéndole la sonrisa. En los ojos del otro hombre no vio lastima ni molestia, solo era un chico descarado tomando posesión de la cocina del dueño de casa.

—Traje suficiente para ambos— se sentó junto a Nico, recostando la espalda contra el cabecero de la cama se dispuso a compartir el desayuno.

Al ver las dos tazas de café, más el tocino, los huevos revueltos, el pan tostado con mantequilla, y sin olvidar las dos manzanas, no pudo más que encogerse de hombros—Supongo que alcanzará.

—Ves—, le robó un beso rápido a Nico— te conviene quedarte conmigo...Hago buenos desayunos.

De pronto el apetito se le fue al pintor— ¿No te molesta lo que te conté anoche?

Alejandro dejó la taza que recién había llevado a sus labios, sobre la bandeja— Solo voy a decirte que eres un tipo afortunado...Encontraste un gran chico para enamorarte la primera vez, ahora resulta que encontraste a otro. Es como pegar la lotería nacional dos veces.

Nicolás no pudo aguantar, si no es porque Alejandro puso a salvo la bandeja, de seguro todo habría ido a dar al suelo, las carcajadas eran tan fuertes que sus ojos estaban lagrimeando.

—Señor Nicolás García—, su expresión era seria— jamás pensé que se fuera a reír de mí.

—Creo que si no te vas a tiempo—, se limpió las lágrimas con el dorso de la mano— voy a acabar enamorándome de ti.

Poniendo la bandeja sobre la mesita junto a la cama, se volvió para mirar a los ojos verdes de Nico—Voy a hacerte el amor—, le advirtió— eres un chico maravilloso como para pasar las noches solo— Luego dedicándole un guiño travieso, agregó— Eso hablaría muy mal de este pueblo.

—Claro que sí—, le siguió el juego el pintor— lo entiendo...Un guardián de la ley jamás podría permitir una barbaridad como esa.

—Ya me estas entendiendo— fue lo último que dijo antes de seguir con su juego de seducción.

Nicolás no pudo evitar sonreír, tenía su sonrisa de nuevo, la que había perdido tres navidades antes. Las manos grandes del oficial le acariciaron, le estrujaron y se metieron donde hace tiempo nadie entraba. El pintor abrió las piernas con cuidado de su pierna herida, su amante entendió el gesto y entre beso y beso llego al pene que le esperaba con fuertes fugas de presemen.

La luz de la mañana bañaba cada rincón de la habitación, los cuerpos desnudos de dos hombres disfrutaban de múltiples caricias. Nicolás gemía como un animal en celo, Alejandro centímetro a centímetro introducía su miembro en la entrada estrecha de su amante. Después de unos minutos prodigándose besos cálidos, Nico se sintió preparado para la acción enserio.

—Has lo tuyo, bebé— animó al hombre más alto que sobré él se contenía para no dañarle.

—Esta vez seré cuidadoso—, se excusó— pero cuando te quiten ese yeso no tendré piedad de ti.

Nico quiso decirle algo ingenioso, una lástima que se le hubiera olvidado hasta de respirar cuando sintió el embiste del miembro de Alejandro dentro de su culo— ¡Maldición! —gimió.

—Eres de los que maldicen— hizo la brillante observación el oficial de tránsito—Veamos que más sabes dices cuando llegas.

El pintor podía jurar que estaba viendo estrellas de colores, casi tan lindas como las de su árbol de navidad, su amante sabía usar el pene como pocos en el mundo podrían hacerlo así de bien. De seguro se enamoraría de ese hombre, era como si Javier le hubiera dado su bendición para comenzar una nueva vida, por primera vez no se sentía como un traidor por entregarse así a otra persona.

Unos golpes certeros en la próstata de Nico y todo estaba perdido, con un grito se vino tan fuerte que casi podía jurar que su cerebro se le fue diluido en el semen. Alejandro todavía dio unos cuantos empujones más y llegó llenando el condón con su semilla.

—Tengo la noche de navidad libre— anuncio el oficial mientras se dejaba caer junto a Nico— Cenaremos en la casa de mis padres.

Nico justo en ese momento recupero la cordura, se incorporó a tiempo para ver como su amante se deshacía del condón en el basurero cercano— ¡Estás loco!

Poniéndose de pie dejo que el pintor le viera en toda su gloriosa desnudez— Quizás estoy loco— le mostró un guiño travieso— pero solo por ti, bebé.

Sin poder creer todavía en el lío que se había metido, Nicolás vigiló cómo su desnudo invitado se diría hasta el baño— No iré— recalcó, aún a sabiendas que posiblemente acabaría en esa cena. Con el poco tiempo que tenía de conocer al oficial Valdelomar, tenía la certeza que cuando metía cabeza en algo, no se rendía hasta que lo conseguía, muestra de eso era que todavía tenía su vientre

manchado de semen y el culo abierto por un tipo al que juró no saludar una segunda vez.

Nicolás estaba sonriendo nuevamente, tenía su sonrisa como regalo en esa navidad. Recordando al angelito de porcelana de su árbol, decidió que lo colocaría en la cajita donde guardaba la estrella que había comprado junto a Javier. La vida estaba llena de momentos felices que coleccionar y él pensaba vivirlos con la esperanza que daba la llegada de la Navidad.



Sobre el Autor notas

Si desean comunicarse conmigo pueden hacerlo en estos lugares:

A mi Facebook:

<https://www.facebook.com/milagrogabriel.ag>

A mi correo electrónico:

milagrogabriel@gmail.com

A mi blog:

<http://historiasdeamorydeseo.blogspot.com/>

A mi twitter:

<https://twitter.com/MilagroGabriel>



Regalo
De Navidad

Naomi



Regalo De Navidad

La pálida y fría luna cernía su luz sobre aquel triste panorama del cual el hedor a muerte y desolación se percibía en el aire. Entre las casas derruidas y comenzadas a ser cubiertas de nieve, el polvo de los escombros flotaba, siendo arrastrado por el viento, y de vez en cuando aún parecían escucharse los lamentos y quejidos agónicos cual eco espectral, de los moribundos que hacía rato habían sido arrancados de éste mundo.

En medio de aquel cuadro, unos sollozos llenos de dolor se escuchaban. Éstos, provenían de una pequeña figura infantil, la cual hecha un ovillo, apoyada contra la pared destruida de lo que una vez fue su feliz hogar. Kyle, apretó sus párpados intentando contener las lágrimas que no paraban de brotar de sus ojos azules, y el llanto que a cada segundo amenazaban con desgarrar su garganta, sobre todo cuando a escasos metros de él contemplaba el cadáver de su pequeña hermanita de cinco años, el cual yacía deformado e hinchado por la enfermedad, a pocos metros de él.

Su cuerpo tembló, desviando su mirada de aquella grotesca escena, y se abrazó a sí mismo, meciéndose, intentando convencerse a sí mismo que aquello era una pesadilla aunque supiera que era verdad.

Su hermana, su pequeña hermana; ella era lo único que le quedaba en ese pueblo devastado por la guerra y la enfermedad; un pueblo en los Valles Azules, alejado por kilómetros y kilómetros de otros pueblos del reino. Ellos dos eran los únicos sobrevivientes, y él intentó sobrevivir junto a su hermana, recolectando lo que en sus once años de vida su madre le había enseñado que era comestible, y cazando tal como su padre procuró enseñarle, aunque, muchas veces fallando, ya que los animalillos lograban escapársele. Sin embargo, aquello no fue suficiente, puesto que su querida Valery, cayó enferma de la Parca Roja; una enfermedad que infectaba a sus afectados con costras rojizas que se extendían por la piel, y lentamente, acababa con cada órgano del cuerpo consumiéndole mortalmente. Y

él, no pudo hacer nada para ayudarla. ¿Qué hubiera podido hacer si él sólo era un niño y estaban alejados de todo?

Su interior se estrujaba dolorosamente ante los recuerdos. Ahora qué sería de él. Hacía tan sólo un mes y medio ambos esperaban ansiosamente celebrar la Navidad en familia como cada año, mas ahora estaba solo, completamente solo. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que él sufriera el mismo destino que su hermana? Seguramente sería pronto. Y ojalá fuera así, ya no soportaba más habitar en un pueblo fantasma, repleto de cadáveres, sin saber cómo ir a algún lado, si no había ningún caballo ni otro animal parecido vivo, y también sin saber adónde podría ir.

Se llevó las manos a la cabeza, estrujando con fuerza sus rizos castaños, buscando acallar los gritos de ayuda que aún parecían resonar en su mente.

«Ya no puedo. Ya no puedo más»

De repente, un gélido aire empezó a inundar el ambiente, a la vez que una espesa y tétrica bruma le envolvía. Por alguna razón, Kyle sintió un aleteo de temor recorrer cada fibra de su ser. Y sus pupilas empezaron a inquirir a su alrededor, alarmadas ante tan extraño hecho. ¿Qué era eso? ¿Qué pasaba? No lo sabía, pero había algo en el ambiente; una presencia que hacía que el miedo fuera corroyendo más y más en él.

El viento sibiló agudamente, y Kyle escuchó parsimoniosos y pesados pasos rondando el lugar, haciendo que su pulso se acelerara. De entre la bruma, Kyle observó una figura acercarse hacia él, y el aleteo de temor se acrecentó convirtiéndose en un revoloteo furioso. Tenía la seguridad de que aquello no era humano, y cuando la figura llegó cerca de él, comprobó que efectivamente ésta no lo era. Los ojos de Kyle escrutaron al recién llegado: un hombre alto, de cuerpo elegantemente delgado pero ligeramente musculoso, de piel sumamente pálida y cabellos negros rizados a la altura del final de la espalda. Sus facciones eran finas pero masculinas, y su boca delgada, mas, lo que impactó a Kyle fueron los ojos de este sujeto: eran negros en su totalidad, sin iris ni ninguna otra cosa, tan oscuros y seductoramente aterradores cual pozos de oscuridad infernal en la cual son arrojados los condenados.

Kyle tembló. ¡¿Qué era ese ser?!

El hombre ladeó la cabeza al ver a Kyle, inquiriendo en su presencia.

— ¿Un niño? — musitó con una ronca voz teñida de cierta curiosidad.

— ¿Q-quié es usted? — se atrevió a preguntar Kyle temblorosamente.

— ¿Quién soy yo? — ronroneó aquella pregunta con cierta satisfacción y una sonrisa ladina se delineó en sus labios —. Algunos me conocen como la muerte, la

Parca, pero yo prefiero cuando me llaman La Nada. Me paseo en medio de lugares como éstos, en medio del último aliento de los moribundos, sumiendo todo en un eterno vacío — dijo con orgullo en cada palabra, y Kyle abrió los ojos desmesurablemente horrorizado. ¿Cómo podía sentirse orgulloso de semejante cosa?

— ¿Vienes por mí? — inquirió en un susurro. Tenía la certeza de que aquel ser había venido por él.

— ¿Por ti? — una pequeña y suave risa brotó de sus labios —. ¿Por qué habría de tener interés en tan poca cosa como un simple niño?

»No. De hecho creía que ya no había ningún humano vivo por aquí. A pesar de lo que creen los tontos humanos, no siempre me encargo personalmente de cada ser. A veces simplemente influyó y dejó que todo siga su curso, y luego, vengo en busca de los frutos de mis *semillas*, para finalizar con todo.

Kyle no podía creer todo lo que le decía ese ser. Ése sujeto era el responsable de tanta muerte y sufrimiento, y peor aún parecía disfrutarlo.

— ¿Entonces, tú... tuviste que ver con lo que ocurrió aquí? — inquirió con voz a punto de quebrarse.

— Sí, podría decirse que influí de alguna manera — contestó sonriente.

El interior de Kyle se retorció amargamente, pero a su vez, un agrio anhelo se extendió por su ser. Quizá ese hombre era la solución para tener un final.

— Entonces, ¿podrías acabar con mi vida? — suplicó con una mirada dolida y desesperada.

El ceño de La Nada se frunció extrañado.

— ¿Por qué querrías algo así? ¿No se supone que los humanos le temen a la muerte?

La expresión de Kyle se tornó tan desolada y perdida.

— Yo no. Yo lo quiero. Ya no tengo a nadie, ni nada... — la voz de Kyle se quebró, y las lágrimas brotaron sin parar, bañando sus pálidas y cadavéricas mejillas.

El hombre enarcó una ceja, y sus oscuros ojos parecieron brillar con suma curiosidad. Éste, se dio un par de pasos hacia Kyle, deteniéndose al pisar cierto objeto. La Nada recogió lo que había pisado: una pequeña muñeca de tela de trenzas oscuras, y la escrutó con interés.

— Ése iba a ser mi regalo de Navidad para mi hermana — musitó Kyle con suma tristeza.

— ¿Navidad? — él conocía aquella celebración humana, aunque nunca había entendido el porqué de tantos deseos por celebrarlo por parte de las personas. ¿Qué podían verle de especial a una simple fecha?

— Esa muñeca iba a ser el primer regalo que compraba con el dinero que gané ayudando en el mercado del pueblo, para Valery — comentó entre sollozos, viéndose tan vulnerable y miserable que quizá la muerte sería lo único que le diera paz. Sin embargo esas cristalinas lágrimas por primera vez le hicieron pensar en algo diferente a plasmar un cuadro mortal.

— ¿Y cuando iba a ser *Navidad*? — le preguntó a Kyle, caminando hacia él hasta quedar frente a éste. Y esta pregunta desconcertó a Kyle.

— E-en dos días — balbuceó con desconfianza.

El hombre se agachó hasta quedar a la altura de Kyle, taladrándole con aquellos ojos abismalmente oscuros, los cuales al verlos a así de cerca a pesar de que le atemorizaban también le hipnotizaban profundamente.

El hombre extendió hacia él la muñeca, mientras una tenue sonrisa se delineaba en sus labios.

Kyle tomó la muñeca con inseguridad, confundido en demasía ante esa acción.

— Entonces creo que por lo menos puedo hacer algo por ti: darte un *regalo de Navidad* adelantado — le dijo limpiando con el pulgar de su mano derecha una lágrima que se deslizaba por una de las mejillas de Kyle.

La mirada de Kyle se tornó incrédula, mas aquel contacto por parte de ese ser agitó un ínfimo y cálido revoloteo extraño en su interior.

— ¿Qué cosa?

El hombre sonrió ampliamente, y Kyle se sorprendió internamente de que a pesar que ese hombre debía parecerle un ser absolutamente aterrador, más que eso, viéndole sonreír de esa forma le parecía guapo.

— La oportunidad de vivir. Pero, algún día, yo personalmente vendré por ti — acarició suavemente su cabeza, y Kyle sintió su corazón bombear con fuerza. ¿Vivir? ¿Qué quería decir con eso? Pero antes de que Kyle pudiera preguntar qué significaba aquello, fue sumido en la oscuridad.



Yaciendo en su lecho, Kyle observaba los copos de nieves que caían a través de la ventana, aquellos copos escarchados que danzaban con el gélido viento. Y Kyle yacía en su lecho ensimismado ante aquella vista. Su cuerpo envejecido yacía débil; ya los ciento diez años le pasaban cuentas, pero en sus azules ojos se reflejaba una dulce apacibilidad.

Suspiró intentando relajar un poco sus adoloridos músculos, mientras que sus pensamientos volaban hacia sus hijos, y sus pequeños nietos. ¿Se estarían divirtiendo en las festividades navideñas del pueblo? Esperaba que sí. Después de todo le costó mucho animarlos a ir ya que se negaban a dejarle solo en su delicado estado. Mas él quería que se divirtieran cómo en aquella época en la cual iban todos, especialmente con su esposa. Cierta nostalgia brilló en su pupila al recordar a ésta, la cual había fallecido hacía más de quince años. Ciryll fue aquella dulce niña la cual le encontró perdido en los bosques de las Colinas de Fuego luego de que él despertara allí sin saber cómo había llegado hasta ése lugar. Y ella junto con su familia le brindaron un lugar en su hogar, y con el tiempo, él desarrolló sentimientos hacia Ciryll, hasta que años después ella se convirtió en su esposa. Y la pacífica vida junto a ésta casi le hizo olvidar todo lo sufrido en su hogar de origen. Pero, nunca lo olvidó completamente, puesto que en sus sueños el encuentro con aquel hombre; ese ser de ojos oscuros y aterradores, que a él le hipnotizaban, se revivía una y otra vez. Y años después tuvo la certeza de que todo aquello había sido totalmente real; que La Nada le había dado la oportunidad de seguir viviendo. Pero en el fondo de su ser sabía que La Nada, en el momento en el cual su vida estuviera por finalizar, vendría por él, y él anhelaba ese momento en el que podría volver a ver a tan misterioso ser, especialmente en esos instantes, en los cuales, sentía que ese momento por fin había llegado.

Una gélida brisa envolvió la estancia, y una bruma comenzó a inundar aquella habitación. Una tenue sonrisa se dibujó en sus marchitos labios. Él ya estaba allí. Su enfermó corazón palpitó de alegría mientras que sus pupilas inquirían a su alrededor. Su expresión se tornó cálida al percatarse de la figura masculina que emergía de entre la bruma, la cual se acercaba con parsimonia hacia su cama.

— Finalmente viniste por mí — musitó Kyle con voz trémula y desgastada por la edad.

Una tenue sonrisa se dibujó en los labios de La Nada.

— ¿Acaso me estabas esperando?

— Con ansias — respondió con sincera emoción, y aquellos abismos vacíos y oscuros que poseía La Nada por mirada parecieron brillar con un ápice de sorpresa.

— ¿Con ansias? ¿Por qué? — inquirió curioso, sentándose en el borde del lecho.

— Porque quería volver a verte — contestó sonriendo con dulce anhelo.

El hombre enarcó una ceja, pero enseguida sacudió su cabeza como intentando poner en orden sus pensamientos, y sus oscuros rizos se balancearon, para ladear la cabeza ligeramente, contemplando a Kyle.

— Eres un ser humano muy curioso — comentó el hombre, y Kyle dejó escapar una pequeña risilla divertida.

»Pero ahora, sabes a qué he venido, ¿no es cierto?

— Sí — contestó con una pequeña sonrisa.

— Muy bien, entonces...

— Pero antes quisiera pedirte algo — le interrumpió en un tono suplicante.

El hombre frunció el ceño.

— ¿Pedirme algo? ¿De qué se trata?

Kyle tragó saliva, intentando tomar valor para pedir aquello de lo cual sentía anhelos en esos instantes, aunque quizá fuera algo tonto. Mas, el verle allí le hacía querer una parte de algo de lo que anheló en su juventud; sólo una pequeña parte porque a su edad eso era lo único a lo que podía aspirar. ¿Le negaría su última e inocente petición? Su interior se estrujaba dolorosamente de tan sólo pensarlo.

— ¿M-me darías un beso..., en los labios? — sintió su rostro arder ligeramente, y se sintió un tanto tonto de tornarse de esa manera a esas alturas de su vida. Pero, es que aquello era algo que no podía evitar pedir.

Durante años la figura de ese ser le acompañó en deliciosos sueños, y un día se sorprendió de sí mismo al percatarse de que lo que los recuerdos de ese hombre causaban en él eran de deseo. Sí, aquél ser causaba tan oscuros pensamientos en él, mas no lo podía evitar, La Nada había calado de una forma tan profunda en él que durante años siempre deseo tantas cosas imposibles con él. Aunque ahora, en su estado esas cosas lo eran aún más. Sin embargo, por lo menos, ¿podría tener aunque fuera sólo un beso de parte de aquella entidad que le afectó tan profundamente? ¿Podría tener por lo menos un ósculo, el cual fuera el que le arrebatara su suspiro final? Sólo uno, un ínfimo beso de parte de ese ser en su último día de existencia.

El semblante de La Nada se tornó levemente atónito.

— ¿Un beso? — inquirió con sorpresa y curiosidad en su tono de voz —. ¿Por qué querrías algo así?

— Porque... es algo que siempre he deseado. Mi último deseo. Lo que quiero como *regalo de Navidad* — comentó con súplica, recalcando esa fecha, deseando hacerle recordar la razón de por qué le dio un "regalo" aquella vez —. Un regalo..., así como en esa ocasión — musitó expectante.

La mirada del hombre se cernió curiosa sobre él. ¿Por qué ese humano podría querer semejante cosa? Era extraño, muy extraño. Los humanos le temían, le odiaban. No le querían de esa manera. ¿Entonces por qué ese hombre no era igual? ¿Sería por el hecho de que él no tomó su vida en aquella ocasión? Pero es que en esa ocasión, al ver a ese pequeño niño, algo en éste le hizo compadecerse de esa pequeña vida, por primera vez en su existencia. Quizá sus acciones dieron una impresión equivocada de lo que él era en realidad; lo que los humanos creían que era. El propósito de su existencia era la muerte, sumir todo en un eterno vacío. ¿Cómo era posible que ese hombre viera en él algo más que lo que siempre había sido?

Suspiró confundido, rozando con sus dedos la mano de Kyle, intentando descubrir en el fondo de éste qué era lo que deseaba de él en verdad. Y al rozar la mano de Kyle, pudo ahondar en el interior de éste, percibiendo todos sus recuerdos, sentimientos y más profundos deseos. Una mueca sumamente sorprendida se plasmó en su rostro. ¿De verdad Kyle siempre pensó y quiso todo eso de él? ¿Pero por qué? Aquellos pensamientos y deseos eran tan profundos y sinceros que expendieron una calidez nunca sentida en su ser. Jamás nadie había pensado así de él. Pero ese humano era diferente. Y viéndole allí, percibió la dulzura e inocencia que aún poseía Kyle a pesar de los años, y que nunca le habían abandonado.

Una dulce sonrisa se delineó en sus labios a la vez que apretaba con ternura la mano de Kyle.

— ¿Sólo un beso? Quizá pueda darte algo mejor — aseguró rozando con el dedo índice de su mano izquierda la mejilla de Kyle.

— ¿Qué? — musitó mirando fijamente a La Nada, con un intenso revuelo de emociones reflejados en el fondo de sus pupilas.

— Un gran regalo. Sólo cierra los ojos — le ordenó con suavidad, y Kyle dejó escapar un trémulo suspiro obedeciendo.

El viejo corazón de Kyle latía acelerado. Éste era el fin, mas no tenía miedo. Sólo cierta tristeza de no haber obtenido nunca lo que en verdad deseaba de La Nada. Aunque al menos aquel ósculo le daría a su fin cierta dulce felicidad.

Kyle sintió unos cálidos y suaves labios presionarse contra los suyos, y cómo una sensación de vibrante vitalidad y libertad se iba esparciendo por él. ¿Así era la muerte? Quién diría que se sentiría tan bien. Pero aquella sensación no

desapareció cuando él creía que lo haría. ¿Por qué seguía sintiéndose tan vivo?
¿No se supone que debería estar muerto?

Confundido, Kyle abrió lentamente los ojos, parpadeando incrédulo cuando se percató de que no estaba en su habitación, sino en una habitación hecha de lujoso mármol negro, yaciendo en un lecho digno de un rey, cubierto de sábanas de seda de tonalidad dorada. ¿Qué hacía allí? ¿Ése era el más allá?

Las pupilas de Kyle escrutaron la estancia, hasta que se toparon con La Nada, de pie frente a la cama, sonriéndole suavemente, y Kyle se incorporó, deseándole preguntar el porqué de aquél lugar. Mas, su rostro se tornó atónito al percatarse de cómo su cuerpo ya no era el de un anciano, sino un desnudo cuerpo joven, igual al cual poseía cuando tenía veinte años.

— ¿Q-qué...? ¿P-por qué? — balbuceó siendo incapaz de formar una oración completa ante tal suceso.

— Porque así; como un joven tan saludable, sí podemos hacer aquello con lo cual siempre fantaseabas en tus más profundos pensamientos — ronroneó sentándose en el lecho, acercando su cuerpo en demasía a Kyle.

Kyle abrió los ojos desmesurablemente y sintió su rostro arder intensamente. ¿Ese ser sabía aquellas cosas? ¡¿Pero cómo era posible?!

La Nada rió levemente ante la reacción de Kyle, y su mano derecha tomó por el mentón a éste, haciendo que le mirara fijamente.

»Eres un ser humano hermosamente adorable — dijo rozando con el pulgar de la mano que sostenía su mentón, sus llenos labios —. Y ahora, ¿qué dices si cumplimos con lo cual siempre soñaste? — ronroneó felinamente rozando los labios de Kyle con los suyos, sus abismales y totalmente oscuros ojos taladrando con suma intensidad a Kyle.

El pulso de Kyle se aceleró, y un leve estremecimiento le recorrió ante el ínfimo roce de esos labios sobre los suyos y esa mirada la cual una vez temió, mas ahora le hipnotizaba completamente. Sí quería aquello; lo ansiaba, lo necesitaba cómo nunca había necesitado nada.

Desesperado por obtener lo que ese ser le ofrecía, Kyle reclamó los labios del hombre, gimiendo cuando éste tomó el control, convirtiendo el beso en un ósculo voraz, colando su lengua al interior de su boca, incitando la, suya en una candente danza. Las manos de La Nada comenzaron a recorrer la espalda y costados de Kyle, perdiendo a Kyle entre las incipientes sensaciones que se arremolinaban en su cuerpo.

El cuerpo de La Nada cubrió completamente sobre el suyo, tumbándole de espaldas al lecho mientras le hacía sentir su cálido cuerpo desnudo. ¿Adónde se

había ido la ropa de ése ser? Aunque no le importó en lo más mínimo cuando sus pieles se rozaban con deliciosa candencia. La Nada se acomodó entre los muslos de Kyle, tomando las caderas de éste y rozando sus húmedos y endurecidos miembros entre sí. Kyle gimió en medio del beso, atormentado por las sensaciones que le comenzaban a consumir, y por las otras que ahora más que nunca anhelaba con urgencia. Si de esta forma sería su fin, quería todo.

Kyle acarició la espalda de La Nada, deslizándose sus manos hasta los glúteos de éste, deleitándose con el estremecimiento de deseo que causó en el hombre. Él quería provocar más de aquellas respuestas; poder explorar de aquella forma con la cual siempre soñó, a La Nada.

Los labios de Kyle rompieron el beso, deslizándose a través de la mandíbula del hombre, bajando hacia su cuello, aspirando el aroma masculino propio de éste, el cual se mezclaba con un sutil toque de sándalo, lo cual le embriagaba.

Las manos de Kyle se enredaron en los rizos del hombre, sintiéndose encantado con la sedosa textura de éstos. Kyle ronroneó de placer cuando los finos y largos dedos de La Nada comenzaron a jugar con la zona de su escroto, enviando pinchazos de creciente placer a través de él.

— Te voy a tomar Kyle, te poseeré cómo nadie nunca lo ha hecho. Y cuando lo haga, tu último aliento será mío — musitó con lascivia a su oído, mordisqueando el lóbulo, a la vez que una de sus manos pellizcaba un pezón de Kyle.

— Lo sé — dijo Kyle mirando fijamente a los ojos de La Nada, tragando saliva ante la vibrante intensidad que se extendía por su ser.

Sabía que sería así. Cómo podría quejarse cuando finalmente su vida sería de la forma más maravillosa que podría existir: en medio de un mar de lujuria causado por ese ser que caló de aquella forma en él.

Las yemas de los dedos de Kyle rozaron con dulzura la mejilla de La Nada, paseando hacia sus labios, delineando el labio inferior de éste.

»Y en éstos instantes no podría ser más feliz. Pero antes del final, deseo explorar cada parte de ti, tal y cómo lo hacía en mis sueños — musitó con un tenue carmín instalándose en sus mejillas, y su azulina mirada nublada por el deseo.

La Nada enarcó una ceja, y un sonrió ladinamente mostrando sus perlados dientes.

— Haz lo que quieras conmigo. Después de todo, soy tu *regalo* — incitó atrapando entre sus labios el dedo con el cual Kyle delineaba su labio inferior, lamiéndole lascivamente.

La entrepierna de Kyle palpitó ante aquella erótica acción, palpitando con más fuerza cuando el hombre se separó de él, tendiéndose sobre la cama mientras

acariciaba su torso de manera sumamente provocativa. Kyle se colocó a gatas sobre La Nada, sus pupilas cerniéndose sobre la figura de éste cual un hombre hambriento ante un delicioso festín que se le presenta. Se relamió los labios, ansioso por poder recorrer con libertad el cuerpo masculino que se ofrecía frente a él. Y en medio de su excitación, sintió un revoloteo cálido calar en su interior, al pensar en el hecho del regalo que le ofrecía ese ser; de concederle esta oportunidad.

Sus manos se posaron sobre la clavícula del hombre, deslizándose hacia abajo, inquiriendo curiosas en cada músculo que recorría. La mirada de Kyle se posó en los pezones de La Nada, y la incipiente necesidad de probar aquellos pequeños botones de carne, vibró en él. Su boca se cernió sobre uno de los pezones de La Nada saboreando con deleite ese brote el cual se endurecía en su boca.

El hombre gimió leve y roncamente, y un ápice de satisfacción recorrió a Kyle al ver de lo que era capaz de empezar a lograr en ese ser, llevando sus atenciones hacia la otra tetilla. Sonrió internamente ante esto, a pesar de nunca haber estado con un hombre, había tenido tantas fantasías sobre este momento. Sin contar, que simplemente se dejaba guiar por su instinto.

Su lengua se deslizó a través del pecho de La Nada, al principio con cierta timidez, mas luego, tomando confianza ante el estremecimiento de La Nada. Sus manos y su serpentina lengua llegaron hasta el hueso de la cadera de La Nada, y el aliento se atascó en sus pulmones al atreverse a ir descendiendo aún más, dispuesto a encontrarse con aquel objeto de placer carnal entre las piernas del hombre.

Acarició los muslos de La Nada por un instante, mientras observaba al pene que se erguía orgullosamente ante él, emanando líquido preseminal. Y la excitación creció en él cual corriente eléctrica ante aquella vista.

Alzó su mirada por un segundo, cruzándose con los ojos de La Nada, cuya oscuridad parecía brillar de sumo deseo. Y la expresión de su rostro denotaba claramente lo que quería que hiciera Kyle aunque aún no se lo hubiera pedido.

Kyle tragó saliva, terminando de tomar el valor para hacer lo que tantas veces imaginó. Su lengua se deslizó por la punta del pene de La Nada, degustando por primera vez el sabor del líquido preseminal. Sus labios rodearon el glande, y el ronco jadeo que brotó de la garganta de La Nada le incitó a continuar. Su lengua exploró la longitud de ese endurecido pene, deslizándose con parsimonia hacia la zona del escroto.

— Kyle — gimió La Nada con suma necesidad, y Kyle alzó su mirada, encontrándose con la del hombre, los oscuros abismos infernales de éste brillando tan lujuriosamente, que el ser de Kyle ardió con una imperiosa necesidad de aumentar aquello en La Nada.

Tentativamente, Kyle fue tomando la erección de La Nada en su boca, sintiéndola palpar y engruesarse aún más dentro de su boca.

Las caderas de La Nada corcovaron hacia la cálida y húmeda cavidad bucal de Kyle, llevando sus manos hacia el cabello de éste, enredando sus dedos en su cabellera, buscando hundirse más profundamente en aquella boca que le complacía.

Un amago de arcadas se hizo presente en Kyle ante el ritmo que iba tomando la felación. Sin embargo intentó relajar su mandíbula decidido a realizar aquel acto con el cual siempre fantaseó. Kyle devoraba aquel pene, haciendo lo que siempre se había sentido bien para él. Y la excitación aumentó en él, logrando que su entrepierna palpitará con más fuerza. Sus dedos jugaron con los testículos de La Nada, mientras que sus ojos se mantenían fijos en la expresión de creciente placer de éste, sintiéndose consumido por la intensidad de la mirada del hombre.

Repentinamente, usando un suave agarre en los cabellos de Kyle, La Nada hizo que éste se apartara de su erección, ante lo cual Kyle profirió un quejido, sin comprender el porqué de esa acción, pero queriendo seguir con aquella felación. Aunque, un ápice de cohibición caló en él al pensar que la razón de que La Nada le apartara, era que había terminado haciendo algo que no le gustaba a éste.

— ¿Q-ué sucede? ¿Acaso hice algo mal? — balbuceó con cierta inseguridad, sus mejillas levemente sonrojadas de la vergüenza de no hacerlo bien. ¿Qué había hecho tan mal cómo para que el hombre le detuviera? Era cierto que no tenía experiencia con hombres, mas eso no le quitaba sus ansias de probar y saber que podía complacer de semejante manera a tal ser.

Los labios de la Nada se curvaron en una sonrisa lasciva, mientras sus dedos se dirigieron a acariciar los labios de Kyle, los cuales yacían rojos, húmedos e hinchados.

— No estás haciendo nada mal. Al contrario, lo estás haciendo muy bien, aprendes bastante rápido — le alabó en un sensual ronroneo que estremeció a Kyle —. Pero en tu boca no es donde quiero correrme, sino cuando me hunda dentro de ti; poseyéndote profundamente.

La Nada se incorporó, tomando a Kyle y atrayéndole hacia sí, sus labios reclamando hambrientamente los de Kyle, y sus manos recorrieron cada centímetro a su alcance de la piel de Kyle, perdiendo a Kyle en una vorágine de sensaciones.

Los labios del hombre fueron descendiendo por su torso, y Kyle vibró de anticipación cuando La Nada se acercó a su entrepierna. Jadeó ante la sonrisa maliciosa que le mostró La Nada, especialmente cuando la lengua de éste se deslizó por su erección, haciendo que su miembro pulsara desesperado. Pero el

hombre no alivió la desesperación de Kyle, sino que su lengua burló maliciosamente el pene de Kyle mientras con sus manos separaba aún más las piernas de éste.

Kyle dio un respingo cuando la lengua de La Nada se desvió hacia su ano, tanteando serpentina y pecaminosamente su entrada. Sus manos se aferraron a las sábanas y gimió sonoramente al momento en el cual aquel músculo fue introduciéndose en su interior, creándole un ápice de incomodidad mezclado con una deliciosa sensación al comenzar a ser llenado de esa forma; en la cual aquella lengua enloquecía poco a poco su interior. Una corriente eléctrica recorrió su ser cuando a aquella lengua se unió un dedo, expandiéndole aún más, empezando a tocar algo en su interior, lo cual aumentó su aquellas corrientes placenteras.

Kyle cerró los ojos, gimiendo y dejándose consumir por lo que La Nada era capaz de causar en él, pensando que todos estos años de espera habían valido la pena. Dejó escapar un leve quejido al sentir cómo el la lengua y el dedo del hombre abandonaban su entrada. No quería que se detuviera. Él necesitaba más. Necesitaba ser poseído por completo en su último aliento.

— ¿Ansioso? — inquirió La Nada burlonamente seductor, dejando escapar una suave risa y deslizándose sobre Kyle, cubriendo con su cuerpo el de éste, buscando sus labios y reclamándolos.

Kyle respondió sumamente gustoso el ósculo, mas sus caderas se friccionaron contra las de La Nada, queriendo aliviar aunque fuese una ínfima parte del fuego que le consumía.

»Pues ya no tendrás que esperar más — aseguró mordiendo el labio inferior de Kyle, para acto seguido acomodarse entre las piernas de éste, mientras sus manos acariciaban sus caderas.

Kyle jadeó cómo el miembro de La Nada comenzaba a hacer presión en su entrada, sólo la cabeza introduciéndose con parsimonia, y un ápice de dolor le recorrió ante la gruesa longitud que iba llenándole por completo.

— Relájate y acéptame profundamente dentro de ti —. Ronroneó besando su boca y Kyle sintió cómo aquella longitud ahora estaba por completo adentro de él —. Después de todo has esperado mucho para esto; para que yo te tomara de esta forma, marcándote, poseyéndote absolutamente — sus palabras fueron pronunciadas con cierto tono posesivo a la vez que empezaba con lentas estocadas.

Kyle gimió ante aquellas embestidas, las cuales poco a poco iban desapareciendo cualquier rastro de dolor, comenzando a envolverle en una bruma de intenso placer. Sus manos se aferraron a la espalda de La Nada cuando el ritmo de las

estocadas fue aumentando, y su cuerpo se estremeció cuando aquellas embestidas tocaron ese punto dentro de él, el cual le enloquecía.

— Aahí. Ahí..., p-or favor— jadeó con voz entrecortada, suplicando por que la Nada golpeará una y otra vez ese lugar hasta hacerle estallar de éxtasis.

— Eso es, Kyle, suplicame. Te ves hermoso cuando me suplicas.

Aumentó el ritmo, poseyendo sin piedad a Kyle, y éste aceptó enfebrecido aquella desbordada pasión que siempre anheló por parte de ese ser.

Oleadas de éxtasis le recorrieron mientras gemía sin control, y cuando la mano de La Nada se apoderó de su miembro, masturbándole con maestría al ritmo de las profundas embestidas, el clímax le alcanzó, corriéndose con fuerza, sintiendo cómo La Nada embestía erráticamente dentro de él, hasta que la cálida semilla de éste se derramó dentro de él.

Kyle intentaba normalizar su respiración, sus brazos aún aferrados a la espalda del hombre, sintiendo los últimos espasmos del orgasmo aún recorrerle. Una de las manos de La Nada acarició con ternura el cabello de Kyle, y una sensación cálida y de suma paz se instaló en él. Dio un leve respingo cuando La Nada salió de él, mas luego una tenue sonrisa se dibujó en sus labios al ser besado por La Nada.

— Fuiste muy dulce, Kyle. Lo más dulce que he tenido en mi existencia — musitó acunando suavemente la mejilla, mirándole con suma intensidad.

Kyle sonrió ampliamente ante esas palabras. ¿De verdad ese ser pensaba eso de él? Intuía que después de este maravilloso acto carnal ya sería el momento del fin, pero saber eso causaba un revoloteo de alegría en su interior.

— Supongo que ya es el tiempo, ¿no? — inquirió con un revuelo de emociones reflejándose en el fondo de sus pupilas, y su sonrisa transformándose en una melancólica al pensar por un instante en su familia. Pero inmediatamente se sintió confortado al recordar cómo les había criado, y tener la certeza de que éstos estarían bien.

Un dejo de dulce tristeza se instaló en el fondo de los ojos de La Nada.

— Sí — contestó rozando con su pulgar la mejilla de Kyle —. Pero no tengas miedo. Te prometo que estarás bien.

— No tengo miedo. Al contrario, estoy feliz porque me diste el regalo que te pedí — aseguró con sinceridad.

Las palabras de Kyle dibujaron una sonrisa en los labios de La Nada.

— Y a mí me alegra haberte conocido. Nunca te olvidaré, Kyle — musitó contra los labios de Kyle.

La Nada besó a Kyle con intensidad, y éste gimió cuando una placentera sensación de suma paz inundó cada fibra de su ser, perdiéndole en una sublime bruma la cual le desconectó de todo a su alrededor, hasta que finalmente, todo su ser se sumió en aquel sueño eterno.

El hombre observaba fijamente a un inerte Kyle entre sus brazos, acariciando por última vez la ahora fría mejilla de éste. Por primera vez en toda su existencia le había costado hacer lo que debía. Pero, ese humano, le había llenado de cierta forma aquel frío vacío que siempre habitaba en él, y sinceramente, en el fondo él era quien se sentía agradecidos con Kyle.

Se incorporó, y sus ojos brillaron oscuramente mientras una bruma cubría con parsimonia el cuerpo de Kyle, hasta finalmente evaporarse junto con Kyle, quedando la estancia nuevamente con aquella sensación de vacío la cual él bien conocía.

Se levantó del lecho, moviéndose con parsimonia por la habitación hasta llegar a una pequeña mesilla, tomando entre sus manos una mediana caja de exquisito tallado, abriéndola y extrayendo con delicadeza el contenido: una muñeca; la misma muñeca que una vez perteneció a Kyle. La Nada contempló la muñeca mientras una suave expresión se dibujaba en su rostro. Realmente nunca olvidaría a Kyle; aquel humano el cual así fuera por unos cortos pero preciosos momentos, le había dado algo de dulce calidez a su fría y solitaria existencia. Definitivamente más que él haberle dado un "regalo" a Kyle, fue éste quien sin darse cuenta le ofreció un preciado obsequio; algo lo cual desde ese instante siempre atesoraría en lo más profundo de su ser.



Autor: Naomi Colmenares.

Sobre el Autor notas

Sinceramente para mí fue un placer y algo muy interesante participar en esta antología. Aunque, al principio no estaba muy segura de lo que escribiría ya que hacer algo bajo el concepto de "linda Navidad" no es lo mío (lo mío en muchas ocasiones es más matar personajes, aunque después de todo terminé matando al personaje x3). Pero, luego pensé que quizá podía intentar algo que quizá fuera algo extraño, era más de mi estilo. Y así nació esta idea que yo adoré plasmar, aunque a la final por unos instantes sentí que me había "fumado" algo por mezclar Navidad bajo este concepto. Sin embargo, igualmente lo adoré, y amé intentar algo así :`3.

Web: <http://www.wattpad.com/user/Naomiyaoi38>

Saga Zuster



Un Regalo
Para Andrés



Un Regalo De Navidad para Andrés

Llegó a casa de sus padres pasadas las cuatro de la tarde; por más que había prolongado la fecha de llegada para poder verlo, no podía saltarse la cena de Nochebuena que su madre preparaba con tanto empeño, menos porque le habían encargado algunas cosas de Puebla para la misma, situación que le obligaba a llegar a casa al menos un par de días antes. Esa despedida fue un desastre, ¿por qué ella tenía que haberlo llamado justo en ese momento?, mejor aún, ¿por qué él tuvo que levantarse de la mesa y salir del lugar para hablar con ella?, si tan sólo Josué lo hubiera dejado así y no hubiera ido detrás de él después del prometido “nos vemos el 26”... Por más que había suplicado a Marco que condujera más despacio para poder pensar en todo lo que acababa de escuchar de los labios de Josué después de que él le pidiera tiempo para pensar:

«De acuerdo... Pero quiero que recuerdes algo Andy, y no es presión, me gustas mucho»... Aquel tono de voz que había utilizado, la expresión en ese rostro siempre lleno de una autoconfianza abrumadora se había tornado angustiada; sabía que el muchacho gustaba de su presencia en su vida, pero aún no estaba completamente convencido de la verdadera razón detrás de aquello.

Y ahí estaba ahora, entrando ya a casa de sus padres después de que Marco se detuviera a esperar que bajara de su camioneta para seguir su camino a su casa.

—Pensé que llegarías antes Andrés —escuchó la voz de su madre acercándose a él.

—Me entretuve buscando tus encargos y guardando algunas cosas —explicó el chico forzando una sonrisa—; había algunas cosas que quería comprarles a ustedes y a Toño...

—¿Regalos? —escuchó la voz de su hermano menor entrando a la cocina.

—Sí, algo así; Marco me ayudó a buscarlos —respondió entre risas, divertido por la actitud infantil de su hermano adolescente.

—¿Marco se vino contigo hasta ahora? —le preguntó su madre sorprendida.

—Sí, de hecho me trajo a casa y se siguió a la suya.

—Lamento haberlos retrasado tanto... —admitió apenada la mujer.

—Para nada mamá, nos dio la oportunidad de ponernos de acuerdo para el viaje de fin de año a Cancún...

—Cierto—musitó la mujer con ligera desilusión—, que te vas para Año Nuevo.

—¡Es genial que te vayas a ir de viaje con tus amigos! —Celebró Toño—, podríamos ponernos de acuerdo y hacer fiesta con la familia de Natalia, ¿no, mamá? —Insistió el muchacho—, Marco también se va a ir...

—No suena mal.

Andrés sonrió, entendió la intención de su hermano de animar a su madre y al mismo tiempo darle la libertad a él de pasarla bien sin necesidad de sentirse culpable.

—Voy a dejar mis cosas en mi cuarto —dijo Andrés volviéndose para salir de la cocina y tomar su maleta.

—¿Puedo poner los regalos bajo el árbol? —preguntó Toño a gritos mientras él avanzaba hacia las escaleras.

Sonrió divertido y asintió sin decir nada. No pudo evitar reírse al escuchar el soliloquio de su hermano que intentaba adivinar qué había detrás de cada envoltura, como cuando eran niños. Se internó en su habitación y arrojó la maleta a un lado de su cama dejándose caer sobre el colchón; estaba cansado, no sólo por el viaje desde Puebla, sino por todo el circo que se había montado en torno a su enamoramiento con Josué; justo cuando creyó que las cosas habían tomado un giro agradable Josué se había tornado distante con él, y ahora le había pedido no sólo que no se fuera del departamento, sino que le diera la oportunidad de demostrarle que de verdad estaba interesado en él, que fuera con él a Cancún para Año Nuevo... Le invadió esa sensación de nerviosismo de sólo pensar que compartiría la misma habitación de hotel con él allá porque así lo había planeado junto con su mejor amigo Marco, y para que aquel se hubiera prestado al juego era porque Josué tenía que haberle dicho algo muy fuerte. Ya le preguntaría cuando fueran al cine juntos, tal y como habían quedado antes de que se bajara de su camioneta horas atrás.

Cerró sus ojos y recordó el tacto de las manos de Josué sobre su piel, la calidez de su cuerpo presionándose contra el suyo, el sonido de su voz jadeante pronunciando su nombre una y otra vez de forma entrecortada, el sabor de sus labios y el cosquilleo que la lengua del muchacho provocaba en todo su cuerpo al internarse en su boca... se estremeció al recordarlo todo. Se abrazó a sí mismo con la piel erizada de pies a cabeza, sintiendo aquel cosquilleo que le generaban

sus fantasías eróticas con Josué Villalpando; aunque en esta ocasión la sensación que su cuerpo tenía era más fuerte, más intensa, real... todo era motivado por recuerdos y no sólo ensoñaciones como en veces pasadas, comenzó a sudar al pensar que si seguía dudando de esa forma habría sido “debut y despedida” y Josué encontraría en Judith una nueva oportunidad. Sacudió la cabeza y cerró los ojos con fuerza, necesitaba sacar de su mente esas ideas. Soñó de nuevo con él, un sueño dulce; se vio a sí mismo entre los brazos del muchacho, sus labios presionándose contra los de Josué, sus dedos jugueteando con su cabello castaño mientras las manos de Josué acariciaban su espalda y su rostro con insistencia, esa mirada iluminada en esos ojos que tanto le gustaban, aquella voz ronca murmurando su nombre y lo importante que era para él... Cuando despertó todo estaba en silencio y a oscuras, se había quedado dormido en medio de su fantasía hecha realidad. Se levantó de la cama y salió de su alcoba en busca de algo para comer; revisó el reloj de su teléfono celular, eran las 5:30 de la mañana, había dormido casi 12 horas seguidas. Echó café dentro del filtro de la cafetera, agua en el depósito y la encendió para que aquella bebida caliente se preparara mientras rebuscaba en el refrigerador algo que pudiera llevarse a la boca, y entretener el hambre hasta que desayunara con su familia.

Se sentó frente a la mesa tras servirse café en una taza y encontrar pan en el recipiente que su madre solía guardarlo, y comenzó a comer en silencio; enchufó sus audífonos en el móvil y buscó su lista de reproducción favorita para entretener su mente en las canciones que más gustaba de escuchar.

Su hermano fue el primero en aparecer dentro de la cocina, todo en su apariencia decía a gritos que se había desvelado, llevó su mano a su boca para evitar reírse.

—¿De qué te ríes Andrés?

—De lo mal que luces por las mañanas —respondió entre risas discretas para evitar hacer ruido.

—Me quedé jugando hasta las doce, porque mamá me mandó dormir; si no me avisa la hora bien pude quedarme más tiempo —respondió sirviéndose café—. ¿Qué te pasó?, es la primera vez que veo que duermes doce horas...

—Estaba cansado —explicó.

—Te he visto muy cansado por estudios y jamás habías dormido doce horas, ¿tiene que ver con ese güey Villalpando, verdad? —Andrés le miró sorprendido, no pudo articular palabra; su hermano podía leerlo con más facilidad de lo que esperaba, y de la que le hubiera gustado, más en ese momento—. Lo sabía... sabía que ese tipo es un idiota, ¿le dijiste que estás enamorado de él desde hace años?

—Toño... —suplicó que se callara, no estaba de ánimos para dar explicaciones, no deseaba seguir dándole vueltas al tema o dudaría en irse a Cancún y compartir la habitación con él.

—¿Qué?

—Mis papás están dormidos, estás hablando casi a gritos —dijo sin ganas—; además, no estoy de humor para hablar del tema, ¿puedo tener un poco de paz? —Su hermano le miró preocupado, asintió sin decir nada; no pudo evitar sentirse mal por ver aquel cambio de actitud en Toño, pero de verdad no quería seguir pensárselo—. Escucha Toño, prometo contarte cómo estuvieron las cosas más tarde, ¿de acuerdo?

—Sí, claro —respondió recuperando su entusiasmo—. Espero escucharte, no me gustaría que mi regalo fuera más problema que gusto...

—¿Tu regalo? —preguntó desconcertado.

—Sí, el regalo de Navidad que preparé para ti. Marco me ayudó un poco, debo admitir —dijo riéndose divertido—. Pero no espero que mi regalo te ponga más triste.

—No te preocupes... —dijo aún confundido—, creo...

Toño sonrió divertido de ver la incertidumbre reflejada en el rostro de su hermano mayor y abandonó la cocina sin decir más.

Decidió volver a su habitación y escuchar música mientras terminaba de leer el libro que su padre le había obsequiado; se tumbó sobre la cama y permaneció ahí hasta que su madre entró y le miró desde el quicio de la puerta esperando a que se quitara los audífonos. Le avisó que el desayuno estaba listo y que necesitaría que él y Toño fueran a hacer las últimas compras para la cena, irían ayudando a su padre por lo que no tendría la necesidad de ser él quien condujera el auto, o dejar que Toño lo hiciera.

Las preguntas no se hicieron esperar: ¿qué tal Puebla?, ¿muy ajetreadas las últimas semanas de tu semestre?, ¿cómo van las cosas con tu compañero de departamento?, ¿todo tranquilo?... al menos agradeció que su madre y hermano no hubieran preguntado de forma directa si Josué ya sabía lo de su enamoramiento por él desde la prepa; no que él no le hubiera contado ya a su madre que por fin lo había dicho, sino que no deseaba que ello diera pie a más preguntas y terminara contándoles cómo se habían dado las cosas después de que él le confesara todo a Josué Villalpando.

Su padre los apresuró para irse a hacer las compras lo más temprano que se pudiera y así evitar congestionamientos en el centro comercial; a ninguno de ellos

le gustaba estar en lugares demasiado concurridos, y menos si se trataba de tener que ganar algún producto en alguna tienda. Llegaron a casa pasadas las cuatro de la tarde y tras bajar todas las cosas del auto se sentaron a comer; sugirió ver alguna película, incluso aceptó jugar videojuegos con Toño con tal de evitar pensar más en el tema, sabía que si le dedicaba más tiempo estaría entristecido para Nochebuena y no podía permitirse eso; menos porque sus abuelos paternos estarían cenando con ellos después de tres años que no los había visto. Escucharon la voz de su madre avisándoles que ya pasaban de las doce para que se fueran a dormir, no opuso demasiada resistencia e incluso convenció a su hermano de obedecer la instrucción sin chistar. Entró a su habitación y se cambió de ropa para acostarse a dormir, se colocó los audífonos y puso a sonar aquella lista de reproducción que solía gustarle tanto y se concentró en lo agradable que era estar con su familia para esas fechas, el olor a comida inundando la casa, los adornos y los focos de colores iluminando el lugar durante la noche. Ver el entusiasmo de sus padres y su hermano por recibir a la familia en casa, sabía que el 24 de diciembre pintaría desde temprano para ser un día más que ajetreado, solía ser quien ayudara a su madre a ultimar los detalles de la cena y las bebidas para la misma. Se sintió adormecido y retiró los audífonos tras apagar el móvil, se acomodó sobre la cama y se durmió casi enseguida, había funcionado.

Abrió los ojos con pereza de moverse, de no haber sido por el ruido del ir y venir de sus padres en la casa no habría despertado, revisó el reloj que tenía en la mesilla de noche y se enderezó de prisa, pasaban de las once de la mañana.

—¡Carajo! —se reprendió a sí mismo tomando su ropa para correr a la ducha y darse un baño que le ayudara a quitarse la flojera, se sintió peor al notar que su hermano estaba ya de pie y organizando los regalos bajo el árbol de Navidad. Se bañó con prisas, al punto de no disfrutar en absoluto la caída del agua helada en su cuerpo al no esperar que entibiara. Su cabeza estaba llena de “¿qué voy a hacer ahora?”, “¿debo creerle a Josué y ver si esto puede llegar a algún lado o sencillamente me voy?”...

Saliendo del baño se topó de frente con aquella sonrisa socarrona dibujada en el rostro de su hermano quien lo miraba con insistencia, y sin más le soltó:

—Hagas lo que hagas todo va a estar bien. —Andrés le miró desconcertado, arqueó una ceja y lo siguió con la mirada. Toño continuó su camino hacia su habitación—. Ya te dije que si te lastima le parto el hocico, hablas dormido hermano.

Sudó frío, no sabía qué esperar; imaginaba que había balbuceado algunas cosas dormido, pero ¿qué?

—¿Qué dije Toño? —preguntó armándose de valor.

—Que Josué te dijo que le gustas o algo así, pero la forma en que lo decías sonaba más angustiada que feliz —explicó dejándose caer sobre el sillón para estirar su mano y encender la consola de videojuegos—. ¿Te ofendió o algo así?

—No, yo creo que él está confundido; creo que lo confundí cuando le confesé que tengo más de dos años enamorado de él.

—Si está confundido o no es problema de él, pero si hizo algo para lastimarte le voy a partir el hocico —sentenció—. Tu mirada, tu actitud completa me dice que pasó más de lo que dices, y entiendo que quieras tener algo de privacidad pero no para cubrir las estupideces de este tipo.

—No Toño, no tengo nada qué cubrir. Son mis propias dudas las que ahora lo han hecho sentir a él en la cuerda floja. Me hizo prometerle que no voy a huir, pero a veces tengo las ganas de hacerlo y ya no saber de este tema...

—Bueno, una de cal por las que van de arena... —resopló el muchacho en tono de broma.

—No huyas, aclara lo que quieres y sientes. Si descubriste que ya fue suficiente de estar enamorado de este muchacho Josué pues díselo y ya; si quieres averiguar si está o no seguro de lo que dice enfréntalo. Es la mejor manera de que todo esté claro para ti —escuchó la voz de su madre desde el quicio de la puerta—. Ninguno de nosotros queremos que sufras hijo, pero sólo tú puedes dejar todo claro; más si estás dudando de si el muchacho este está o no confundido.

—Lamento preocuparlos... —musitó apenado.

—No lo lamentes hijo, al contrario; quiero que sepas y entiendas que somos tu familia y estamos siempre de tu lado.

—Gracias.

—Ahora, si estás mejor, ¿podrías acompañar a tu padre a recoger algo que la madre de Marco va a compartimos y llevarle los polvorones que hice yo para ellos?

—Claro, ya voy —dijo apresurándose a buscar a su padre y hacer la diligencia que su madre le había pedido. Había pensado que no vería a Marco sino hasta el 25 en la tarde para irse al cine pero esto le daba la magnífica oportunidad de hablar con su amigo de una buena vez y averiguar todo lo que Josué le había dicho. Esperaba que escuchar a Marco y hablar con él ayudara a despejarle las muchas o pocas dudas que aún quedaban dando vueltas en su cabeza.

Llegó a la casa de la familia de Marco, Natalia le recibió de forma efusiva y jalándolo dentro entre carcajadas.

—¡Mamá ya llegó Andrés! —exclamó la chiquilla llevándolo hasta la cocina.

—¡Muchacho gracias por venir hasta acá! —Agradeció la mujer con enorme sonrisa—. Mi marido y Marco fueron por los refrescos, no deben tardar. Natalia dale a Andrés los regalos que tenemos para ellos por favor —pidió caminando hacia uno de los mostradores para levantar una canasta decorada llena de panecillos.

—¡Ya llegamos mamá! —Escuchó la voz de Marco llegando a su casa—. Acá están tus encarguitos...

—Qué bueno que llegan, ayúdale a Andrés a llevar los regalos al coche de su papá —le dijo volviéndose a la cocina.

—Hola hijito, ¿cómo va tu cabeza revuelta? —Dijo en tono bromista el muchacho—; más o menos revuelta que como la tenías cuando te dejé en casa de tus papás.

—No lo sé, ¿podemos hablar?

—Más... —musitó caminando detrás del chico hacia la cajuela del auto de su padre para sacar las bolsas de celofán llenas de polvorones y las cajas envueltas con papel fantasía de motivos navideños—. Imaginaba que estarías lleno de dudas pero no creí que tanto Andresito, siempre quisiste que el güey ese te viera de la forma que ahora te ve y mírate... —musitó evitando llamar la atención de su padre que charlaba con el padre de Andrés.

—¿Qué te dijo él?

—Él dice muchas cosas Andresito —dijo llevando consigo algunos paquetes, guiando al chico al interior de la casa de nueva cuenta—. Vamos a mi habitación, allá hablamos. Naty, ¿puedes cuidar que no haya “moros en la costa”? —La chica asintió curiosa mientras ellos subían la escalera que conducía a la segunda planta de la casa.

Marco avanzó a través del pasillo un par de metros más y se detuvo delante de la puerta de su habitación, giró la perilla de la puerta y abrió la misma haciéndole la seña a su mejor amigo desde la infancia para que entrase. Entornó los ojos y suspiró justo antes de entrar y cerrar la puerta detra de sí.

—Sé que te tengo harto... —le escuchó musitar en el mismo tono que solía utilizar cuando estaban en secundaria y alguien le molestaba—. Lo último que quiero es fastidiarte a ti Marco...

—No me fastidias, me preocupas —reconoció frustrado—. Me preocupa ver que no importa de qué manera el güey te diga que le gustas, estás encerrado en el

“está confundido”, y... —dudó dejándose caer sobre su cama—, ¿y qué si lo está?, ¿y qué si en este momento de verdad le gustas y tus dudas lo joden todo?, ¿y qué si el que en verdad está confundido eres tú y no él?

Andrés lo miró boquiabierto, se sentó sobre el sillón que estaba junto a la ventana de la habitación. Era cierto, todo lo que él había estado haciendo era evitar el tema, dándole vueltas una y otra vez desde que Josué le había pedido que no huyera; ¿de verdad quería estar con Josué Villalpando o sólo había sido un capricho suyo desde la prepa?, de esos caprichos que se arraigan más en uno cuando cree que lograrlo es “imposible”.

—Él me gusta mucho... —reconoció después de un par de minutos de silencio—. Incluso me gusta su desorden, su risa escandalosa que tiende a ser gangosa... —susurró meditando en voz alta. Marco se limitó a mirarlo y escucharlo en absoluto silencio, sabía que si no dejaba que Andrés aclarara sus ideas respecto a Villalpando eso no iría a parar a ningún lado—. No me gustaría que él estuviera confundido porque he esperado por esto desde hace dos años, casi tres Marco. No sé qué pasaría si resulta que al final sólo “pensó que yo le gustaba”...

—Habrás disfrutado el tiempo que dure esa confusión, cuando sabíamos desde el inicio que el güey era heterosexual, o eso pensábamos —le dijo tras suspirar cansado—. Voy a contarte, la noche que él y tú me organizaron la reunión por mi cumpleaños estuvimos platicando un poco, sí. Tiene en cuenta la fecha de tu cumpleaños Andrés, incluso está planeando hacer algo para esa fecha, si te cuento qué es me voy a meter en problemas, a menos que tú lo arruines todo y esa sea tu idea magnífica, si es así entonces no importará que te lo cuente desde hoy...

Andrés le miró con molestia y enseguida desvió su mirada hacia el suelo, estaba apenado por completo.

—No es lo que quiero.

—¡Milagro! —exclamó—. Es la primera vez en semanas que dices que eso no es lo que quieres; pues bueno, déjame decirte que con tus actitudes es lógico que a él lo hagas sentirse inseguro, ¿no te parece? —le preguntó de forma directa, Andrés se limitó a asentir sin decir palabra—. Primero te mudas con él, después de meses y justo cuando las cosas están poniéndosele difíciles por culpa de Montesinos le confiesas que estás enamorado de él desde hace más de dos años; ya fuera por borrachera, despecho o estupidez terminaron teniendo sexo ustedes dos y él la regó diciéndote que no era lo suyo, sí, sí que la cagó y le partí el hocico por eso —reclamó exaltándose—. Y ahora que él aclaró un poco sus ideas y reconoce incluso con su familia que le gustas tú dudas, ¿sabías que no le fue muy bien con su familia?

—Yo...

—Vamos, que espero que ahora que fue a casa de sus padres, de verdad su papá no se ponga más cañón con él.

—Lo sé, hasta donde sé arregló las cosas. Me dijo que su papá lo llamó para pedirle que fuera a pasar Navidad con ellos...

—Como sea Andrés, piensa bien lo que quieres hacer y lo que necesites preguntarle o decirle hazlo y ya no estés llenándote la cabeza de dudas y tonterías porque si no quieres arruinar las cosas lo vas a hacer.

—Gracias... —dijo el chico mirando a su amigo a los ojos—. Sé que puedo contar con tu franqueza siempre —celebró entre risas discretas—. A no mucha gente puede parecerle una cualidad pero yo sé que sí lo es.

—¡Cielos, gracias!

—No te burles.

—No lo hago, no te burles tú de mí.

—No lo hago.

—¡Aargh! —Se quejó el muchacho volviendo a recostarse sobre la cama—. Eres insoportable Andresito.

—Ya lo sé.

—¡No me des el avión, carajo!

—No lo hago.

—Como sea... —resopló con molestia—. Me va a ser imposible ir mañana al cine como habíamos quedado —le confesó apenado—; verás, mis primos vienen y tiene un chingo que no los veo así que es probable que mañana nos la pasemos aquí Naty y yo; además creo que vas a estar ocupado...

—¿De qué hablas? —le preguntó curioso.

—Pues no sé qué planes tenga tu familia Andresito, pero mi mamá tiene planeado invitarlos a comer...

—Supongo que mi mamá aceptará venir, traeremos a mis abuelos y supongo que se armará en grande el relajó, como siempre; yo no le veo la novedad —dijo el chico reflexionando en lo que sabía que su madre haría para Navidad.

—Tal vez sí, tal vez no...

—No te entiendo.

—Ya lo harás, y cuando lo hagas por favor disfrútalo, ¿de acuerdo?

—Estás mal de la cabeza, ¿lo sabías?

—Me lo has dicho muchas veces, pero Marilú dice que lo haces porque no me entiendes, así que... —dijo en tono bromista—, lo que tú digas hijito mío.

Andrés entornó los ojos y negó con la cabeza en silencio unos segundos y suspiró. Estaba cansado de pensar y darle vueltas al tema, sabía que esa inseguridad sólo estaba paralizándolo.

—De acuerdo, ya me voy —resopló agotado—. Nos vemos mañana si es que así va a ser; sino, feliz Navidad Marco.

—Qué tengas una muy feliz Navidad hijito mío, pásala genial. Nos vemos ya para irnos a Puebla con el güey, ¿ok?

—Sí, como sea... —dijo el chico saliendo de la habitación a paso lento—. La idea es disfrutar las vacaciones, voy a disfrutarlas; lo que venga que venga...

—Qué quejumbroso estás —se burló caminando detrás de su amigo de infancia—. Ya veré que el 26 vas a estar de muy buen humor.

—Nos vemos.

—Sí, sí Andresito.

Andrés apresuró el paso para volver al auto de su padre y esperar a que terminara de charlar con el padre de Marco y pudieran volver a casa. Sería un día ajetreado y una noche bastante ruidosa en su casa, sus abuelos estarían ahí; quizás la hermana de su madre también iría a cenar a su casa. A partir de las seis de la tarde tendrían “casa llena” y cenarían cerca de las nueve de la noche para que la sobremesa durara hasta la medianoche y dieran paso a cantar canciones de cuna mientras arrullaran al “Niño Dios” y un par de oraciones para pasar a la parte favorita de su hermano menor: la entrega de los regalos de Navidad. Conocía bien el ritual de su familia para estas fiestas, incluso imaginaba qué regalo le daría Toño, algún libro o algún portarretratos mono que Natalia le hubiera ayudado a elegir con la misma fotografía impresa de Josué Villalpando durante un partido de fútbol de la preparatoria; al menos los últimos dos años había recibido lo mismo, ya tenía dos portarretratos con esa fotografía. Los guardaba dentro de un cajón de su recámara, ni loco los sacaría de ahí.

Como pensó, sus abuelos y su tía se aparecieron pasadas las seis de la tarde y dio comienzo el montón de preguntas: ¿qué tal la universidad?, ¿es cierto todo lo

que se dice de Puebla?, ¿qué tal es compartir departamento?, ¿tu compañero de departamento es un buen muchacho?, ¿de dónde es?... Momento incómodo; le era agradable saber que contaba con el apoyo de su familia sobre su sexualidad pero tener que responder tantas preguntas de las que, en algunos casos, ni él tenía respuesta lo ponía en aprietos. Quiso que la tierra lo tragara cuando su hermano intervino tratando de ayudarlo diciendo que era cuestión de que él aclarara algunas cosas en su cabeza, ¿necesitaba toda su familia enterarse que se sentía inseguro? Pensaba con insistencia.

La cena y la charla sobre político lograron desviar la atención del tema por completo; hasta parecía que su madre y hermano habían calculado todo de forma perfecta. Se sintió relajado al escuchar el barullo que provocaban las voces de su familia discutiendo sobre si “tal” o “cual” político era más corrupto que el otro; disfrutó de la cena y esperó que el momento de los rezos y los regalos transcurriera rápido para poder irse a dormir, revisó su móvil al escucharlo sonar; había recibido un mensaje de Josué deseándole una feliz Navidad, no pudo evitar sonreír al leerlo, quiso verlo en ese momento para responderle de viva voz pero sabía que llamarlo podría desatar más preguntas por parte de sus abuelos que parecían muy interesados en el tema.

—Oye hermano, ¿por qué no le respondes el mensaje? —escuchó a su hermano susurrarle curioso.

—Porque no quiero más preguntas Toño —respondió murmurando.

—¡Lo bueno es que estamos cerca de entregar los regalos! —exclamó divertido llamando la atención de todos en la mesa.

—¿Qué te pasa Toño? —le preguntó su abuela confundida.

—No mucho abuela, me muero por entregarle su regalo a mi hermano —dijo con esa enorme sonrisa confiada que solía dibujarse en su rostro cuando había planeado algo que le tenía convencido que funcionaría.

—¿Qué hiciste ahora? —Preguntó preocupado—, no vaya a ser otro portarretratos Toño, ya no me caben en el cajón.

—¡Qué exagerado! —Reclamó divertido—, si sólo te he dado dos.

—Grandes...

—Pero sólo han sido dos —dijo entre carcajadas—, y lo mejor no es el armatoste sino la foto que contenía hermano; esta vez no es foto la que te tengo preparada —dijo ansioso—, es mejor que una pinche foto.

—¡Toño! —reclamó su madre con molestia.

—Lo siento —dijo apenado—. Corrijo: es mejor que una triste foto... ¿mejor?

—Ay Toñito —intervino su tía con incomodidad—, no se trata de corregir, se trata de pensar antes de hablar o hacer las cosas.

—Voy a servirme más ensalada en lo que pasan a la sala para que comencemos con las oraciones —dijo el muchacho caminando hacia la cocina revisando su móvil.

Andrés le miró de reojo tratando de adivinar qué se traía entre manos; horas atrás le había escuchado hablar con Marco y reírse divertido, imaginó que su mejor amigo estaba más que involucrado con “su regalo de Navidad”. ¿Qué podría ser?, ya le había confirmado que no se trataba de otro portarretratos; ¿acaso alguna de esas impresiones de cuerpo completo?, no, no podría tratarse de eso, habría sido capaz de verla cuando estuvo jugando videojuegos con él en su recámara; ¿quizás un video?, tendría más sentido pudo haberlo guardado en una memoria USB que sólo necesitaría conectar al DVD o a una computadora pero, ¿acaso en ese video estaría Josué mandándole algún mensaje?, se sintió nervioso, de ser así surgirían más preguntas incómodas que no tendría ganas de contestar. Suspiró nervioso mientras su hermano le miraba divertido y ansioso durante las oraciones que solía dirigir su abuela materna al arrullar al niño Dios.

—¿Estás bien hijo? —escuchó la voz de su abuela paterna mientras lo tomaba de la mano, en su rostro pudo identificar esa preocupación que estaba generando su actitud.

—Sí abuela, es que no me gustan las sorpresas de Toño...

—¿Eso es lo que te tiene así de triste? —Miró a la mujer sorprendido, su abuela había leído su estado de ánimo por completo sin necesidad de una “charla entre dos” —. Yo creo que debes confiar un poco más en ti hijo, si las cosas son para ti lo son; sino disfrútalas mientras duren y agradece cuando se vayan porque tuviste una oportunidad.

—Tienes razón...

—Lo mismo con las sorpresas de Toño, disfrútalas ahora que las tienes.

—Sí...

—Es una bendición tener cerca a la gente que amamos, ¿no lo crees? —Escuchó la voz de su hermano, asintió en silencio y esbozó una sonrisa—. ¡Los regalos!, ¿puedo ser el último?

—Como quieras Toño —le dijo su padre con tono de resignación.

Andrés comenzó a reírse, ver aquella ansiedad en su hermano le entretenía; sabía que existía la posibilidad de que su sorpresa pudiera causarle incomodidad pero también sabía que la intención de su hermano era hacerlo sonreír en Navidad. Su abuela dio comienzo a la entrega de los regalos, con el cántico de “qué los abra” incluido; pudo ver las sonrisas de sus abuelos y sus padres al momento de abrir los regalos que tan meticulosamente había elegido en Puebla, le hacía feliz el ambiente que se creaba en su casa en ese momento específico: las sonrisas, la música, el olor a ponche, las risas, las bromas y las anécdotas que surgían; lo llenaban todo de una calidez que se convertía en el regalo de Navidad para todos.

Vio a su hermano levantarse de su asiento para comenzar a entregar los regalos que había preparado para sus abuelos, su tía y sus padres, esperando dejarlo a él al último y prolongar su ansiedad. Estaba convencido, se trataría de algún video, a sus padres les había preparado uno con fotografías de ellos cuando eran niños y en Navidades pasadas, sintió nostalgia al ver todo aquello; Navidad era la única época del año capaz de hacerlo añorar ser niño de nuevo.

—Tu regalo hermano lo tengo dividido en dos partes —le escuchó decir, asintió buscando calmar sus nervios—. La primera parte es este video con fotos, algunas debo admitir que Marco me las dio porque no tenía manera de conseguirlas; otras me las regaló el mismo Josué —abrió sus ojos de par en par al escuchar aquello, ¿su hermano había estado en contacto con Josué?

El video duró poco más de cuatro minutos y la canción que su hermano había elegido para música de fondo no la había escuchado antes, *Last Christmas* con *Metro Station*; muchas fotografías le eran desconocidas y la mayoría de las mismas eran de su vida universitaria con Marco, Marilú y Josué. Sonrió al ver todo aquello, su hermano y sus amigos le habían preparado un regalo de Navidad que le llenaba de una alegría y tranquilidad que en algún momento él mismo había decidido intercambiar por incertidumbre e inseguridad.

—¡Feliz Navidad hermano! —escuchó la voz de Toño hablándole desde la entrada de la casa, haciéndole la seña de que se acercara a él. Se levantó y caminó despacio hasta la puerta—. Vamos, ábrela.

Suspiró y sonrió resignado, abrió la puerta y se quedó boquiabierto al ver a Josué detrás de la misma sosteniendo una caja forrada con papel fantasía navideño y esa enorme sonrisa que tanto le gustaba ver.

—Feliz Navidad Andy —le escuchó decir—, ¿puedo pasar?, Toño me pidió que te consiguiera algo especial.

Andrés se hizo a un lado para dejarlo entrar a la casa, sus padres le invitaron a pasar a la sala sin que él pudiera articular palabra todavía.

—¿Hice mal? —escuchó a su hermano preguntarle con un dejo de preocupación.

—No, no has hecho mal —respondió—. Gracias, es el mejor regalo.

—Son tres regalos, ¿genial, no?

—Te luciste Toño, gracias.

—Ve con él, vino a verte a ti, no a nuestros abuelos, ¿o sí?

Andrés comenzó a reír, abrazó con fuerza a su hermano y tas agitarle el cabello, caminó de vuelta a la sala; Josué charlaba con su madre quien parecía preocupada de que las ideas de Toño le hubieran hecho conducir de noche.

—No se preocupe señora Macías, ya había calculado venirme de noche pero no fue necesario, mis padres decidieron venir a Cuernavaca a pasar Nochebuena y Navidad, así que sólo conduje de la casa de mi familia a aquí —explicó con tranquilidad, acercando a sus labios una taza de cerámica con ponche.

—Supongo que querrás abrir tu regalo —sugirió su padre— Yo voy a llevar a mis suegros a su casa y vengo a ver qué fue —dijo haciéndole una seña a su esposa de que lo acompañara.

—Nosotros nos quedamos en un hotel querido —escucharon decir a su abuela paterna—. Ya tenemos nuestras cosas allá.

—Volvemos en un momento entonces —dijo su madre, por favor Toño, no quiero desastres.

—No mamá, yo me portaré bien.

—Lo hará —le aseguró Andrés con enorme sonrisa—. Yo me encargo.

Su madre sonrió y caminó hasta la puerta para salir de la casa y dejarlos solos. Toño se levantó del sillón y agitó su mano a modo de despedida.

—Como ves hermano, no habrá más preguntas, voy a dormirme —dijo avanzando hacia las escaleras para permitirles hablar. Josué sonrió incómodo, sabía que sería algo arriesgado prestarse al juego de Toño sobre todo por cómo habían terminado dándose las cosas entre ellos el día de su cumpleaños.

—¿Cuándo planearon esto? —preguntó a media voz.

—El día que hicimos la reunión de cumpleaños de Marco, Toño ya lo había hablado con él pero yo me enteré esa noche —explicó—. Si quieres que me vaya sólo dilo, no quería presionarte, pero tampoco quedarle mal a tu hermano.

—No me presionas, yo tenía ganas de verte —admitió—. Cuando recibí tu mensaje quise llamar, pero no me atreví... —reconoció apenado.

—No importa, con eso me basta —dijo acercando sus labios a los del chico, comenzando a besarlo mientras rodeaba su cuerpo con sus brazos—. Feliz Navidad Andy... —musitó apenas separando sus labios unos milímetros.

—Feliz Navidad Josué —respondió el chico esbozando una sonrisa.

—Tenía mucho que no veía esa sonrisa en tu cara —le dijo el muchacho—. Lamento mucho haber sido quien la borrara.

—No fuiste tú —insistió sonriendo—. La verdad aún no sé con exactitud qué me pasa, lo que sí sé es que me da gusto que hayas venido, ¿de verdad tú y tu familia vinieron a pasarla a su casa en Cuernavaca o eso le dijiste a mi mamá para que no regañara a Toño?

—Un poco de ambas —dijo entre carcajadas—. Pero no puedes decir nada, ¿de acuerdo? —Asintió entornando los ojos—. Yo convencí a mis padres de que, ya que Gisela se iría a Acapulco con sus suegros, nosotros podríamos pasarla en Cuernavaca porque yo necesitaba venir de todas formas porque quería verte para Navidad.

—¿Estás loco?

—No, mis padres accedieron; no fue necesario entrar en una discusión estúpida, mi papá invitó a cenar a unos amigos suyos así que mi casa está llena de gente que no conozco en realidad pero he visto en muchas reuniones —explicó—. Lo que me tenía de buenas era que entre la una y la una y media yo tenía que venir aquí, en eso quedamos Toño y yo; así que ya está —dijo entre risas.

—Toño y sus ideas...

—¿Te molesta?

—Para nada, sólo creo que es impulsivo de más.

—A mí me benefició, de no haber venido no habría tenido mi beso de Navidad, ¿verdad?

Sonrió divertido acercando sus labios a aquellos labios que estaban haciéndolo adicto. Sus manos se detuvieron en ese rostro que tanto le gustaba ver y se estremeció al sentir las manos de Josué recorrer su espalda con una lentitud casi tortuosa, serpenteando a lo largo de toda su columna vertebral con pausas que le estaban ansiando sentir esas manos contra su piel, sin telas estorbosas de por medio. Los labios del muchacho comenzaron a deslizarse a través de la sensible piel de su cuello haciéndole temblar y suspirar.

—Hueles bien... —le escuchó jadear separando sus labios de su piel apenas unos milímetros—. Tu hermano está arriba...

Asintió echando su cabeza un poco más hacia atrás para darle espacio de seguir deleitándose con aquella sensible piel suya. Josué esbozó una pequeña sonrisa retorcida y acercó su nariz para llenarse del aroma que despedía el cuerpo de Andrés en Navidad, cerró sus ojos y besó nuevamente el cuello del chico, recorriéndolo a placer mientras sus manos acariciaban su rostro sintiendo cada temblor por leve que este fuera.

—Mis padres no tardan en llegar —jadeó enderezándose y mirándolo a los ojos.

—Lo sé, pero no quería quedarme sin mi beso de Navidad, te lo dije —musitó entre risas—. Además, ya te dije que tengo planes para Cancún, no voy a dejarte huir.

Aquella risa y esa mirada en el rostro de Josué Villalpando le hicieron agradecer a su hermano el haberse puesto a planear un regalo capaz de haberlo hecho suspirar de la forma en que lo había hecho al sentir la cálida humedad de los labios de Josué sobre su cuello, sus manos acariciar su espalda de aquella forma

y aquellos besos que le quitaban el aliento y todas las dudas que se habían agolpado en su cabeza, sus inseguridades.

—Feliz Navidad Josué —susurró depositando un suave beso sobre los labios del muchacho.

—Me gusta ser tu regalo de Navidad Andy, prometo que vas a vibrar en Cancún —murmuró a punto de soltarse a reír a carcajadas al ver los ojos de Andrés abiertos como platos y boquiabierto tras escucharlo—. Feliz Navidad a ti también, Andrés.

Sonrió y rodeó con sus brazos el cuerpo de Josué en un fuerte abrazo, dando unas cuantas palmadas en aquella espalda que tendría para sí en Cancún.

—¿Puedo quedarme el resto de la madrugada? —Preguntó curioso—, prometo no hacer algo que haga que tu familia te haga más preguntas.

Comenzó a reírse a carcajadas, sin en realidad haberse dado cuenta Josué Villalpando había logrado conocerlo más de lo que se había imaginado; volvió a abrazarlo con fuerza y besó una vez más esos labios que le jalaban cada vez que sonreían de esa forma. Se acomodó junto al muchacho sobre el sillón, mirando la mesa de centro de la sala llena de dulces y de papeles multicolores de regalo que habían terminado ahí después de la sesión de entrega de regalos, el aroma a ponche y comida aún llenaba la estancia de ese ambiente navideño y familiar pero la presencia de Josué en su casa a las 3 de la mañana de la Navidad, estaban haciendo de esa, una de las mejores navidades que había pasado y de la que tuviera memoria. Conversaron hasta quedarse dormidos en aquel sillón de la sala con las manos entrelazadas, no tuvo la necesidad de soñar con él, sabía que lo tenía ahí, junto a él.



Sobre el Autor notas

¡Hola gente maravillosa! Primero que nada, es un gusto tener la oportunidad de desearles magníficas fiestas decembrinas acompañados de todos sus seres queridos, que las bendiciones llenen sus hogares de luz, salud, trabajo, dinero, prosperidad y abundancia. Que el año venidero sea mil veces mejor que este 2014 y que venga con muchas oportunidades para ser mejores día con día.

Soy Saga Zuster, una escritora que comenzó en 2006 a través del fanfiction yaoi en fandoms como Saint Seiya y Yami no Matsuei entre otros; a partir de 2010 comencé a desarrollar historias originales, la mayoría no han visto la luz y no están terminadas aún, fue hasta “Inesperado” -que decidí publicar en mayo de 2014- que dio comienzo la aventura de realizar novelas de temática gay con romance y drama; al día de hoy llevo 3 novelas publicadas: “Inesperado”, “Hikaru...” y “Enamórate de mí”; esto sin dejar de lado el realizar cuentos y fanfiction de la misma temática.

“Un regalo de Navidad para Andrés” es una historia corta sobre cómo fue la Navidad de Andrés Macías en casa de sus padres y el regalo que su hermano Toño le ha preparado para ayudarlo a aclarar sus dudas y deshacerse de sus inseguridades en torno a Josué Villalpando, el muchacho del que ha estado enamorado desde la prepa. Todo esto dentro del “universo” creado en la que es mi tercer novela gay: “Enamórate de mí” que puedes leer una parte de forma gratuita en wattpad:

<http://www.wattpad.com/story/18953534-enam%C3%B3rate-de-m%C3%AD-gay>

Espero que sea del agrado de todos quienes han disfrutado "Enamórate de mí" tanto como yo disfruté al escribirla. Gracias por su apoyo, sus votos y comentarios en wattpad a la historia; y a quienes me han hecho el honor de comprarla apoyando mi trabajo y hacerme llegar sus opiniones les estoy eternamente agradecida. Puedes comprar la novela en:

Smashwords: <https://www.smashwords.com/books/view/495268>

Barnes & Noble: <http://www.barnesandnoble.com/w/enam-rate-de-m-.../1120858470...>

Amazon: <http://www.amazon.com/dp/B00Q0J7EBI>

Amazon México: <http://www.amazon.com.mx/dp/B00Q0J7EBI>

Amazon España: <http://www.amazon.es/dp/B00Q0J7EBI>

Puedes encontrarme en:

Mi blog: <http://sagazuster.blogspot.mx/>

Wattpad: <http://www.wattpad.com/user/SagaZuster>

Smashwords: <https://www.smashwords.com/profile/view/SagaZuster>

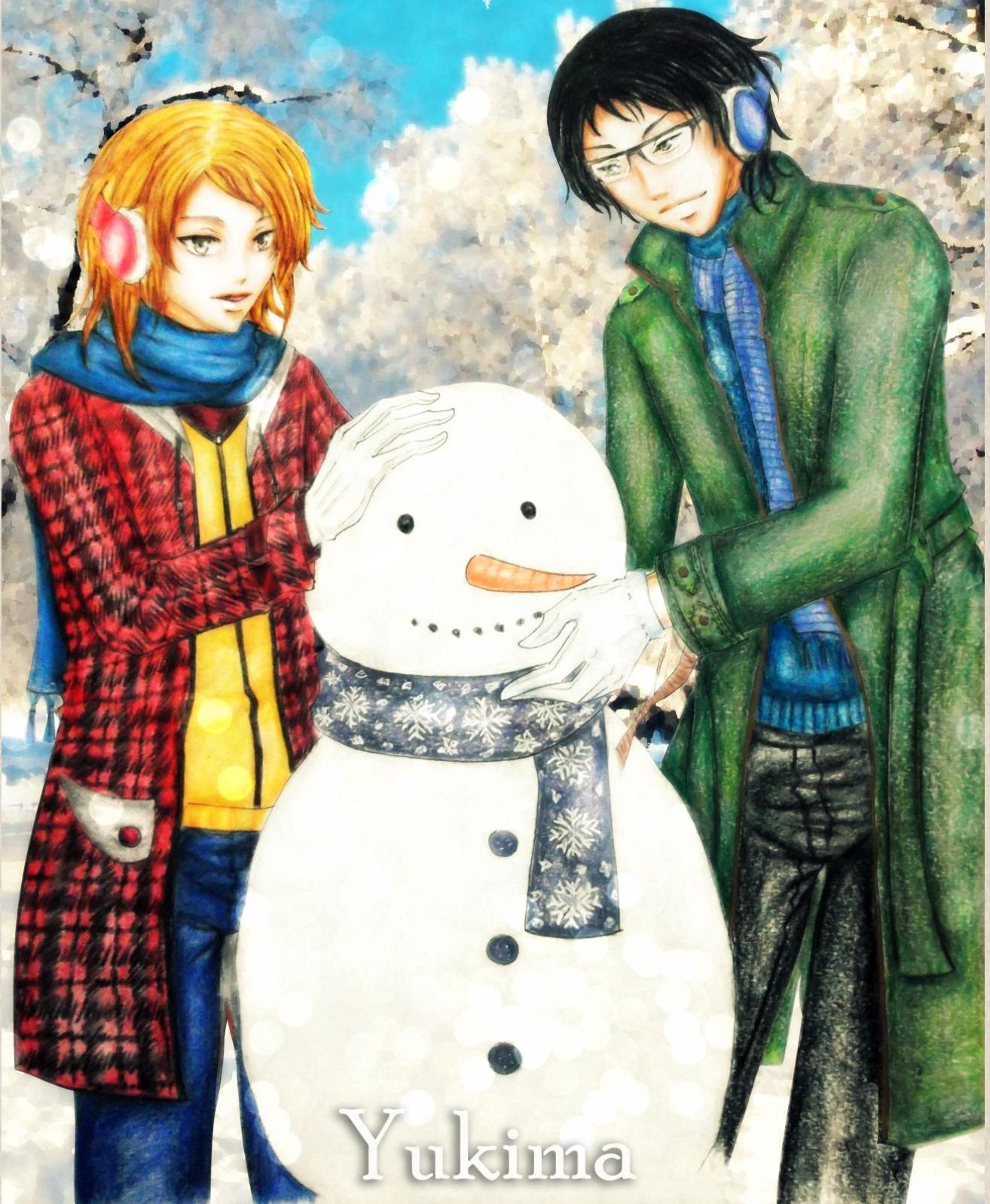
Amazon: <http://www.amazon.com/Saga-Zuster/e/B00M9DT12E>

Goodreads: https://www.goodreads.com/author/show/8344715.Saga_Zuster

Facebook: <https://www.facebook.com/sagaykanon.zuster>

¡Mil gracias por leer incluso estas líneas y por todo tu apoyo! ¡Besucos!

*25 Centímetros
para Navidad*



Yukima

25 Centímetros para Navidad

JACQUE [JACK]

« Jacques, estaba, nuevamente, acorralado por los chicos homofóbicos de su universidad, se había negado a ser alguien que no era, así que cuando preguntaron por si tenía novia había sido honesto, para su mala suerte, su respuesta había llegado a malos oídos y el rumor se expandió por la universidad como pólvora, al día siguiente ya tenía gente apoyándolo, que gracias al cielo eran por lo menos cuatro veces más que los que no, todo gracias a la libertad de expresión que actualmente muchos apoyaban, como también estaba la gente que no se molestaba por los demás y habían hecho oídos sordos al rumor, y como estos tipos, gente que se la pasaba gritándole cosas o molestándolo. Ya se había salvado dos veces de la emboscada, pero al final lo habían pillado. Mientras Jacques retorció su cerebro pensando en cómo zafarse de esta situación, el que parecía el líder del grupo, un tal Jordán, lo tomó de la muñeca y lo empezó a arrastrar hacia el camino que parecía ir a los baño.

Había visto demasiadas películas y escuchado muchas historias, y se hacía una idea de lo que venía.

— ¡Oh, no! Suéltame, dije que me sueltes, voy a gritar ¡En serio voy a gritar!— Ya estaba gritando, pero el grupo parecía no escucharlo así que le pareció buena idea decir eso.

El grupito rio de su intento de zafarse y tuvieron la cara de hacer una imitación mucho más dramática y femenina de sus gritos.

Él no lo había gritado así, y tampoco había movido su muñeca ya que la estaban aplastando bajo la manota de ese tipo, si no fuera por el miedo del momento, hubiera rodado los ojos ante la estupidez de este grupo de abusadores.

— Dije que...

Pero la frase murió porque una voz profunda los detuvo.

—Suéltalo—

Fue sólo una palabra, una pequeña palabra y el grupo de idiotas, como él los estaba empezando a llamar en su mente, se detuvieron en seco, el mismo se giró sorprendido, no era la persona más sociable del mundo pero hablaba con mucha gente, y ese tipo de voz nunca la había escuchado antes, era una voz ronca y profunda muy parecida a las voces mañaneras, o a las que no se han usado en mucho, mucho tiempo.

Jacques se giró y se encontró mirando una camiseta, demoro unos segundos darse cuenta que estaba mirando la zona pectoral, y también en recordar que los pectorales no hablaban, no hasta donde él sabía, elevo la vista...y elevo la vista un poco más, un tipo gigantesco estaba mirando al grupo sin expresión, no dijo nada más, se limitó a mirar, y Jacques casi ni sintió cuando Jordán soltó su mano.

—Sólo estábamos jugando amigo, no íbamos a hacerle nada—

El gigante sólo lo miro y Jordán hizo un mal intento de ocultar el miedo que sentía.

—Venga chicos, nos vamos— *Jordán casi corrió lejos, y el grupo lo siguió de cerca, uno se volvió, lo bastante lejos para estar seguro, eran idiotas pero tenían sentido de supervivencia y grito algo que sus oídos no registraron.*

Jacques sólo miraba al gigante, no sabía porque, si era su altura, su voz, o ese rostro sin expresión, pero sabía que podía mirarlo por horas sin cansarse de ellos.

Aún estaba procesando lo que estaba sucediendo cuando el señor gigante elevo una mano y la acerco lentamente, no pudo evitar encogerse, tal vez era otro homofóbico y le había molestado tenerle tanto rato mirando, pero la mano se depositó suavemente en su cabello y lo despeino un poco, luego comenzó a caminar y se alejó.

Jacques se quedó varios minutos mirando la espalda desaparecer.

Y al día siguiente, ya sabía que se llamaba Gustave Farrell, que iba en cuarto año y que medía 2.03, ese mismo día a la hora de almuerzo sufrió su primer rechazo, y eso que Gustave sólo había dicho “Hola” y “Lo siento”

Le tomo tres días dejar de llorar, y a la semana siguiente había vuelto a ser rechazado, esta vez sólo lloro una tarde, dos semanas más tarde, nadie le quitaba la sonrisa de la cara cuando Gustave suspiro un poco resignado y había dicho “Bien” »

Dos meses, en realidad eran dos meses, tres días y posiblemente unas ocho horas desde que, por fin, Gustave había aceptado su confesión, a pesar de que estaba increíblemente feliz por haber sido aceptado, Gustave seguía igual de distante, por lo menos ahora le respondía con una frase y no con una sola palabra.

Y quedaban 10 días para navidad.

Cuando Jacques había marcado la fecha en el calendario comenzó a preocuparse por el regalo, y por otras cosas... en los dos meses, tres días y ocho horas sólo se habían besado un puñado de veces, y siempre debía ser el quien empezara, se negaba a deprimirse por lo poco interesado que parecía Gustave con su relación, estaba dispuesto a conquistarlo y la idea de Melynda comenzaba a ser tentadora.

« —Navidad, Jack, Navidad— La mayoría de la gente lo llamaba Jack ya que la pronunciación era bastante parecido.

“pero no igual” Jacques no dejaba de decirlo.

— ¿Y?—

— ¡¿Cómo que “Y”?! Jack, Navidad significa tiempo con tu pareja—

— Ni siquiera sé si él tendrá libre ese día—

— ¿No le preguntaste?—

Lo había hecho, pero la respuesta fue un encogimientos de hombro, sin saber que responder, también se encogió de hombros.

— Por Dios, es tu oportunidad, vas a ir donde él, decirle que quieres pasar el día junto a él y ¡pasaras la noche en su casa!—

— ¿Qué? ¡No! Jamás me ha invitado no puedo llegar y decirle que quiero ir a su casa—

— Jack ¿No entiendes lo que te estoy diciendo?—

— ¿Además de auto-invitarme? Pues no, no te entiendo—

Melynda hizo un maravilloso ruido de desaprobación y rodo los ojos, podía ser pequeña en estatura pero tenía una fuerte personalidad.

— Sólo diré esto una vez: Cuando dije “pasar la noche” me refería a “vas a seducirlo, meterte en su cama y tener sexo con él”—

Jacques abrió la boca procesando las palabras, cuando termino de procesarlas su cara ardía de vergüenza, y no era sólo su cara la que ardía.

— No voy a seducirlo—

—Ay, por Dios, no me mientas, un pajarito me dijo que te vieron ayer en el almuerzo, si movías más tus pestañas, temían que se te cayera el ojo, aunque aceptare que envidio las malditas largas pestañas que tienes—

Jacques sabía que debió ser alguna de las amigas que Melynda tenía en su universidad, siempre le extraña el gran círculo de amistades que tenía.

— ¡No...no estaba haciendo eso!—

Aunque ahora que lo recordaba si, había hecho algo así, pero no por seducirlo, el sólo quería ganarse un beso, eso no era seducir ¿O sí?

— *Acéptalo de una vez, amas mi idea—*

— *No me gusta tu idea, nada más del tema—*

Melynda se encogió de hombros.

Jacques gruño ¿Al final que significa esa respuesta? »

Jack miro el cielo meditando la idea de Melynda, no le molestaba realmente seducirlo, incluso lo intentaba besar cada vez que podía, pero.... ¡Maldición! Jacques era pequeño comparado con Gustave, media 1,78 pero esos 25 centímetros de altura hacían un gran y difícil problema en su plan.

Debía vencer 25 centímetros para navidad.

“Vamos, santa, o quien sea que este escuchando esto, tienen que ayudarme a derribar esos centímetros para navidad, es el único regalo que pido”

Jacques miro el cielo casi esperando que ocurriera una gran revelación pero como no ocurrió nada, suspiro resignado y siguió caminando.

“Tacaños”



GUSTAVE [Gus]

Hacía frío, el suficiente para helar sus manos aún en los bolsillos de su chaqueta, doblo la esquina y alcanzo a ver la mancha negra en su camino, la mancha lo vio y salto por los aires para luego correr en camino contrario.

Gustave se detuvo un poco sorprendido por el gato que desaparecía de su vista como si los perros del infierno fueran siguiéndolo.

Suspiro, estaba acostumbrado a que le temieran, no era tan alto, 2,03 no era alto, por lo menos no en su familia, estaba seguro que si la gente viera a su padre o a su hermano mayor la gente creería que los gigantes existían, ellos median más de 2,10 pero en su universidad y en todo lugar al que fuera era lo suficientemente alto como para asustar a la gente y todo ser viviente cercano.

“Pero Jacques no me teme”

Ese pensamiento le saco una sonrisa mental, mental porque era parte de su naturaleza no expresar mucho sus sentimientos, no porque no quisiera, sólo que su sistema límbico y sus músculos faciales parecían no estar conectados, o eso le decía su padre.

— En serio, estoy tejiendo una bufanda, espero que le guste— Un par de chicas iban frente a él hablando entre ellas.

— La amara, tu novio ama todo lo que le regalas—

La chica rio avergonzada, y entonces levanto la vista y lo vio, sobresaltándose asustada, su amiga siguió la mirada y tuvo una reacción similar, Gustave se limitó a mirarlas caminar rápidamente para pasarlo.

Navidad, Gustave miro a las chicas desaparecer y entonces abrió los ojos, fueron sólo unos milímetros que nadie hubiera percibido, pero ese pequeño gesto comprobaba que acaba de darse cuenta de algo.

Saco su celular rápidamente y vio la fecha.

15 de diciembre

Dos semanas, menos de dos semanas para navidad y aún no pensaba un regalo para Jacques.

Nuevamente una sonrisa mental lo acompaño por pensar en el pequeño Jacques.

Jacques había logrado ganarse su cariño desde que lo conoció, lo había mirado sin miedo ni temor, sólo parecía un poco aturdido, Gustave había estado feliz ese día, había salvado a alguien y a la vez conocido a alguien que no le temiera ni saliera corriendo cuando lo veía. Y entonces al día siguiente el pequeño había ido a declararse, Gustave había estado tan confundido que ni siquiera recordaba que había dicho antes de ver a Jacques desaparecer llorando, se había sentido horrible pero lo único que estaba en su mente eran las palabras que su hermano había dicho en una de las tantas visitas que Gustave hacía en su casa.

«—Debes elegir con cuidado a tu amante ¿Sabes?—

Su hermano, André, había usado una voz extraña y Jacques temió que se hubiera peleado con su novia, que por cierto, medía por lo menos 40 centímetros menos.

—Es un poco complicado estar con alguien a la que fácilmente puedes partir por la mitad—

Gustave enarco una ceja, y su hermano sabía que significaba eso.

André se encogió de hombros, y él también sabía que significaba eso así que se tragó la curiosidad. »

La segunda vez que Jacques se declaró, Gustave seguía con la frase de su hermano en la cabeza, y justo unas noches antes había tenido un sueño nada

inocente sobre el pequeño y lindo chico, sueño que se apresuró de guardar en el rincón más profundo de su mente.

Jacques era delgado, y ya que iba en segundo, como había averiguado, debía estar entrando a la etapa de los veinte, aunque aparentaba un par de años menos fácilmente, su cabello era castaño pálido y largo hasta los hombros, tenía unos grandes ojos grises, o tal vez se veían un poco más grandes que lo normal a causa de esas inmensas pestañas que tenía, con su piel clara y su sonrisa brillante, era realmente apuesto, Gustave pensó durante un par de semanas que Jacques estaba bromeando con él, con suerte un par de chicas se acercaban a él y eran atraídas por su altura, era un tipo sencillo, tenía cabello negro y ojos verde musgo, pero usaba lentes de marco grueso que los ocultaban, además de su altura no había nada llamativo en él, su piel era morena y tenía dos dientes chuecos, usar frenillo era un problema, vio vivir eso a su hermana menor, así que se prometió no ser alguien vanidoso y dejó sus dientes tal y como estaban.

Su celular sonó despertándolo de sus recuerdos, vio a mucha gente mirándolo y se dio cuenta que había estado de pie sumergido en sus pensamientos, se avergonzó un poco, aunque por supuesto, su rostro no cambió ni una miligramo y siguió caminando mientras contestaba su celular.

Era Jacques.

— Uh... ¿Gustave? —

Jack lo había llamado un par de veces, pero al darse cuenta que Gustave casi no le respondía dejó de hacerlo y a cambio le mandaba algunos mensajes.

— Oh, sé que eres tú— Jacques se rio, un sonido que lo calentaba por dentro— te escucho respirar pero no hablas, bien, no necesitas hablar, sólo...uh...— Jacques se calló titubeando y Gustave se asustó un poco, Jack no titubeaba, ni siquiera había vacilado cuando se declaró, ninguna de las tres veces.

El terrible pensamiento de “Ya se cansó de mí y quiere romper” se instaló en su mente.

— ¿Podemos...juntarnos?—la voz sonaba tan vacilante que el pensamiento se incrustó en su mente con más fuerza— Estoy bien con cualquier día y hora—

— Mañana al almuerzo— Dijo simplemente, con la voz neutra de siempre.

— ¡Perfecto! Te esperare a la salida de tu sala—

Los chicos que habían hecho comentarios nada inocentes sobre Jacques llegaron a su mente.

Un sentimiento desconocido para él, de querer aislar y monopolizar a Jacques se instaló en su pecho.

— ¡NO!— El mismo se sorprendió de lo fuerte que salió su voz, las personas a su alrededor le abrieron camino como si fuera peligroso.

—...Oh....bien....entonces... ¿Dónde?— La voz de Jacques se escuchó extraña, y Gustave la encontró demasiado parecida a la que hacia la gente cuando trataba de no llorar, pero Jack no tenía razón para llorar ¿Verdad?

— Detrás del auditorio—

— Bien....bien, allí estaré— Nuevamente el tono extraño— Nos vemos...—

La llamada se cortó y Gustave quedo nuevamente sorprendido, demoro un rato en darse cuenta que aún tenía el celular en su oído, era verdad que no hablaban seguido, pero las veces que lo había llamado y en cada mensaje se despedía con un “Besos” “Te extraño” “Te quiero” y cosas por el estilo.

Nos vemos había dicho y con una voz extraña.

“Oh....no, realmente quiere romper conmigo, se dio cuenta que no me ama”

Los villancicos se escucharon desde una tienda y Gustave miro tristemente el árbol de navidad, y eso que había comenzado a meditar la idea de pasar todo el día con Jacques, y si las cosas iban bien incluso pasar la noche, sacudió la cabeza intentando no pensar en eso, si era lo que pensaba iba a tener que borrar esos sueños de su mente, pronto.



JACQUES [Jack]

Jack se apoyó en la pared, intentando calmar sus sentimientos, aún no podía dejar de deprimirse al escuchar ese NO tan rotundo que Gustave había dado, era primera vez que elevaba la voz, y justo cuando había querido ir a buscarlo a su clase, justo cuando significaba ser visto por el resto.

No era estúpido, sabía perfectamente lo que ese “no” significaba, *No quiero que me vean contigo, así que veamos en un lugar alejado, donde nadie nos vea como detrás del auditorio.*

Perfecto, estaba persiguiendo a un sujeto que iba a esconderlo como un pequeño sucio secreto, eso si es que no estaba con él por lastima.

Tal vez se había dejado llevar y esto no había sido más que un sueño, ni siquiera recordaba la idea de Melynda.

Se sobresaltó cuando Gustave apareció en la esquina, tenía muchos diálogos practicados en su mente, muchos saludos que aparentaban la tranquilidad que no sentía, pero en cuanto lo vio toda su mente quedó en blanco y nada inteligente salió de su boca.

Gustave pareció darse cuenta de ello y quiso ayudarlo un poco.

— Hola—

Jacques se dio una sacudida mental, honestidad por delante era su lema, él iba a aclarar esto, y si era necesario terminar como amigos, se negaba a perder su dignidad como persona, una cosa era estar enamorado, y otra ser un estúpido.

— Hola— Dio un intento de sonrisa— Quería hablar algo contigo— Lo miro a los ojos, Gustave asintió y desvió la mirada.

Le dolió, el gesto le dolió pero le dio fuerza para aclarar todo cuanto antes, una mezcla de rabia y dolor le ayudó a sacar las palabras que se habían atascado en su garganta.

— ¡Mírame a los ojos!—

Gustave lo miro un poco sorprendido, Jack recordó nunca había elevado la voz frente a él, el levantaba la voz de vez en cuando pero ya que Gustave hablaba tan poco no había tenido la oportunidad de hacerlo, hasta hoy.

— Bien, ahora podemos aclarar esto, realmente venía a pedirte pasar contigo navidad — En su enfado no vio que los ojos de Gustave brillaron esperanzados— Pero después de ese gran “NO” tengo algunas cosas que aclarar—

Vio como Gustave elevaba las cejas, más o menos entendía que era su gesto de preguntar.

— Iré directo al grano.... — Jacques tomó aire rezando para que su voz no temblara— ¿Estás seguro de querer salir conmigo? Podemos terminar esto si no lo estas, te juro que terminaremos en como amigos, prefiero eso que estar obligándote, ya van un par de meses desde que salimos, si sigues sin estar seguro es que esto no está funcionando—

Repaso lo que había dicho en su mente y Jacques asintió mentalmente, orgulloso de sí mismo, claro y breve, y su voz no había temblado, miro a Gustave, temeroso pero prefería mirar que cerrar los ojos a la realidad.

Gustave no se había movido ni un centímetro y entonces enarco una ceja.

Pasaron muchos minutos pero Gustave seguía sin responder.

— ¿Y? ¿Vas a decirme algo o no?—

Gustave sacudió la cabeza, como si hubiera estado en alguna especie de trance.

— Perdón.... Uh.... Yo no pensé eso—

— ¿Pensar qué? — Jacques enarco una ceja antes de darse cuenta de que hacía *“Estos gestos son contagiosos”*

— No quiero terminar— Gustave uso una voz muy segura para decir eso.

—Oh— Jacques no pudo evitar estar feliz por eso, entonces recordó que aún debía aclarar las cosas— Bien....pero entonces ¿Por qué no querías que te fuera a buscar a tu sala? —

Gustave volvió a desviar la mirada y Jacques volvió a sentir ese dolor en su pecho.

— Mira... sé que no soy una chica con buenas curvas que te alegrarías de estar mostrando al resto, pero tengo mi orgullo, no soy a tener una relación secreta ni esconderme sólo porque a ti te avergüenza salir con otro hombre—

—NO—

El casi grito de Gustave lo sorprendió.

— Lo siento— Gustave se apresuró a disculparse al elevar así la voz, incluso tosió como si el esfuerzo de levantar la voz fuera demasiado para sus pocas usadas cuerdas vocales.

— ¿Por qué fue ese “no” esta vez? —

— No me avergüenzo—

Jacques rodo los ojos.

— He escuchado historias de mis amigos y leo un maldito blog de confesiones así *“No me avergüenzo de ti pero mejor no salgamos juntos, no vayamos en el mismo tren ni tomemos el mismo camino a casa”* — Jacques golpeteo el suelo con su pie y añadió: — Y por supuesto *“no me vengas a buscar al salón de mi clase”* ¿Verdad?—

Por primera vez desde que salían juntos Gustave frunció el ceño.

— No pongas palabras en mi boca—

Si no hubiera estado tan enfadado, Jacques hubiera aplaudido la frase tan larga.

— ¡Entonces explícame! Por favor, si no es esto lo que tú quieres, no quiero seguir esto... se honesto, si te molesto o te desagrado aunque sea un poco terminemos esto bien ¿Quieres? Podrás seguir feliz con tu vida y yo con la mía, buscar a alguien más en quien poner mi esfuerzo y dejarte en paz—

— ¿Qué? ¡NO!—

Jacques pestañeo sorprendido, era primera vez que Gustave gritaba y en menos de 24 horas le había gritado tres veces.

— ¿No, qué? —

— ¿En serio planeas buscar a alguien más a penas rompamos conmigo?—

Tragándose el asombro ante tan larga frase Jacques proceso las palabras.

— No dije que sería apenas rompiéramos, sinceramente si esto termina hoy lo que planeo hacer toda la tarde es llorar, pero para mañana estaré bien y te tratare como un buen amigo, puedo hacer eso—

— No tienes que hacer eso—

—...Oh.... ¿Entonces no quieres que ni siquiera te dirija la palabra?—No pudo evitar su voz herida.

— No dije eso—

Jacques prácticamente escucho el hilo de su paciencia cuando se rompió.

— ¡Ese es el maldito problema! No dices nada y no te entiendo ¿Estamos rompiendo o no? ¿Estas siquiera interesado en lo que tenemos o no? ¡Explícamelo!—

Gustave levanto una mano y Jacques entendió que ese gesto era para calmarlo y tener silencio.

— Sólo....un segundo, estoy organizando mis ideas—

Jacques espero pacientemente, aún sorprendido por saber que Gustave podía hablar sin frases de cinco palabras, al mismo tiempo que se sentía feliz por lograr que el silencio Gustave hablará *normalmente* con él, pero esa felicidad no se comparaba con el miedo que tenía de que pasaría en los siguientes minutos, no había mentido, realmente le gustaba Gustave, y si esto no resultaba iba a llorar, pero iba a superarlo, se negaba a vivir sufriendo por un amor no correspondido.

— Bien— Gustave, apoyado en la pared, hablo sobresaltando un poco— Primero... todo empezó porque confundiste ese “NO” que te dije por teléfono ¿Verdad?—

Jacques asintió.

— Si no es porque no quieres que los demás se enteren, dime porque, nunca me levantaste la voz, bueno, hasta ayer no lo habías hecho ¡Van tres veces! Te aviso que no me gusta que me levanten la voz—

Gustave asintió.

— Entiendo....uh...no fue por eso— Jacques no iba a interrumpir así que se hizo silencio unos minutos— Algunos....—Gustave miro el suelo y junto sus cejas, como si le costara organizar sus palabras para expresarse, Jacques no dudaba que fuera así, el pobre chico casi no hablaba con nadie además de él, y ellos solo llevaban dos meses juntos— Algunos de los amigos de Jordan están en mi clase—

Jacques abrió los ojos ante esa información, intentando recordar los nombres del grupo de idiotas.

— Ellos hablaron, y yo escuche... siempre hablan muy fuerte... —

— ¿Qué dijeron?—

Jacques se recargo más en sus pies, temiendo las siguientes palabras ¿Y si Gustave le decía que lo habían molestado por defenderlo y que por eso Gustave ya no lo quería cerca?

— Decían... que últimamente estabas muy lindo y cosas así—

Jacques se detuvo un segundo, y frunció las cejas.

— Espera... ¿Qué? —

— Que ellos decían que eras...

— ¡Entendí esa parte! ¿Y eso que importa? ¿Por qué lo que ellos piensan me tiene que importar a mí? ¿Por qué no puedo ir a tu clase?—

— No lo dijeron con esas palabras—

— ¿Mm?—

Gustave se sonrojo un poco y Jacques tuvo que cruzarse de brazos para no ir a abrazarlo, verlo sonrojado era aún más novedoso que verlo hablar con frases completas, era como descubrir facetas completamente ocultas de alguien que llevas tiempo intentando conocer, realmente quería ir y besarlo pero se contuvo.

— Dijeron...que t-tu-tu — Otro carraspeo— Trasero estaba bueno....que....que querían lamerte de los pies a la cabeza y arrastrarte a algún lado solitario— Jacques estaba evitando sonreír, no por lo que habían dicho los tres idiotas, por supuesto que saber que parte del grupo homofóbico pensaba en tocar a un hombre era divertido, pero lo que le hacía sonreír ahora era lo rojo que Gustave estaba, una manzana quedaría opacada a su lado.

— ¿Me estabas protegiendo? —

— Más o menos—

— ¿Por qué más o menos?—

— N-no me gusta—

— ¿Qué? — Alentó Jacques

— Que hablen así de ti...cuando tú eres mi novio—

Jacques sabía que había perdido cuando descruzo los brazos y corrió abrazarlo, sintió el golpe de Gustave con la pared al cargar tan rápido su peso pero él no se quejó y Jacques no quería soltarlo.

— ¿Te gusto, verdad? ¿Te gusto aunque sea un poquito? ¿Por eso me aceptaste?—

Gustave le acarició su mejilla y lo hizo levantar la vista.

— Aún no puedo creer que tengas tan mal gusto como para salir conmigo—

— Tenemos que cambiar esos lentes—

— Hablo muy poco—

— Me di cuenta— Jacques se apoyó en esa mano aceptando la caricia.

— Y soy muy alto—

— No me digas— Jacques le sonrió con tono burlón y agrando su sonrisa al ver que Gustave le sonreía de vuelta, pudo ver un par de dientes chuecos que jamás había tenido la oportunidad de ver, y lo encontró adorable.

— Y soy inseguro—

— Bueno....sólo puedo responder una cosa—

Gustave parecía realmente afligido y Jacques sonrió.

— Te quiero—

Y por primera vez, en dos meses, cuatro días y unas siete horas...

Gustave lo beso.

Él beso fue asombroso, tierno pero profundo, largo y placentero, ni siquiera dudo en gemir decepcionado cuando Gustave se alejó un poco sin aire.

Nada lo había preparado para que su retraído novio lo besara como si quisiera extraerle las amígdalas.

— Besas como un perverso— El pensamiento salió inconscientemente.

Gustave parecía un poco impactado.

— Lo siento— Comenzó a alejarse y Jacques lo retuvo agarrando su camisa y tirándolo hacia abajo.

— No dije que no me gustará—

Antes del nuevo beso lo vio sonreír.

Casi una hora más tarde, cuando Gustave termino de saquear su boca y lamer todo trocito de piel a la vista, Jacques se recargo en sus piernas, ya que cuando habían estaba satisfecho de tantos besos y caricias se dieron cuenta que habían

perdido su siguiente bloque de clase, acostarse en el pasto era una buena idea por ahora.

— No deberías usar esa lengua en un lugar público—

Gustave lo miro enarcando una ceja.

— Creí que querías que hablara más—

Jacques rio.

— Hablaba por tus besos, bobo—

Gustave esta vez se sonrojo.

— Lo sien...

—No te disculpes.... Podemos practicar— Le dio una mirada traviesa— podría acostumbrarme a que mis piernas nos temblaran si lo hacemos a diario— Era mentira, Jacques sabía que Gustave siempre iba a hacerlo temblar, pero él no necesitaba saber eso.

Gustave se sonrojo un poco pero sonrió.

— Me gusta tu plan—

— Me alegro, si no te gustaba iba a forzarte a hacerlo—

Gustave rio esta vez y Jacques se alegraba de escuchar por fin la risa de su novio, había demorado dos meses pero lo había logrado.

— Oh, cierto....quiero presentarte a alguien—

—....Uh... Para tu familia aún no estoy....— Gustave parecía nuevamente afligido, y Jacques se alegraba que Gustave estuviera pensando en conocer a su familia.

— Lo estarás a su debido tiempo pero no es mi familia, es una amiga, se llama Melynda, le caerás bien—

Gustave lo miro.

— ¿Melynda?—

— Si, mi amiga, Melynda, va a una universidad más o menos cerca de aquí, pero su casa queda cerca de la mia, tiene un par de años más que yo y...—

— ¿pequeña pero muy habladora? ¿Pelirroja? ¿Esa Melynda?—

— Mmm... ¿Cómo sabes cómo es mi mejor amiga?— Jacques se levantó quedando sentado cerca de él, mirándolo sospechosamente.

— ¡Es la novia de mi hermano! —

— ¿Tu novio es el gigante André? —

— Sip, ese es mi hermano ¿Lo conoces?—

— Sólo por unas fotos.... No puedo creerlo, tu hermano y mi mejor amiga— Jacques se detuvo— ¡Ugh! Ella me dijo cosas que ahora me arrepiento de saber—

Gustave lo miro con su ceja elevada y Jacques ya sabía que Gustave tenía curiosidad.

— ¿Sabes que una vez pelearon muy feo, cierto?—

— Oh....sip, esa vez él me hizo prometer que elegiría muy bien a....— Gustave se calló y desvió la mirada.

— ¿Él dijo que?—

Jacques no sabía porque, pero esto era importante para su relación, lo intuía.

— Cosas....—

— ¿Qué cosas Gustave?—

Gustave dudo.

— Si me lo dices te diré lo que dijo Melynda— Prometió Jacques

— Uh...qué...tenía que elegir bien a mi pareja porque...el dio a entender....que había que tener cuidado porque somos....altos—

Jacques sonrió, sabiendo que significa esa frase.

— Te diré porque Melynda se enojó con él—

Gustave se sonrojo.

— André la lastimo ¿Verdad?—

— ¡Bromeas! Él no la lastimo, sólo se equivocó—

— ¿Se equivocó? —

Jacques ahora se sonrojo un poco.

— Bueno...ellos durmieron....juntos —

Gustave asintió y parecía casi preparado para algún detalle sangriento.

— Y...todo fue bien—

Gustave lo miro enarcando una ceja.

— ¡En serio! Melynda siempre me saca en cara el buen novio que tiene— y el *buen* involucraba muchos aspectos de esa palabra.

— ¿Pero André se equivocó?—

— ¡Sí! Porque al día después de....tu sabes que... bueno, Melynda estaba un poco adolorida— Ante el gesto de Gustave se apresuró a añadir: — ¡Del buen dolor!— No era como si el supiera que era eso, pero Melynda siempre se lo decía y Jacques soñaba con experimentar el despertar con el cuerpo adolorido sabiendo que había sido complacido y que había satisfecho a su hombre— Pero André la trato como porcelana por dos semanas ¡Dos semanas! Melynda se enojó y pelearon muy mal, sólo que André creía que era por otra cosa y la pelea fue muy confusa, pero a las pocas semanas se arreglaron de nuevo y aclararon todo—

—Oh...—

—Así mismo quede yo cuando lo supe—Jacques rasco su cabeza un poco tímido— Y...hablando de Melynda quiero presentártela—

— Ya la he visto—

— Pero quiero presentarte como mi novio—

— Oh... está bien—

Jacques sonrió intentando por primera vez seducir a su novio.

— Y...bueno, se acerca navidad—Se acercó unos centímetros más de lo necesario al rostro de Gustave.

No le paso de ser percibido el cómo los ojos de Gustave bajaron de sus ojos a sus labios aún algo hinchados de tantos besos.

Aprovechando el momento, se puso sobre las piernas de Gustave y pasó sus brazos acariciando su nuca, había algo extrañamente vergonzoso pero cómodo en estar sentado en el regazo de su novio.

— Uhu.... Navidad—

— Sip, navidad ¿Tienes ese día libre?—

— Por supuesto—

— ¿Y planes? —

— No por el momento—

— Entonces.... Estaba pensando en poder pasar noche buena juntos y luego navidad....—Jacques trago esperando no sonar demasiado confianzudo — Y...quedarme a dormir en tu casa...—

Gustave pareció por fin dejar de estar hipnotizado con sus labios y lo miro a los ojos.

— ¿Quieres pasar navidad en mi casa?—

Jacques intento poner su mejor cara inocente.

— Uh...en realidad pensaba en toda la semana de vacaciones por navidad—Jacques dudo, un poco inseguro— ¿No quieres?—

Gustave negó rápidamente y Jacques casi salta de su regazo decepcionado.

— ¡Si, quiero!— Dijo Gustave dejándolo un poco confundido.

— No digas “si” mientras niegas ¡Creí que me estabas rechazando!—

— Oh, lo siento—

Jacques sonrió.

— Soy un poco gritón, perdón—

Gustave le sonrió.

— Yo soy un poco silencioso, perdón—

— Perdonado—

—Igualmente—

Gustave lo acerco a un beso y Jacques no se quejó.

Luego de unos minutos Gustave se separó recordando algo.

—Porque esto empezó hablando de Melynda—

— Oh...em...— Jacques no estaba preparado para decirle las traviesas charlas de amigos que tenía con Melynda, así que mintió un poco—Porque quiero que la conozcas después de navidad—

— Oh, buena idea—

— ¿Qué puedo decir? Soy un genio—

— ¿Entonces te quedarás en mi casa?—

— Dalo por hecho—

Y volvieron a besarse.



Viernes 26 de diciembre

Muchas personas estaban fuera de sus casas debido a la repentina nieve que empezó a caer a inicios de semana.

Jacques y Gustave estaban en un alejado rincón del parque esperando que llegaran Melynda y André, con quien habían quedado previamente.

Jacques no se aguantó y comenzó a formar una gran bola de nieve, haciéndola rodar en el piso, inclinándose con mucho cuidado, su cuerpo aún estaba adolorido en varias partes, pero él no se quejaba.

— ¿Qué estás haciendo?— Gustave pregunto curioso.

— Quiero saber si recuerdo como hacer un muñeco de nieve—

Gustave elevó una ceja y una sonrisa tiraba de sus labios.

— ¡Te estas burlando de mi ¿Verdad?!—

Gustave negó rápidamente.

— Mentiroso, de seguro estás pensando que soy infantil— Inconscientemente infló una mejilla molesto y comenzó a mover la nieve con demasiada fuerza.

— Estaba pensando en que adoro tu personalidad— La voz de Gustave había sido tan seria y confiada que lo hizo sonrojar.

El siguió armando un muñeco de nieve con Gustave observándolo hasta que escucho su nombre ser gritado.

Melynda venía en camino con su muy alto novio cerca.

— ¡JACK! ¡Feliz navidaaad!

Melynda lo abrazo, el respondió a su abrazo y le devolvió el saludo contento de ver a su amiga después de tantos días.

Ambos rodaron los ojos cuando André y Gustave se vieron, inclinaron la cabeza y parecieron decir algo de "...vidad"

André repentinamente lo miro de arriba abajo y Jacques se dio cuenta que era el que tenía desventaja, Gus estaba conociendo a su mejor amiga, en cambio él estaba conociendo ya a alguien de su familia.

— Oh...buenas, feliz navidad—

André inclino la cabeza como saludo, casi ignorándolo.

— ¿Así que tú eres el novio de mi hermano y mejor amigo de mi novia?—

Jacques se alegró que al menos el tipo hablara frases largas desde el principio.

— Sip— Miro a Gustave un poco inseguro y al verlo sonreírle el sonrió lleno de confianza— Jacques Rossmer, mucho gusto—

André volvió a asentir y Jacques le sonrió con inocencia.

— ¿Y tú eres el famoso novio de mi mejor amiga y hermano de mi novio? —

André esta vez le sonrió aguantando la risa.

— Correcto—

— ¿Y tú el hermano de mi novio y novio de monmejor amigo, uh? — Melynda no quiso quedarse atrás y fue a preguntarle a Gustave.

Gustave asintió y se dio cuenta que todos lo miraban.

Miro a todos los presentes y dijo:

— No voy a seguir su juego—

Jacques se quejó.

— ¡No lo arruines, dilo!—

André puso su mano en el hombro de su hermano y Melynda sonrió esperando, Gustave rodo los ojos.

— Bien, supongo que tú eres la novia de mi hermano y mejor amiga de mi novio ¿Verdad?—

Melynda rio.

— Exacto—

Gustave frunció el ceño.

— Esto ha salido muy raro—

Todos rieron.

Mientras André y Gustave se ponían al día, ya que se veían pocas veces a la semana al vivir en casas propias, Melynda y él terminaban de formar el muñeco de nieve, incluso paso un niño cerca que le regalo botones y zanahoria para hacerle la cara.

— Parece que todo ha salido bien, digo, el plan— Murmuro Melynda en tono bajo para que los gigantes hermanos no escucharán.

Jacques asintió un poco avergonzado.

— Muy bien—

— Oh, me imagino, supe que te has quedado *toda* la semana con él, me sorprendes—

Jacques se entretuvo aplastando la cabeza del mono de nieve, esa manchita en su cabeza resultaba increíblemente interesante ahora, todo con tal de mirar a Melynda a la cara.

— Sip, lo hice—

— Y me imagino, que con lo silencioso que él es...no han estado precisamente hablando ¿Verdad?—

Jacques se sonrojo un poco y la miro desafiante.

— ¿Qué quieres saber? ¡Dilo claramente! No me gustan los rodeos—

Melynda le sonrió traviesa.

— Apuesto a que al día siguiente no podías salir de esa cama—

Jacques le sonrió de vuelta, su rostro quemaba pero no iba a dejar que Melynda se saliera con la suya:

— Bueno, no teníamos prisa en salir de ella—

Melynda quedo aturdida por su respuestas unos segundos, se sonrojo un poco y entonces le sonrió con esa sonrisa pícara que siempre tenía.

— Pervertidos—

— No te imaginas cuanto—

—Apuesto a que disfrutaste mucho de ello—

Jacques se sonrojo.

— No puedo negarlo—

— Entonces él es un *buen* novio ¿Verdad?— Le dio una sonrisa traviesa y Jacques se negó a responder.

Melynda vio que los dos hermanos los estaba mirando.

— Algún día me contaras todo con detalles—

— No voy a decirte nada— Aunque Jacques ya quería sacarle en cara que tenía razón, Gustave era un muy *buen* novio en todos los sentidos de esa palabra.

— Pero si yo ya te conté como André es en la cama—

— Yo nunca te pedí detalles, no insistas, no te diré nada—Adoraba pelear con ella a broma, a veces se le salía de las manos, pero su amiga era un intrusa y gracias a estas pequeñas *peleas* lograba tener su espacio algunas horas.

— Lo harás o le contare a Gustave todos los recuerdos vergonzosos que se de ti—

Y allí se le fue de las manos.

— ¡Yo haré lo mismo pero con André!—

Comenzaron a discutir antes de que André llamara a Melynda.

— Bueno me voy, detalles para la próxima vez—

— Cállate—

— Nos vemos, Gustave, Jack—

— Realmente no quiero verte pronto— Jacques ni siquiera la miro.

Melynda lo miro ofendida y se giró a ver a Gustave.

— ¿Has visto como me trato? Ese es tu novio—

Jacques lo miro ofendido y miro André.

— ¿Has visto lo mala amiga que es? ¡Controla a tu novia!—

André y Gustave se miraron y rieron.

Cuando quedaron solos Jacques volvió a su hombre de nieve.

—No peleaste en serio con Melynda ¿Verdad?— Gustave pregunto preocupado.

Jacques quería abrazarlo por preocuparse por sus amistades.

— Claro que no, mañana no me hablara pero para el lunes estará todo bien—

— Es raro que tú mejor amiga salga con mi hermano—

— Es raro tener de novio al hermano del novio de mi mejor amiga—

Ambos se sonrieron y Jacques siguió su trabajo.

— Te está quedando chueco—

— ¡No esta chueco! No lo digas, lo harás sentir mal—

Gustave lo miro extraño.

— ¿Qué? El pobre muñeco puede tener sentimientos—

Gustave se encogió de hombros pero se acercó a ayudarlo y Jacques sonrió feliz.

Estuvieron varios minutos terminando el mono de nieve, con miradas que le sacaban sonrisa a ambos, cuando ya estaba casi terminado, Gustave rompió el silencio:

— ¿Cuándo te iras a casa?—

— ¿Me estas echando?—

— No...quiero prepararme mentalmente para no verte al despertar—

— Oh....buen momento para preguntarte si el próximo semana me puedo quedar— Jacques le dio una mirada que esperaba se viera inocente

Gustave elevo una ceja, al parecer lo había atrapado.

— ¿Sólo el próximo? —

— Esta bien, me atrapaste— Jacques lo miro y Gustave vio la mirada atraviesa en el rostro de su novio, no alcanzo a prepararse para que Jacques corriera hacia él y lo derribara, la nieve amortiguo la caída y el mono de nieve se sacudió, pero no cayo.

— ¿Ahora que sucede?—

— Ahora yo te atrape a ti—

Gustave anarco una ceja.

— Planeo quedarme en tu casa cada vez que pueda—

— ¿Vas a invadir mi casa?— Gustave lo miro a los ojos y Jacques supo que no había ninguna queja al respecto.

— Tu casa, tu cama y a ti—

— Adoro tus planes— Gustave se acercó peligrosamente a su boca

— Te lo digo, soy un genio— Y lo beso.

Y allí, tirados en medio de un parque nevado, al lado de un hombre de nieve, Jacques se dio cuenta que había vencido muchos más que 25 centímetros para esa navidad. No sabía quién había cumplido su deseo, pero le dio las gracias antes de devolver el beso.



Amor, Pintball

Hermanos Pin



y Otros asuntos
sin Importancia

Amor, Paintball y Otras Cosas Sin Importancia

Capítulo primero

El odio del pasado y lo que es nuestro presente.

Sonó la bocina que indicaba el final del partido.

Todos los chicos de mi bando estaban muertos. En la pantalla podías observar a los Caballeros de Roca de Luna festejando, felicitándose los unos a los otros, y cargando la bandera como si fuera el trofeo. Caí de rodillas consternado, aturdido.

-Perdimos ¿cómo pudimos perder? –me pregunté a mí mismo susurrando con la voz de quien no quiere aceptar la realidad. Sentí la presencia de alguien al lado mío, y alcé la vista. El hombre me miraba con una expresión de superioridad, y desde ese mismo instante decidí grabar su nombre para siempre en mi memoria: Álstar.

-¿Es este el equipo de los Dragones? No me parecen la gran cosa. Solo una manga de perdedores.

Sentí como la energía me regresaba al cuerpo y me levanté con decisión. Después, declaré:

-No sé cuándo, ni cómo, pero te venceré.

Él sonrió.

-Todavía no te considero mi rival, pero intenta alcanzarme y veré si tienes oportunidad contra mí.

Matt observó la lista de personas que harían la prueba para entrar al equipo de Paintball de la escuela, y suspiró con molestia. Un equipo necesitaba al menos

12 miembros, y él se había quedado con sólo cuatro jugadores de segundo año al pasar ocho a tercer año, y los torneos de preparatoria sólo aceptaban a chicos de primero y segundo año. Ahora tendría que poner todas sus esperanzas en los chicos de nuevo ingreso, de los cuales nada más diez presentaron su solicitud para hacer las pruebas, de modo que, tendría que aceptar posiblemente a malos jugadores si quería completar su equipo. No es que no estuviera dispuesto a apoyar a jugadores inexpertos, pero le preocupaba la idea de tener tantos justo antes del torneo de invierno.

En aquella región, el Paintball era el deporte más importante, y los que lo jugaban eran reconocidos y admirados si lo hacían bien, pero como en todos los deportes, hay que dedicarle mucho trabajo y esfuerzo si quieres ser el mejor, y la presión era mayor al ser su país reconocido por sus excelentes jugadores de Paintball. Era por eso que los estudiantes que no pensaban dedicarse a eso optaban por cosas más relajadas, y si se llegaban a unir, se retiraban al poco tiempo.

Matt como entrenador de Paintball, hacía todo lo que podía para que sus estudiantes disfrutaran del juego. Álstar, su más grande rival, prefería exigirles a todos, fueran principiantes o no, resultados excelentes, y se quedaba sólo con los que realmente quisieran ser estrellas y pudieran llegar a serlo. En ese instante, él también realizaba sus propias pruebas en la escuela Roca de Luna.

Al contrario de Matt, Álstar conservaba a ocho jugadores en el segundo año, y tenía a otros veintiséis dispuestos a unirse. Roca de Luna había conseguido varios trofeos de primer lugar gracias a Álstar, así que era lógico que los apasionados del deporte tuvieran esa escuela como primera opción.

En el gimnasio de la escuela, Álstar observaba sentado en una banca a cada aspirante. Tomaba muy pocas notas, observaba bastante. Al lado de él había otras bancas, donde los de segundo prestaban atención igualmente a lo que estaba sucediendo. Estuvieron satisfechos con la mayoría de los chicos, pero uno destacó mucho más que los demás.

-Este chico es interesante –susurró Álstar. Sin embargo, a pesar de estar impresionado, felicitó al joven como si lo hiciera por obligación pues no quería que los humos se le subieran a la cabeza, y además, a Álstar no le gustaba reconocer los éxitos de otro que no fuera él mismo. El joven asintió y se retiró para que pasara el siguiente candidato. No estaba nervioso. Sabía perfectamente que lo aceptarían en el equipo.

Las cosas no estaban yendo igual de bien en la preparatoria La Estrella del Norte, la escuela en la que Matt era entrenador. En una parte de la prueba, el aspirante debía demostrar su habilidad disparando, y el chico enfrente de él ni siquiera sabía usar la pistola que le prestaron. La giró, la puso de cabeza,

presionó por todos lados, uno de segundo le indicó cómo hacerlo, el chico lo intentó, se disparó a sí mismo, en fin.

Matt se llevó las manos a la cabeza. El más positivo del grupo (que en realidad tampoco era muy positivo), Portales, opinó que no lo había hecho tan mal, y los otros tres no pudieron hacer más que pronunciar al mismo tiempo:

-Vamos a perder.

Más o menos así fue en todas las audiciones. Portales tranquilo y seco como una roca, Matt con los nervios de punta pero manteniendo la calma, y los demás agregándole leña al fuego de la inseguridad.

Una única chica se animó a participar en las audiciones, porque aunque los equipos eran mixtos, las mujeres eran menos entusiastas a jugar este deporte. Se trataba de una chica algo pequeña, de sonrisa simpática e infantil, los ojos azules y el pelo rubio atado en una coleta.

Los candidatos debían enviar o llevar un currículum en donde también debían anotar que puesto querían, si guardián, gladiador, ladrón o verdugo, y Matt se sintió un poco decepcionado al ver el conveniente currículum de la chica y leer al final de todo que buscaba el puesto de guardiana, cuando podría ser un verdugo decente. Había perdido a su verdugo y los cuatro muchachos que le quedaban eran gladiadores, listos para luchar, pero no muy discretos o sigilosos, y estaba seguro que ninguno de los de primero serviría para el puesto. Sin embargo, no podía llegar a conclusiones apresuradas, tendría que esperar a que acabara el día para estar seguro.

Las pruebas para los guardianes eran de atención, concentración, alerta, paciencia y puntería. El campo de entrenamiento de los guardianes era un campo de pasto artificial dentro del gimnasio, el cual estaba lleno de barricadas, donde el centro lo ocupaba un palo en una base que simulaba la bandera.

La chica, de nombre Sandy, defendió durante quince minutos la base de los gladiadores de segundo. Fue la única de los candidatos a guardián que pudo cubrir los quince minutos de prueba. Después realizó la prueba de tiros, en la que tenía que disparar a los blancos de una máquina que se movían de arriba hacia abajo, y logró dar en el centro a la mayoría. Luego, la colocaron frente a una computadora y le pusieron un video en donde solo podías ver un fondo blanco, y cada tanto un número pasaba rápido por la pantalla y desaparecía. Sandy recordó todos los números del video.

-Estas pruebas que te hemos puesto son básicas, pero si te esfuerzas puedes llegar a ser una excelente guardiana –le dijo Matt satisfecho y con sinceridad, pero procurando no demostrar mucha emoción. Le gustaba

comportarse como un entrenador serio al que sus alumnos pudieran respetar, pero al que pudieran creerle al hablar.

-Muchas gracias –sonrió la chica orgullosa.

-Solo una pregunta, ¿qué tanto corres?

-Bueno, la verdad no soy muy rápida. Por eso quiero el puesto de guardiana, en donde no debo moverme tanto. Siempre soy última al correr en clase de educación física.

-Oh, ya veo. Gracias –una vez hecho esto se apartó de los estudiantes. No quería que notaran que estaba preocupado por no tener verdugo. Se trataba de un puesto importante, porque mientras que un jugador normal mata a otro con tres tiros de pintura, un verdugo podía matar con uno solo. La desventaja es que en vez de pistolas, tenían que usar una especie de espada que tenía la pintura en la punta, por lo que debían atacar a corta distancia. Por eso la rapidez y discreción eran tan importantes.

Faltaban aún tres muchachos, y eran pocas las probabilidades de hallar a alguien bueno. Esa chica había sido su mejor opción, pero era absolutamente indispensable que el verdugo fuera rápido. Ojalá lo encontrara.

Poco después llegó el turno del tercer candidato. Casi se estaba acabando el día, y de los que quisieron ser verdugos, uno se golpeó contra un poste, y otro se tropezó al tratar de correr, rodó y se levantó tambaleándose torpe, y sobre todo, lentamente.

Matt llamó a Ansel, el último aspirante, pero este no se presentó ante él. Lo llamó una y otra vez, y nada, de Ansel ni sus luces. Pasaron varios minutos que parecieron horas, Portales estuvo a punto de salir a buscarlo al pasillo cuando un muchacho se asomó por la puerta. Tenía el pelo color lila, la ropa hecha jirones, la camisa en plan me quiero separar de este tipo, y unos googles azules que le cubrían los ojos.

-¡Perdón por llegar tarde! –se disculpó. Se notaba que había corrido hasta ahí porque estaba sudado y agitado. Su expresión era de angustia, preocupación, y vergüenza, como la que tendría un estudiante modelo al enseñarle un examen reprobado a sus padres- es que las chicas me llevaron al baño... Para golpear me quiero decir.

-No sé por qué, pero me han estrado ganas de golpearlo –comentó uno de los gladiadores.

-A mí igual.

-Parece simpático –comentó Portales, siempre con su tono neutro y su rostro inexpresivo.

Matt se guardó su opinión, porque nada más ver a Ansel, sintió el deseo de ponerlo a correr por dos horas hasta hacerlo llorar.

-Me gustaría el puesto de verdugo –informó Ansel apenado, entrando al gimnasio. Matt se dio cuenta de que aunque Ansel era un odioso, era su última oportunidad de conseguir un verdugo.

El campo de entrenamiento de los verdugos era un área repleta de obstáculos, estructuras, columnas, escalones, y cajas de madera de distintos tamaños, todo esto entremezclado de tal manera que el lugar parecía una especie de laberinto o una ciudad extraña.

Lo primero que le indicaron fue que se desplazara por todo el sitio sin ser visto por los de segundo año, quienes se acomodaban en el centro de la plataforma. Sin embargo, Ansel fue visto varias veces por ellos al tropezar o hacer demasiado ruido.

Lo segundo que le pidieron fue que pasara por un camino que iba en línea recta, el cual estaba lleno de cuerdas, llantas, y barricadas muy bajas. Se trataba del típico camino que todos hacen en educación física, por el que se tiene que pasar saltando todos los estorbos. Ansel se volvió a quemar cuando resbaló con las cuerdas y se le atoró el pie en una llanta. En la última parte del camino sólo tenía que caminar en zin-zang a través de una fila de botellas, y aun así tiró unas tres.

Matt decidió que ese chico no tenía remedio como verdugo al ver tan fallido desempeño. Entonces, llegó la prueba de velocidad.

Se trataba de una pista para correr de 100 metros, la cual estaba fuera del gimnasio, al lado de las canchas de fútbol y basquetbol. Alrededor había muchos árboles de flores grises, y alumnos que observaban a los que hacían pruebas para basquetbol y fútbol, que se confundían con los grupitos que nada más estaban pasando por ahí.

Ansel se preparó para correr, intentando no pensar en toda la gente que podía verlo, y cuando Matt gritó “ ¡fuera!” Ansel dejó de ser muchacho y se convirtió en un cometa.

En ese instante, Matt no supo exactamente que decir o pensar de Ansel, solo tiempo después pudo contestarlo con toda seguridad.

“Ansel era una persona que odiabas al instante, un chico imposible de ignorar. Podría decirse que Ansel era la luz en una habitación oscura. Y ese resplandor se volvía realmente hermoso al correr. Me di cuenta de que Ansel podría llegar a ser la estrella del equipo, una estrella de color lila intenso. ”

Álastar escogió a los alumnos que formarían parte del equipo, no se estuvo con rodeos; pasó delante de la fila de chicos y señalando a cada uno fue diciendo:

-Tú sí, tú sí, tú sí, tú no, tú no, tú sí, tú no... -y así sucesivamente hasta llegar al último de la fila, el único chico de cabello negro, el más alto de los de primero. Álastar se detuvo frente a él y le dijo:

-Y tú también estás dentro, y además, eres el nuevo verdugo. No, no me lo agradezcas, me basta con que nos ayudes a ganar todos los partidos y seas el mejor verdugo de tu generación.

-Lo haré –respondió el joven con una voz que recordaba al más amargo de los inviernos.

Matt miró la hora en su reloj de mano y comprobó lo que ya suponía; se le había hecho tarde para la reunión de entrenadores, la cual se realizaba para decidir los campos de batalla en los que tendrían lugar los partidos.

-¡Demonios! –susurró. Portales lo escuchó y se ofreció a decir él quienes quedarían en el equipo. A diferencia de Álastar, Matt se llevaba un rato explicando por qué había escogido a ciertas personas, porque a otras no, que cosas deberían mejorar, en fin, se echaba un discurso que seguro a Álastar le parecería tedioso. Por suerte, a pesar de su carencia de emociones, Portales generalmente sabía que decir.

Portales era un chico realmente curioso, porque era grande, fornido, de pelo corto castaño y piel morena, pero no se veía imponente o intimidante. Matt le tenía mucha confianza, le agradaba hablar con él porque a pesar de su edad era muy maduro, y también se sentía cómodo con sus opiniones porque por muy honestas que estas fueran nunca sonaban a mal.

Matt se disculpó con todos por tener que marcharse tan pronto y salió apresurado de ahí. Era un hombre tan prudente, serio y responsable, que no era raro que llegara siempre a tiempo, pero había perdido tiempo valioso al esperar a Ansel, al hacer Ansel las pruebas y tardar más de lo necesario, y al tener que defender a Ansel de algunos chicos que, al pasar por la pista de carreras, tuvieron grandes deseos de darle una paliza. Además, también él tenía la culpa, estaba tan preocupado por su equipo que simplemente se le olvidó que ese día era la reunión. Irónicamente, Matt era temperamental, pero cuando se estresaba no hacía bien las cosas.

En el gimnasio, una vez Portales acabó con su tarea, se puso a recoger las cuerdas, llantas y demás, con ayuda de los otros gladiadores, Sandy, y Ansel, pues estos dos últimos se ofrecieron a hacerlo.

Mientras recogían botellas, Sandy miró a Ansel y acto seguido le dio un violento empujón.

-Oye... -se sorprendió todo lo que podía sorprenderse Portales.

-¡Lo siento, no pude evitarlo! –se disculpó ella.

-No importa, tu tranquila –le sonrió Ansel amablemente.

Nuestro querido entrenador y protagonista, después de correr un poco y tomar dos autobuses consiguió llegar al lugar en donde se realizaría la junta. El edificio era blanco, sencillo pero moderno, y resaltaba entre el montón de casitas apretadas y descoloridas de esa calle, aunque con un patio no tan bonito, porque el suelo estaba pelado y el poco rastro de naturaleza eran hierbas rebeldes esparcidas a lo loco.

Matt entró en la sala de juntas (un salón lleno de sillas que apuntaban a una pantalla para proyector y un micrófono, mientras que al fondo estaba el proyector conectado y subido en una mesa) esperando que no lo notaran, pero el director, un hombre ya grande con el pelo blanco, lo reconoció enseguida, lo regañó un poco, y luego le pidió que se sentara. Matt le habría hecho caso de no ser porque el único asiento libre era el que estaba al lado de Álastar.

-Mejor me quedo parado –se disculpó Matt, y estuvo a punto de ir a recargarse a una pared cuando el director le volvió a gritar:

-¡No, siéntese, todavía que llega tarde!

-Pero yo...

-Siéntese.

Matt no tuvo más remedio que sentarse al lado de Álastar. Esperaba que se ignoraran mutuamente, pero como siempre, Álastar lo saludó en cuanto lo vio acercarse.

-¡Matt, llegaste! ¿Por qué tan tarde? ¿Te perdiste de camino acá? ¿Te secuestraron los aliens o qué pasó? –le preguntó riéndose un poco. Su sonrisa era deslumbrante, pero también un poco burlona, simpática, pero burlona, y eso a Matt le irritaba bastante.

-Simplemente se me hizo tarde.

-Pero, eres Matt. Tú no llegas tarde, los demás llegan tarde por ti.

-Ya va a empezar la junta –le dijo Matt con la esperanza de que se callara, aunque no era una mentira.

Al frente se estaban proyectando unas diapositivas que tenían las características e imágenes de los campos de batalla del año pasado. Después pasarían las diapositivas de los nuevos campos que había disponibles, y si recordabas algún otro, podías levantar la mano y proponerlo. Por último, y lo más fácil, se votaba para decidir los ocho campos que usarían ese año. El director hablaba con esa voz de trueno que no había descuidado a lo largo de los años, y leía y exponía lo escrito en las diapositivas.

Matt observaba con mucha atención y escuchaba atentamente lo que decía el director. Estaba completamente absorto en lo que sucedía enfrente, cuando de repente sintió que alguien le tocaba la rodilla pidiendo atención, sobresaltándolo.

-¡Matt! –susurró Álastar.

-¿Qué quieres? –replicó molesto, como si lo hubieran despertado en medio de un buen sueño.

-Toma –le pasó un pedazo de papel doblado, seguramente arrancando de su libreta de apuntes (en esas reuniones todos llevaban una libreta para anotar sus opciones, pues eran varios los campos de batalla propuestos).

Matt observó con intriga el papel y lo desdobló. Se trataba de un dibujo, en el que Álastar había retratado a dos muñequitos de palitos, uno pequeño y otro más grande con el pelo algo largo, ambos encerrados en un corazón. Inmediatamente después de verlo partió el papel por la mitad. A Álastar no pareció molestarle que despreciara su obra de arte.

Matt notó poco después que algunas miradas estaban sobre ellos. A Matt esto no le preocupó porque el que la gente volteara a mirar a Álastar era muy normal.

Álastar era algo así como el hombre ideal que todas las chicas querían, al menos en el aspecto físico. Tenía el pelo un poco largo casi llegando a los hombros, de un llamativo color morado con las puntas rosas. Sus ojos estaban un poco caídos, pero incluso eso le daba a su mirada un toque fascinante, a pesar del aire cretino que emanaba, y eran de un rosa tan intenso que parecían una bandera en medio de un campo; porque la piel de Álastarera pétalos de lirio blanco. Matt pensaba que era irritante.

Solo por aclarar, Matt no era un tipo feo, pero todo él era bastante promedio. Cabello café, ojos cafés, estatura normal, dos cejas, dos ojos, una boca, nariz recta.

-He supuesto que estás en desventaja. Obviamente has perdido muchos miembros, y tu escuela no se destaca por sus jugadores de Paintball, precisamente –le volvió a hablar Álastar como a mitad de junta. Matt se estremeció, aunque no tanto como la primera vez.

-¿Vas a prestar atención o no?

-¿Intentarás ganarme aun así? ¿Lo harás Matt?

-Dije que te ganaría algún día. Nunca dejaré de intentarlo –respondió con seriedad y determinación. Sus ojos ya no prestaban atención a la pantalla. Lo que se podría describir como una mirada perdida, era la mirada de quien busca la victoria.

Álastar sonrió al ver ese mirar en sus ojos. Los que vieron a Álastar pensaron que tenía una expresión encantadora. Y cuando Mat volteó a ver a Álastar pensó que era irritante.

Acabó la junta, y una vez fuera del edificio, con un exterior realmente frío y lleno de nubes de grafito, Álastar se acercó una vez más a Matt y sosteniéndole el hombro empezó a hablarle de su nuevo verdugo. Matt no le prestó mucha atención porque estaba concentrado en el peso sobre su hombro, y no pudiendo aguantar más, le apartó la mano con suavidad.

-Lo único que tiene es que es demasiado serio –comentó Álastar mientras con una sonrisa pícaro, volvía a colocar la mano en el hombro de Matt.

-No veo que tenga de malo eso –respondió Matt volviendo a apartarla.

-Lo malo es que es muy joven para comportarse así. –La mano otra vez.

-Nunca se es muy joven para ser profesional con el trabajo. –La volvió a quitar.

-Debería relajarse. –La mano una vez más.

-¡Deja de hacer eso! –gritó Matt molesto dándole un manotazo.

-¡No, no, no! –replicó Álastar corriendo detrás de él, y, tomándolo por ambos hombros, lo obligó a correr también. Todos los entrenadores que aún no se habían ido observaron el espectáculo, como Álastar se reía a carcajadas y como Matt intentaba en vano quitárselo de encima.

-Siempre lo mismo, me pregunto cuándo será el día en que Álastar deje de molestar a Matt –comentó uno.

-¡Ya párenle, parecen niños! ¡Álastar, ya déjalo en paz! ¿No ves que no le gusta que hagas eso? ¡Ya déjalo! –gritaba el director.

-¡Jajaja! Si ellos son los niños usted suena como un profesor de preescolar.

Y así estuvieron un rato hasta que Álastar se decidió a soltar a Matt.

-Está bien, lo dejo. Y Matt, recuerda lo que pasó hoy, porque lo volveré a hacer la próxima vez que intentes apartarme de ti.

Capítulo Segundo

La incomodidad del primer amor y la relación actual

Las personas suelen amarme casi al instante. Eso es algo que nunca ha cambiado. Las personas también me reconocen por ser entrenador de equipos ganadores. Hace tiempo, las personas empezaron a decir que había alguien tan solo un año menor que yo que podía superarme.

Yo trabajaba con oro y obtenía oro. Él era capaz de transformar el carbón en este hermoso metal, y nunca logró obtener lo que se merecía porque el oro era solo mío y nadie más podía poseerlo. No quería que eso sucediese. No dejaría que eso sucediese.

Forcé el oro y lo hice platino. Cuando eliminé a mi competencia mi inseguridad se esfumó y me sentí poderoso otra vez. Quise restregarle mi victoria, quise hacerlo sentir insignificante, quise que nunca más volviera a trabajar con carbón o algún otro material. Me sorprendí al ver que el alquimista se levantó. Nunca antes alguien expresó su deseo de ganarme en mi cara, menos aun después de haber sido tristemente derrotado y humillado, y cuando lo hizo no me gritó ni me insultó, simplemente me dijo que me ganaría. Reconoció su derrota y pidió revancha. No era un perdedor. Era un hombre honorable.

Zack se detuvo en seco cuando vio a un grupo de chicos que, en un callejón oscuro lleno de contenedores de basura, pateaban a una niña.

Con pasos rápidos y firmes, el chico de cabellos negros como la noche nublada se acercó a los abusadores. Les habló, y cuando ellos voltearon a verlo, se llenaron sus corazones de miedo al encontrarse con dos agujeros negros en la luna llena, porque cuando Zack se enojaba una mirada bastaba para intimidar a los demás. Los muchachos huyeron despavoridos, y Zack se acercó a la niña que estaba en el piso.

La tomó de la mano para ayudarla a levantarse, y cuando ella alzó la cara para darle las gracias mientras lo miraba a los ojos, se dio cuenta de que no era una niña, sino un niño.

-Muchas gracias –le dijo con una voz muy agradable, y una amplia sonrisa decorándole el rostro. Su pelo lila se notaba suave, las mejillas de piel blanca estaban chapeadas, y sus ojos se veían grandes y tiernos, a pesar de estar recubiertos por unos googles azules.

-De nada –respondió Zack con un sonido apenas audible.

Semanas después del día en que Zack se encontró con ese niño de pelo lila, el entrenador les dijo que irían a ver el primer partido del torneo donde jugaría el equipo de los Dragones (¿por qué otra razón Álastar estaría interesado en acudir a un partido que no fuera el suyo?). La partida sería en un estadio cuyo campo de batalla era un bosque, a las once de la mañana.

Fueron lo suficientemente puntuales para escoger buenos lugares, ni tan cerca como para que les dieran balas accidentales, ni tan lejos como para perderse de la acción.

El entrenador les dijo a los de primer año que tenían que ver ese partido con mucha atención. Todos sabían el por qué; si bien Matt, entrenador de los Dragones, nunca ganaba los torneos, era reconocido por empezar con un equipo muy malo, que de alguna forma, acababa siendo estupendo.

Álastar les dijo que cuando Matt empezó como entrenador de PaintBall, lo hizo en una escuela que nunca destacó en este deporte, y al ver los buenos resultados que obtuvo esa primera vez, padres y alumnos pusieron todas sus esperanzas en él, y como no los defraudó, Matt se condenó a ser perseguido toda la vida por mediocres que querían que les cumpliera sus sueños. Tenía alumnos realmente talentosos de vez en cuando, pero a palabras de Álastar “no eran suficiente para ganar.”

Sin embargo, como a mitad de la conversación Zack dejó de prestar atención a lo que decía Álastar, manteniendo sus ojos fijos en el verdugo de los Dragones, quedándose absorto y atónito. Era el mismo niño que había salvado de los bravucones días antes, y que ahora sabía que no era un niño, sino un muchacho.

Después de un rato, Álastar reparó en su alumno, y notó que le prestaba mucha atención al verdugo.

-¿Qué te parece? –le preguntó.

-¿Quién?

-No te hagas el tonto, estás que ni parpadeas por ver a ése chico, Ansel, por si no te sabes su nombre. ¿Qué piensas de él?

Zack se lo pensó un momento, observando cada movimiento que hacía el chico en el campo de batalla, y luego respondió:

-Es torpe. La falta practicar. Se acobarda un poco para salir. Sin embargo, es rápido. Otro punto positivo es que sabe a quién y en qué momento atacar.

-Eso sin duda –comentó Álastar, sonriendo de oreja a oreja.

Lo cierto es que el equipo de los Dragones ganó, pero lo hizo porque el número de muertos fue menor al del otro equipo. Pasaron las dos horas del partido sin que ninguno consiguiera robar la bandera del otro.

Una vez acabó la batalla de pintura, las personas empezaron a levantarse de las gradas para irse a casa. Álastar les dijo a sus alumnos que podían retirarse, pero que él iría a ver a los ganadores, agregando que quien quisiera y quien pudiera lo acompañara. Zack fue el único que estuvo dispuesto a hacerlo. Álastar sonrió al verlo acercarse. Zack no supo por qué, pero leyó algo en la mirada de su entrenador que decía "lo sabía".

Ansel y Portales fueron los primeros en salir de las duchas. Un poco lejos de ahí, Sandy hablaba alegremente con Matt. Al ser una persona conversadora, y la única chica del grupo, no podía soportar la soledad de vestidor a la que estaba condenada, y hacía lo posible por salir pronto para hablar con alguno de sus compañeros, o con Matt.

Curiosamente, aunque al principio le tenían miedo tanto Sandy como el resto del equipo, se acabaron por encariñar con él, dándose cuenta de que era más inofensivo de lo que pensaban.

-Oh, problemas a la vista –comentó Portales señalando. Ansel se sorprendió al ver que el rival de su entrenador se acercaba acompañado de un muchacho, mismo que había conocido hace poco en un callejón lleno de basura.

-¡Álastar! ¿Qué haces aquí?

-Darte motivación, claro está Matt. Una imagen 3D viviente como recordatorio constante de que tienes que seguir ganando y no rendirte aunque te lleve toda la vida –exclamó teatralmente sin que le faltara nada de aire.

-Ya tengo suficiente de ti en mi vida (incluso más de lo que desearía) así que no es necesaria esta imagen –dijo señalándolo entero.

-Oh bueno, también te puedo presumir a mi verdugo. Saluda Zack.

-Hola –dijo éste secamente, con ganas de zafarse de la situación. Él solo fue para ver a Ansel (aunque, en realidad no sabía que iba a decirle ¿felicidades, tal vez?).

-Hola –saludó Matt.

-¿Y el tuyo? Quiero verlo. Es él ¿no? ¡Hola! ¿Cómo te encuentras? –Antes de que Matt se diera cuenta, Álastar ya estaba ante Ansel y Portales, con Zack siguiéndole el paso.

-Bien... -respondió Ansel nervioso, como si quisiera que la tierra se lo tragara y lo llevara a su casa.

-Aquí te dejo a Zack, creo que quiere decirte algo –exclamó Álastar alegremente, mientras le acercaba al chico de pelo negro con un empujón. Luego regresó a la banca en la que estaba sentado Matt.

-¿Qué acabas de hacer? –le preguntó éste.

-Simplemente me gustaría que se llevaran bien.

-¿Desde cuándo te interesan las relaciones de tus alumnos?

-Hey, yo no tramo nada malo, así que despreocúpate -contestó alzando ambos brazos en señal de rendición.

Mientras tanto, Ansel presentó a Zack y a Portales cándidamente. Luego le preguntó a Zack que lo traía por ahí.

-Sólo...Quería decirte que...

-¿Sí?

-Te equivocaste muchas veces –continuó cortante-si quieres ser el mejor no debes descuidarte tanto, casi te matan.

-Ah, lo siento, tendré más cuidado la próxima vez –se disculpó el chico sin saber que más decir. Luego sonrió y agregó-gracias por decirme mis errores, los tomaré en cuenta.

-De nada.

-Bueno, creo que voy a ver qué tal la lleva Sandy –interrumpió Portales, sintiendo que debía dejarlos solos. Volteó a donde estaba ella, quien observaba con una gran sonrisa y unos ojos llenos de emoción la discusión de Matt y Álastar. Portales la conocía bien, y sabía que con lo agresiva que podía llegar a ser, seguro estaría pensando entusiasmada “ ¡peleen, peleen!”- Aunque no parece que esté sufriendo.

Ansel y Zack se quedaron callados unos segundos, aunque el escándalo a pocos metros de ellos impidió la incomodidad (a esto agreguémosle que era un ruido demasiado gracioso como para causar tensión; Portales intentaba calmar a Sandy, ella gritaba que quería sangre, Álastar decía puras leperadas, Matt le exigía que se callara, y entre ese torbellino de voces a veces se oían golpes, cristal rompiéndose y chillidos de gato). Sus mentes evocaron el recuerdo de ese día, como si de una estrella fugaz se tratase.

No pasó mucho después de que Zack ahuyentara a los golpeadores. Ansel le agradeció, le dijo que ya debía irse, Zack preguntó si estaría bien, y Ansel contestó sonriente: “No te preocupes, ellos sólo me atraparon porque estaba

distraído, pero generalmente sé cuidarme solo”. Zack sabía a qué se refería ahora.

-¿Es por eso que eres tan rápido? ¿Por qué tienes gente queriéndote golpear persiguiéndote? –se atrevió a preguntar.

-En realidad sí. De hecho, de no ser por eso no me habrían aceptado en el equipo. Aun así practicaré mucho para superar mis debilidades –su rostro reflejó decisión por un momento, luego una idea pasó por su mente cambiando su expresión-¡Oh, por cierto Zack! Dime, ¿estás en el equipo del entrenador Álastar, verdad? ¿Qué puesto ocupas?

-Soy un verdugo.

-Ah, vaya, que coincidencia. Te queda bien –rió nervioso.

-Ansel... -dijo Zack de repente, mirándolo seriamente, y pensando bien en lo que iba a decir- esfuézzate en mejorar y ganar. Quiero enfrentarme a ti, de verdugo a verdugo. –Ansel parpadeó sorprendido ante la fuerte declaración.

-Pero, ¿por qué yo? Quiero decir, creo que hay rivales más peligrosos que yo ¿por qué de repente quieres enfrentarte a mí?

-Acabo de ver tu partido, y me preguntaba cómo siendo tan pequeño y débil eras el verdugo del equipo. Entonces te vi correr, y sentí que en cualquier momento podrías desaparecer de lo rápido que ibas. Estaba realmente impresionado. Nunca había visto algo como eso. Siempre he sido el más rápido, y no he tenido rival que pueda enfrentarme, pero ahora creo que tú puedes ocupar ese puesto. Conviértete en mi rival, Ansel.

El pequeño chico observó los oscuros ojos de Zack, dándose cuenta de que no intentaba tomarle el pelo. Poco después le contestó con firmeza: “lo haré”.

-¡Te lo juro! El chico y la chica. Los dos gemelos. El mismo día. ¿Qué cosas no? –decía Álastar cuando Zack regresó a donde estaba él.

-Profesor, ya me voy a casa ¿viene?

-Oh, sí claro. Bueno, hasta luego Matt, recuerda ganar, consigue tu oro –canturreó alegremente.

-Álastar ¿Esta es la única y última vez que vendrás a fastidiarme después de una victoria, verdad?

-¡No cuentes con ello! –respondió chasqueando los dedos para después apuntarlo con la misma mano.

Matt observó cómo Álastar se alejaba con su alumno a un lado. Sandy lo miró a él, luego a Álastar, y después a él otra vez. La chica sonrió con energía y exclamó juguetona:

-Profesor ¿usted lo ama, verdad?

-¡No!

Al día siguiente, Zack se impresionó al encontrarse con Ansel una vez más. Esperaba que pasaran varias semanas antes de que ocurriera, además de que sería conveniente, porque era algo raro hablar normalmente con quién acabas de declarar rivalidad. En esta ocasión, se encontraban en una de esas tiendas que venden de todo, y en la que se suelen encontrar cosas muy viejas y curiosas. La tienda llevaba bastantes años en el vecindario, tenía mala iluminación, y un raro olor a anciano, pero Zack fue porque la dueña tenía impresora y necesitaba imprimir su ensayo de informática (después de todo seguía siendo un estudiante).

-Hola –saludó el chico de cabello lila cortésmente, desviando su atención de los libros del puesto.

-Hola –se quedó callado un momento, lo miró de reojo y notó que había estado observando las tapas de los libros. Y aunque sonó muy estúpido, preguntó- ¿Qué haces?

-La dueña de la tienda vende los libros muy baratos, y de vez en cuando vengo a comprarle algunos.

-¿Qué tipo de libros te gusta leer?

-Me gusta leer sobre otros lugares. Cosas que ya pasaron, o cosas que están pasando en otro lugar. Cosas que no estén aquí.

-¿Por ejemplo?

-Bueno, hace poco leí sobre el racismo. Me alegra que no vivamos en un mundo donde eso se practique.

-¿Qué es el racismo?

-Bueno, es la discriminación debido al color de la piel. Haz de cuenta que los caucásicos despreciaban a los afroamericanos.

-¿Enserio? Qué cosa tan estúpida –Ansel se rió de la honestidad de Zack.

La actual dueña de la tienda observó después de un rato a los dos chicos frente al puesto de libros, y sonrió al ver a tan encantadora pareja interesada en los feos ejemplares. “Bueno, por lo menos sirven para unir corazones”.

-Entonces... ¿se han estado viendo desde ese día? –preguntó Portales. Había pasado una semana y media desde su primer partido en el Torneo de Invierno, y estaban sentados él, Sandy y Ansel juntos en el receso, en una mesa debajo de dos árboles, con vista a la cancha de básquetbol, donde, para variar, estaban jugando fútbol.

-Sí, parece muy frío, pero es agradable –contestó Ansel con una sonrisa en los labios.

-¡Aaah, ustedes son muy raros! –se quejó Sandy llevándose las manos a la cabeza, como quien intenta resolver un examen de matemáticas y no lo consigue.

-¿Qué te pasa? –se extrañó Portales.

-Es sólo que se supone que son rivales ¿no? El entrenador Matt y el entrenador Álastar también son rivales y se llevan muy mal ¿Por qué ellos dos en cambio, pueden tener su mundo de caramelo?

-No es un mundo de caramelo exactamente –respondió Ansel riéndose. Luego se lo pensó bien y preguntó- Aunque ahora que lo dices ¿al entrenador Matt no le molestará que sea amigo de alguien del equipo rival?

-No, él no es así. De todas formas tampoco es necesario que le digas.

-¿Por qué se llevarán tan mal? –se preguntó Sandy.

-Porque son opuestos –dijo Portales.

-Pero Ansel y Zack también son diferentes.

-Bueno, ellos son de las pocas excepciones. Sin embargo, generalmente no son amigos aquellos que son opuestos.

-Pero tú y yo somos muy diferentes –Sandy se encogió en el asiento, haciéndose más pequeñita de lo que ya era- ¿No podemos ser amigos?

Portales no supo que contestar a eso. La verdad es que si eran diferentes. Él era grande y un poco tosco, ella pequeña y delicada. Él tan tranquilo, sereno y prudente, ella energética, alegre y risueña. Y a pesar de esas diferencias, ambos sentían que el día se volvía más alegre al estar juntos, como si el sol decidiera brillar un poco más.

-Bueno –dijo finalmente el chico-podemos ser también de las excepciones. Un bonito error en el universo.

Con esas palabras, todos en la mesa se sintieron más tranquilos.

Ése domingo, Zack se levantó temprano para salir a caminar al parque. Después de toda una semana de entrenamiento, y un partido el día anterior, el chico se sentía lo suficientemente fresco como para mover las piernas.

A lo lejos, divisó una escena poco agradable. Un hombre mayor, de barba abundante, gestos duros y ropa desgastada, no paraba de molestar a Ansel, quien intentaba alejarse de él y mantener la calma al mismo tiempo.

Zack se acercó con grandes zancadas, y exclamó con bastante seriedad y toque amenazante:

-Disculpe señor, ¿tiene algún problema con él?

Tanto Ansel como el viejo voltearon a verlo. En la expresión del chico se podía leer algo así como "socorro", mientras que el viejo escaneaba a Zack, como preguntándose si responder con agresividad, o retirarse. Escogió la segunda.

-No, ninguno –y se alejó cruzando el parque, y luego la calle siguiente.

Una vez estuvo lejos, Ansel soltó un profundo suspiro y le agradeció a Zack por apoyarlo.

-¿Te pasan siempre cosas como esta?

-Sí, pero ya estoy acostumbrado –respondió sonriendo con dulzura. Se alejó un poco para sentarse en uno de los bancos de madera del parque, frente al lindo camino de piedra, al lado de un bote de basura, con los árboles tras él, y las flores regadas en el verde pasto. Zack se sentó junto a él (por suerte no había estado lloviendo, pero tuvo que quitar algunas hojas y castañas antes de sentarse).

-Además –agregó Ansel arrastrando la última vocal- si bien a veces me encuentro con gente poco agradable, también lo hago con personas excelentes.

-¿Por ejemplo? –contestó Zack poco convencido.

-Tú –dijo Ansel sin dudarle. El otro no supo que decir, y el más pequeño continuó-me alegro mucho de haberte conocido. Eres de las pocas personas que no corre a golpearme o a hacerme algo malo en cuanto me ve. Siempre eres honesto conmigo, y me tratas como a una persona normal. Me caes muy bien – finalizó con una tierna sonrisa.

-Tú también.

-¿Qué?

-Me agradas.

-Qué bueno.

Zack observó el rostro sonriente de Ansel. La mañana era especialmente fría, lo que hacía que las mejillas del chico se sonrojaran aún más, y el gélido viento le agitaba con suavidad el sedoso cabello. Definitivamente el invierno sacaba lo mejor de Ansel, como si hubiese sido especialmente hecho para él. Aunque bueno, cuando quieres mucho a alguien es inevitable que el mundo gire un poquito a su alrededor.

Zack estiró la mano tomando la barbilla de Ansel, y acercando el rostro al suyo empezó a besarlo.

-Zack, Zack ¡Zack!

Los gritos de Ansel trajeron al joven de vuelta al mundo real, con una sensación parecida a la de un cubetazo de agua fría ¿por qué había imaginado que besaba a Ansel? No podía ser que le gustara ¿Oh sí?

-¿Qué te pasa? Te quedaste como ido –se rió Ansel.

-Solo estaba pensando.

Poco después se quedaron en silencio, pero no en uno incómodo, sino más bien agradable y tranquilizador. Zack intentó mirar los árboles, el cielo nublado, y disfrutar de la brisa igual que su amigo, pero su mirada siempre regresaba a su mano expuesta, tan cerca de la suya. Poco a poco fue estirando sus dedos, y lentamente, como para no espantar al otro, los fue entrelazando con los de él. Cuando ambas manos quedaron unidas al fin, el chico de pelo lila le susurró un breve “gracias” y continuó mirando las nubes de carbón.

Zack empezó a sentirse confundido ¿Qué era aquello que sentía? ¿Qué significado guardaban los fuertes latidos de su corazón, y esa intensa calidez embriagadora al estrechar su mano? Y mientras se preguntaba cosas como esa, empezó apretar con más fuerza cada cierto tiempo, como si su mano fuera un corazón vivo.

En algún momento volteó hacia otro lado, como queriendo huir de la escena, y entonces sí que descubrió una imagen preocupante. Del otro lado de la calle su entrenador, vestido con su ropa normal en lugar de la deportiva, los observaba con una sonrisa en el rostro, y le hacía señas a Zack para que se acercara. Al parecer no le molestaba que su alumno tomara de la mano al alumno de Matt.

Se disculpó con Ansel asegurándole que volvería enseguida. Fue algo extraño separarse, pero por suerte, no tan difícil como esperaba. Aunque bueno, las cosas siempre son menos pesadas con una persona comprensiva.

Cruzó la calle corriendo hasta donde estaba su entrenador, apenas echando un vistazo a cada lado por si venía algún coche. Quería acabar con eso enseguida para regresar con Ansel.

-Hola Zack, veo que la pasas bien ¿Eh?

-Supongo –El entrenador miró pensativo hacia donde estaba Ansel con la mano en la barbilla, luego miró a Zack, cerró los ojos para concluir el plan que había estado pensando, y al final de todo, sonrió.

-Los apoyo, tienen mi aprobación. Pareces del tipo que toma las cosas en serio, así que te lo encargo sin preocupación –exclamó sonriente. Zack asintió, aunque no sabía que estaba aceptando.

-Sin embargo, hay algo que debo advertirte. –El tono del hombre se volvió más agresivo y serio, adoptando un aura oscura y una sombra en su rostro. Tomó los hombros de su alumno, y sonriendo, agregó-si lo lastimas, o lo haces llorar, no te lo perdonaré jamás, y me da igual si me llegan a meter a la cárcel, haré que tu sufras lo mismo mil veces.

Zack tragó saliva. Él era una persona que no se sorprendía con facilidad, el tipo de chico al que podrías describir con la frase “frío como el hielo”, pero por primera vez en su vida, sintió algo que jamás creyó que llegaría a sentir, y que ahora lo tenía petrificado, con el estómago hecho un nudo: terror. Verdadero y puro terror.

-¿Te queda claro?

-Sí señor.

-¡Bien! –exclamó con alegría, soltando al pálido adolescente- por cierto, lo has estado haciendo bien, pero deberías ser más detallista. Cómprale flores, a las chicas...y chicos, como él, le gustan las flores.

-Está bien.

-Bueno, no lo dejes esperando, ve por él campeón –se rió dándole un golpe en la espalda a su verdugo.

Álstar se quedó todavía un rato viendo como su mejor jugador se sentaba junto al verdugo de Matt.

-Aaah, el amor –suspiró. Y con las manos en los bolsillos, y la boca silbando alegremente, se alejó del parque pensando que era el mejor cupido del mundo.

Capítulo tercero

La gran revancha y la mirada hacia el futuro

Si algo realmente me molestó de él, fue su actitud. No sólo el hecho de que al conocerlo nos trató con desprecio a mí y a mi equipo, sino porque, al día siguiente, se acercó a mí portándose muy amigable, cómo si la batalla del día anterior nunca hubiera sucedido. Cómo si sonriendo yo olvidaría todo y caería a sus pies.

Han pasado algunos años, y lo que más me molesta ahora, es que no puedo odiarlo con la misma intensidad de aquel entonces.

Las relaciones con los demás no siempre son fáciles, y a veces pueden estar llenas de confusiones o malentendidos. Un día, Ansel les contó a sus dos amigos, Sandy y Portales, que Zack había estado actuando de forma anormal. Bastaba con recordar que el día de ayer le regaló un ramo de tomillo, sin ninguna razón en particular.

-Ten, es para ti –le dijo sin más, extendiéndole el regalo con la mano derecha y la otra en el bolsillo, con un movimiento rápido al igual que rígido.

-Gracias –observó la planta, y oliéndola preguntó- ¿es tomillo?

-Sí.

-Y... ¿Por qué el regalo?

-No tengo idea.

-Ah, bueno igual muchas gracias.

Ansel no tenía idea de que pasaba por la mente de su amigo, y agregó que empezó a portarse así desde que lo tomó de la mano.

-En realidad siempre ha sido un poco raro –opinó Sandy- digo, creo que debiste sospecharlo nada más cuando te tomó de la mano.

-Eso no es raro. Somos amigos, yo estaba triste y quería hacerme sentir mejor.

-¡No Ansel, eso no es de cuates! –se desesperó la chica.

-¿No?

-No

-Pero yo también tomaría tu mano si estuvieras triste –exclamó Portales alzando la mano, como si estuviera respondiendo a la pregunta hecha por un profesor.

-¿Verdad que sí? –dijo Ansel entusiasmado. Y de esta forma los dos chicos se quedaron hablando muy contentos sobre sus buenos amigos, y Sandy pegó la cabeza a la mesa empezando a replantearse su vida.

En la escuela de Álstar, éste regañaba a Zack por todos los errores cometidos esa semana, aunque desafortunadamente, seguía sin poder evitar que los cometiera. Empezaba a preguntarse como echaba a perder cosas tan sencillas como regalar un ramo de flores. Lo irónico del asunto es que le enojaba que Zack no aprendiera lo que le enseñaba, cuando en realidad él no era el mejor ejemplo de un hombre exitoso en el amor.

Zackfinalmente le echó la culpa de sus fracasos a Álstar, y decidió que actuando normalmente se evitaría problemas. Lo malo es que Sandy tenía razón, él por sí mismo era un tipo raro.

Después del entrenamiento del lunes, Matt pensó que su verdugo se estaba comportando diferente. Parecía más feliz, más energético, pero también más soñador y distraído. Esperaba que esas dos últimas características no afectaran su desempeño en el juego. Se acercaba el penúltimo partido del torneo, antes de la final. Justo el momento en que Matt solía perder.

Los chicos entrenaron con entusiasmo, decididos a pasar a la final, no sólo por sus propios intereses, sino porque deseaban que Matt pudiera enfrentarse a Álstar y conseguir al fin, la victoria.

Y fue poco antes de ese partido, con las nubes oscuras inundando el cielo de diciembre, y el campo ambientado para parecer una ciudad abandonada, que la confianza entre los jugadores estuvo a punto de desmoronarse. Todo por causa del secreto revelado del menos querido del equipo. El verdugo, el veloz, el cometa lila: Ansel.

No importan las circunstancias que revelaron la verdad, porque ésta siempre sale a la luz, y eso es algo que no podemos evitar.

Muchos de sus compañeros se mostraron furiosos, y catalogaron a Ansel como un traicionero. Y cuando Matt preguntó el porqué del alboroto, realmente se sorprendió.

-¡Descubrimos que Anseles nada menos que familiar de nuestro peor enemigo! ¡Sobrino de Álstar, el entrenador que usted odia!

-Ansel, ¿eso es verdad? –preguntó Matt. No se mostró furioso, ofendido o traicionado, de hecho tenía cara de “¿enserio, ése tipo?”, cómo si Ansel hubiera escogido a su propio tío.

El chico asintió. Se quitó los googles azules, descubriendo un par de ojos color rosa intenso, iguales a los de Álastar, y poco frecuentes en el país, donde casi todos los tenían cafés o azules, con suerte, negros.

-¡Seguro que nos quieren sabotear para que perdamos! –insistieron varios. Matt sabía que se estaban enojando por una tontería, pero Ansel le caía tan mal que no encontraba el valor para defenderlo.

-Por favor, como si al entrenador Álastar le interesaran las trampas. Es tan creído que prefiere la satisfacción de ganarte con su propia fuerza ¿no es así, entrenador? –debatió Portales.

-Eso es verdad –tuvo que reconocer.

-Pero si es así ¿entonces por qué ocultó el parentesco? No lo habría hecho si no planeara nada malo.

-Es porque sabía que no me aceptarían en el equipo si se enteraban –dijo Ansel volviéndose a colocar los googles- quería jugar PaintBall, pero no en el equipo de mi tío, para no caer bajo su sombra. Entonces me di cuenta de que éste era el único equipo en el que tenía posibilidades de entrar, pero también estaba enterado de que el entrenador odiaba a mi tío, y como no quería que tuviera una excusa para decirme que no, decidí no decir nada al respecto. Y lo seguí haciendo para que ustedes no me rechazaran.

El silencio reinó por un rato, mientras los demás procesaban lo que acababan de decirles. Y como eran buenos chicos, se avergonzaron al darse cuenta de que quisieron hacharlo porque les caía mal, y no porque realmente sospecharan de un complot. Incluso si hubiera sido cualquier otro, no habrían armado tanto escándalo.

-Bien, creo que nos pasamos un poco...

-Portales tiene razón, el entrenador Álastar no es así...

Y poco a poco se fue soltando la tensión en el aire. Ansel sonrió, y Matt pensó que era curioso que aunque ninguno se disculpó, el chico supo que lo sentían, y que con sólo verle la cara, sabías que los había perdonado.

-Oigan, estamos perdiendo mucho tiempo. Prepárense, el partido está por comenzar.

-¡Sí entrenador!

Ansel le dio las gracias a Portales por apoyarlo, luego se acercó a Sandy y le dijo:

-Por cierto, gracias por no ponerte en mi contra. Al principio sí que me odiabas, pero me alegra que ahora todo esté arreglado entre nosotros.

-Ah, sí, claro... Por supuesto Ansel.

-Sandy –la miró pasmado- ¿No me digas que todavía te caigo mal?

-Noo, como crees...Yo nunca...No mucho...No es como si... ¡Mira, Zack! – chilló apuntando detrás de él.

-¡Sandy! –gritó Ansel angustiado, persiguiendo a la chica que acababa de correr- ¡Sólo dime lo que de verdad sientes, no me enfadaré!

Portales y Matt suspiraron al mismo tiempo. Tío y sobrino eran muy diferentes, pero los dos parecían regarla en cuanto a convivir con otras personas.

Cuando el día acabó, nadie se lo podía creer. Habían ganado. Habían limpia y justamente ganado. Se escucharon enseguida los festejos, felicitaciones, y gritos de " ¡ahora vamos por la final!" durante los treinta minutos después de la batalla, si no es que más. La emoción y adrenalina corrió por sus venas como si estuviera en un maratón, y los mantuvo impacientes a la espera del siguiente domingo. Al fin estaban en diciembre y el aire frío los azotó al salir del estadio.

Al día siguiente, Matt se encontró con Álastar en el puesto de revistas. Matt estaba a punto de tomar un periódico, mientras que el otro observaba con más interés los cómics de Marvel. Estar ante él era muy raro, en especial cuando estaban a punto de enfrentarse de nuevo, después de algunos años. Y sin saber por qué, Matt sintió que debería hablarle.

-Hola. Escuché que eres el tío de Ansel ¿es cierto? –Álastar volteó a verlo y Matt tuvo ganas de esconderse detrás de algún estante, pero se contuvo.

-Ah, Matt, que raro que me hables tú primero. ¿Puede ser que...?

-No la riegues esta vez –suspiró él.

-Ok, ok. ¿Ansel ya les dijo que soy su tío entonces?

-Sí, ayer.

-¿Te molesta? Ya sabes, que un familiar mío esté en tu equipo.

-Sí y no. No me cae mal por el hecho de que sea tu sobrino, pero tampoco me agrada. Aunque no entiendo por qué exactamente. Es disciplinado y hace lo que pude como alumno, pero no logra caerme bien.

-Eso es fácil de explicar. Verás Matt, mis abuelos no eran originarios de aquí, vinieron del norte, y pertenecen a una raza en la que todos los nacidos alteramos la percepción. Hay un "algo" en nuestra apariencia física que provoca una sensación familiar y agradable, lo que hace que nos quieran enseguida. Sin embargo, cada tantos años nace alguien como Ansel, que altera la percepción de forma desagradable e irritante, logrando que la gente lo odie a primera vista.

-¿Y por qué no afecta a algunas personas?

-Por la personalidad. Es como si fuera un tipo muy feo, hay personas que lo miran con asco, y otros a los que les da igual. Simplemente hay personas a las que no les importa como se ve Ansel, y puede que generalmente ni se fijan en el físico de las personas. Lo bueno es que una vez que conoces la personalidad, el cómo se ve deja de importar. Yo soy un ejemplo, las personas me aman al mirarme, pero como tú ya sabes como soy... No puedes verme igual que ellos.

Matt decidió no responder a eso.

-Creo que entiendo. Al menos Ansel ya tiene amigos.

-Oye Matt, con eso de la amistad, deberíamos relajarnos un poco antes de enfrentarnos. Puede que después de esta pelea acabemos algo mal, y quiero disfrutar de tu compañía antes de eso.

-¿Sabes que actualmente no nos llevamos muy bien?

-Pero puede que después de esto nos llevemos mucho peor.

Matt compró el periódico y salió del puesto de revistas seguido por Álastar. Caminaron un buen rato, y Matt no le pidió que se alejara en ningún momento. Las palabras de su oponente sonaron tan tristes que empezaron a pegarse en su corazón, atrapándolo y asfixiándolo, como un montón de serpientes atacando a un conejo. Puede que tuviera razón, definitivamente alguien tenía que perder, y no estaba seguro de que tanto podría soportarlo. De alguna forma, empezó a desear que la semana tardara en pasar, para que las cosas entre ellos siguieran así solo un poco más.

En algún momento pasaron por una plaza semivacía, a tiempo para ver como Ansel se despedía de Zack con un beso en la mejilla, estando los dos en el centro del lugar, al lado de una fuente que para variar no tenía agua. Fue una escena curiosa, porque si Ansel le llegaba a la barbilla estando parado, tuvo que ponerse de puntitas para poder besarlo.

Matt observó lo sucedido realmente atónito, con lo ojos y la boca bien abiertos, una cara que recordaba a la que haces con dos puntos y una "d" mayúscula, consiguiendo que Álastar se riera a carcajadas.

Ahora me adelantaré al día del partido, porque después de ese incidente, lo único que hicieron fue entrenar duramente.

La final del torneo se realizó en un estadio cuyo campo era un laberinto. Cada cierto tiempo los muros de arbusto cambiaban de lugar, dándole un nuevo diseño al lugar. En realidad, todo el laberinto era una sola planta.

Los chicos estaban nerviosos, con las manos entumecidas y el frío congelándoles el cuerpo como agua en un refrigerador. Sin embargo debían disfrutarlo antes de que el calor de la batalla empezara a consumirlos.

Una vez empezaron a luchar, el tiempo transcurrió muy rápido. La adrenalina los engulló, y los muchachos corrieron de un lado a otro con la estrategia en mente, pero algo histéricos y asustados con el cerrar y abrir de muros. No podías confiar demasiado en los escondites o estarías perdido. No tenían más remedio que confiar en la suerte, en sus reflejos y en su entrenamiento para poder defenderse. Más de uno se sintió desprotegido y solo.

Algunos recibieron un golpe antes de darse cuenta, y otros tuvieron la suerte de que el muro se cerrara antes de que las balas los alcanzaran.

Ansel hizo lo posible por no perder la calma. Él era un verdugo, tenía bastante desventaja en ése laberinto de disparos traicioneros. No podía desesperarse. Pensó en su equipo, que lo necesitaba, en Matt, que se había dedicado a entrenarlo en los últimos meses, y en Zack ¿estaría él asustado? “No” pensó sonriendo “él ha de estar tranquilo, frío y al asecho. Debo aprender eso de él”. Y con una nueva seguridad, continuó corriendo.

Matt observó fijamente el campo de batalla. Le habría gustado poder decirles a sus alumnos hacia dónde moverse. Era desesperante ser testigo de aquello y no hacer nada. Observó su reloj al cabo de un rato, más por distracción que porque realmente quisiera saber la hora. Faltaban cincuenta minutos para que acabara el partido.

Portales se cubría como podía, y disparaba con precisión a todos los jugadores del bando contrario. Le dieron una vez, cuando tardó en esconderse detrás de un muro mientras éste se cerraba. Debía evitar que le dieran otras dos o estaría muerto. No quería morir. Perdieran o no, real o no, deseaba regresar vivo. Faltaban cuarenta minutos para que acabara la guerra.

Sandy observó cuidadosamente alrededor. Estaba un poco nerviosa, pero confiaba en sus reflejos, en su puntería. Siempre había amado las batallas, y aunque estar dentro de una provocaba angustia, también la llenaba de emoción. Intentó ver más allá de los arbustos, y deseó que los demás también se divirtieran como ella, e hicieran morder el polvo a sus oponentes. Faltaban treinta minutos para que acabara la diversión.

Zack se movía sigilosamente, y mataba a toda persona solitaria en el camino. Se preocupó por Ansel, pero recordó sus palabras "generalmente me puedo cuidar solo". Miró solo un segundo al cielo, y decidió que no podía distraerse. Vio a un pequeño grupo acercarse, y si preguntó si debía atacarlos o irse. Escogió la primera. Faltaban veinte minutos para que acabara la masacre.

Ansel corrió a través de muchos pasillos, algunos con cuerpos tirados o sentados. Divisó a los ladrones de su equipo, pero un muro los bloqueó de su campo de visión. Rogaba porque consiguieran llegar a la bandera. Se rió ligeramente corriendo a través del laberinto. Faltaban sólo diez minutos para regresar a la realidad.

Álstar observó el campo. La batalla terminó, y su equipo fue el perdedor.

La nieve blanca cubría la ciudad, y los copos aun caían cuando entraron al salón en la esquina de la calle KnightPain. Era veinticinco de diciembre, navidad. Todos los años, los equipos de PaintBall que habían participado en el torneo, celebraban una pequeña fiesta de navidad, y los Dragones de la Estrella del Norte no pensaban perdersela.

Los entrenadores empezaron a desesperarse al poco tiempo. Se habían acostumbrado a una escena en la que Álstar corría hacia Matt nada más verlo para molestarlo, Matt contestaba que algún día le ganaría, los demás se reían e intentaban consolar a Matt inútilmente (sólo lo enfadaban más), y el director trataba de poner orden sin éxito alguno.

Ahora Matt estaba de un lado del salón y Álstar del otro.

-Profesor –se escucharon unas voces jóvenes. Matt volteó a ver a los chicos, quienes lo observaban con seriedad.

-¿Qué pasa?

-Bueno... -empezó Ansel.

-Pensamos que debería hablarle –continuó Sandy con dureza.

-¿A quién?

-No se haga el interesante, claro que hablamos del profesor Álstar.

-¿Eh? ¿Y por qué debería hablarle?

-Mírelo de esta forma –intervino Portales con su suave voz-usted mismo no está cómodo con esta situación ¿no? Diga que le gusta estar lejos de él y lo dejamos en paz.

-Me gusta estar lejos de él. Es lo que siempre quise, y es relajante no tenerlo rondando y molestando como un mosquito.

Sus alumnos lo miraron, incrédulos. Demonios, ni siquiera estaba convencido él mismo de sus palabras. Finalmente, y para alegría de varios, se acercó a Álastar.

El atractivo hombre mantenía las manos en los bolsillos, la espalda contra la pared, y los ojos fijos en el techo. Más que serio, parecía ausente. Cuando Matt se acercó, lo miró de reojo, luego hizo como que no estaba ahí. Al principio Matt no supo que decirle, y cuando estuvo a punto de hablarle, Álastar le preguntó que quería.

-¿Estás enojado?

-Algo, pero más que nada, pensativo. Pensé que me enojaría un montón al perder, pero no fue así. De hecho, cuando vi tu expresión al saber que ganaste, me sentí un poco mejor- cerró los ojos y se rascó la cabeza con ligera molestia- es frustrante, lo odio. Necesito al menos 70% de egoísmo para seguir vivo. Es tu culpa Matt. Compénsame.

-¿De verdad no puedes pasar más de cinco minutos sin decir una estupidez?

-No sé, podemos esperar a descubrirlo, lo contaré con mi reloj.

-Por cierto, ayer pasaron la película de un cuento de navidad en la tele...

-Lo sé, fue decepcionante, yo quería ver la de Mickey Mouse –reflexionó lo que acababa de decir, y luego preguntó- ¿cuánto duré?

Una serie de rostros se iluminaron al notar que ya estaban como siempre, aunque sabían que su relación, en cierta forma, había cambiado.

-Matt

-¿Qué pasa?

-Lo siento. Por todo. Es muy tarde, pero lo siento.

-Gracias.

-Y también lo siento de antemano, porque el próximo año te haré picadillo.

-Eso crees tú.

-Y bueno esta es mi casa.

Esas fueron las palabras de Ansel al entrar a su casa en compañía de Zack el cual solo miraba con curiosidad.

-Es muy bonita, con que aquí es donde vives ¿e?

-Sí, es muy cómoda ¿no?

El pelinegro se reservó las palabras contestando con un pequeño resoplido en señal de afirmación y luego de unos momentos pregunto:

-¿Por qué me enseñas tu casa?

-Bueno, llevamos más o menos un año saliendo, pensé que ya era la hora de enseñarte donde vivo

Anuncio Ansel con una gran sonrisa a lo que el pelinegro solo pudo recordar con añoranza cuando el mismo se le declaro en ese torneo de PaintBall hace ya tiempo.

-Bueno supongo que si, gracias por el lindo detalle pero creo que ya debo volver a casa

-Oh, okey, creo que si

Suspiro algo triste el más bajo, algo que claramente noto zack.

-Es solo que creí que podrías quedarte un poco más de tiempo

La razón de la tristeza de Ansel era que usualmente sus padres salían de viaje, lo que no le hubiera importado mucho a Ansel si no fuera porque estaban en víspera de navidad.

-Bueno creo que no estaría mal quedarme un par de minutos mas

-¡Muchas gracias!

Contesto con una sonrisa reluciente, esa sonrisa con la cual lo había enamorado a primera vista

-Ah, Zack que estas hacien....

Ansel sentía como Zack presionaba contra él, era un poco doloroso ,pero afortunadamente Zack había sido muy cuidadoso al meterla, lo que disminuyo el dolor considerablemente

-Aaaaah, Zack...

Era lo único que el pequeño chico podía articular, mientras el moreno se concentraba en bombear hacia el interior de Ansel, el placer de poder tener a Ansel al fin lo consumía,

-Ansel, te amo

Esa fue la gota que derramo el vaso, de repente Zack comenzó a penetrar mucho más rápido, mientras que los gemidos de Ansel eran aún más fuertes.

-Z.z.zaack me siento extraño

Al notar que el orgasmo estaba cerca Zack no tuvo otra opción más que bajar nuevamente el nivel y comenzar a ayudar a Ansel a llegar.

-Ya no aguanto mas

-Solo un poco mas

Zack no había tenido suficiente, hasta que vio la cara de Ansel y no pudo más, ambos terminaron al mismo tiempo, ya recostados sobre la cama se sonrieron y se quedaron dormidos hasta la mañana siguiente.



Galleta

Un Cabrón
Para Navidad



Un Cabrón Para Navidad

- Tenemos problemas-Comenzó a decir Jessie Alias Frank Alias Jessie Alias Frank. El no era un tipo quejoso... Mentira, si lo era. Sin embargo esta vez sus quejas tenían un fundamento que si bien no era profundo, al menos era válido- Creo que ya es tiempo de que hablemos sinceramente.
- Seguro-Contestó Samuel intentando no quedarse dormido a su lado.
- Resulta que tengo un hermano mayor-Comenzó nuevamente Jessie. Su tono era casual pero probablemente él no se sentía "casual" respecto al tema.

Los ojos de Samuel se abrieron de golpe y su sonrisa se volvió tan brillante como el sol.

- ¿En serio? Cool...- Jessie hizo una mueca.
- No tanto, resulta que quiere pasar las navidades con nosotros-Mark le miró completamente salido de contexto.
- Siempre quise saber cómo sería el hermano de un Jessie- Y acto seguido se acomodó nuevamente en la cama.
- No en navidad-Gruñó Jessie- Tal vez en alguna otra fecha sería soportable, pero no en navidad y mucho menos en una fiesta de navidad- Sus ojos estaban perdidos en algún lugar en la pared mientras su mente se sumía en los recuerdos.
- ¡Oh dios mío!-Exclamó Samuel abriendo los ojos de golpe e irguiéndose con los brazos extendidos- ¡¡El hermano de Jessie es un Jim!!- Su pregunta dio lugar a un silencio que solo dejó clara una cosa. Jessie nunca volvería a llamar Peter a su hermano.

Peter, apodado Jim, era un auténtico Grinch de las fiestas. Nunca había celebrado nada en su vida y a Jessie eso le molestaba un montón. No es que el fuese el

señor sonrisas pero al menos sabía beber hasta emborracharse de vez en cuando.

- Entonces no estaremos solos en navidad- Dijo Samuel a la mañana siguiente, como si repentinamente acabase de darse cuenta de aquel detalle.
- No, mi hermano estará con nosotros- Sam asintió mirando fijamente la pantalla de su teléfono. Jessie tenía la sensación de que el muchacho acababa de notar que el aparato no tenía teclas.
- No solo él- Aclaró
- ¿Cómo?-Preguntó Jessie repentinamente interesado en la conversación. No es que antes no lo estuviese, simplemente ahora lo estaba más.
- Mi hermano acaba de escribirme un texto, dice que viene para acá- A Jessie casi se le cae la taza de la mano. Él y Samuel cumplían un año justo esas navidades y apenas habían tenido tiempo de verse antes de las vacaciones. Necesitaban más tiempo a solas del que se les había permitido tener.
- ¿Y a que rayos viene el cabrón de Ryan?- Ryan era un tipo de lo peor. Lo había dejado colgado un montón de veces en el pasado, pero últimamente. Desde que se enteró de lo de él y Samuel había decidido volverse alguna especie de hermano responsable.

Lo peor es que aunque en verdad lo intentaba no le salía muy bien y siempre terminaba jodiéndola de alguna manera. Era una situación a la que Jessie no se acababa de acostumbrar y por supuesto, ni siquiera deseaba hacerlo.

- ¿Y quién se supone que lo invitó?- Jessie no supo muy bien por quien lo dijo, si por Ryan o por Peter.
- Dice que es el privilegio de la familia poder llegar sin ser invitado- Samuel se rió tontamente- Sin ser invitado- Pero Jessie pudo notar un sonido extraño en su voz.
- ¿Te pasa algo?- Samuel se encogió de hombros.
- Nada... Es solo que el año pasado me dejó tirado y ahora quiere pasar las fiestas conmigo- El no parecía especialmente dolido, más bien era como si intentase descifrar alguna ecuación muy difícil.
- ¿Estas molesto?-Preguntó incrédulo y Samuel solamente se rió.
- Como dijo mi querida Kelly, si te rompió el corazón, rómpele la cartera- Jessie no captó muy bien el asunto pero si las intenciones de Samuel.
- Eres todo un villano-Comentó Jessie sin creérsela realmente. El verdadero villano era él y ya estaba planeando un maquiavélico desenlace que terminaría con Ryan y Peter fuera de la casa.



- Ugh, incluso tiene una linda casa. Gruñó Peter con un tono tan parecido al de su hermano Frank que casi se dio una cachetada.

A Peter no le caía nada bien Frank. Es decir, si lo quería porque era su hermano, pero también le consideraba la persona más desagradable del mundo.

Frank siempre había sido el hijo pródigo. Cuando estaban en la escuela era un alumno de excelencia y en cierta etapa de su vida volvió locos a todos cuando decidió practicar tennis y al año ya estaba ganando torneos juveniles. Luego se aburrió de ello y lo dejó pero eso solo hizo que fuera más genial a los ojos de todo el mundo.

Él también era inusualmente guapo, nadie en su familia tenía tan buena apariencia como él y durante las fiestas se transformaba en un foco rojo de hermosura entre un montón de caras normales. Peter no quería recordar la última foto que su mama les había obligado a tomarse juntos. Era como si un vagabundo se hubiese colado en una sesión de Gucci.

Pero lo que más odiaba de él hasta la fecha era su inoportunamente natural forma de ser. El parecía sentir cuando Peter estaba a punto de alcanzar alguna meta para adelantársele e incluso había tenido la desfachatez de salir del closet justo el día en el que Peter decidió hacerlo.

Lo único en lo que había logrado superarle hasta la fecha era en el ámbito amorosos pues incluso en el trabajo Frank ganaba un montón de pasta mientras que el sobrevivía con un sueldo normal en un trabajo de oficina común y corriente.

Entonces lo peor ocurrió hace un par de semanas cuando la pareja de Peter lo abandonó después de tres años como novios y dos como mejores amigos. Peter estaba destrozado y para colmo, el día después de la ruptura se enteró de que Frank se había echado novio y que se trataba de un tipo más joven que él, muy guapo y verdaderamente estúpido ¿Cómo diablos iba a vencer eso?

Realmente no importaba porque con el tiempo que faltaba para navidad él no iba a conseguir nada aparte de presenciar escenas de dulce, dulce y empalagoso amor mientras se pudría solo en un lujoso sillón, comiendo comida que en su vida podría pagar.

- Esto apesta...-Gruño nuevamente mientras observaba al taxista tomar su dinero y largarse como una tromba.

Peter intentó mirar nuevamente su móvil para ver si podía hallar una fisura legal que le alejase de esa tortura, pero las palabras de su madre seguían siendo las mismas.

“Este año tampoco podemos ir a verlos por culpa de la nieve, el próximo intentaremos salir antes o quizás podrían venir ustedes. De todas maneras nos gustaría que este año te pasaras por la casa de Frank para las fiestas. Él no ha querido presentarnos a su novio y nos gustaría que lo conocieras y nos hablaras de él. Por supuesto esa no es la única razón. Tu padre y yo pensamos que ahora que no tienes con quien pasar la navidad te vendría bien ir con tu hermano.

Te quieren Papá y Mamá”

Peter quería matar a alguien pero había una cruel y peligrosa amenaza implícita en aquella carta, de modo que tendría que esperar hasta poder llevarles noticias sobre el novio de Frank a sus padres antes de atentar con una vida. Sonrió un poco, pues muy en el fondo de su corazón sabía que tenía una especie de curiosidad morbosa por saber cómo era aquel chico.

- ¡Diablos!- Exclamó cuando algún distraído hizo que su teléfono se diera un duro golpe en el asfalto al empujarle.
- ¡Auch! ¡Perdón! ¡Perdón!- Exclamó alguien a sus espaldas adelantándose a recoger el teléfono. Una vez que lo hubo hecho, levantó el rostro mostrando al tipo más bueno del mundo que le sonreía mientras decía- Bien, al menos te daré una excusa para dejar de usar este trozo de porquería- Y acto seguido dejarlo caer nuevamente al suelo. Peter le reconoció entonces, el terriblemente guapo amigo de Frank, Hijo-de-puta-Ryan.



- Hey-Peguntó Jessie recargándose en el balcón.
- ¿Si?-Contestó Samuel asomando la cabeza con una sonrisa en sus labios.
- ¿Qué piensas de mi hermano?-Dijo señalando a Peter que se encontraba lanzándose miradas asesinas con Ryan.
- ¡Está bueno!-Aseguró Samuel alegremente.
- ¿Y qué piensas de TU hermano?-Sam frunció el ceño confundido.
- ¿Está bueno?-Dedujo finalmente.

- ¿Y eso que quiere decir?-Gruñó pacientemente.
- ¡Que podemos estar solos para navidad!- Celebró levantado los puños al aire.
- ¡¡Ey!!¡¡Pequeño idiota!!¡¡Ven aquí y ábreme la puta puerta!!.-Gritó Ryan desde la banqueta, a lo que Jessie contestó.
- ¡¡Ábrela tu si tantas ganas tienes!!-Y jaló a Samuel dentro de la habitación. Ese día Ryan tuvo que esperar una hora más para poder entrar a la casa de Jessie.

Peter tenía una historia complicada con Ryan, si es que a eso se le podía llamar historia. Ellos se conocieron en una fiesta de navidad hace dos años, justo un año después de comenzar a salir con John. De hecho Ryan fue la razón de su primera gran pelea y desde entonces era tema tabú entre ellos dos.

No es que a Peter le importase mucho Ryan, de hecho no podía importarle menos su presencia cuando lo conoció. Pero a John sí que le importaba. Sobre todo cuando después de la cena Ryan, ya un poco borracho, había decidido hablar con Peter. Él recordaba perfectamente lo que le dijo esa noche después de sentarse a una distancia que sobrepasaba los límites del espacio personal.

- ¿Y si nos besamos?- Comentó con aire casual para después lanzársele encima como si no lo hubiese visto de la mano de John toda la fiesta.

El beso que le dio no fue uno de esos de bromita. Fue un beso de verdad que llamó la atención de todos los que se encontraban en la sala. Eso incluía a sus padres, a Frank que le miraba con la boca abierta y por supuesto a John. Peter no había tardado demasiado en apartar a Ryan después de un primer instante de estupefacción pero si lo suficiente como para que John no le hablase hasta año nuevo.

- Así que... Pasaremos la navidad los cuatro juntos-Preguntó Peter muy serio llevándose una taza de café a los labios.
- ¿Sabes que solo hay dos camas?-Preguntó Ryan con cara de susto y luego ensanchó la sonrisa moviendo las cejas de arriba abajo- ¿Quién de ustedes quiere acostarse conmigo?
- Yo voy a acostarme contigo- Exclamó Samuel
- Aguafiestas-Murmuró Ryan y Jesse se apresuró a acariciar la cabeza de Sam.
- No sam-Dijo cual si hablara con un niño de tres años- Tú te vas a acostar conmigo
- Entonces tú vas a acostarte conmigo-Conluyó Ryan con una especie de coqueteo fallido.

- Eso parece una buena idea, teniendo en cuenta que actualmente no tienes a nadie con quien acostarte- Agregó Jessie jugando con viejas heridas.
- Yo voy a acostarme con quien yo quiera...-Peter estaba a media frase cuando fue interrumpido por un entusiasta Sam.
- Entonces vas a acostarte con mi hermano ¿Verdad Jim?
- ¿Jim?-Preguntaron Peter y Ryan al mismo tiempo. Luego Ryan se rió.
- Genial, voy a acostarme con un Jim- Jessie quiso matarle al darse cuenta de lo parecido que sonaba a Sam.
- ¿Quién demonios es Jim?-Preguntó Peter con una mueca de molestia en su rostro, a lo que Jessie le contestó.
- TÚ eres Jim y al parecer vas a acostarte con Ryan-Peter apretó los labios.
- ¿Sabén qué? ¡Ni muerto me acostaría con alguno de ustedes! ¡Sobre todo tu!-Vociferó clavando el dedo índice en el pecho de Jessie- ¡Sería asqueroso!-Y dándose media vuelta se encerró en el cuarto de invitados.

Los tres se quedaron mirando la puerta como si en cualquier momento Peter fuese a salir para agregar algo. Pero no lo hizo, de modo que finalmente Jessie se giró hacia Samuel con rostro confundido.

- ¿Y porque no querría acostarse conmigo? ¡¡Si estoy más qué bueno!!- Preguntó ignorando completamente el hecho de que Peter era su hermano. Samuel simplemente se encogió de hombros.
- Supongo que son los detalles de ser un Jim-Y los tres asintieron como si eso explicara todo.

- Bien...-Se dijo Peter-Ahora solo necesito algo con que trabar la puerta-Sus ojos miraron a todos lados, pero al no encontrar respuesta simplemente se dejó caer en la cama.

Aquella era una maldita casa de tres pisos ¿Cómo es que solo había dos camas? La respuesta llegó inmediatamente. Jessie es un cretino y no tiene amigos.

Peter suspiró mirando su teléfono una vez más. Estaba tentado a enfrentarse a la furia de su madre simplemente por no estar ahí...O por un trago de whiskey.

Aquella era la triste historia de su vida. El simple Peter atrapado dentro de una muralla que no puede superar. Aplastado por el pie de Frank, avergonzado por el amigo de Frank y puesto en ridículo por el novio de Frank.

Suspiró deseando que John estuviese ahí, entonces tendría alguien que le acompañase en toda aquella tortura. "Ojalá hubiera nacido un poco más alto" se

dijo “Ojalá fuese un poco menos torpe, un poco más guapo y un poco menos sentimental, entonces seguro que nada de lo que esta pasando me afectaría”

“Ojalá fuese un poco más inteligente” continuó diciéndose “Y un poco más como Frank, entonces las cosas me irían mejor”

Con aquellos pensamientos pesimistas se quedó completamente dormido. Cuando despertó ya era tarde, estaba todo oscuro y le dolía la garganta por haberse quedado dormido al descubierto y en época de frío.

Abajo había un escándalo que se traducía en música navideña, cosas moviéndose, un par de hermanos escandalosos y tres torpes intentando colocar las luces de navidad.

No tenía muchas ganas de hacerlo, pero decidió salir de todas maneras. Cuando abrió la puerta logro entrever al otro lado del pasillo las sombras de los chicos, particularmente la de Frank, sentado en el suelo abriendo cajas con esferas. Al asomarse en la habitación (que resultó ser la sala) lo encontró justo como esperaba, con su guapo rostro de eterna aburrición.

Estaba a punto de hacer un comentario irónico al respecto cuando sus labios se quedaron sellados ante la escena. Frank, que parecía no prestar atención a nada, de repente se rió mirando fijamente a Samuel, quien aprovechándose de que estaba sentado comenzaba a enrollarlo en follaje.

- ¿Qué haces?-Preguntó Frank sin poder evitar reírse.
- Estoy haciendo mi propio Jessie-Pino de navidad
- ¿Y cómo planeas colgar las malditas esferas?-A pesar de sus palabras el sonaba feliz.
- Así-Dijo Mark colgando esferas en sus orejas e intentando fallidamene colgar una en su nariz.

Peter perdió toda la energía que gano al dormirse horas enteras durante la tarde. Se sentía cansado de nuevo y quiso volver a la habitación rápidamente. Estaba a punto de girarse cuando su mirada se encontró con la de Ryan, el guapo, guapo Ryan. Un sentimiento de molestia se apodero de él, no porque estuviese recordado la vergonzosa escena que protagonizaron juntos hace dos años, sino porque el tipo le sonrió haciéndole una mueca de “Lo que tenemos que soportar”.

No supo porque pero comenzó a fingir arcadas y ambos se rieron. Al parecer no era el único que se sentía incómodo con la situación.

- ¡¡Jim!!¡¡Ya te has despertado!!- Exclamó el súper guapo novio de Frank.
- No me llamo Jim-Protéstó Peter sin muchas ganas.

- Lo que sea- Interrumpió Frank, levantándose con su expresión agria de siempre- Ya casi terminamos aquí, así que te toca preparar la cena- Peter tomó su viejo teléfono y comenzó a marcar.
- Entonces supongo que cenaremos Pizza.

Jessie alias Frank alias Jessie alias Frank estaba un poco más pensativo que de costumbre. Era ya media noche y se había ido a acostar relativamente temprano, pues estaba cansado por haber pasado todo el día adornando su casa. El caso es que Ryan también había estado ayudando y a pesar de que debía estar cansado se ofreció a lavar los trastes como excusa para permanecer más tiempo abajo.

Frank sabía del enamoramiento que tenía Ryan con su hermano mayor. Justo por eso entendía sus razones para intentar interponerse entre el Sam.

Toda esa historia se remontaba a tres años atrás, cuando él lo llevo a su casa en primavera y le dejo embaucado con sus hermanos menores. Muchas personas no sabían que Frank tenía hermanos, pero los tenía, aparte de Peter había un par de gemelas adorables que nunca se quedaban sin energía y un preparatoriano gótico que probablemente se llevaría bien con Mark (luego de superar sus propios complejos, claro).

Esa vez los dejó solos alrededor de una semana mientras sus padres estaban de vacaciones y los chicos se encariñaron un montón con él. Durante ese tiempo Ryan escuchó hablar bastantes cosas buenas de Peter, quien se esforzaba por ser un buen tipo con los más pequeños.

Resulta que en todo ese tiempo la curiosidad de Ryan por Peter se volvió más y más fuerte. Quizás en ese momento no pensó que el tipo fuese a gustarle, pero vamos, que seguramente dio por hecho que ningún hermano de Frank podía ser tan bueno.

Luego Ryan encontró la foto prohibida de los hermanos. Aquella era una especie de imitación barata del poster de la primera temporada de Skins. Las gemelas estaban tiradas boca abajo sobre el estómago de Frank con unos carteles que señalaban la una a la otra y que decían "No soy ella". Se veían curiosas porque aun llevaban las coletas y sus vestidos rosas de tul y encaje.

Frank estaba boca arriba en el sofá cama de la casa de sus padres y aunque su rostro permanecía hermoso como siempre tenía escrito en la frente "Cretino" mientras que unos círculos rojos se pintaban en sus mejillas. Frank estaba hecho un auténtico desastre.

Recargado en la parte de abajo, con las piernas extendidas, la cabeza caída y la boca abierta estaba su hermano menor con un cartel pegado al pecho que ponía "El príncipe del Darks".

Y finalmente, en una posición muy parecida se encontraba Peter recostando la cabeza sobre los pies de Frank y con la mano de una de las gemelas casi sobre su cara. Los lentes de fondo de botella que usaba en ese entonces tenían los cristales completamente negros y colgándole del cuello mientras que en su frente ponía "Virgen".

No es que fuera una muy buena primera impresión, pero Ryan estuvo completamente apegado a esa fotografía por mucho tiempo. Frank fingía que no se daba cuenta pero sabía que el muchacho tejía historias en su cabeza del estilo "Seguro que a Peter le gustaría esto". Fueron tiempos duros para Frank porque llevaba mucho tiempo peleado con su hermano y Ryan no paraba de insistirle "disimuladamente" que le presentara con Peter.

Él incluso le buscó en Facebook y consiguió su número de teléfono aunque nunca se atrevió a llamarle. La verdad a Frank comenzaba a darle miedo. El asunto es que Frank tenía la idea de que Ryan había superado ese asunto cuando Peter comenzó a salir con el CABRON de su novio (Ahora ex) pero quizás no había sido así.

- ¿Tú que piensas Mark? ¿Crees que haya oportunidad?- Jessie se encontraba recostado en la cama mientras revisaba las ultimas fotos de Jim alias Peter alias Jim alias Peter. El antisocial ni siquiera se había molestado en quitar la relación con John o borrar las últimas fotos que se tomaron juntos durante las vacaciones. Aunque para ser justo John tampoco lo había hecho.
- ¿Ese es el ex de Jim?- Preguntó Samuel asomándose sobre el cuello de Jessie.
- Si, es ese- Sam ladeó la cabeza pensativo. Jessie nunca había podido descifrarlo cuando ponía aquella expresión pero últimamente comenzaba a hacerse ideas al respecto.
- Si ese es su ex, definitivamente hay oportunidad- Jessie le miró con expresión interrogativa y este simplemente se rio- Mi hermano está mucho más bueno que él.
- Tienes razón- Contestó Jessie muy a su pesar.

Peter no era el tipo más guapo del mundo. Normalito era lo que le describía más fielmente. Pero su ex (alabado sea el señor por lo de "ex") era un pelín más atractivo que Peter. Sin embargo Ryan era por mucho más guapo que John. De hecho la razón principal por la que Jessie hubiese comenzado a hablarse con Ryan era su apariencia.

Frank nunca tuvo mucha suerte con los amigos. Él siempre fue en todas partes el chico de la bicicleta amarilla, es lo que le dijo a Samuel pero la verdad eso no era

todo. Él era el chico guapo de la bicicleta amarilla, el rico, el jefe, el inteligente chico de la bicicleta amarilla.

Pero eso a Ryan nunca le importó.

Claro que a Frank le costó un par de cotejos deducir si podían ser buenos amigos. Comenzó (como ya había dicho) por la parte más importante, la apariencia. Ryan era muy guapo, no tanto como Jessie pero tenía un estilo tan llamativo que no palidecía ante él.

Lo segundo fue la posición económica. Ryan tenía una posición importante en la empresa en la que Frank trabajaba. Nuevamente Jessie era prácticamente su jefe y ganaba más dinero que él. Pero Ryan pertenecía a un área diferente y su familia tenía un montón de dinero, al punto en el que Ryan solo trabajaba por hobby.

Y por último su compatibilidad. Eso no fue gran problema. En cuanto comenzaron a hablar era como si se conociesen de toda la vida. Justo por ello sabía que si alguien podía funcionar con el amargado de Peter era Ryan, no John.

- Entonces ¿Cuál es el plan?-Preguntó Samuel. Jessie se rió.
- Ambientación, alcohol, música y muérdago, mucho muérdago.



Ryan había pasado toda la noche rondando a Peter a pesar de que se estaba muriendo de sueño. La noche anterior fue un desastre porque estaba más dormido que despierto y un así se esforzó por ver “El guardaespaldas” y fingir que le gustaba para sentarse en el sillón con Peter.

Después Peter perdió el interés en la televisión, concentrándose en su teléfono pero sin moverse de su sitio. Esto le dio a Ryan la oportunidad de ver por milésima vez “Solo en casa” mientras disfrutaba de la presencia de su amor platónico y finalmente los dos coincidieron en gustos cuando la televisora decidió transmitir “El Grinch”.

Y claro, a las altas horas de la madrugada Peter se levantó sin decir nada y se encerró en el cuarto. Ni se molestó en tocar, simplemente se dejó caer en el sillón y se quedó completamente dormido.

Al día siguiente despertó con un terrorífico olor a dulce inundando la sala y la sensación de que algo estaba fuera de su sitio.

- ¡No voy a besarte!-Escuchó gritar a Peter en la cocina. Ryan se dirigió rápidamente hacia allí y se encontró con una escena de lo más extraña.
- Pues ven acá y deja que yo te bese a ti-Reclamó Frank forcejeando con su hermano quien empleaba todas sus fuerzas para zafarse aunque sin mucho éxito.
- Suel-ta-me –Masculló antes de ser vencido y recibir un ruidoso beso en la mejilla que Frank coronó con un “Mua”- ¡¡Aaaaaah!!¡¡Acabo de recibir un beso de Judás!!-Exclamó frotándose la mejilla.
- Marica
- ¿Desde cuándo hay muérdago en la casa?-Preguntó Ryan cuidándose de no pasar por la puerta al mismo tiempo que los demás. Frank se quedó en silencio pero le miró como diciendo “¿Cuándo crees, retrasado?”
- ¡¡Soy el rey del muérdago!!- Exclamo Sam entrando a la cocina desde la puerta que daba afuera, luciendo una corona de muérdago navideño. Probablemente hecha con las sobras de lo que utilizaron para adornar las puertas- Y tú serás mi reina...O yo seré la reina, como prefieras-Aclaró sonriendo tontamente mientras le colocaba una igual a Jessie en la cabeza.
- Y soy el rey-Exclamo Jessie ajustándose la corona a la cabeza- Y según nuestro prenupcial todo el reino es mío, lo quieras o no-Su tono era neutro pero escucharle de todas maneras a Ryan le entraron ganas de vomitar.

Él estaba muy acostumbrado al Jessie hosco y aburrido que le hubiera pegado un puñetazo a cualquier imbécil que hubiese osado a llamarle “Reina” aunque fuese solo en broma.

Él también estaba acostumbrado al estúpido Mark cuyos temas de conversación se limitaban al futbol (incluidos jugadores de futbol, porristas, fans y demases) a los por menores de re-nombrar todo lo que veía y a los sándwiches de mantequilla de maní.

Ninguna de esas cosas se conservaba intacta desde que los dos comenzaron a salir y sobre todo cuando se encontraban en la misma habitación. Frank era extrañamente amable y permisivo con Sam, lo dejaba tratarle como no dejaría a nadie más y no podías decirle nada al mocoso sin que te dedicara una mala mirada como mínimo.

Mark por su parte había tenido una ligera variación en sus temas de conversación. No paraba de sacar a Jessie en todas sus conversaciones. “Jessie se bebió un barril entero de cerveza sin siquiera pestañear” “Jessie tiene un super-cool acento español” “Jessie es un genio de las mates y me ayudó a pasar las unidades que suspendí” “Jessie me llevó a conocer el lugar en el que creció de niño” “¿Sabías que Jessie no sabe nadar? yo le estoy enseñando” “Jessie besa como...” En fin, últimamente alucinaba a Jessie.

Y claro, Ryan no podía evitar sentirse celoso. En apenas un año Sam ya conocía aspectos de la vida de Jessie que él en todos sus años de amistad nunca había sabido y se guardaba aspectos de su personalidad que solamente Sam tenía permiso de ver.

Muchas veces Ryan se preguntaba que veía Jessie en Sam. Es decir, Ryan amaba a Sam pero Jessie era un hombre adulto, guapo e inteligente por lo que le resultaba imposible comprender que tenía en común con un chico con la mitad del cerebro muerto, considerablemente más joven y con un vocabulario que no superaba las quinientas palabras.

Por otro lado también le molestaba dejar de ser el centro de atención de su hermano pequeño. El ya no era su “super –coo l-hermano –mayor –de –mechas – pintadas –y –pantalones –rotos -Ryan” sino “el-tipo-que-le-presentó-a-Jessie” o al menos así es como se sentía cuando estaba con ellos.

Ryan no era un buen tipo y aunque quisiera engañarse, la única razón por la que había decidido pasar las navidades con ellos era para joderles la luna de miel. Si, era un mal hermano también y mal amigo y ser humano despreciable.

Lo que sea.

- Por favor, que alguien me arreste- Exclamó Peter cuando Sam abrió la boca y Jessie le dio de su pastel. Sonaba horriblemente cursi pero la manera mecánica con la que Jessie se movía y la cara de oso frente a la miel que puso Sam arruinaron el ambiente.
- Puedo darte otro beso si quieres envidioso-Contestó Jessie con la clara intención de hacer enojar a Peter.
- Por favor, alguien que lo arreste- Exclamó con el mismo tono pero cambiando su petición.
- Es el mejor Jim que he conocido-Comentó Sam mirando a Peter con aire soñador. A Ryan no le gustó nada eso y aparentemente ni a Peter ni a Jessie les gusto tampoco.

Ryan puso los ojos en blanco cuando Frank le dio un golpe a Peter en el brazo y este le miro furioso. Los dos comenzaron a pelear y Ryan se preguntó en qué condiciones habría aceptado Peter el quedarse ahí. Sobre todo porque esos dos no parecían llevarse nada bien.

Jessie no hablaba mucho sobre su mala relación con Peter, pero las veces que lo hizo siempre fue de la misma manera. “Mi hermano mayor es la persona más molesta del mundo. Es más amargo que un limón, más feo y torpe que una foca, más estúpido que un pez y más molesto que un golpe en el dedo pequeño del pie. No lo soporto y él no me soporta a mí, nos damos asco. Además tiene el gusto de una roca y está más ciego que un cárabo volando a medio día.

Pero sobre todo, lo que más grabado tenía en su mente era la expresión que tenía cuando hablaba de la pareja de Peter “Su novio lleva con él como mil años y es un auténtico cabrón, pero a Peter no le importa porque le encantan los cabrones”

Lo cual explicaba porque el tipo no estaba ahí, acompañándoles. Esto y el detalle del muérdago trajeron a la cabeza de Ryan una idea extraña.

- Hijo de puta...-Murmuró. Sam se rio pero Ryan no podía imaginar que estaba pensando al escucharle hablar de esa manera.

Lo que Ryan si sabía era que conocía demasiado a Jessie como para saber que lo del muérdago no era algo normal en él. Para empezar él no era la clase de tipo que se arriesgaría a besar a su hermano sin una razón oculta y tampoco era la clase de tipo que necesitaba una excusa para besar a su novio.

“Esto es una encerrona” se dijo a sí mismo “ Trata de matar a tres pájaros de un solo tiro. Se deshace de mí, se deshace de Peter y se deshace del novio de Peter”

No podía decir que eso le molestara, pero sinceramente quería que le molestara solamente porque no quería caer en uno de los jueguitos de Jessie.

- ¡Bien!-Gritó Peter sacándole de sus cavilaciones- Ya iré yo-Ryan no tenía idea de lo que estaban hablando y tampoco se molestó en preguntar hasta que Jessie se dirigió a él.
- Tu deberías acompañarle, arrimado navideño-Ryan se rió como si le hubiesen contado una buena broma.
- Por desgracia no me traje mis lentes y sabes que no puedo manejar con ellos o sin ellos- Frank parecía completamente preparado para esa respuesta.
- Bueno, tienes suerte de que Peter sea un excelente conductor y lo único que necesite es a alguien que le ayude a cargar las cosas al auto-Luego cambio un poco su tono de voz- El nene no puede ni cargar una garrafa de agua.
- ¡Te escuché!-Gritó Peter desde el cuarto.
- ¡Me da igual!-Le contestó Frank sin ningún ápice de culpa y luego se giró hacia Ryan- Espero que lo hagas y lo hagas bien porque te estoy confiando la vida de mi hermano “Mejor amigo”.

Ryan contuvo un grito. Ese maldito de Jessie estaba jugando la carta del mejor amigo con él y lo peor era que a Jessie aún le quedaban once peticiones y a Ryan solo le faltaba la de ese mes.

Suspiro haciéndole una seña con los dedos que anunciaba “Te estoy mirando” y Jessie le contestó de la misma manera. Hace varios años, poco después de volverse amigos tuvieron una de las peores borracheras de la historia y como se

trataba de ellos dos simplemente no podían ser dos borrachos normales que hacían el ridículo y grababan un video arruina-reputaciones que se hacía viral.

No.

Ellos, con su capacidad inhumana e procesar una borrachera pero no los efectos de la misma hicieron un pacto en el que, para no hacer el cuento largo, se permitían una petición irrazonable (Con algunas razonables restricciones) a cada uno y si no la cumplía, bueno, digamos que el notario público vendría a cobrárselas (Notario que por cierto era amigo de los dos y que también estaba borracho ese día).

- Bien-Dijo levantándose de la mesa- Pero que sepas que no he tenido tiempo de desayunar y traigo la misma ropa que ayer, de modo que si no soy de gran ayuda no va a ser mi culpa-Jessie se rio porque a él no le importaba en lo más mínimo si era de ayuda o no.

Ryan salió haciéndose el ofendido y se metió en el carro de Jessie (El cual probablemente llevaba un tiempo sin moverse) esperando a que Peter saliera.

La verdad es que estaría mintiendo si dijera que la perspectiva de pasar toda la mañana, al menos gran parte de la misma, con Peter no le emocionaba. Vaya, probablemente no conseguiría liarse con él porque el tenía novio y no parecía del tipo de chico que pintaba los cuernos. Por otro lado si lograba tirárselo al menos se quitaría las ganas de encima y se desengañaría completamente de él, lo cual por cierto cerraría un círculo de su vida que ya había durado demasiado.

Suspiró recordando esa navidad hace dos años. Eso le quitó casi cualquier esperanza de que Peter fuese del segundo tipo.

- Que conste-Comenzó a decir como intentando sacar conversación cuando Peter se puso en el asiento del piloto- Que no creo que seas tan debilucho como para no poder levantar una mugrosa garrafa- Ryan le vio suspirar y fruncir un poco el ceño, enseguida supo que como era ya costumbre había escogido las palabras equivocadas.
- No, en realidad no puedo levantarlas.



El teléfono en la mesa de la cocina distrajo a Sam de su dona de chocolate. En el destartalado aparato apareció escrito “Dear John”

- Jessie...-Llamo lánguidamente- Una canción de Taylor Swift está llamando a ese teléfono- Jessie se distrajo de su periódico asomándose a la pantalla. Sam rio tontamente al ver la expresión de Jessie, a él le pareció realmente cool la manera en la que tuvo que aspirar dos o tres veces para recomponerse.
- Peter, tengo que hablar contigo-Escuchó que decían al otro lado de la línea cuando Jessie contestó poniendo el altavoz- Por favor no cuelgues, siento mucho que hayamos terminado, te amo y quiero que volvamos a estar juntos- Sam volvió a reírse al notar la expresión horrorizada de Jessie.
- ¡¡John!!-Exclamó interrumpiéndolo- Te odio-Y añadió a esta última parte una especial tonalidad de molestia.
- ¿Frank?-Preguntó quien debía ser John, aparentemente acostumbrado a esa clase de ataques.
- El mismo en persona-Dijo Jessie.
- ¡Oh!... ¿Cómo has estado?-Se notaba que el chico no sabía muy bien como actuar al darse cuenta que no era con quien creía estar hablando.
- A punto de colgarte- Contestó Jessie y acto seguido finalizó la llamada.

Taylor volvió a llamar y Jessie volvió a colgar unas cuatro veces antes de que este se hartase lanzando al pobre aparato al suelo. Sam no se sorprendió cuando este empezó a pisar el aparatejo hasta dejarlo completamente destrozado.

- ¡¡Intenta captar la señal de eso idiota!!-Exclamó respirando dificultosamente. Sam solamente sonrió recargando su mejilla en la mano derecha.
- Eres super cool.



- ¿Quieres dejar de hacer eso?-Preguntó Peter, aunque en realidad no era una pregunta.
- ¿Hacer que?-Dijo Ryan viéndole fruncir el ceño e intentado concentrarse en la carretera. Fue una larga mañana aunque las compras se hicieron

rápidamente, sin embargo él había intentado mantener la boca cerrada para no liarse el solo y eso hizo que los segundos se volvieran eternos.

- Dejar de mirarme-Exclamó sin ningún tapujo- Es escalofriante-Ryan tuvo la decencia de apartar su vista de él durante un segundo, pero enseguida volvió a mirarle.
- Bueno... Es que es difícil porque me gustas un montón- Al menos en eso se parecía un montón a Sam, ninguno de los dos tenía un filtro entre la boca y el pensamiento para esa clase de asuntos.

Esto evidentemente incomodó a Peter quien frenó repentinamente.

- ¿Qué acaso piensas alguna vez antes de hacer las cosas?- él tenía la cara roja y Ryan se imaginó que probablemente se debía al que estaba recordando aquella pequeña borrachera que se pegó en la fiesta de navidad. En su defensa lo único que podía decir es que estaba hasta las chancas. En su contra podía asegurar que bebido o no, de todas maneras le hubiese besado.
- Pues no, la verdad es que no.
- ¿Y cómo diablos estás seguro de que te gusto?-Ryan se encogió de hombros.
- Eres mi tipo, supongo, tampoco es que diga que te amo con todo mi corazón- Peter pareció relajarse, un me gustas sin ninguna otra implicación era algo que él podía manejar.
- ¿Tu tipo?-Preguntó algo incrédulo de que alguien pudiese considerarle “su tipo”. “Vaya” pensó Ryan “Solo debería decir que gracias y ya”
- Pues sí, me gustan los tipos con cara de intelectuales-Esto hizo reír a Peter, no en modo de burla pero sí con algo parecido a la incredulidad.
- Ni siquiera soy “intelectual” si hay alguien “intelectual” en la familia es Frank-Comentó poniendo en marcha el auto.
- ¿Frank?-Preguntó Ryan haciendo una mueca de desagrado- Él no es intelectual, es un sabelotodo que es una cosa muy diferente, además, estoy hablando de apariencia, no de carácter...-Ryan guardó un pequeño silencio y luego negó con la cabeza- Bueno, también me gustan las personas inteligentes y tu pareces muy inteligente.
- No soy inteligente-Aseguró rápidamente, él era más bien una rata de biblioteca- Frank es el listo de la familia, ya te lo dije y pensar en alguien como intelectual solo porque usa gafas es discriminación- De alguna manera la manera tan seria en que dijo eso último hizo que a Ryan le dieran ganas de jalarle las mejillas.

- Bueno, también me gustan los chicos que usan lentes y a ti te quedan bien los lentes. Tu cara es completamente mi tipo-Peter levantó una ceja, si es cierto que si había algo que le quedaban bien eran los lentes.

Pero su mente corrió como un rayo a aquel año funesto en el que los alumnos de un grado superior le pidieron a Frank que fuese modelo para una ficticia empresa de óptica. La genética era una perra.

- ¿Alguna vez has visto a Frank con lentes? Parece modelo, su rostro se ajusta más a un armazón que el mío- Suspiró profundamente “Hijo de puta...y que su madre no le oyera el pensamiento”
- Exacto-Señaló Ryan un poco mosqueado- Tiene cara de modelo, no de tío listo. Además no sé si me estas entendiendo bien, dije que me gustan los inteligentes a los que le quedan los lentes, no los modelos sabelotodos con cara de arrogantes- Peter intentó no reírse.
- Entonces te gustan los nerds.- Ryan asintió con la cabeza.
- Exacto y tú además eres guapo- Peter se encogió de hombros.
- No tanto como Frank-Ryan hizo una mueca.
- No muchos son más guapos que Frank-Peter asintió dándole la razón. Nunca había visto a un tipo que se comparase con Frank.
- Bueno... Tú no te ves mal al lado de Frank- Convino con aire ausente. Ryan hizo una mueca molesta.
- ¿¿Acaso tratas de liarme con tu hermano??¿¿No piensas que si quisiera tirármelo ya lo habría hecho??-Aquella reacción sacó completamente de onda a Peter, sobre todo cuando Ryan afiló los ojos lanzándole una mirada inquisidora- ¿¿Piensas que no soy lo suficientemente guapo??¿¿Estas llamándome feo??
- ¿Qué? –Exclamó sin saber muy bien que decir- ¡No!... o sea, no intentaba insinuar nada de eso.
- ¿Entonces?¿Piensas que soy poca cosa al lado de tu hermano? ¿Qué no me lo merezco?
- ¡¡Nooo!! No trataba de decir eso. No te conozco mucho pero pareces un buen tipo y eres muy guapo, seguro que si tu quisieras podrías salir con quien se te pegara la gana- La verdad es que Peter no reaccionaba muy bien a las confrontaciones a menos que se tratase de miembro de su familia o personas a las que conocía bien. Por lo que fue un poco tarde cuando por fin se dio cuenta de que Ryan solamente le estaba molestando un poco.
- Awww piensas que soy guapo e increíble...-La mueca que puso en el rostro hizo que Peter quisiese partirle la cara.
- Retiro todo lo que dije, eres un tipo de lo peor-Ryan se rio otra vez.

- Lo sé, un ser humano despreciable- Se dijo a si mismo por segunda vez en el día y por segunda vez en el día se dio cuenta que no se sentía mal por eso.
- Ya, que bueno que lo aceptas- Y apretó los labios como si no quisiera decir nada más. Probablemente estaba muy avergonzado por haber caído en una provocación de tercera como la de Ryan. Este por su parte simplemente sonrió dándole un pequeño descanso, el cual por cierto no duró más de cinco minutos.
- Volviendo al mismo asunto, puedo decirte que me gustan los tipos que cargan libros en sus mochilas aunque ya no estén en la escuela- Peter le dedico una mirada desconfiada y Ryan se encogió de hombros.
- Ha sido Frank quien la ha revisado no yo, por cierto, se ha tomado prestada tu edición limitada de “La rebelión en la granja”-Peter tuvo que frenar nuevamente
- ¡¡Hijo de puta!!-Exclamó derrapando después de un terrible acelerón.
- ¡¡Maldición!! ¡¡Más me hubiera valido manejar yo!!



- ¿Qué carajos le paso a mi teléfono?-Preguntó Peter intentando respirar después de ver su amado teléfono tirado en el suelo y completamente destrozado.
- Se cayó-Dijo Jessie.
- Se cayó-Repitió Sam imitando un encogimiento de hombros.
- ¿Realmente esperas que me crea eso?-Jessie se encogió de hombros.
- Si no quieres no lo hagas, a mí me da igual-Contestó reacomodándose en su lugar.
- A él le da igual-Repitio Samuel un poco desviando la mirada.
- Vas a pagarme ese teléfono- Advirtió.
- Toma la tarjeta de crédito y pídetelo uno de emergencia, seguro mañana ya está aquí- Peter suspiró.
- Voy a tomarte la palabra- Dijo dándose la vuelta y tomando la cartera que le extendía su hermano. Luego se marchó a su habitación.

- ¿No hubiera sido más fácil apagar el teléfono?-Pregunto Sam después de asegurarse de que Peter no escuchaba.
- Porque el hijo de puta ese hubiese seguido llamando y en algún momento Jim hubiese contestado- Sam asintió con una luz increíble en sus ojos.
- Cooooooooool.

Bueno, si había algo que la tarjeta de Frank no pudiese hacer a Peter le gustaría saberlo. El pidió su nuevo teléfono enseguida pero luego se dio cuenta de que en realidad no le urgía tanto, ya que después de las veinticuatro horas del envío express se dio cuenta de que en realidad no tenía mucha gente con quien hablar.

Su lista de contactos se quedó en sus familiares cercanos, Sam y Ryan, quienes insistieron en intercambiar números. Fuera de eso Peter ni siquiera se molestó en mirar al resto de los números que tenían, en primer lugar porque no le apetecía hacerlo en ese momento y en segundo porque temía encontrarse con el número de John. El solo pensamiento le daban ganas de vomitar.

En fin, pasaron los días, no fueron muchos pero a Peter le parecieron eternos al lado de Jessie, su novio y el hermano de su novio que no dejaba de coquetearle. Fueron tres largos días antes de que llegase noche buena. Él hubiese estado feliz con simplemente permanecer en su cama todo el día pero Jessie ya tenía preparado todo para celebrar.

Lo peor de todo fue el muérdago, muchas veces estuvo a punto de olvidar que aquella cosa estaba ahí y terminó siendo besado en incontables ocasiones por Frank quien siempre maldecía por lo bajo, como si sus planes hubiesen estado a punto de cumplirse y fallaran de último momento.

En un par de ocasiones le tocó besar a Sam, no podía decir que no había disfrutado de eso. Para empezar Sam era un tipo extremadamente guapo, tan guapo que era una lástima no hacer valida la tradición del muérdago navideño. Para seguir era tan dulce que valía la pena besar mil veces a Frank por besar una vez a Sam. Y para finalizar disfrutaba el doble al ver la expresión de Frank cada vez que coincidía con su novio en una puerta aunque le causaba una extraña sensación cuando aquello se daba mientras Ryan estaba mirando.

De todas formas, con respecto a Ryan las cosas cambiaron un poco desde la conversación en el auto. De repente se dio cuenta de que solamente era un tipo estúpido diciendo estupideces e intentaba tomarlo lo menos en cuenta posible. Aunque eso resultaba difícil cuando se trataba de alguien como él.

- Entonces ...-Comenzó a decir la segunda noche que paso en la casa de Frank.
- ¿Sí?-Pregunto el sin muchas ganas.
- ¿Vendrá a verte tu novio?-Peter trato de permanecer impassible, probablemente lo logró.
- Quién sabe-Dijo llevándose a la boca un montón de palomitas de maíz. Ryan asintió pensativo mientras miraba a la televisión, pero a Peter le dio la sensación de que él no podía concentrarse en la película.- ¿Por?
- Bueno...-Nuevamente pareció dudar un poco antes de hablar pero finalmente se rio- es que quizás estaba pensando en robarte de él. Digo, si no te molesta.

Peter le miró sorprendido, luego se giró hacia la pantalla y siguió comiendo palomitas. No quería ni iba a contestar a esa pregunta. Sobre todo porque Ryan parecía disfrutar haciéndole sentir incómodo. “Pero que cabrón” Pensó hundiéndose en su lugar y fue ese su turno para perder por completo la concentración en la película.

Eso podría resumir todos los encuentros que tuvo con Ryan, los cuales fueron tantos como los besos que Frank le dio y el veinticuatro de diciembre Peter no podía estar más seguro de que era una especie de táctica de tortura ideada por su hermano.

- Nadie va a venir a vernos hoy-Comenzó a decir Frank la mañana del veinticuatro- Ni siquiera Atreyu porque...-Peter le interrumpió.
- Michael, no le gusta que le digan Atreyu-Ryan se rio.
- Por eso atreyu es más divertido.-Frank puso los ojos en blanco.
- El caso es que atreyu esta en la cárcel ahora y no puede venir.
- ¿Él no es abogado?-Pregunto Peter nuevamente.
- Es notario público y no, no puede ni quiere sacarse de la cárcel hasta que su jefe lo ascienda, creo que esta de huelga-
- Ahhh
- En fin, tampoco vendrán nuestros hermanos ni primos ni familia porque hay mal tiempo y porque en general nos odian-Sam, Ryan y Peter asintieron

solemnes- Por esto mismo es mi deber como persona ponerme la borrachera del siglo y no dormir hasta que salga el sol y si alguien quiere interrumpirme tendré que dejarle dormir fuera- Peter sintió un escalofrío, probablemente Frank iba a intentar sacarle de la casa.

- ¿Comeremos pavo?-Preguntó Sam.
- Claro, hay en la cocina
- Oh que triste, solo nosotros cuatro en navidad-Dijo Ryan con una sonrisa en el rostro.

Ding Dong.

Y el timbre sonó.

- ¿Qué no dijiste que nadie iba a visitarnos?-Pregunto Peter con una sonrisa, amaba cuando Frank se equivocaba con algo.
- Voy a matar al hijo de puta-Murmuró dirigiéndose a la puerta. Peter, Ryan y Sam solamente escucharon como Frank abria la puerta y luego la cerraba en la cara de quien quiera que fuese.

En la entrada Jessie tenía los nudillos blancos por la fuerza con la que estaba apretando el pomo de la puerta. No quería hacerlo pero abrió enseguida cuando el timbre volvió a sonar esperando no llamar la atención del resto.

- ¿Qué demonios estás haciendo aquí?-Exclamó lo más bajo que pudo. Frente a él se encontraba John, el ex de Peter con una sonrisa idiota en el rostro. Traía puesto un traje que le quedaba a la medida y no parecía demasiado ansioso pero podía notar que intentaba ver dentro de la casa.
- ¿Está Peter aquí? -Preguntó como si nada.
- No, no está-Y como sacado de un cuento de terror Peter se asomó por la puerta con un tazón de papa horneada en las manos.
- Frank, dile a tu novio que deje de...-Frank podía ver en el rostro de Peter que no esperaba encontrarse con John justo en ese momento y también podía saber que la presencia del tipo había movido su mundo.
- Frank, calma a tu novio-Exclamó Ryan saliendo de la cocina detrás de Peter- ¡¡Se está atracando todo el pavo para la cena!!-Frank se rió cuando notó que la expresión de John se transfiguró al mirar a Ryan y este simplemente le miró fijamente con su rostro sonriente de siempre y saludo.
- ¡¡Ey!! Parece que tenemos visitas-Comenzó a decir como tratando de ser amable-Si te hubieras tardado un poco más me hubiera tirado a tu novio-Aseguró riéndose para después entrar en la cocina nuevamente- ¡¡Sam

suelta esa pierna!!- Y Frank pudo escuchar a Sam contestar con un enérgico “¡¡No!!” al otro lado de la pared.

El rostro de John estaba congelado igual que el de Peter. La tensión podía cortarse con un cuchillo y si Frank hubiese podido lo hubiera hecho.

- Así que Ryan está de visita...-escupió como si le hubiesen dado a probar una cucharada de petróleo crudo.
- Pues si-Dijo Frank interrumpiendo el terrible balbuceo en los labios de su hermano- Si quieres una fiesta tienes que invitar a ese tipo... O a su hermano.

Peter se rió ante la ocurrencia de Frank, como si ellos estuvieran para fiestas si lo único que deseaban era matarse entre sí.

- ¿Vienes de visita?-Preguntó ya más relajado. John se encogió de hombros como si nada
- Quería hablar contigo-Frank no se movió de su sitio ni tampoco Peter le pidió que lo hiciese.
- Pues habla, te estoy escuchando-John se quedó en silencio mirando fijamente a Jessie, pero apartó la vista cuando escuchó a Peter resoplar exasperado.
- ¡¡Tenemos visitas!!-Gritó Sam desde la puerta- Las visitas se reciben en la sala-Comentó y sin pedirle permiso a nadie empujó a John desde la puerta hasta la sala donde le sentó y le puso el mando del control en las manos- ¡¡Oye!!-dijo dándose la vuelta cuando estaba a punto de irse –Ese traje es cool-Y desapareció en la cocina.

Ryan, Frank y Peter tenían ganas de matarse pero John estaba muy satisfecho con haber podido cruzar del vestíbulo.

Aquella fue una de las cosas más embarazosas que tuvo que vivir Peter esas navidades, pues Sam parecía empeñado en atender a las “visitas”, Ryan estaba en plan “Mira cómo te bajo a tu novio” y Frank no tenía corazón para decirle a Sam que lo único que quería en ese momento era partírle la cara al hijo de puta de John.

Peter llegó a pensar por un minuto que la cosa no podía ser más incómoda hasta que treinta minutos después de la llegada de John se encontró sentado solo frente a él mientras el resto peleaba sobre algo en la cocina.

- Quiero que vuelvas conmigo-Dijo John como si no fuera la gran cosa. Probablemente para él no era la gran cosa.

- ¿De verdad?-El tono de Peter era molesto pero John nuevamente no pareció captarlo.
- Es en serio, quiero que volvamos, es un error que estemos separados...

En la cocina Ryan, Sam y Jessie se miraban fijamente alrededor de la mesa.

- ¡¡No tenías que invitarlo a pasar!! –Decía Ryan.
- ¿¿Acaso no te mostré su foto el otro día?? ¡¡ese es el ex novio de Peter!!- Continuaba Jessie aunque este parecía más divertido ante la situación que Ryan.
- No me aprendo los rostros de los jugadores débiles-contestó Sam como si no fuera la gran cosa- Además, parecía muy majo-Comentó sonriendo ampliamente.
- John no es majo-Gruñeron Ryan y Jessie al mismo tiempo para después mirarse con cara de espanto.
- Cool, se deben un dulce.
- ¿Cuánto crees que tarde en volver con él?-Pregunto Ryan un poco desanimado.
- Espero que una eternidad y media-contestó Jessie en tono amargo.
- Tengo hambre-Terminó Sam estirando la mano hacia el pavo.

Un ruido que Jessie reconoció como su jarrón vintage de cerezos en flor llamó su atención desde la sala. Ryan se asomó justo para ver a Peter salir hecho una tromba hacia la salida e intento sujetarle para que no se fuera.

- ¡Suéltame!-Gritó empujándole y cerrando la puerta de golpe. Ryan ni se molestó en meditar la situación y le siguió fuera.
- ¡¡Ey!! ¡¡Ey!!-Le llamó hasta que Peter se dignó a mirarle. Afuera no había ni un alma porque hacía un frío terrible pero a Peter eso no pareció importarle- ¿¿Qué te ha dicho ese idiota??-A Peter le pareció graciosa la manera en la que dijo “idiota” como si estuviese a punto de volver y tumbarle los dientes.
- ¿Decirme?-Preguntó con ironía- Pues ha venido a pedirme que vuelva con él... Como si me interesara volver con el cabrón...No, con el hijo de puta ese.-Ryan se quedó quieto, muy quieto, le miró fijamente y no dijo nada- ¿Qué? ¿No tienes un comentario listillo al respecto?-Ryan se encogió de hombros.
- ¿Desde cuándo terminaron ustedes dos? ¿Y porque no lo sabía desde antes?-Peter se soltó a reír.

- Porque ya eras molesto cuando pensabas que tenía novio, no planeaba lidiar contigo sabiendo que estoy soltero-Y luego la risa menguó- Y pues...Terminamos hace un par de meses, fue algo feo y no pretendo volver con él.
- ¿Él terminó contigo o tú con él?-Peter le lanzó una mala mirada y Ryan solamente se encogió de hombros.
- Él me terminó-Dijo firmemente pero después dudo un poco- O sea, yo lo corte, pero él me termino.
- Si, eso esta bien claro
- Es un idiota...-Agregó sin muchas ganas y miró con curiosidad como Ryan buscaba algo en su teléfono.
- Quizás es demasiada especulación de mi parte pero ¿No habrán terminado por esto, cierto?-Peter se quedó boquiabierto cuando Ryan le mostro "La foto prohibida de la familia Miller"! En su teléfono.
- ¿De dónde has sacado eso?-Ryan se encogió de hombros.
- El príncipe del Darks
- Bien, pues que sepas que no fue eso-Dijo enérgicamente y luego su rostro mostro duda- No, o más o menos no fue eso, quiero decir...-y guardó silencio intentando desviar la vista de la palabra "Virgen" escrito en su frente.
- ¿De verdad?-Preguntó Ryan quien no esperaba dar el en blanco- ¿Ha sido eso?
- ¡¡No!!... Bueno, no fue esa la principal razón, nosotros decidimos que era tiempo y todo eso pero terminamos o termine con él por algo que me dijo- Ryan levantó una ceja
- ¿Algo como qué?
- Algo horrible-El rostro de Peter pareció revivir una pesadilla.
- ¿Cómo que tan horrible?
- Algo más horrible que la vez que me dijo que besaba terrible o la vez que me dijo que no sabía porque salía conmigo si no era sexy-Su tono era monótono y Ryan le miro con los ojos muy abiertos- Fue incluso más horrible que la vez que me dijo que le hubiese gustado tener un novio más guapo y también peor que aquella vez que me dejó plantado en nuestro aniversario.
- Hombre ¿Por qué duraron tanto?-Preguntó pero Peter no parecía interesado en hablar.
- Oh dios mío, fue más horrible que cuando llamo a mi escritor favorito "un bodrio" y luego encontré la colección completa de sus libros autografiados escondidos en el closet.

- ¿Qué demonios te hizo?-Preguntó en parte curioso y en parte esperando que dejara de hablar y terminase de tomarle manía al tipo.
- Mientras nos besábamos me llamó Frank- Por tercera o cuarta vez en el día Ryan no supo que decir. Peter parecía molesto, pero no dolido, lo cual le decía que ya había superado aquello pero también puede que fuese una especie de olla de presión a punto de explotar.

No había palabras adecuadas para aquella situación y en su lugar Sam decidió sacarle del apuro armando tremendo escándalo que casi le saca el corazón del cuerpo.

Peter y Ryan vieron con sorpresa como el amable y hospitalario Samuel golpeaba a John fuera de la casa con una fuerza que le estampó de lleno en la acera. Peter ahogó un grito cuando Sam saltó sobre el caído y siguió golpeándole en el suelo. Ryan abrió la boca y dejó escapar una carcajada mientras Frank se asomaba por la puerta haciendo esfuerzos casi nulos para separarles.

- Eso y más te mereces, hijo de puta-Exclamó el muchacho echándose el pelo hacia atrás mientras respiraba agitadamente.
- ¿No es guapo cuando se enoja?-Dijo Jessie.
- ¿¿Qué carajos pasa aquí??-gritó Peter horrorizado y John se giró hacia el con aire de desesperación.
- ¡¡Por favor, vuelve conmigo!!-Exclamó intentando parecer suplicante. Ryan puso los ojos en blanco haciéndole señas a los taxis que pasaban por ahí y poniéndose a hablar con el primero que se detuvo. Peter, por su parte no podía creer lo cínico que podía ser aquel tipo.
- ¿¿Para que puedas tener pase libre a la casa de Frank??-John se encogió de hombros.
- Esperaba poder acostarme contigo-dijo como si nada. A Peter le hubiese causado gracia hace cuatro años, cuando aún eran mejores amigos y su descaró le había atraído como una mosca a la miel.
- Voy a matarte-Dijo lanzándose sobre él y siendo interceptado por Ryan.
- Eeeey, mi amor, quieto ahí- Exclamó con voz cantarina.
- Amor tu...-Y apretó los labios para no soltar la sarta de palabrotas que tenía en mente.
- Tú-Dijo soltando a Peter y girándose inmediatamente hacia John- Tuve suficiente de ti en los últimos tres años-Explicó levantándole por el cuello y empujándole dentro del taxi.- Es hora de que te largues-Y sin que John supiera que hacer Ryan le cerró la puerta en las narices (Casi arrancándole

las piernas) y el conductor arrancó inmediatamente. Ryan le vio alejarse con una sonrisa satisfecha en los labios mientras se despedía con las manos. No conocía personalmente al tipo pero personalmente lo odiaba.

Peter se le quedo mirando totalmente desconcertado y Jessie tomó la mano de Sam guiándole hacia adentro.

- Vamos a ponerte hielo en tu manitas- Dijo bastante satisfecho
- ¡¡Frank!!-Llamó Peter antes de que este entrase a la casa.
- ¿Qué?-Preguntó con su típico tono hosco.
- ¿Qué le ha hecho a Sam para que le partiera la cara de ese modo?-Jessie se encogió de hombros.
- ¿Amenazó su territorio?-dijo simplemente.
- Soy el jefe, Jim-Aclaró Sam siguiendo a Jessie dentro de la casa. Frank no se iba a molestar en explicarle que después de quedarse solo con Frank, John había comenzado a coquetearle descaradamente y Samuel los había visto. Jessie recordaba un par de historias de instituto en las que Sam acababa liándose a golpes con alguien pero no esperaba verlo de primera mano ese día. Una pequeña sonrisa apareció en sus labios, como odiaba a ese hijo de puta de John.
- Oye-Dijo Jessie cuando ya estuvieron adentro- ¿Y cómo se te ha ocurrido eso de decirle Jim?- Sam se encogió de hombros.
- Es como la película del Grinch al que no le gustan las fiestas-Jessie le dedicó una media sonrisa.
- ¿Sabes que Jim es el nombre del actor?
- ¿En serio?
- Si, Jim Carrey
- Ahhh
- Oye
- ¿Si?
- ¿Hay alguna razón especial por la que me llames a mi Jessie?
- Pues...Porque tienes cara de Jessie-Y Frank se rió.

Afuera de la casa Peter se sentó en la banqueta, al parecer aun deseoso de aire fresco.

- No fue tu culpa-Comenzó a decir Ryan- el tipo es un imbécil...-Él iba a seguir hablando pero Peter le interrumpió.
- Lo sé
- Y no te merece-Peter asintió.
- También lo sé

- Y yo estoy más bueno que el-Peter se rió.
- Lo sé
- También tengo más dinero que el-Peter puso los ojos en blanco, pero rió más ampliamente.
- También lo se
- Y quizás debería dejar de hablar ahora ¿No?-Peter asintió.
- Tienes razón.

En el segundo piso, justo sobre sus cabezas Frank les miraba con curiosidad. No podía creer que su plan de emparejamiento hubiese fallado a pesar de que aquellos dos tenían tan buena vibra. Suspiró. Tampoco es que le hubiese puesto tanto esfuerzo a su gran plan y las botellas de licor se habían quedado intactas porque Peter las había escondido antes de que el pudiese notarlas.

Abajo los chicos estaban en silencio y por ello pudo notar fácilmente cuando Sam entró a la habitación con su buen humor de siempre aunque con vendas en las manos pues sus nudillos habían quedado destrozados. Él quería ver el rostro de John a la mañana siguiente.

De todas maneras lo que había llamado su atención no eran las vendas en sus manos, sino la corona de muérdago y la caña de pescar. Frank se rió ante la ocurrencia de Sam pero no podía decir que no fuese a intentarlo, de modo que atoró la corona en la caña y la hizo bajar hasta que estuvo lo suficientemente cerca de los chicos como para que lo notaran.

El primero en levantar la vista fue Ryan, quien le señaló a Peter la corona sobre sus cabezas. Los dos se quedaron en silencio durante un momento, luego Peter se rió.

- Y si... ¿Nos besamos?-Ryan levantó una ceja.
- ¿Cómo?-Preguntó. Él hubiese dicho algo más, pero los labios de Peter ya estaban sobre los suyos.



Una Navidad

Agridulce



Kougami Haruka



Una Navidad Agridulce

¡Estoy súper feliz! Estoy que no quepo en mi mismo ¿Se preguntarán por qué? Bueno...Digamos que en mi vida se esta dando un evento maravilloso e increíble aun para mi mismo ¡Esta es mi primera navidad con novio! ¡Si! Felicítenme. Después de años de incertidumbre, de relaciones amargas, por fin pasaré las fiestas navideñas con un novio. Será la navidad perfecta, llena de romance, mimos, y promesas de amor.

Si, ya se lo que están pensando, que exagero ¿cierto? No es así, se equivocan... Aunque pensándolo mejor... si mi novio no fuera un hombre egoísta, mandón, altanero y creído, y no creyera tenerme atado a su dedo meñique, podría ser mucho mejor. Pero no se puede tener todo en la vida ¿Verdad? Y no es por defenderlo ni nada, pero debo decir que este patán puede ser increíblemente lindo. Pero para el carro ahí ¡Eh! Solo algunas veces, al-gu-nas.

Esta noche me puse el traje de color rojo que conseguí en la internet hace unos días. Es una especie de cosplay de Santa Claus pero en un estilo cool, juvenil, y todo esponjoso por el algodón blanco que bordea la capucha, los pompones que cuelgan del cuello, y los puños de las mangas. Además lave mi cabello rubio con el champoo que le gusta, el de almendras. Tengo planeado hacerlo babear con las sonrisas que estuve practicando a cada momento frente al espejo. No es por alardear pero sonrió maravillosamente, es una de las razones por las cuales tengo muchos admiradores en el hotel donde trabajo como camarero.

Aunque he estado colocando y recolocando los palillos sin parar, ya estoy terminando de arreglar la mesa. Es increíble ¿Cómo algo tan fácil como poner la mesa se vuelve tan complicado de la noche a la mañana? Que los platos, copas y cubiertos delante de las sillas que están una frente a la otra queden perfectos, se me esta tornando todo un desafío, aun siendo yo un experto en la materia ¿Serán los nervios? Como dije al principio, es mi primera vez. Lo anhele y a la vez me preocupa.

El pavo al horno me quedó delicioso, al igual que la ensalada, pastel de frutas, y bocadillos, no dudo de ello. Pero preparé un poco de arroz y sopa de miso por si al

“Gran hombre de negocios” se le ocurre que no tiene ánimos de cooperar aun con la cena navideña. Las frutas y los dulces están estéticamente ordenadas en la cesta. Para hoy elegí un excelente vino tinto, estoy seguro de que le encantará.

Tuve que luchar mucho para lograr que tuviéramos una cena íntima para esta navidad. Aunque todavía no tenemos un año saliendo, siempre soñé con este momento. Ver a mis amigos cercanos acaramelados con sus respectivas parejas mientras tenía que conformarme con un polvo navideño no era motivador. Y ahora que tenía pareja deseaba compensar el tiempo perdido.

Hiro encontró la idea cursi, trató de sonsacarme con ofertas extravagantes como ir de viaje a algún país donde no celebraran la navidad. Al parecer no le gusta la festividad, pero eso no me detuvo. Me puse terco y prácticamente lo amenacé con dejarlo sin sexo durante el resto del año, aunque en ese momento sentí que yo también estaba perdiendo, no lo demostré. El bufó, frunció el ceño y se palmeó el rostro como si no supiera que hacer conmigo.

Desde aquella vez en que nos conocimos, Hiro sabe que soy capaz de hacer cualquier cosa. El no quiere pasar nuevamente por las lecciones que le di, y no le culpo, cuando me siento traicionado puedo llegar a ser muy.... Como explicarlo ¿Intenso? ¿Minucioso? Desde que comenzamos a salir hicimos reajustes en nuestras vidas para compaginar. El ya no se da tantas pompas como antes. Los cigarrillos que fumaba a diario son cosa del pasado. A cambio yo trato de controlar mi carácter y ser mas como la cosita linda que el quiere que sea.

Cuando me dio las llaves de su apartamento para que lo esperara con todo listo, supe que tenía mucho por hacer. El apartamento de Hiro es grande y lujoso. Decorado tan estrictamente que pareciera que al mover cualquier cosa de lugar podrías causar un caos total. Me tomó días decorar el árbol de manera que a él no le molestara. No le gustan los adornos de navidad, ni los villancicos. En pocas palabras parece que la navidad no es para él. Pero cambiaré eso esta noche, quiero que aprecie la belleza de la festividad tanto como lo hago.

Será nuestra noche, nadie podrá evitarlo.

Comencé a mover los utensilios con la esperanza de hacerlos ver más perfectos. Entonces escuché el sonido de la puerta “Debe ser él, después de todo me dejó su llave” Le había puesto seguro a la puerta para que no me encontraría desprevenido. Me vi una vez más al espejo del baño y pasé mis manos por el

traje, luego me puse la capucha afelpada sobre la cabeza para tener el aspecto de un sexi y servicial Santa Claus japonés aunque mis rasgos extranjeros no ayudaran mucho con lo de japonés. Por ultimo alisé los mechones rubios de mi flequillo y practiqué una brillante sonrisa delante de mi reflejo. Quería deslumbrarlo a la primera.

Corrí a toda prisa pasando por el lado del árbol navideño que me esmeré en decorar. El clásico árbol verde pestañeaba con luces rojas y blancas brillantes como golosinas. No eran muchas pero si suficientes, al igual que las bolas navideñas, y los ocasionales listones rojos con franjas verdes. Aun me maravillaba con el resultado, era el ejemplar perfecto de un árbol navideño.

Abrí la puerta de golpe y salté de emoción. – ¡Feliz navidad! –sentí mis mejillas quemar de la vergüenza ¿Le gustaría mi ropa o la encontraría ridícula? Mis ojos se ensancharon y mi labio inferior cayó cuando confites de colores me arrojaron desde la cabeza a los pies. Frente a mí estaba un chico de sonrisa radiante y mirada coqueta. –¡Feliz Navidad!? – El joven dijo titubeante, con los conos de confite detonados en sus manos. – ¿ah? – Pestañeó sin dejar de sonreír.

El sonido de villancicos provenientes del exterior se filtró en mis oídos mientras trataba de identificar la figura de la persona frente a mí. Era un chico rubio con los ojos tan azules como los míos, y el cabello un tono más claro de rubio que el de mi pelo. Mierda, podríamos pasar por mellizos en cualquier competición de mellizos, gemelos o lo que sea de seres iguales.

El se empinó sobre sus pies queriendo ver atreves de la brecha de la puerta detrás de mi. - ¿Dónde esta Hiro? – Preguntó como si la persona que lo citó no hubiese llegado todavía.

-Hiro no está ¿Quiere dejarle algún mensaje? Con gusto se lo pasaré. – Sonreí. Presioné las yemas de mis dedos contra la puerta. Sonreír me estaba costando mucho, el aura de ese tipo no me gustaba para nada. ¿Quién era él? ¿Una especie de promotor de productos farmacéuticos extraños? Aunque tomando en cuenta que sabía el nombre de mi hombre, supuse que era algún cliente. Opté por justificar la situación con las razones mas inocentes, pero obviamente este tipo tenía algo que me hacia querer salirme de mi piel sumisa.

En ese momento vi a Hiro llegar desde el ascensor con las manos dentro de los bolsillos de su gabán. Tenía la vista pegada al suelo. Cuando levantó el rostro alcanzó a verme y me mostró una de sus manos haciéndome una sonrisa de Casanova. Cuando vio al chico a mi lado paró, sus ojos quedaron inmóviles sobre él y su expresión se volvió seria y precavida. - ¿Sakiya? – El nombre salió lentamente de sus labios.

-¡Hiro ! – Sakiya corrió hacia Hiro. Le dio un abrazo sorprendente considerando su pequeño cuerpo en comparación al de Hiro. – ¡Es un gusto verte! – gritó. - Cuando vi a ese chico aquí pensé que te habías mudado. Que susto el que me llevé. – Gimoteó.

Hiro empezó a quitárselo de encima. -Sakiya ¿Qué haces aquí? Pensé que estabas en Europa. Le guiñó un ojo haciendo que mi estomago se revoliera de disgusto. -Volví para verte. Me sentí nostálgico con respecto a aquellos días. – Miraba a Hiro como lo haría un adolescente al mirar a su idol favorito de frente. Arquee una ceja y apreté los dientes ¿Qué mierda era esto? Me sentía como el mal tercio. – Hiro. La cena se enfría ¿Podrías darte prisa? – Dije entre dientes. Tomé el pomo de la puerta como si fuera a cerrarla en cualquier momento, esperando a que Hiro entendiera la indirecta.

– Puedes ir preparando lo que sea que tengas para hoy, en un momento estoy contigo. – Dejó de mirarme haciendo un gesto de que me apartara con su mano. - Eso provocó un tip nervioso en el ojo debajo del cual tenía el lunar. -¿Qué quieres decir Hiro-san? Tengo hoooras allá adentro haciendo de todo para recibirte. No me iré adentro sin ti.

Hundió sus dedos dentro del cabello negro peinado estéticamente hacia tras. - Eres un terco. – Los dos nos fulminamos con la mirada. En ese momento Sakiya tomó el brazo de Hiro con sus manos y lo dirigió dentro. Le hubiera agradecido pero tuve dos grandes razones para no hacerlo. Primero ¿Por qué está tomando a Hiro de manera tan íntima? Segundo ¿Por qué esta entrando también a la casa? Insisto ¿Por qué entra? Quise gruñir pero me aguanté.

Glamor Yuu, glamor...

El rubio miró el árbol como si fuese grandioso. -¡Qué lindo! Hiro-san. Esta muy lindo este árbol. – Corrió hacia la esquina del árbol y se agachó delante del

colorido adorno. Su cuerpo fue cubierto por el destello de las luces mientras toqueteaba los adornos haciéndolos tintinear. – No me digas que lo decoraste tú. Siempre fuiste ajeno a estas fechas.

-No lo hizo él, lo hice yo. Su novio. – Dije cruzándome de brazos. Tamborileando en el suelo con mi bota.

El rubio me miró desde su hombro, su sonrisa desvanecida mientras sus ojos empezaban a medirme. Volvió a sonreír esta vez hacia Hiro. – Veo que te siguen gustando los rubios, Hiro. Los chicos pequeños como yo siempre han sido de tu gusto. Me sorprendí un poco cuando lo vi ¿Te acordabas de mi cuando lo veías? –

La forma en que habló no fue agradable. Sentí los vellos de mi cuerpo elevarse tanto como mi rabia. -No me parezco a usted. – Entrecerré los ojos. – Solo tenemos pocos rasgos similares. –

Hiro se desplazó detrás de mí y empezó a susurrar en mi oído. -Yuu...Cálmate. – Me abrazó desde la espalda hacia adelante, envolviendo su brazo sobre mi vientre, y besó mi cabeza sobre la capucha. El cuerpo de Hiro era cálido, dulce y atractivo. Tuve la ligera necesidad de dejarme caer sobre él, pero con la molestia que tenía frente a nosotros presenciándolo todo, era mejor no hacerlo.

– Es un tonto que no sabe medir su boca, no te dejes provocar por una sencillez. – Miró al chico que se levantaba del árbol. – discúlpate con Yuu. – Hiro ordenó autoritario. Eso me hizo sentir extremadamente complacido.

Sakiya bajó los ojos al suelo. -Lo siento... - Su disculpa fue tan falsa como un kimono de tres mangas. - Hiro ¿No vas a presentarnos? – pestañó en expectativa. Se reclinó sobre uno de los muebles negros de piel, y puso sus manos sobre las rodillas. La sonrisa en su rostro era más seductora que amigable. No me agradaba, y menos cuando veía a Hiro como una especie de obento para llevar.

Hiro me soltó, fue hacia la esquina de la puerta. Peinó su cabello sin ganas, como si estuviera tan fastidiado como yo. Suspiró. Se quitó el gabán, y lo colgó sobre un perchero al lado de la puerta. Debajo traía puesta una camisa arena que jugaba con el tono dorado de su piel. Cuando volvió a mirarlo pensé que

finalmente echaría al intruso, pero se limitó a hacer las presentaciones. – Yuu el es Sakiya Kou. Sakiya, el es Kinoshita Yuu, mi novio. – Dijo seriamente. La expresión dura en su rostro aseguraba que Hiro verdaderamente quería dejar todo claro entre ellos.

El chico se puso de pie y camino hacia mí con una frescura exagerada. - Encantando de conocerte, yuu-kun. – Hizo una reverencia. – Como el ex novio de Hiro, me encanta saber que mi remplazo es muy lindo. – Sus ojos azules me atravesaron como dagas.

¿Ex novio?

Su mirada burlona insinuaba que se alegraba de que nos pareciéramos, como si esa fuera razón suficiente para restarle valor a mi existencia. Algo así como “Oye, eres solo mi sustituto” Mi corazón casi pierde la noción de lo que estuvo haciendo hasta ahora. Ya sospechaba algo así, pero que me lo dijera tan frescamente me conmocionó. A pesar de que estaba confundido y cabreado, mantuve la diplomacia. No dejé que viera lo mucho que me había afectado. - Sakiya-san. No es necesario que uses el kun. Debemos ser de la misma edad ¿no? – Dejé salir una amistosa mirada.

- ¿oh? Pero Yuu-kun... - Me examinó de pies a cabeza. El era pocos centímetros más alto que yo. - No pareces de más de 18.

- Tengo más de 18.

Hizo una mueca de incredulidad. -¿En serio? ¿Y como es que tienes la piel tan suave? Parece la de un bebé. – Se abalanzó sobre mí y empezó a palmear mis mejillas. – ¡Rayos! Casi culpé a Hiro de pederasta. Qué alivio. – Suspiró llevando una de sus manos a su pecho.

-Deja de molestarlo. – Hiro tomó la muñeca de la mano que aun me molestaba y lo apartó de mí. Cuando miré hacia arriba para verlo, el rostro de Hiro se veía furioso. Sus ojos negros casi eran una amenaza, como los de un gran felino a punto de sacar las garras.

Sakiya hizo un rápido mohín y se alejó. -Si si. – dijo monótonamente. – ¿y que hay para cenar? – Sakiya, sin previo aviso, se adentró por el pasillo hacia el comedor. – unh... Huele delicioso ¿Es pavo? Tengo siglos sin comerlo. – dijo desapareciendo de nuestra vista.

Me tensé y apreté los puños ¿Qué de mi noche especial? – Hiro ¿Qué significa esto? ¿Qué hace tu ex aquí? ¿Olvidaste que tenias planes conmigo? – Lo acusé. En el interior sabía que Hiro no tenía toda la culpa, pero quería desahogarme de alguna manera ¿Por qué ese tal Sakiya seguía hurgando en casa de Hiro? sabiendo que el hombre estaba comprometido con alguien más, y que ese alguien

esta justo frente a sus narices. – Es el tipo que mencionaste, al que dijiste que me parezco ¿Cierto? –

Hiro pellizcó el puente de su nariz. - Cálmate. – Sus manos jugaron con mis dedos tratando de relajarlos. - Sakiya es un idiota. En cuanto se percate de que no me interesa más, se cansará y se irá.

-No contestas mi pregunta. Hiro-san.

-No comiences Yuu.

-¿Hiro-san?

Cerró los ojos por un momento como si no le gustara el rumbo de la conversación.- Tienes razón, pero te juro que eso ya pasó. Sakiya no significa nada para mí. Es un idiota con el cual me obsesioné en el pasado. – Hiro me tomó tiernamente de las mejillas y besó mis labios lentamente. Su suave pero envolvente perfume combinado con la suavidad de sus experimentados labios provocó que mariposas revolotearan en mi vientre – Sabes que eres el único al que amo. – Así de fácil me engatusó.

La preocupación tiñó mi rostro. -¿En verdad? – pregunté en voz baja.

Asintió. Hiro me deslumbró con su madura sonrisa. Sus largas patillas lo hacían ver taaan sexi. – Te ves precioso esta noche. Solo deja de quejarte, compórtate como el dulce que eres, y en breve se cansará y desaparecerá de nuestra vista.

Resoplé sobre mi flequillo haciéndolo ondear. – Eso espero. - Mi cabello estaba en hebras largas pero no llegaban más allá de mi nuca. Antes, cuando conocí a Hiro, era más largo. Pero normalmente me gusta llevarlo corto para verme mas masculino. – te advierto, no aguantaré majaderías de ese ex tuyo. Estoy seguro de que se trae algo entre manos.

- Te prometo que si hace algo estúpido seré yo quien lo saque a patadas. – Hiro sonrió examinando mi flequillo con sus dedos. Me dio un suave beso en la frente, y me envolvió con unos de sus fuertes brazos para que entráramos juntos a encarar al tipo.

Llagamos al comedor acariciándonos mutuamente. Mi boca cayó en asombro cuando vi a Sakiya en la mesa, el tipo devoraba uno de los muslos de mi pavo “¿Existe un limite para la desvergüenza de este tipo? ¡En verdad me cabrea! – ¿Sakiya-san? – Ladee la cabeza mientras mi voz salía inconfundiblemente molesta. Hiro tembló a mi lado como conteniendo una carcajada. Entrecerré los ojos hacia él. En este momento necesitaba ayuda, no a alguien riéndose de esta estúpida situación.

“Deberían coronarme por soportar toda esta mierda.”

Él dio una gran mordida a la jugosa carne, y me miró inocentemente..- ¿shi? – Dijo él con la boca llena. Estaba asombrado de que no luciera como un cerdo, por alguna extraña razón su rostro estaba impecable aunque comía como uno.

-¿Se estas burlando de mi?

El negó. – Es que se veía tan bueno shuu-kun. – Frunció el ceño. – Pero le hace falta un poco de sal. – Su comentario me hizo mirar hacia Hiro. Mi novio, mi caballero de brillante armadura, sacudió las manos como si no tuviera nada que ver con lo que pasaba, pero algo de la actitud de Sakiya me hizo recordar las majaderías pasadas de Hiro.

-Recuérdame una vez mas ¿por que no debo sacarlo a patadas? – Pregunté al hombre detrás de mí, en voz baja.

-Bueno...También es hijo de uno de mis socios.

-Hiro. – Lo fulminé con mis ojos azules y junté mis cejas en señal de advertencia. . – Iré a tomar agua. Cuando vuelva quiero que ese tipo se haya marchado. – No tenía sed, pero si seguía allí, seguramente terminaría golpeando al ex de Hiro.

Hiro acarició mi nuca dentro de la ropa. -OK. Dulzura, le diré que se marche antes de que termines mordiéndonos ambos. – Me guiñó un ojo. No le respondí, me retiré del comedor a la cocina como un rayo.

Lo primero que hice fue golpear mi cabeza contra la nevera de puertas dobles y luego quejarme acariciando mi frente dolorida. Era frustrante. Mi noche perfecta yéndose por la cañería. – Eso te pasa por elegir al chico caliente Yuu. Ahora aguanta. Tomé uno de los vasos de cristal y me serví un vaso de agua helada para empujar el nudo en mi garganta. Era terrible y frustrante. – Ese idiota de Sakiya ¿Qué se cree? – Hablaba para mi mismo cuando escuché una estrepitosa caída. - ¿Ahora que? – Rodé los ojos poniendo el vaso en la encimera de la cocina. Corrí de vuelta a la sala.

La respiración se cortó de mis pulmones cuando vi a Sakiya sentado sobre la mesa, había tirado todos los utensilios al suelo, incluyendo la comida. El sin vergüenza tenía a Hiro de la corbata atrayéndolo para un beso. El hombre más fuerte se deshizo de él fácilmente y retrocedió.

Cuando el rubio de farmacia se percató de mi presencia, en lugar de sentirse apenado, me ofreció una divertida sonrisa.

Fui corriendo a la habitación de Hiro. Tomé unas tijeras de encima de la cómoda que estaba delante de la gran cama vestida de leopardo, y volví con ellas detrás de la espalda. Sakiya todavía reía. -Lo siento Yuu-kun – Dijo desde la mesa. – Pero vine a recuperarlo. Es obvio que no ha podido olvidarme, solo mírate, eres mi copia. jajaja

¿Qué dijiste? – Me acerqué maliciosamente, con la tijera bien empuñada en mi mano.

- ¡Por favor! Yuu-kun. Ambos sabemos que Hiro solo esta disimulando. - Cuando escuché a Sakiya hablar como el príncipe de gales me enfurecí aun más ¿Por qué insistía en sacarme de mis cabales? – Me abalancé sobre Sakiya alzando las tijeras en el aire y las clave en la mesa, justo entre sus dedos. El objeto de metal casi se hundió por completo en la madera, peligrosamente cerca de la piel blanca y vulnerable.

-Kyaaaaaaaa – Sakiya se puso azul. Al parecer nunca imaginó que haría algo como esto. –Es-estaaas loco. – Me miró tan fijamente que se pudo visco.

- Lárguese Sakiya-san. Ya no tengo más hospitalidad aquí para usted. – El chico asintió temblorosamente y salió corriendo. Escuché el sonido de la puerta abrirse y luego cerrarse de golpe, y luego abrirse otra vez. – ¡Hiro! ¡Tu novio está loco! – La voz histérica del chico penetró dentro de la vivienda justo antes de que la puerta se cerrara por segunda vez.

-Es un cobarde idiota de pacotilla. – Dije sacándome la capucha de la cabeza. Vi a Hiro riéndose detrás de mí.

-¿esto te divierte? – Puse las manos sobre mis caderas inclinándome hacia él.

-Lo siento. Es gracioso verte actuar así, pero me alegro de que le hayas enseñado quien manda.

-¿Disculpa? – Arquee una de mis cejas rubias.

Se encogió de hombros. - Meterme con el hijo de uno de nuestros socios podía traer malestar a la asociación. Por eso lo dejé ser hasta que encontrara el momento indicado, pero te encargaste de él por mí, eso me fascinó.

-Hiroooooooooo ¿Acabas de usarme? – Apuñalee su pecho con mi dedo índice.

Tomó mi mano con las suyas. -Considéralo como un gran favor que debo pagarte.

–

-¿Y si lo hubiera herido? ¿Qué habrías hecho? – Murmuré de mala gana.

-Hubiera sido la excusa perfecta para sobreprotegerte.

- ¿Estas consciente de que acabas de arruinar nuestra velada romántica?

-¿A que te refieres? –

-No seas idiota. Me pase días preparando el ambiente, y semanas planeando esta noche.

-¿Quién dijo que no se puede arreglar? El platillo especial aun sigue intacto. - Hiro me miró como a un fantástico regalo y tiró del guante del disfraz hacia afuera con sus dientes. Me pareció increíblemente sexi pero no le di el lujo de saber lo que pensaba.- ¿De que rayos hablas? Todo esta hecho un desastre. Tu amiguito se encargó de fastidiar todo. – Me forcé a explicar objetivamente.

Hiro me empujó contra la mesa, arrancó las tijeras de ella y las lanzó al suelo justo antes de sentarme sobre la superficie plana. – Tú eres el plato fuerte, mi postre y el mejor vino que puedo imaginar. – Estaba a punto de quejarme, pero el hombre de ojos negros y posesivos me miró tan seductoramente que me inmovilizó en mi lugar. Hiro era atractivo. Su expresión antes de besarme siempre era irresistible para mí.

Su lengua atravesó mis labios y trazó mis dientes haciéndome temblar. Los cosquilleos en todo mi cuerpo fueron bajando hacia mi espina cuando entró mas profundo en mi boca. – Ahm... - Gemí indefenso.

- Eres tan malditamente lindo, solo verte me deja terriblemente hambriento. Sakiya nunca provocó nada como esto en mí. Yuu...Mi dulce Yuu.

- Hiro deja de.... Ahh um. – Hiro metió algo en mi boca. Deslizó su dedo fuera de mis labios, a la vez que se acercaba para besarme nuevamente. Cuando nuestras bocas se juntaron mis dientes presionaron la suave piel de la fruta que él había metido. El dulce néctar líquido de la uva conjuntamente con el deslizamiento de la lengua caliente de Hiro devorándome, probándome y retándome a objetar, me hizo arquear los dedos de los pies dentro de las botas. Sentía mi parte baja ardiendo por recibir la misma atención.

-Hiro...Yo quiero, tócame abajo también. – Rogué separando nuestros labios, sintiendo su respiración acelerada en mi rostro.

-¿Pero que dices? Tenemos que cenar ¿No querías una romántica cena navideña? Yuu-kun. – Los labios susurrantes se cerraron alrededor del lóbulo de mi oreja y mordieron dulcemente. Hiro bajó la cremallera de mi traje navideño, y metió sus manos frías dentro haciéndome tensar.

- Por favor... - Insistí.

Me ofreció una orgullosa sonrisa. Sus segundas intenciones oscurecían sus ojos salvajes. Me tendió con cuidado sobre la mesa. Hice una mueca de disgusto al percatarme del desastre que quedaba de lo que trabajé mucho en perfeccionar. Estaba a punto de llorar debido a la pérdida de lo que soñé pero el hombre más alto que yo acunó mi mejilla para que lo mirara de frente. – Mírame a mí. Sólo a mí. – Volvió a besarme. Hiro trazó mi pecho desnudo, y pellizcó mis sensibles pezones con sus dedos. – ahmg...Hiro... - Dije con mis labios en sus labios.

Empezó a quitarse la camisa. Mi mirada hambrienta y deseosa lo llamaba. Aunque no era exactamente lo que deseaba, estábamos juntos en navidad, eso era lo más valioso para mí. Cuando terminó de sacarse la camisa, y se agachó sobre mí nuevamente, acaricié su duro pecho delineando sus firmes músculos, sintiendo la calidez de su piel. Todo el cuerpo de Hiro era ahora caliente y confortable, un oasis de pasión.

Los labios sexis de Hiro empezaron a descender por mi necesitado cuerpo, sus besos cálidos y húmedos empezaron a descender desde mi cuello. Uno de mis pezones fue atrapado por ellos. Mis manos temblorosas se envolvieron alrededor de la cabeza de Hiro, mis dedos perdiéndose en el nacimiento de su sedosa cabellera negra mientras me arqueaba y gemía sintiendo el pre semen fluir hacia afuera desde la punta de mi polla erecta, y temblorosa.

-ahhh am ahhh Hi-Hiro! – Me arqueé sobre la mesa. Hiro dejó escapar una leve carcajada. Me veía hacia arriba con mi tetilla todavía en su boca. Una de sus grandes manos abría mis pantalones.

Sentí el aire frío pasearse por encima de mi pezón erecto. – Tus tetillas son muy suaves, son como cerezas, me provocan morderlas. – Susurró a mi oído. Los pantalones y botas se deslizaron fuera de mis piernas mientras veía con anhelo al cuerpo de mi amante. Mi dolorida polla rebotó fuera de mi ropa interior. - No lo hagas. Sabes que duele. – Gemí. No quería que lo hiciera, pero a la vez deseaba que el me desbordara con el placer que sabia podía darme si lo hacia.

-Eres un niño malo Yuu. -

Hiro dejó de verme, sus ojos se posaron sobre algo en la mesa y se extendió a alcanzarlo. – Te daré justo lo que quieres. – Susurró con su profunda voz. Su simple sonido viajaba justo hasta mi goteante pene. - ¿Qué rayos? Hyaaaaa! – Grité sintiendo el frío del líquido carmesí derramándose sobre mi cuerpo. El frío me hizo querer hacerme una bolita, estaba caliente por Hiro y eso me hacia sentir el cambio de temperatura mas hiriente. Hiro volvió a poner el vino sobre la mesa y sujetó mis muñecas para que no pudiera moverme. – Maravilloso. – Me devoraba con la mirada de arriba a bajo.

Miré mi cuerpo entintado del líquido, que se acumulaba en mi ombligo como un minúsculo estanque. - ¿Qué estas haciendo Hiro? – Pestañeeé hacia los ojos que me miraban pasionalmente. Me mordí el labio inferior sintiendo el alcohol comenzar a quemar sobre mi piel. – Ahm – gemí. Estar debajo de Hiro de esta forma tan comprometedora me excitaba.

-¿No te lo dije ya?- Su boca chupó mi tetilla dentro, ya no había fricción en los movimientos de Hiro. Su lengua caliente se deslizaba sobre mi botón frágil suavemente, por la lubricación del vino.

-ahm! – Las manos de Hiro soltaron mis muñecas y se entrelazaron con mis dedos. Él bajó mis manos hacia mis caderas para que el contacto no se cortara. Auch! ¡Hi... - Hiro me mordió. Mi tetilla latió en su boca. Mi interior se contrajo debido a la onda de placer que siguió a la caricia de sus dientes y lengua alrededor de mi botón rosa. – ¡ahm! – Sentí el líquido de mi esperma deslizarse por mi longitud. – Hiro, Tómame. Por favor. – Rogué queriendo más de él. Necesitaba que se metiera en lo más profundo de mí. Moría por ello.

- Por eso digo que eres un niño malo. – Lamió mi pezón y se trasladó mas abajo. Soltó una de mis manos, la que todavía estaba enguantada, y tomó mi necesitada polla envolviéndola en su mano. –Si por favor. – Asentí. Las lágrimas de placer se escurrían por las esquinas de mis ojos.

Su rostro cayó sobre vientre y succionó el licor estancado en mi ombligo provocando que me contrajera nuevamente. Mi polla se estremeció mientras las corrientes de placer me llevaban al límite. – Detente Hiro, no quiero correrme. Quiero venirme contigo. – Apreté sus dedos con fuerza rogando porque me escuchara. Deseaba que nos corriéramos juntos, quería hacerlo sintiendo sus potentes investidas en mi interior.

- ¿Seguro? Puedo durar toda la noche solo viendo tus sexis expresiones. – Su sonrisa autosuficiente me hizo enojar. Era increíble lo molesto que podía llegar a ser. - ¡Solo cógeme maldición! – Grité desesperado.

-Como digas Yuu. – frotó mi miembro de abajo hacia arriba esparciendo el resbaladizo esperma alrededor de mi polla. El calor incipiente de los roces me hacia boquear y gemir al dulce placer que me provocaba. Hiro dejó mi pene libre. Casi me quejo, pero en ese momento sus dedos mojados de mi esperma resbalaron hacia adentro de mi entrada y atravesaron el anillo apretado de músculos - ahhhh! – Empecé a mover mis caderas inconscientemente. Lo deseaba.

Mucho.

Hiro arqueó una ceja hacia mí. - ¿Solo por mis dedos estas así? – se burló. – Eres demasiado fácil de complacer.

Me sonrojé de la vergüenza. Hice un puchero. -Idiota. Cállate y termina rápido antes de que tenga que resolver esto yo mismo.

Resopló burlonamente, arqueando ambas cejas hacia mí. -¿Ah sí? Y ¿Cómo lo harás? La única vez que te vi tocándote aquí abajo... - Introdujo un tercer dedo dentro.

-¡ahm! – Un grito agudo y tembloroso escapó de mi boca..

-...Parecías un completo novato. – Se lamió los labios. – Fue encantador pero lamentable.

- ¡unmh! Eso pasó porque me mirabas extraño. – Me quejé. Cubrí mi boca con mi mano libre y mordí uno de mis dedos para quitar el guante que me faltaba y tirarlo lejos. Necesitaba sentir a Hiro con todo lo que tenía.

Hiro sacó los dedos de mi entrada temblorosa y necesitada. El vacío me hizo lloriquear la ausencia de sus dedos. De repente fui levantado. Hiro me tomó en sus brazos. Mi cabeza se apoyó en su musculoso hombro. – Por fin empiezas a razonar. – Me las arreglé para rodar los ojos aunque estaba aun mareado, enrojecido de placer, y ansioso por la continuación. Estaba seguro de que Hiro me llevaría a la habitación, por eso ensanché los ojos cuando en lugar de ello me llevó a la sala, y me recostó sobre el mueble de piel. Más allá del cuerpo de Hiro, las luces del árbol se veían preciosas. - ¿Por qué aquí? – Dije mientras él extendía mis piernas para colocarse entre ellas. Puso sus manos a ambos lados de mi cara. -Pensé que te gustaría, ya sabes, hacer el amor viendo tu precioso árbol navideño.

Dejé de respirar viendo a Hiro bajar la bragueta de sus pantalones. Su enorme polla salto a la vista tan gruesa y brillante que desee tenerla en mi boca. Empuñé mis manos por sobre mi cabeza sintiendo el agradable y dulce dolor de la entrada de Hiro en mi interior. – ahhh Hiro! Ahhh! – cerré los ojos con fuerza. Lagrimas frescas de pasión salieron de ellos.

-Feliz Navidad Yuu. – Hiro habló forzando sus palabras. Su cabeza cayó en la curva de mi cuello mientras seguía su recorrido hasta el fondo, sus bolas tocaron mi culo y supe que estaba completamente dentro. Lo abracé en silencio, sintiendo el escozor tomar lugar dentro de mi.

-Feliz navidad Hiro. – Sonreí. Amaba a Hiro, y aunque mi plan de la cena perfecta cayó en picada. Esto era suficiente para hacerme feliz. Tenerlo a mi lado, sentir sus emociones fluir dentro de mi hacían de cualquier día algo especial. Esta era mi preciada navidad con Hiro. – Ahora ¿Podrías moverte? – Susurré en su oído, poniendo todo el deseo de mi cuerpo en mi voz.

Su miembro caliente empezó a retroceder con dificultad enviando punzadas de dulce placer a todo mi cuerpo. – ahh Hiro – halé de su cabello para que me mirara y reclamé sus labios en un profundo beso. Su miembro volvió a dentro con mayor fuerza ensanchando mi interior, haciéndome gemir dentro de sus labios. - ¿Te duele? – Sus ojos maduros y excitados examinaban cada una de mis expresiones como si quisiera detectar alguna incomodidad.

Hiro era grande, su polla superaba a los demás hombres con los que estuve alguna vez, el lo sabía, aunque no lo demostrara claramente me tomaba con cuidado. Siempre era algo incomodo cuando me penetraba, pero el placer que

sentía después compensaba con creces cualquier molestia. –no. – Negué. - Sigue moviéndote Hiro-sama. – Me burlé. Pasé mi lengua por su barbilla y sonreí frotando mi rostro con uno de sus brazos. – Agárrate fuerte niño. – Chasqueó la lengua como si lo hubiera desafiado. Tomó la parte trasera de mis rodillas y volvió a empujarse mas fuerte. Su duro miembro parecía engrosarse cada vez que mi carne se contraía a su alrededor.

Sentía como si empezara a derretirme por dentro. – Hi-Hi...ro – Clavé mis dedos sobre el brazo del mueble mientras el placer crecía. Mi interior abrazando a Hiro en cada dulce contracción. Mi vientre hormigueaba mientras el semen salía de mi polla y pintaba el estomago del mayor. – Así es Yuu Disfrútalo. – Los movimientos perfectos de Hiro se volvieron erráticos. El apretó los dientes y dio un último empujón. Chorros de su esencia llenaron mi cuerpo. Mi orgasmo lo siguió. Me corrí sobre el estomago de Hiro sin siquiera necesitar un trabajo manual. Mi última contracción, la que me hizo ver estrellas y gemir desvergonzadamente, se ajusto tanto a la parte de Hiro dentro de mí, que el hombre de negocios gruñó.

- Te amo Yuu. - Hiro llevó mi cuerpo exhausto a la cama y me limpió justo antes de acurrucarse a mi lado.

Cuando desperté el ya no estaba a mi lado. Sentí que algo de mi dignidad se había ido ¿Cuántas veces he sentido esto desde que empecé a salir con Hiro? Ya ni las recuerdo. El hecho es que mi navidad se convirtió en una especie de peli porno, no me quejaba, pero debía tomar medidas al respecto. Para año nuevo si me encargaría de que todo siguiera el orden adecuado.

-¡Yuu! – Escuché la voz de Hiro llamarme. Me levanté de la cama. Me percaté de que todavía seguía llevando la parte superior de mi traje, pero no traía puesto nada debajo. Empecé a buscar unos pantalones cortos en el closet de Hiro... -Yuu Baja de una buena vez ¡Me salen raíces!-

Rodee los ojos. -Ya va Hiro-sama. – Seguí mi búsqueda de algún pantalón de esos que había dejado en casa de Hiro, cuando los encontré me los puse rápidamente y salí a la sala. Justo el lugar donde estaba seguro encontraría al dueño de la voz.

Hiro tenía puesta una camisa blanca mangas cortas, y pantalones de vestir. Su cabello seguía todo desordenado de la noche anterior. – Mira. Parece que recibiste un regalo para esta navidad. – Dijo mirando mi pecho expuesto entre los extremos de mi prenda roja con sumo interés. Me apresuré a subir el cierre, si Hiro volvía a tomarme otra vez como la noche anterior seguramente me quebraría.

-¿A que te refieres? – Miré hacia donde me indicó con el dedo. Justo debajo del árbol que seguía brillando a la luz del día, había una pequeña caja azul con un moño blanco. - ¿Qué tramas ahora? – Fruncí el ceño.

- Yuu-kun ¿No confías en mí?

Ladee la cabeza y negué. - Espero que no sea otro de tus planes para molestarme. - Él rió bajo, y con un gestó de su cabeza me instó a que la tomara. Avancé hacia el árbol, me agaché, recogí la caja y me levanté viéndola en silencio. Me voltee hacia Hiro, y empecé a abrirla delante de él. -¿Llaves? – Dentro había un juego de llaves como el de Hiro, y una nota. –“¿Quédate conmigo?” – Leí en forma de pregunta.

-¿Quieres vivir conmigo Yuu? – Me preguntó en un tono serio. Hiro parecía imperturbable. Pero sabía que se estaba esforzando mucho en verse despreocupado delante de mí. – Si no quieres entenderé. – Frunció el ceño. Sus fieros ojos parecían molestos ante mi falta de reacción.

Estaba tan asombrado y flechado que no sabía que decir. -¿De verdad? –Tan feliz que mis labios sonrieron sin que les diera permiso. Hiro asintió. Su expresión se volvió dulce. Corrí hacia él. Lo abracé tan intensamente que lo hice girar sobre sus pies. - ¡Claro! Te amo Hiro. Te amo. – Mi voz salió quebrada debido a la emoción. Mis lágrimas salieron incontrolables. Estaba muy feliz, muy feliz. Jamás pensé que Hiro me pediría esto.

-Feliz Navidad Yuu. Esto de celebrar las festividades juntos, creo que me agrada. – Dijo creídamente. – Te amo.

-¡baaaaka! – Besé su mejilla.

- Tu pelo huele increíble. – Respiró mi esencia y empezó a acariciar mi espalda. Mientras lo abrazaba como si fuese mi salvavidas, vi al árbol de navidad. Era hermoso, sus luces parecían susurrar que estaban felices por mí. Definitivamente, esta era la mejor navidad de todas ¡Ven porque estaba tan feliz! Tenía a mi moderno príncipe azul, y ahora también un lugar al cual ambos le llamaríamos hogar.

-Feliz navidad Hiro.

En serio, a partir de hoy la navidad será mi época del año favorita.



Sobre el Autor notas

Hola. Muchas gracias por haber leído esta historia. La misma es una especie de especial navideño que viene de la novela “El Inolvidable Cliente” y estoy contenta de poder traer esta pareja a la vida nuevamente. Aunque con prisas y pequeños inconvenientes, al fin pude hacerlo.

Pueden ponerse en contacto conmigo en:

<http://leyendo-novelas-en-espa.blogspot.com/>

<https://www.facebook.com/youki.san.549>

¡Feliz Navidad para tod@s! Que la navidad les colme de muchas sorpresas kawai.

Kougami Haruka

Cada
Momento



Daniel Richards



Cada
Momento

Las cosas volaban por el aire mientras Clint seguía lanzándolas, Ryan estaba seguro de que en algún momento rompería algún record del mayor número de objetos caseros lanzados a su cabeza.

—¿Quieres calmarte? Pareces una esposa histérica— esquivó un libro directo a su frente— ¡¡y ni siquiera salimos!!!— gritó.

—¡¡Claro que no salimos!!! Ya que tu no eres... ¿cómo lo dijiste? “un maldito marica”— Ryan rodó los ojos, su mejor amigo le había confesado ser homosexual hacía medio año, al parecer siempre lo había sabido pero durante mucho tiempo había tenido miedo de decírselo, debía confesar que cuando se lo dijo le había dolido su desconfianza pero comenzaba a creer que estaba más seguro en la ignorancia.

—¡¡¡Es solo una expresión!!!— se justificó. Esa tarde mientras platicaban con sus amigos había llamado a uno de ellos “maldito marica”, Clint lo había escuchado y al parecer se lo había tomado bastante personal, seriamente tenía que repasar su lenguaje y excluir cualquier expresión remotamente homofóbica que conociera.

—Es sólo que crees que soy una maldita puta que se mete con el primer hombre que ve— ¿pero de donde demonios había sacado eso? Ryan comenzaba a tener un nuevo respeto por la imaginación de su amigo.

—Fue solo por que tenía a Laura enfrente y no se atrevía a hablarle ¿recuerdas a Laura?— esquivó otro objeto que sinceramente no logró identificar pero lo que le preocupó mas fue que ningún otro objeto le siguió—¿Clint?— entró a la habitación de donde había salido todos aquellos ataques y lo que encontró fue a su mejor amigo empacando— que...¿Qué haces?

—Esto no va a funcionar, si seguimos compartiendo departamento...no creo que podamos ni siquiera seguir siendo amigos— su amigo había desatado ya todo se enojo y ahora se veía terriblemente abatido.

—No eres solo mi amigo Ryan... eres como mi hermano— su amigo le miró dolido.

—¿Aunque sea un maldito marica?— la voz de su amigo se ahogó y él tomó aire asintiendo.

—Te lo juro... por mi vida... te amo como eres hermano— tomó aire y levantó las manos buscando las palabras —no sé como demostrarlo pero quiero que estes seguro de que no creo que seas menos por a quien decidas querer...— le vio a los ojos— pero, por dios, dame algo de tiempo para acostumbrarme... no quise ofenderte, solo... ¡ya sabes! Siempre he hablado así ¡demonios!— tampoco era justo que él tuviese que andar de puntillas a su alrededor, ellos eran amigos y era justo que la confianza viniese en ambos sentidos.

Ryan vio a su amigo fijamente y se preguntó si había usado las palabras adecuadas para su propio bien.

—Bien— aceptó.

—¿Bien?— ¿así nada mas? Ahí había algo raro.

—Sí, bien— Ryan apenas había comenzado a relajarse— pero...

—Sabia que había un pero— bufó y su amigo se puso de pie frente a él.

—Solo te creeré si sales conmigo esta noche, si lo haces entonces te creeré y podremos acoplarnos a esto como dices “lentamente”— Ryan le vio con desconfianza.

—¿A dónde iremos?— su amigo sonrió de oreja a oreja.

—A un pub gay— Ryan levantó ambas cejas, bueno, él esperaba sinceramente algo peor.

—Vale— su amigo entonces le vio con desconfianza.

—¿Vale?— Ryan rodó los ojos.

—Sí, vale ¿qué más da tomar una cerveza en un lugar u otro? Solo espero que no haya Heterofóbicos— sonrió y su amigo se relajó devolviéndole la sonrisa.

—Vale.



Bueno, Ryan tenía que aceptar que era prejuicioso cuando entró al lugar y no había hombres con plumas bailando en jaulas, ni música retro disco sonando en el lugar. Por su bien tenía que guardar sus expectativas para él mismo.

Ryan vio a su amigo y sonrió, se veía condenadamente contento al entrar, debía de sentirse mejor. Llegaron junto a la barra y su amigo le volvió a sonreír sentándose frente a esta.

—Me alegra que estés aquí— él le devolvió la sonrisa.

—Te amo como eres— su amigo asintió sin perder la sonrisa y volvió la mirada al barman.

—David, una cerveza— ellos no eran precisamente hombres de gustos refinados, una cerveza fría les bastaba y no se avergonzaban de ello. Ryan se preguntó al sentarse junto a su amigo si a los hombres gay les importaría de la misma forma que a las mujeres que había conocido si bebía una cerveza y no algo mas “refinado”.

—Lo mismo para mí, por favor— no le prestó mucha atención al sujeto viendo en cambio al resto de los hombres del lugar, todo era bastante normal dentro de lo que cabía.

—¿Qué piensas?—Ryan suspiró viéndolo de reojo.

—¿Puedo hablar con libertad?— su amigo se encogió de hombros y asintió.

—Creí que el lugar sería algo más... amm... exótico— su amigo soltó una risita— ¿qué te causa gracia?

—Estamos en un lunes formal, no hay mucho de exótico hoy— Ryan se sintió aliviado de no ser TAN prejuicioso, al menos había algo de cierto en su idea.

—¿Por qué lunes formal?—su amigo se giró en el banco viendo a los demás asistentes al lugar.

—Esto te va a sonar ridículo— rió y Ryan frunció el ceño.

—Nada más ridículo que tú lanzándome tu lámpara favorita a la cabeza esta mañana— Ryan se sobresaltó al escuchar que el barman dejaba su cerveza bruscamente frente a su sitio. ¿Pero qué demonios le pasaba a aquel sujeto? Decidió dejarlo pasar.

—No me lo recuerdes— Clint rió recordando su estupidez, había perdido algo que le gustaba por su arrebató, pero al menos aún conservaba a su amigo— Bueno, volvamos al tema— miró la hora en su reloj de pulsera— No debe tardar— Ryan vio la pista de baile y notó que varios hombres veían también a su reloj.

—¿Qué es esto, alguna clase de espectáculo?— Clint rió.

—Ojalá lo fuese, pero no, es solo un asistente semanal— Ryan torció el gesto, no entendía mucho de qué iba todo aquello.

—Vale...— esperando que en algún momento todo aquello tomase sentido. Lo que vio fue simplemente asombroso y no por lo imponente del acto ni mucho menos por la majestuosidad si no por lo ridículo que le pareció.

Al fondo del lugar, una melena castaña clara se alcanzó a ver, se veía por encima de las demás cabezas.

Ryan pudo ver cómo, no solo las luces del lugar cambiaron si no también la música, algo más lento comenzó a tocar y los hombres del lugar reconocían su presencia, vio rostros desde curiosos, hasta de desagrado pasando por supuesto por una gran cantidad de rostros de deseo, la lujuria era tan pesada en el ambiente que él mismo sintió un tirón en su entrepierna.

—¿Pero qué demonios?— Ryan siguió con la mirada al hombre que se dirigió a una zona vip donde al parecer tenía un lugar reservado, en lo alto de los miradores, simplemente inalcanzable.

—Sucede cada lunes, ese sujeto viene aquí, con ese precioso rostro y ese cuerpo privilegiado y se sienta en ese sitio— señaló el lugar en el que el otro estaba sentado — Se ha vuelto una especie de Dios por aquí.

—¿Por eso es el lunes formal?— Clint se encogió de hombros volviendo la vista a la barra, inmediatamente David le colocó su cerveza frente a él.

—Digamos que se ha corrido el rumor de que prefiere un buen traje de Armani que plumas rosa a su alrededor— Ryan se dijo que de no ser heterosexual realmente sentiría envidia de un hombre con tanta presencia, entendía también porqué, a pesar de la gran cantidad de rostros de deseo, también había unos de verdadero desagrado y desprecio. La envidia siempre conllevaba un terrible odio.

—Un hombre afortunado— Clint se encogió de hombros.

—Si es el tipo de vida que le gusta puede decirse, pero hombre, prefiero estar aquí contigo que solo en esa aislada mesa como un trofeo esperando a ser dado— Ryan tomó un trago a su cerveza.

—No creo que le desagrade tener tanta carne a su disposición— Clint le miró burlón.

—Tal vez deberías intentar quedarte con el trofeo, eres condenadamente sexy, si no fueses como mi hermano iría por tu trasero— Ryan torció el gesto.

—Diablos no digas algo tan asqueroso, Dios, sería como besar a mi abuelo— Clint se rió con ganas.

—Es verdad, ni siquiera puedo imaginarme con mi boca en tu boca— hizo un gesto— oh, por dios, me han dado náuseas— tomando otro trago de su cerveza y Ryan rió.

—Idiota— Ryan volvió la mirada al sujeto en el área vip, desde esa distancia era difícil verlo, se preguntó si realmente sería tan apuesto de cerca, el lugar estaba a oscuras a excepción de las luces de la barra y las que iluminaban con neon la pista de baile, y a media luz, como dicen por ahí, “todos los gatos son pardos”, seguro a luz de día debía ser patéticamente ordinario con una buena altura.

—¿Qué tanto le miras? No me digas que has cambiado tus gustos— Ryan le miró torciendo el gesto.

—Idiota, nada de eso, solo me preguntaba si realmente será tan fantástico— Clint volvió a reírse.

—¿Por que no lo averiguas? así podría presumirlo en tu lugar— Ryan golpeó su hombro.

—Déjame en paz— ambos rieron y continuaron su noche, no fue muy diferente de como solía ser cuando salían a bares o a pubs normales.

Los minutos pasaron llegando hasta pasada una hora en la que habían hablado como siempre, desde luego aun sentado Ryan había recibido más pellizcos en el trasero de los que podía haber contado en toda su vida, definitivamente comenzaba a entender a las mujeres, los hombres podían ser unas malditas bestias acosadoras, daba gracias al cielo por sus 1.80 mts de alto. De otra forma tendría miedo incluso de ir al baño.

—Hey, hermano, parece que tienes mas éxito en este mercado que en el de tu preferencia— Ryan rodó los ojos— deberías pensarlo, de este lado no tienes la obligación de pagar las cuentas— Ryan volvió a golpear el hombro de Clint y este se rió— Vale, vale, ya te dejo en paz— Clint volvió la mirada a un punto que había sido frecuentemente visitado por sus bonitos ojos castaños desde que llegaron.

—Entonces— Ryan le habló casualmente mientras levantaba la cuarta cerveza de la noche— ¿ese es el tipo de sujeto que te gusta?—su amigo se atragantó con su cerveza desviando rápidamente la mirada del barman que la había tenido atrapada toda la noche. Ryan rió sintiéndose inesperadamente nada incómodo ante la situación.

—No tengo idea de lo que estás hablando— Ryan levantó la ceja haciéndole una ceña hacia David, el barman y Clint suspiró—está bien, está bien, lo admito, pero esta tan fuera de mi alcance como la estrella del alba— sacando un pañuelo para secar la cerveza que había escurrido por su garganta.

—Dicen que esa es la que cumple deseos— Clint rodó los ojos.

—Gracioso.

—Anda, pregúntale a qué hora acaba su turno— le animó, esperando que aquello le dejase claro a su amigo lo poco que le importaba si se revolcaba con una mujer o un hombre, mientras por el amor del cielo no le relatara los torridos detalles todo lo demás estaba perfecto.

—¿Estas loco?— bajó la voz en un susurro acercándose a él para que le escuchara aún con la música alta— le he visto rechazar mejores pedazos de carne— Ryan torció el gesto.

—Hombre, eres tan bueno como el imbécil de la sala vip, empiezo a cansarme de escucharte hablar mal de ti mismo cada que deseas algo— Ryan suspiró.

—Hermano, tu en verdad me amas, envidio tu confianza pero supongo que de tener tu cara o al menos tu cuerpo podría tener la mitad de ella— Ryan rodó los ojos exasperado.

—Oh, por dios, no te vengas a hacer el mártir ahora, vamos, sólo pregúntale por el fin de su turno— Clint negó.

—No lo haré— Ryan le quitó la cerveza de las manos.

—Vamos, no seas cobarde— Clint recuperó su cerveza.

—Soy un maldito marica cobarde, déjame ser— Ryan se sintió enfadado por el comentario.

—Con una mierda que lo eres— volviendo a quitarle la cerveza— ve, quítate la idea de la cabeza y sigue con tu vida.

—¿Cual idea de la cabeza?— cuestionó enfadado.

—Las fantasías que seguro tienes con el sujeto ese, te conozco, anda no puedes siempre solo vivir de sueños o fantasías, te mereces realidades y es tiempo de que empieces a buscarlas— Clint se giró hacia él anonadado.

—¿Desde cuándo eres un motivador de superación personal?

—Cállate, imbécil y ve— Clint no intentó recuperar su cerveza pero negó.

—No, por dios, Ryan, me va a enviar al infierno, somos casi amigos y prefiero eso a un rechazo rotundo— Ryan enredó sus dedos en el cabello de su amigo y lo jaló a él uniendo sus cabezas.

—Ya tienes un amigo aquí-señalándose-... Tu necesitas alguien que te caliente la cama— Clint enrojeció.

—Te prefería homofóbico— Ryan sonrió.

—No se aceptan devoluciones— Clint se levantó pesadamente del banco, recordaba haber visto a un chico una vez invitarle a salir y lo había rechazado con cierto tacto ¿que era lo peor que podía pasar?

Clint se acercó a donde David que limpiaba un par de vasos y se inclinó sobre la barra.

—Hey David— le llamó y este le miró extrañado.

—Clint— saludó, bueno, el hombre sabía su nombre, eso era un avance, sería desmotivadamente que después de meses el hombre ni siquiera conociera su nombre.

—Hey... bueno...me preguntaba si ammm— se aclaró la garganta— me preguntaba ¿a qué hora termina tu turno?— el hombre le miró en silencio, Clint comenzó a pensar que con la música no le había escuchado, tal vez lo había dicho demasiado bajo, abrió la boca para repetirlo, ya que había llegado hasta ahí podía llegar al final, pero David se inclinó sobre la barra mirándolo con ojos fieros

antes de que pudiese decir nada y Clint supo que no presagiaba nada bueno, pero no hubo tiempo de huir antes de la respuesta.

—Escúchame y escúchame bien — el tono desdeñoso le encogió el estómago — No me interesa ninguna mierda que puedas ofrecerme así que ahórrate el coqueteo— cada lenta palabra venía impregnada con desprecio, fue como si una fuerza invisible le estrujara el pecho, se quedó inmóvil sin saber qué decir y cuando la risilla a sus espaldas le hizo girar lentamente fue como si le diesen un golpe en el estómago, ahí estaba el chico que David había rechazado antes sin duda con mucho mas tacto del que le había regalado a él, ver de frente y tan claramente la diferencia de atractivo entre el chico y él terminó de destrozarse su moral.

—David cariño, sírveme un ardiente— escuchó la risueña voz del sujeto y apretó los puños cuando David contestó casualmente “a la orden” con suma diligencia, mierda. Se apresuró a regresar a su sitio dejando a aquellos dos atrás.

—Hey ¿qué sucedió?— Ryan miró preocupado el rostro contraído de su amigo, pero éste no se detuvo, tomó la chaqueta que había dejado en la barra frente a su banco y siguió caminando a la salida.

Ryan tomó su propia chaqueta dejando sobre la barra dinero suficiente para pagar sus cuentas y caminó tras su amigo alcanzándolo casi en la puerta, Tomándolo por el brazo pudo detenerlo.

—¿Qué demonios sucedió allá?— Clint no le miró y Ryan supo que era por que estaba luchando para contener lágrimas de humillación que se acumulaban en sus ojos.

—No le importa una mierda de lo que pueda ofrecerle, eso dijo— renegó soltándose del agarre de su amigo— iré a casa, Ryan. Por favor, déjame solo un rato— Ryan vio a su amigo caminar derrotado por la puerta de salida y al principio fue como si no comprendiera, lentamente su cuerpo se fue calentando como si al ir comprendiendo la ira fuese despertando en cada fibra de su ser y regresó sobre sus pasos, pasos cada vez mas rápidos, ver al sujeto hablar tranquilamente con un “niño bonito” le encendió más, alcanzando al sujeto de la camisa por encima de la barra asestando un golpe en el rostro de aquel jodido arrogante.

—¿Qué demonios te pasa?!— preguntó fuera de si— ¿qué mierda te hizo para hablarle así? - El sujeto que había ido a chocar con el estante de bebidas tras él, se sujetó el rostro incorporándose con calculada lentitud, de un salto pasó la barra parándose tan cerca del otro que su aliento acarició su rostro.

—Las parejas como ustedes me dan nauseas, no importa lo bien envuelta que traiga su jodida mierda...ni siquiera puedo creer que pienses en compartirlo. Ambos me dan asco— Ryan contrajo el rostro en completa incredulidad y extrañeza.

—¿De qué demonios estas hablando?— le empujó alejándolo de él. El sujeto rió con crueldad.

—Por favor, no vengas a negarlo, han estado entre arrumacos toda la noche, sueltas un “te amo” tan fácilmente para después enviarlo por mí, eres un enfermo— Ryan ya ni siquiera sabía si podía estar enfadado o seriamente asqueado.

—Enfermo tienes el cerebro tarado, Ryan es como mi hermano, mierda —David entonces pareció flaquear en su segura posición.

—Te oí decirle que lo amabas— Ryan lanzó su propia chaqueta al suelo con evidente frustración.

—Y lo amo, mierda, es como mi hermano joder ¿no puedo decirle que lo amo?— David pareció tan confundido que casi daba lastima, vio a Ryan sin querer creerle y cuando la frustración en el rostro de este no le dió más remedio que hacerlo se revolvió el pelo.

—Es tu culpa maldita sea, estabas acariciándolo y tocándolo— le gritó y Ryan levantó las manos al aire.

—Perdóname por ser afectuoso, jodido enfermo— Ryan vio a David dar vueltas en su sitio hasta golpear la barra.

—¡¡¡Mierda!!!— Ryan recogió su chaqueta, estaba enojado y ni siquiera podía terminar de desquitarse con aquel imbécil. Sentía como si no tuviese ya derecho después de dar pie a la confusión. ¡¡¡Pero mierda!!! ¿Que? ¿cada cosa que decía o hacía era malinterpretada?— ¿dónde está él ahora?— escuchó la voz exigente del idiota y se giró a verlo con incredulidad preguntándose si realmente le estaba preguntando lo que creía.

—Estás más idiota de lo que creí si crees que te voy a decir donde está— David le tomó por el cuello de la camisa con el rostro completamente curtido por la ira.

—Tú provocaste esto, ¡dímelo, con un demonio!— ninguno de los dos se había dado cuenta de que habían montado tal espectáculo que todos en el lugar habían dibujado un círculo a su alrededor viéndolos, algunos tenían la cámara de su celular grabando.

—Te voy a decir por donde puedes...— renegó Ryan, pero antes de que pudiese terminar de enviarlo al diablo una sombra les separó.

—Basta caballeros. Están dando un espectáculo— Ryan iba a decirle al hombre por donde podía irse marchando cuando notó quien era. Era mr. Lunes. Joder, si que era alto... ¿1.95 tal vez? Se quedó viéndolo, la oscuridad del lugar no le

dejaba ver claramente sus rasgos pero estaba seguro como el infierno que aquellos ojos azules debían ser únicos. Entendió en ese momento el alboroto por el hombre.

El sonido de una silla yendo a dar al suelo llamó su atención. David aún estaba enfadado y al parecer la había pagado con una de las sillas altas frente a la barra.

—Si quieres buscarlo ¿por qué no preguntas en gerencia por sus datos? Puede que el chico tuviese una membresía, si ruegas lo suficiente podrías encontrarlo— A David la idea no debió parecerle mala porque sin decir nada se dirigió rápidamente en dirección a donde Ryan suponía debía estar el lugar donde pudiese rogar por la dirección de su amigo.

—Pero qué demonios...— Ryan empujó a Mr. Lunes por el pecho— ¿pero qué demonios estás pensando dándole ideas para encontrar a mi amigo?— El sujeto miró incrédulo su propio pecho como si no creyera que le hubiesen atacado, después de parecer asimilarlo sonrió divertido.

—No creo que a tu amigo le venga mal que le besen los pies un rato— Ryan tuvo que admitir que pensándolo de ese modo no parecía algo malo en realidad.

—No...supongo que no— aceptó sintiendo que iba tranquilizándose y terminó por suspirar y recoger la chaqueta que había lanzado al suelo.

—Venga, vayamos a tomar algo y tranquilízate— Ryan observó al hombre que le miraba con las manos en los bolsillos de su exquisito traje blanco.

—Si... ¿por qué no?— suspiró, un par de tragos más fuertes que cuatro cervezas no le vendrían mal— Caminó con el sujeto fuera del lugar y entró al taxi que se detuvo frente a ellos, estaba aún pensando en Clint, tal vez debería ir con él, debía querer algo de apoyo en esos momentos. Había pasado ya varios minutos en el auto cuando tomó una decisión— ¿Sabes? creo que mejor...— pero el tono de llamada de su móvil se lo impidió— Dame un minuto— se sorprendió al ver que era el número de Clint, se apresuró a contestar— ¿Clint?

—Hey, soy yo— su voz se escuchaba afectada pero parecía tranquilo.

—Hey, ¿qué tal? ¿cómo estas? Estaba pensando en ir para allá...— esperaba que su voz reflejará que realmente estaba preocupado por él— Lamento lo que pasó, fue mi culpa, jamás debí decirte que...

—Hey hey, tranquilo. Como dijiste no se puede vivir todo el tiempo de sueños

—Sobre eso creo que hay algo que deberías saber sobre el sujeto ese— pero su amigo le cortó de golpe.

—Basta Ryan, no hay nada que necesite saber, no quiero tocar el tema ¿si?

—Pero...

—Voy a adelantar mi viaje para hoy— Ryan frunció el ceño.

—¿Qué? ¿Por qué?— su amigo pensaba regresar a casa para las fiestas navideñas. Le había invitado a él, sus padres le habían tenido de bastante mayor y muerto cuando él era aún muy joven así que no tenía un hogar al cual regresar, su amigo quería extenderle el suyo como cada año pero él había decidido este año pasarlo en la ciudad, dejar un poco el nido. Aún así había esperado pasar algo de tiempo con su amigo antes de que este se marchara.

—Mamá llamó hace un momento, esta ansiosa por verme... creo que es una señal, iré a verla antes de tiempo y la sorprenderé— bueno, eso estaba bien, suponía... estar con su madre lo animaría— Tomaré un pasaje ordinario, debe salir uno en la próxima media hora y estaré allá por la mañana — Ryan suspiro, no podría despedirse de él.

—Te alcanzaré en año nuevo

—Más te vale— y a Ryan le pareció escuchar algo de animo en la voz de Clint.

Clint terminó la llamada y tomo la maleta que había hecho en su arranque de enojo de esa mañana, realmente parecía todo una señal, cerro su departamento decidido a olvidar todo lo que había ocurrido esa noche, había llorado, desahogado, golpeado almohadas y gritado contra el colchón diciéndose lo idiota que había sido, pero después de la llamada de su madre se sentía mucho mejor, estaba por tomar un taxi cuando alguien le tomó por el hombro girándole. Ahí estaba, la persona a quien menos quería ver en esos momentos.

-¿David?- el nombre escapó de sus labios por reflejo, se veía agitado y su siempre tranquilo rostro estaba descompuesto.

-Yo...- estaba agitado y parecía que iba a decirle algo pero justo en esos momentos pareció notar sus maletas- ¿a dónde vas?

-Yo...- suspiró y recordó lo que había pasado- no es algo que te importe ¿Que haces aquí? – miró a su alrededor como buscando algo que le indicara el por que de su presencia.

-Lo siento, tenía que decírtelo, lo siento – Clint frunció el ceño.

-No tienes que disculparte, dijiste lo que pensabas y estabas en tu derecho- estaba dolido pero prefería no desmoronarse frente a él.

-¡no!- estaba aun agitado- no era lo que pensaba, estaba celoso, tu...digo... - tartamudeó- hemos estado dando vueltas alrededor del otro todo este tiempo, creí que el amigo que estaba contigo era tu novio y solo....que solo intentabas alguna clase de juego raro- Clint frunció el ceño ofendido pero el enfado era opacado por un estado de incredulidad genuino, por que demonios alguien como David iba a sentirse inseguro frente a él? O... era cierto, no era por el exactamente, era por

Ryan, bien, tenía sentido que se sintiera inseguro frente a Ryan, el hombre era un bombon andante.

-Ryan es solo mi amigo...- musitó aunque sin la capacidad de sentirse mejor- está bien, entiendo, Ryan puede hacer que la gente mas hermosa se sienta insegura- aun así eso no lo ayudaba a sentirse mejor frente al barman, se había sentido mal y ahora que se disculpaba no encontraba razón lógica para seguir enfadado con él, pero era difícil decirle a su corazón que se calmara, que borrara la tristeza y el dolor que le estaba carcomiendo.

-Lo sé... -un incómodo silencio prosiguió y Clint se movió en su sitio acomodándose la maleta que tenía al hombro soltando por un segundo la que arrastraba para hacerlo- bueno, yo ya me iba- pero David volvió a detenerlo.

-¡Espera! ¿Por qué querías saber mi hora de salida?- Clint le miró con evidente enfado por la pregunta.

-¿No es obvio el por que la gente pregunta eso?- no iba a humillarlo de nuevo verdad? Un rechazo por noche era su límite.

-bueno es solo que ahora llevas esa maleta... ¿a donde vas?- Clint miró sus maletas y suspiró, claro, quien pregunta algo así cuando no va a quedarse hasta esa hora verdad.

-Voy a visitar a mi madre por las fiestas- se encogió de hombros- lo decidí hace un rato, no lo tenia planeado cuando te pregunte por tu hora de salida- esa conversación estaba siendo incomoda.

-Oh...- David lo soltó- bien...yo... tengo que regresar al bar, no van a cubrirme toda la noche....- Clint le miro, aun traía el uniforme del bar debajo del abrigo, verlo le hizo perdonarlo un poco mas y le medio sonrió.

-Gracias por venir y disculparte.

-Quizás quieras que salgamos cuando vuelvas- Clint parpadeó

-¿Perdón?- David pareció ligeramente avergonzado.

-¿Qué? ¿No es posible?

-No... bueno...si....- se volvió a acomodar las maletas en un acto mas bien de nerviosismo y se movió un poco sobre sus propios pies- quieres salir conmigo?

-¿A qué creíste que me refería cuando dije que llevábamos dando vueltas alrededor del otro todo este tiempo? ¿No...no notaste que te coqueteaba?- Clint negó y se sonrojó.

-No... yo...digo jamás me hubiese atrevido a acercarme si Ryan no hubiera insistido- miró al suelo repentinamente nervioso y avergonzado- me...me gustaría mucho salir contigo- el otro sonrió y se acercó un paso- no encontraba el momento de pedírtelo- Clint no le miro.

-Supongo que yo no hice mejor trabajo- la sonrisa de David disminuyó un poco.

-Lo siento, a pesar de lo celoso que estuviera no debí contestarte así- el otro se encogió de hombros

-Supongo que si hubiese sido cierto no me hubiese importado.

-Tienes los ojos hinchados... ¿lloraste por mí?- Clint se puso más rojo y se encogió un poco.

-Puedo llorar si quiero- David se revolvió el pelo.

-No quería que mi primer acercamiento real fuese así- Clint se cruzó de brazos.

-Bueno, yo tampoco- haciéndose pequeño como si tuviese frío, aunque en realidad solo estaba abochornado.

Un taxi se detuvo frente a Clint preguntando si necesitaba un viaje y Clint asintió.

-Tengo que irme – anunció resignado y cuando entraba al auto David le tomó la mano y sacó un bolígrafo de su bolsillo escribiendo su número en la palma ajena.

- Llámame ¿sí?- Clint le sonrió y asintió, un corto silencio y después de cerrar la puerta Clint le llamó, el moreno apenas y se asomó a la altura de la ventana y Clint se atrevió a robarle un casto beso de los labios

- Te llamaré- le prometió. Pero Clint no llamo, después de llegar a casa de su madre, después de que esta brincara de alegría al ver a su niño medio congelado en la puerta de su casa, después de desayunar la comida casera de su madre y dormir varias horas, después de bañarse y dar vueltas alrededor de su celular sin atreverse a marcar, después de todo aquello envió un mensaje de texto, uno de los mensajes más burdos y comunes hoy en día,

“Este es mi número, Clint”

No recibió respuesta de inmediato, unos diez minutos después su celular sonó indicando un nuevo mensaje.

“perdona, estaba en el subterráneo ¿Cómo estás? ¿Qué tal el viaje?”

Clint sonrió al ver el mensaje y se recostó en su cama dejando que sus dedos se movieran.

“bien, cuando llegue moría de frío, creo que olvide que en la provincia la temperatura baja aún más”

“abrigate bien entonces o terminarás con una nariz roja.”

“muy navideño ¿no? Pareceré Rodolfo el reno”

“eso no es muy conveniente, yo tengo que trabajar”

Clint torció el gesto, ¿trabajar?

“lo siento, no te distraigo más.”

“no tu conversación, que termines como Rodolfo el reno”

Clint sonrió.

“¿porque estaré feo?”

“por que podría contagiarme si te beso”

Sintió un ligero calor en el rostro.

“¿tengo que mantenerme sano para que me beses?”

“te besare aunque no lo estés”

“¿cual es el punto entonces?”

“trabajar o no trabajar, realmente preferiría poder ir a trabajar, se bueno y cuídate”

“¿por ti?”

“entiendes rápido”

Clint sonrió viendo el mensaje, estaba a algunos días de navidad aun y no volvería hasta después de año nuevo así que los siguientes días se dedicó a enviarse textos con el hombre, estaba contento y de buen humor todo el tiempo, su mamá ya le había preguntado que le pasaba y aunque se negaba a darle una respuesta clara la mujer no era tonta y se hacía a una idea de lo que sucedía, después de todo no se apartaba del maldito teléfono a ninguna hora del día.

-Creo que debería regalarte un teléfono nuevo para navidad- le comento la mañana de víspera de navidad- parece que te has enamorado del bendito aparato- Clint se rio nervioso y en ese momento el tono de un mensaje le hizo revisar rápidamente, esta vez era de Ryan, por lo que sabía su amigo había estado saliendo con el bombón de los lunes, no le había dicho nada concreto, pero ahí había algo, no podía ser que el succulento trozo de carne aquel lo sacara a comer diario por su linda cara..... en realidad lo más probable es que lo hiciera por su linda cara.

Su amigo le escribía para preguntarle cómo estaba y hacerle un par de preguntas sobre su estado de ánimo, no había querido decirle a Ryan sobre sus mensajes con David porque deseaba hablarlo con él, no hacerlo por mensaje y tampoco por teléfono. Además solo se habían estado mensajeando, quien sabe tal vez en persona todo terminara.

Otro mensaje llegó, esta vez sí era David, sonrió ampliamente y lo reviso.

“si supiera donde vives, iría a verte”

“mentiroso, sabes que en estas fechas te pagan más”

“lo sé, es la única razón por la que trabajo en navidad”

“yo siempre lo paso con mama, quisiera verte”

“también quisiera verte...y tocarte y besarte”

Sonrió al ver la pantalla, los mensajes habían comenzado a ponerse algo mas melosos y atrevidos desde el día anterior.

“es raro cuando escribes algo así, hace meses que me ves”

“no tenía idea de que también te gustaba”

“creí que era tan evidente que debía dar pena”

“pensé lo mismo”

“no lo note...”

Tocaron a la puerta y su madre que estaba marinando la carne para la cena de víspera de navidad volteó a verlo.

“crees que puedas sacarla cabeza de ese teléfono para abrir la puerta”

Clint se rió.

“ya voy, ya voy”

Asintió y siguió mensajeando, tal vez era alguna de las amigas de su mamá que pasaba a saludar. Siguió mensajeando.

“Mi madre cree que me he vuelto adicto al teléfono”

“oh, ella no sabe que en realidad te has vuelto adicto a mi”

“eres un engreído”

“hahaha bueno aun este engreído sabe darte la razón cuando la tienes”

“¿la razón sobre qué?”

Abrió la puerta y frunció el ceño al ver de quien se trataba.

-Que si, que hace más frio en provincia- ahí, frente a él estaba David, rojo por el frio y con una encantadora sonrisa que le saco mariposas en el estómago.

-¿Da...David?- parpadeó varias veces y se quedó quieto en su sitio.

-¿No me invitas a entrar? Hace mucho frio aquí- Clint se apartó enseguida y le vio pasar con una maleta.

-¿Cómo supiste donde vivo?- preguntó incrédulo y comenzando a sentir la alegría burbujeante en su pecho, haciendo imposible que una sonrisa no se dibujara en todo su rostro. David se giró a él frotándose los brazos y entrando en calor.

-Bien... se acerca navidad ¿verdad?- le sonrió- mi mamá murió hace cinco años y papá cuando era niño, no tengo familia cercana y....- lo observó- Quería estar con alguien especial- Clint apretó los labios y casi sintió que lloraba de lo tremendamente cursi que sonaba aquello y aun así lo jodidamente feliz que lo hacía, había un algo...una sensación en su pecho que parecía querer sacarle el corazón a jalones.

-David...yo...- sin embargo se petrificó al escuchar la voz de su mamá desde la puerta que daba a la cocina.

-Oh, bien decía yo que no podía ser otra cosa que un novio lo que te tenía pegado a ese bendito aparato- su mamá miró a David y levantó una ceja limpiándose las manos con un trapo de cocina- y mira que tenemos aquí, vamos chico por que no te quitas ese abrigo todo húmedo y te calientas un poco- Clint se sonrojó, tener a

su madre ahí le daba un poco de bochorno, él nunca había llevado algún novio a casa a pesar de que su madre le había dicho que estaba bien con ello.

-Gracias, señora- David se quitó el abrigo quedándose con la abrigadora y seca ropa que llevaba debajo, su madre lo acomodó en el perchero cerca de la chimenea y Clint se sonrojó aún más al ver como de espaldas a David su madre le miraba el trasero, después de arriba abajo y le hacía una seña de aprobación.

David pareció malinterpretar el gesto porque miró al castaño con preocupación.

-Lamento no haberte avisado – se notaba algo incómodo y Clint negó efusivamente.

-No no....no lo lamentos, me...me alegra verte....- David le sonrió y Clint quería corresponder plenamente con una boba sonrisa pero su madre mirándolo no lo dejaba.

-Entonces muchacho, ¿te llamas...?- David se giró a su madre con rostro de disculpa.

-Lo siento, no me presenté, mi nombre es David, Clint y yo somos amigos- su madre miro de David a Clint.

-¿Amigos?- David se sonrojó

-Por ahora- Clint se puso aun más rojo, aquello era en serio bochornoso.

-¿Quieres algo caliente? Tengo café, chocolate, ponche- David le sonrió.

-Una taza de café me encantaría- Clint acomodó la maleta de David cerca de la chimenea intentando hacerse el tonto mientras su madre atendía a David.

-Desde luego pareces un hombre de café- le escuchó decir mientras caminaban a la cocina.

-¿Si? ¿Por qué?- la mujer se rio.

-Solo tienes la pinta, hijo- y Clint lo entendía, David era alto moreno y tan sexy que solo verlo la primera vez casi babeaba, justo como el café; moreno y caliente.

Pese a los temores iniciales de Clint, David congenió bien con su madre y los tres terminaron teniendo una agradable conversación en la cocina, David le habló a su madre de su trabajo y de paso le platicó acerca de cómo estaba por terminar la carrera en ingeniería mecánica, Clint aprendió más cosas de el en las dos horas en que su mamá intervino que lo que él podía haberse atrevido a preguntar en los últimos meses, desde luego coqueteando uno no aprendía mucho de los demás.

-Bueno...- David miró el reloj en la pared- No quisiera pero creo que debería irme o no encontrare un hotel – su madre los miro a ambos.

-¿Cómo? ¿no vas a quedarte aquí?- David miro a Clint como preguntándole y después volvió al mirada a la mujer.

-Bueno, yo ni siquiera le avise a Clint que venía, pensaba quedarme en algún hotel.

-Tonterías, ya estás aquí, estas seco y caliente, tienes tu equipaje y yo no tardo en colocar la cena y si te vas mi hijo va a estar pegado a ese teléfono otra vez, no, es mejor que te quedes, tenemos una habitación de invitados bastante cómoda. David miro a Clint y este le sonrió.

-Quédate- le pidió y David sonrió también.

-Bien no mentiré, me alegra ahorrarme el hotel- la madre de Clint le dio un golpe en el brazo.

-Niño grosero, la buena compañía es lo que deberías agradecer- David se rio de buena gana, el y su madre habían armonizado bien.

-Bien, la buena compañía desde luego es algo digno de agradecer- la mujer le dio unas palmadas en el brazo.

-Anda, que Clint te muestre donde está la habitación mientras preparo la cena- Clint se levantó y le hizo una seña para que lo siguiera, pasaron a la sala por la maleta de David y este apreció esta vez con cuidado la habitación.

-La casa de tu madre es hermosa, se siente cálida y hogareña- había esferas y follaje sobre las ventanas, cojines navideños en los sillones y un centro de flores de noche buena en la mesita de centro, un hermoso árbol en una esquina y las coloridas luces brillando en el, la chimenea estaba adornada con lazos esferas y follaje y había un olor a pino en toda la habitación, la cocina tenía mantelería y motivos navideños en toda ella también, incluso el mandil y los guantes de cocina eran con motivo de las fiestas. Clint miró su casa y la observó con los ojos de un extraño y sonrió

- Si, es el toque de mamá- le sonrió- ven- y lo guió por el pasillo hacia la habitación de invitados, Clint abrió la puerta mientras jalaba la maleta de David – está todo limpio, a mi madre no le gusta dejar nada descuidado aunque no se use, creo que...- pero no logró terminar la frase, David había cerrado la puerta y lo giro hacia el abrazándolo y besándolo de golpe, su cuerpo se tensó ante la sorpresa pero sus brazos rápidamente le rodearon el cuello, había deseado aquel beso desde el momento en que lo viera- David- susurró entre un beso y otro y su cuerpo buscó el ajeno. David lo apretó por la cintura y una de sus manos acarició su espalda mientras la otra se enredaba en su cabello.

-Moría...moría de ganas de besarte- le confesó apenas pudiendo decir las palabras mientras lo devoraba. Caminaron un par de pasos sin soltarse y cayeron a la cama, David sobre el cuerpo de Clint y este ahogó un gemido de gusto al sentir todo el fuerte cuerpo sobre el suyo

- Gmmm- empujó un poco su pierna contra la erección ajena y se estremeció al sentirlo duro contra su muslo.

-No hagas eso- le sonrió David parando de besarlo y sonriéndole, sosteniéndose con los brazos a cada lado del rostro ajeno, observándolo a los ojos- no quiero que tu mama me eche tan pronto- bromeó y Clint presionó más la pierna solo por provocarlo.

- Lo siento, se me escapo- sonrió y David se rio más.
- No....no lo sientes.
- Tienes razón, no lo siento- se burló y cerró los ojos cuando Clint le acarició el rostro descuidadamente, apartando el cabello de su cara.
- Estaba inseguro sobre venir o no.
- Aún no me dices como me encontraste, jamás te dije donde vivía- el otro sonrió dándole un piquito en los labios.
- Digamos que tengo un amigo que conoce a un amigo que sabía- Clint levantó una ceja.
- No creo que convencieras a Ryan? ¿O sí?- David soltó una risita.
- No, jamás me lo hubiese dicho, no te lo dije pero casi nos vamos a los golpes la noche que fuiste con él al bar- Clint abrió los ojos, pero no se movió de donde estaba, era cómodo sentir el cuerpo ajeno sobre el suyo.
- ¿Qué? ¿Por qué?
- Me reclamó por ser duro contigo y yo por lanzarme a su novio como carnada- Clint se rió.
- No puede ser, ¿en serio le dijiste eso?- David asintió, en esos momentos ya parecía una anécdota graciosa, en su momento no lo había sido.
- Si, te lo juro que me vio como si estuviera loco, por suerte un amigo nos separó a tiempo y me recordó que siempre podía venir tras de ti.
- Me agrada ese amigo- David le dio cortos besos en los labios.
- Espero que no demasiado- Clint enredó sus dedos en el cabello
- Pensarte celoso me parece ridículo- el otro le miro con gesto interrogativo.
- ¿No tengo derecho de ser celoso?
- Eres demasiado guapo para serlo- David le acarició el rostro.
- Solo sé que me encantas...
- Y tú a mi...- David pegó su frente al otro y sus ojos se clavaron en los ajenos
- Me gustaste desde la primera vez que te sentaste frente a la barra y me pediste una cerveza.
- Yo me puse nervioso nada más verte
- Me pareció encantador
- Debiste haberte reído de mi- renegó y el otro sonrió.
- Lo hice, quería besarte- Clint se sonrojó.
- Hay chicos más guapos tras de ti- David se encogió de hombros.
- Tal vez, no lo sé, solo te prefiero a ti- Clint se mordió el labio inferior y sonrió.

-Sobre ese amigo tuyo... el que te dio mi dirección...

-¿Si?- Clint sonrió.

-Recuérdame que se lo agradezca... eres el mejor regalo de navidad por adelantado que he tenido

- Y tú el mío, pensé en llegar la mañana de navidad- Clint se rio.

-Eso habría sido romántico, ¿qué te detuvo?- David le acarició el rostro.

-Que perdería valiosas horas a tu lado... he estado dando vueltas como un cobarde a tu alrededor... quiero cambiar eso, noche buena, navidad, año nuevo y el resto del año... quiero cada minuto... sé que es pronto, sé que es apresurado...pero te amo- Clint le miró y sus mejillas se encendieron, no era pronto, llevaban meses viéndose, tratándose, intercambiando pequeñas confidencias, viéndose y deseándose.

-También te amo-Clint pensó en su madre preparando la cena, la cálida casa, el delicioso aroma en el ambiente y el hombre sobre él- esta navidad no podría ser más perfecta- quizás sí, si Ryan estuviese ahí lo sería aún más... pero por ahora... por ahora lo agradecía, si fuese más feliz, seguramente su corazón saldría de su pecho, David tenía razón, era como Ryan se lo había dicho, no podía vivir de sueños, había que disfrutar la realidad y la vida, cada segundo, cada momento...





Un poco
De Fe

Elygweasley

Autor: Ely Grados
Código de registro: 1412162788983
Licencia: Todos los derechos reservados.



Un poco De Fe

Las montañas occidentales eran hermosas, misteriosas y algunas veces sobrecogedoras. Les voy a contar una historia que estuvo a punto de terminar en desastre.

Eran los primeros días de diciembre y en las montañas se cernía un frío glacial. Por más que Fred intentaba repetir una y otra vez que ni el frío ni la nieve era un problema, pero sí que lo era. El viento soplaba muy fuerte, la nieve que caía afuera de su cabaña, era persistente.

Él estaba en esos momentos mirando por una de las ventanas del primer piso, con una taza humeante de chocolate casero en una mano y en la otra llevaba el teléfono inalámbrico. –*Lo siento, Fred, pero el clima es una mierda. La carretera está bloqueada y dudo que en lo que quede del mes se pueda hacer algo. Siento que tengas que pasar la navidad sólo.*” Fue lo que le dijo el comisario hacia solo unos momentos.

Intentó obviar la fea sensación de soledad que amenazaba con desestabilizar sus emociones, y bebió un poco del caliente líquido para intentar calmar sus miedos.

«¿Qué había pasado para que todo se vaya la mierda?»

Se preguntaba una y otra vez, sin embargo, no encontraba respuesta. Quizás era el destino. Sólo sabía qué hacía tan solo unos días, todo era felicidad.

Al menos eso creía él.

Hacía unos meses que se había mudado a esa cabaña. Un lugar alejado del pueblo y de toda civilización. Fred, necesitaba soledad, luego de haber roto con su novia. Fueron tres años los que perdió con ella; sin embargo, hacía solo unos días cuando bajó a hacer las compras para este invierno, se habían encontrado y hablaron mucho, incluso pasaron la noche juntos haciendo el amor.

Al día siguiente, él regresó a su cabaña con la promesa de ella de subir a pasar las fiestas navideñas, se habían reconciliado y al parecer todo sería perfecto. Hasta que empezó la ventisca.

Miró hacia el cielo y no pudo ver absolutamente nada más que la nieve caer. Volteó la mirada hacia la gran chimenea que flameaba y otorgaba una suave luz a su sala, deseó no estar tan sólo. Todo hubiera sido tan romántico y hermoso... si ella hubiera podido llegar a tiempo. Se obligó a dar otro sorbo a su bebida para mitigar la frustración.

Katy, era una mujer emprendedora. Jamás estaba quieta y sobre todo, nunca dejaba nada a medias. Ella era arquitecta y él ingeniero, ambos se habían conocido en la última empresa donde trabajó. Ahora, él trabajaba por su cuenta y le iba muy bien. Ella, aún seguía trabajando para ese lugar y su meta era llegar a ser socia de la firma.

Todo había sido hermoso entre ellos, romántico, como en esas novelas que leen las adolescentes. Todo era perfecto hasta que decidió ser su propio jefe. A ella no le gustó la idea y los problemas llegaron hasta que la relación ya no era sostenible, de eso ya casi un año.

Para Fred, su mayor sueño, era vivir como lo hicieron sus abuelos y sus padres. Ellos habían encontrado a sus parejas muy jóvenes, y desde el primer momento supieron que ellos serían los únicos en sus vidas. Sus padres, vivían al norte del país, felices teniéndose el uno al otro. Sus abuelos ya no estaban vivos, pero habían tenido la misma relación, duradera, fuerte y llena de amor, y él quería lo mismo, por eso cuando conoció a Katy pensó que era la indicada. Y así lo fue hasta que comenzó a pensar en sus propios sueños.

Sueños que no eran los mismos que ella tenía.

Por eso, la semana pasada que bajo al pueblo y la encontró intentando dar con el camino hacia su cabaña, casi no lo pudo creer. Katy, lo había tomado por sorpresa al pedirle pasar la Navidad y el Año Nuevo. Él había aceptado aún sin creerlo. Y ese mismo día ella debería estar subiendo a la cabaña gracias al mapa que le dejó. Habían estado hablando casi todos los días, todo era perfecto hasta esa mañana que la tormenta se desencadenó como si el destino se empeñara en separarlos. Era obvio que sería imposible que alguien subiera o bajara debido a la nieve.

Resopló frustrado.

Esta era la mayor oportunidad para ellos, si no la aprovechaban, él dudaba que luego pudieran seguir juntos. Sin embargo, no veía como ella podría llegar hasta ahí con la terrible tempestad. Sabía Dios hasta cuándo duraría la carretera

bloqueada, y lo peor, era que podía sentir como la historia de amor de ellos se cerraba completamente. Pero él no podía aceptarlo.

No quería hacerlo.

En el momento en que se iba a ir a sentar al sillón, un movimiento fuera de la cabaña le llamó la atención. Se quedó mirando fijamente a la nada. Todo era oscuro, era de noche y usualmente prendía las luces exteriores, pero esta vez no lo había hecho. Entrecerró la vista intentando captar otra vez ese movimiento, pero nada ocurrió.

Soltó el aire que no pensó había retenido, y cuando iba a retirarse otra vez, volvió a ver el movimiento. Sólo que esta vez vio lo que era, un oso, un gran y peludo oso estaba afuera. Él se paralizó por un momento. Sabía que en esa zona había animales, como osos, venados, conejos y demás, pero verlo tan cerca lo impresionó. Era muy difícil toparse con alguno de ellos ya que vivían más arriba de la montaña boscosa, pero lo cierto era que, justo frente a él había uno.

Sin embargo, el oso desapareció entre la tormenta.

Frunció el ceño pensando que quizás había sido imaginación suya. Se quedó un rato más mirando a la nada, pero algo le dijo que el oso no volvería. Una extraña sensación le helaba el pecho y no era por el frío. A regañadientes, se retiró de la ventana y dejó en la mesa de café su taza ya casi vacía y el teléfono. Caminó un par de pasos hasta el sofá y se quedó mirando el fuego.

Se sentía cansado, cansado y muy sólo.

Pronto se le acabaría el fuego, la comida y hasta el agua. No sabía cómo haría para conseguir lo necesario para sobrevivir si la tormenta seguía, maldijo en un susurro; el día que se encontró con Katy, se había olvidado de las compras por completo y regresó con las manos vacías. Como en la cocina aun había meriendas, no se tomó la molestia de verificar la bodega.

El sonido del teléfono lo sacó de sus lúgubres pensamientos, se levantó para contestar.

—Diga —respondió con voz monótona.

—Fred, Ya sabes lo que pasa con la carretera. —No era una pregunta, era una afirmación. Katy sonaba... satisfecha. —Siento no poder ir, —continuó sin dejar que él respondiera— dice el comisario que lo más probable es que pases incomunicado lo que queda del mes, si no es más.

—Lo sé, no te preocupes, hablaremos una vez que esté despejado el camino.

—De acuerdo, pero estoy por tomar un vuelo para ver a mis padres, luego viajaré a Londres para cerrar un contrato. Imagino que ya cuando vuelva te estaré llamando —le dijo sin una pizca de tristeza en la voz— Espero que pases una feliz navidad, Fred.

«Maldita» pensó.

—Igual tú.

Podría jurar haber escuchado una sonrisa luego que se despidieron, ella cortó sin añadir nada más.

Quiso aventar el teléfono debido a la cólera, pero no lo hizo. Lo dejó en la misma mesa, se fue nuevamente al sofá, se cubrió con la manta gruesa y al cabo de unos minutos se quedó dormido, sólo.

/

Al día siguiente, la chimenea humeaba haciendo que el ambiente se cargue con un extraño olor. Se destapó y se levantó despacio, miró hacia la chimenea y lo único que hizo fue atizar las cenizas. Luego de dejar el atizador a un lado, caminó hacia su baño y tomó una ducha rápida, no quería agotar el agua caliente.

Cuando estuvo listo y ataviado con la gruesa ropa de invierno, salió hacia el pequeño depósito que estaba a unos metros de la cabaña. Necesitaba meter más leña para las próximas noches. Durante el día podría estar ocupado limpiando la nieve o haciendo cualquier cosa dentro de la casa, pero en las noches, necesitaba mantener caliente el ambiente.

Al abrir la puerta tuvo que retroceder unos pasos, debido a que la nieve entró precipitadamente a su casa, y casi lo entierra. Maldiciendo fue por los implementos para poder sacarla, por fortuna los tenía en la cocina. Poco a poco sacó toda la nieve que cubría la entrada de su cabaña.

Maldiciendo a cada instante llegó al depósito y sacó la leña que necesitaba, gracias a Dios pudo verificar que tenía suficiente para dos inviernos. Debido a que no podía darse el lujo de transpirar, tuvo que hacer varias pausas en su trabajo, tanto de recojo de nieve como de llevar la madera que necesitaba.

Ya era casi medio día y el estómago le sonó fuerte. Fred se detuvo a medio camino y recordó que no había tomado nada en el desayuno. Pero algo pasaba, tenía una sensación extraña, como si estuviera siendo observado. Miró a todos lados y pudo ver nieve y árboles. Se sentía tan frustrado que casi se pierde lo que más adelante había. Entre los árboles, escondido, se encontraba el oso. Por un momento se quedó quieto mirándolo, era como si lo estuviera vigilando.

En todo el tiempo que llevaba viviendo en esa cabaña, jamás había visto a ningún oso. Sabía de ellos por el folleto que miró cuando adquirió la propiedad, pero no había visto a ninguno. Y como él no era un apasionado de la caza que de todos modos estaba prohibido en esa zona, jamás se cruzó con ninguno.

Aun mirando al enorme animal, recordó como siempre había tenido la impresión de no estar sólo en ese lugar, pero, supuso que era porque en el bosque que lo rodeaba habían animales. Se sentía inquieto, estaba seguro que ese era el mismo oso que había visto en la noche. Quizás estaba hambriento o buscaba refugio. Quién sabía. Fred seguía quieto observando al animal que estaba lejos, pero a la vez cerca. Tenía muy claro que si se echaba a correr, el oso lo alcanzaría en un abrir y cerrar de ojos.

Cuando el terror lo amenazaba con hacer algo estúpido, vio asombrado como el enorme oso se daba media vuelta y se iba.

Así fue durante una semana. Fred salía temprano y el oso lo observaba mientras él iba limpiando la zona, salía a tomar aire o simplemente miraba por la ventana. Estaba totalmente intrigado y algo asustado, pero extrañamente la sensación de soledad ya no estaba presente.

En ese momento, estaba en la ventana y por más que miraba a todos lados no podía ver al oso. Hoy no lo había visto temprano por la mañana, quizás el oso tenía cosas que hacer, se dijo a sí mismo con una sensación de abandono en su pecho que no supo explicar.

Intentó despejar la mente y centrarse en lo importante. Como que pronto se le acabarían las reservas de comida, él tenía que tomar medidas al respecto.

Calculaba que a poco más de una hora sería el camino desde su casa hasta la cabaña escondida que estaba arriba en la montaña. De eso, estaba convencido porque una vez se aventuró al riachuelo que había a unos metros atrás de su propiedad, y la había podido ver desde lejos. No la cabaña, pero sí el fuego de una chimenea. Al menos eso pensaba que era ese pequeño humo que vio salir entre los grandes árboles. Sí bien era un humo casi imperceptible, Fred lo pudo identificar muy bien.

Después, le preguntó al comisario una vez que lo vio y le dijo que debía ser la cabaña de Hanzon Tompson. Un hombre que vivía sólo en las montañas y muy pocas veces bajaba. Lo poco que le pudo decir era que es un hombre callado, pero amable, especialmente con los niños que lo adoraban cuando lo veían.

Bien, eso era una buena noticia, porque en ese momento él necesitaba suministros, ya que no tenía casi nada para comer. Necesitaba llegar allí a pedir ayuda o no sobreviviría este invierno. Había sido una estupidez de su parte no

abastecerse de alimentos en su momento, pero ya no había vuelta atrás. Sí quería estar aquí de regreso antes del anochecer, debía salir de inmediato.

Miró su reloj y vio que eran las once de la mañana, un poco tarde, pero si se daba prisa, podría llegar pasada la una de la tarde. La nieve retrasaría su camino por lo menos una hora más de lo que debería tomarle llegar a ese lugar. A pesar de que hoy no había nevado y estaba todo despejado, no podía confiarse del clima.

Se estremeció al pensar que podía encontrarse con el oso en el camino pero, no tenía otra opción. Era cierto que se encontraba cansado de caminar en torno a su cabaña y el temor se apoderaba de él de solo pensar en alejarse demasiado. Pero era arriesgarse a ir y conseguir comida o ser la comida del oso. Este pensamiento lo contenía de aventurarse en el bosque, pero no había otra opción. Si no convencía a Tompson que lo ayude, a partir de ese momento, tendría que salir a cazar si no quería morir de hambre, aunque se convirtiera él en la presa.

Con la resolución ya tomada, se colocó el abrigo y en una mochila puso un poco de cereal empaquetado y dos botellas de agua para el camino. Antes de salir, se llevó el bastón para nieve y cerró la puerta. Si tenía suerte, hoy almorzaría una rica comida y hasta quizás regresara con algo de suministros para unos días más.

/

Habían pasado ya casi tres meses desde que Hanz había visto por primera vez a su pareja por el bosque cerca de la cabaña de su tío Tomas. El viejo había vivido toda su vida en aquel lugar hasta que murió un año antes. En el momento que se enteró que su primo Jax había puesto la propiedad en venta y que ya había sido comprada, casi le arranca la cabeza por no avisarle antes a él.

Molesto, fue a la cabaña que fue de su tío a sacar a patadas a quien estuviera viviendo en ese lugar. Pero antes de llegar, vio al hombre más fuerte y hermoso que hubiera visto antes. ¿Hermoso? ¿Un hombre podía ser hermoso? La respuesta era un rotundo “sí”.

Aquel hombre era alto, no tanto como Hanz, pero tendría sus metro noventa como mínimo, tenía el cabello corto en color negro, unos ojos azul oscuro que lo tenían hechizado. Su contextura era delgada, pero estaba seguro que compuesta de músculos tensados. Para cualquiera, seguro sería un hombre simple, para él era su pareja. Su única pareja.

Durante todo este tiempo estuvo observándolo desde lejos, sin poder acercarse, eso tenía molesto a su oso, pero se las arregló para tenerlo bajo

control. Hanz, no podía creer que hubiera encontrado a su muy humana pareja. Y sobre todo, para su sorpresa era un hombre, pero nadie rechazaba lo que el destino deparaba.

Cada día que pasaba, era más difícil mantenerse alejado, sin poder hablarle. Pero algo lo había hecho detenerse, quizás era porque lo había sentido frustrado y malhumorado. Por eso, tenía la terca necesidad de no asustarlo, aunque él lo estuviera. Eran muy pocos en el pueblo que sabían que los cambiantes a oso existían y que vivían en la parte alta de la montaña. El comisario era uno de los que sabían de ellos.

A pesar de sus miedos, había tomado una decisión en esos días, pronto le hablaría. Específicamente hoy. Por eso cuando estuvo en camino a la cabaña de su pareja y se cruzó con Xana, maldijo en silencio. Ella lo atrapó y le pidió que fuera a su cabaña. A esa mujer no se le podía decir que no. Por eso fue.

Su cabaña estaba en uno de los picos de la montaña, escondida por los árboles y oculta de todo visitante no deseado, ni siquiera el humo que salía de su chimenea podía ser vista claramente. El humo pasaría desapercibido debido a la neblina que siempre cubría la montaña. Salvo cuando estaba despejado, pero aun así era difícil distinguir nada. Su casa era un lugar acogedor y siempre llamaba a quedarse en ella.

Ya era muy tarde cuando por fin estaba de regreso a su cabaña, y no podía dejar de sentirse inquieto. Quizás, porque nunca había dejado de ir a visitar a su pareja en su forma de oso, hoy no había podido ir. Algo le daba vuelta en su interior, algo andaba mal, pero no sabía que.

Se detuvo un momento para intentar llevar oxígeno a sus pulmones. Estaba asustado, asustado por su pareja, algo no estaba bien.

En una decisión de última hora, se dio media vuelta y decidió tomar un atajo entre los árboles para llegar pronto a verlo. Esta tormenta, a todos los había tomado por sorpresa, pero Hanz siempre tenía provisiones y estaba listo para largas temporadas aislado aún más de todos. La nieve estaba cayendo desde hacía media hora, pero era suave y no la ventisca fuerte que había caído durante días.

Dejado de lado su forma humana en la desesperación de llegar pronto y cambió a oso. Su ropa rasgada debido al cambio, quedó inservible al igual que sus zapatos. Al llegar al borde del bosque donde estaría su pareja a pocos metros a la distancia. Se quedó quieto observando la cabaña. Caminó impaciente por los alrededores mirando impaciente a que su pareja se asomara, pero nada.

—Hanz, Xana quiere que vuelvas, los cachorros están inquietos, presienten que esta noche será dura.

El hombre que estaba a unos pasos escondido le habló. Jax, era su mejor amigo y su primo. Sabía muy bien porque estaba en ese lugar. Hanz se transformó en hombre y sin mirarlo le dijo:

—Algo no está bien, sé que algo no está bien.

—No puedes acercarte, no en tu forma de oso, ni mucho menos desnudo.

Un gruñido salió de su garganta, eso ya lo sabía, pero necesitaba saber si su pareja estaba bien. La nieve no les afectaba. No tanto como a los humanos. Ellos en forma humana podían sentir el frío pero no era incómodo, sin embargo, no debía exponerse mucho a temperaturas extremas, como la que había en ese momento.

Un sonido a su lado le hizo voltear. En el suelo había una bolsa y él sonrió.

—Gracias.

Después que dijo esto, Jax se fue.

Rápidamente se puso la ropa que estaba dentro. Siempre al cambiar de forma la ropa desaparecía o mejor dicho, quedaba hecha trizas debido al cambio. Por eso usualmente primero se la quitaba y la dejaba en algún lugar, pero con la desesperación de llegar, simplemente había cambiado sin pensar en nada más.

La oscuridad se cernía en el lugar como un manto terrorífico. Él no temía a la oscuridad, ya que tenía una excelente visión gracias a su oso. Pero en ese momento, lo tenía asustado. La cabaña estaba en penumbra, si él tenía que apostar, diría que su pareja había salido.

Maldijo y caminando en dirección a la cabaña, se asomó por la misma ventana donde su pareja siempre salía, pero no pudo ver nada, no en un inicio. Por eso, usando sus dotes de cambiante, pudo distinguir el interior. En el lugar no había nadie.

Su gruñido salió sin que él mismo lo hubiera precavido. Su pareja no estaba a la vista. Intentó abrir la ventana pero esta estaba atorada, caminó hacia la puerta e igualmente estaba cerrada. Frustrado y desesperado, miró hacia el segundo piso y vio una ventana que estaba mal cerrada. Sonrió y de un salto estaba en la cornisa del segundo piso, el siguiente movimiento lo hizo para abrir la ventana y meterse dentro de la cabaña de un solo impulso.

Una vez dentro, estaba en la habitación de huéspedes. Caminó despacio y al abrir la puerta, un fuerte olor lo golpeo. Mareado, totalmente excitado y muy desesperado, pudo sentir plenamente el aroma de su pareja en esa casa. Fuerte, olor a madera roble y lluvia de setiembre. No había duda, era su pareja y ahora necesitaba verlo, estrecharlo en sus brazos y decirle que ambos estaban destinados a estar juntos.

—Mierda.

Maldijo en voz alta y con la neblina de la lujuria amenazando su control; un poco mareado aun, camino por el segundo piso, buscó en cada habitación del lugar y cuando bajo a la primera planta pudo comprobar su pareja no estaba. Se había marchado, pero sus cosas estaban en la habitación que había sido de su tío así que no debió haberse ido del todo.

Parado en medio del salón un escalofrío le cruzó el cuerpo. La cabaña estaba adornada con todos los objetos de navidad de su tío, pero eso no fue la causa de su reacción. Su pareja había salido.

« ¿Por qué?» se preguntó muy preocupado.

Sin saber la razón, fue a la cocina. Nada, fue a la bodega de víveres y nada. Absolutamente nada de alimento.

Un fuerte rugido que solo podía pertenecer a un oso cabreado y asustado se escuchó por toda la zona. Sin pensar nada más salió desesperado por la puerta principal y dejándola media abierta, intentó capturar el olor de su esencia para saber por dónde podía haberse ido.

En unos segundos y a pesar de la nieve que caía pudo captar su aroma, lo siguió y para su sorpresa, se alejaba de la ruta del pueblo. Podía jurar que se dirigía por el camino que daba directo hacia su cabaña.

Asustado comenzó a correr, En el cruce de los caminos se encontró a Jax que lo estaba esperando.

—¿Hanz, que pasó? Tu rugido se escuchó en toda la zona.

—Mi pareja, creo que fue a mi cabaña, pero ya debería haber vuelto.

Ambos se quedaron mirando un instante, hasta que la comprensión les llegó al rostro.

—¡La hondonada!

Casi gritaron a la vez y ambos corrieron como demonios expulsados con agua bendita. Al llegar a ese lugar, ambos comenzaron a buscar por todo el borde que ahora estaba medio cubierto por la nieve.

—¡Jax! —grito Hanz desesperado al ver algo enterrado en la nieve más abajo de donde se encontraba.

—¡Espera! No seas imbécil, ¡tienes que esperar!

Pero Hanz ya había casi rodado hasta donde se podía ver parte del cuerpo de su pareja enterrado en la nieve. Su cara estaba casi enterrada, dejando parte

de su rostro expuesto a la constante nieve que caía. Al parecer, al no conocer el lugar, no sabía sobre la hondonada y había caminado por el borde sin tener el cuidado debido.

Hanz escarbó la nieve intentando desenterrar a su pareja que estaba inconsciente. Pronto un par de manos se le unieron en la tarea de sacarlo de ese lugar. Al lograrlo, entre ambos lo pudieron llevar en hombros y ponerlo en un lugar más seguro para los tres.

—¿Que hacía por este lugar?

Hanz con manos temblorosas intentaba buscar heridas o alguna lesión, mientras quitaba el resto de la nieve, gracias a Dios que al parecer estaba bien. Ahora estaban bajo un gran roble.

—Él estaba yendo a mi cabaña. En su casa ya no había alimentos, seguro que la tormenta lo tomó por sorpresa y sin suministros.

—Que estúpido. Pudo haber muerto.

Hanz quería sacar sus garras y rasgarlo por completo por hablar de esa manera de su pareja, pero él tenía razón. Su pareja había sido irresponsable. La razón de esa irresponsabilidad, estaba casi seguro que fue debido a su soledad. La había palpado las veces que lo había podido ver a los ojos. Cuando sus miradas se cruzaban y veía el anhelo en esos hermosos ojos azules, sentía que el alma se le partía.

Era un llamado desesperado, un llamado al que él acudiría.

Sin decir nada más y sin pensarlo dos veces, lo puso en los hombros y salió rumbo a su propia casa. Su pareja no volvería a estar sólo.

No mientras él viva.

/

La oscuridad se había apoderado de Fred.

Tenía tanto miedo de abrir los ojos. No sabía exactamente cuándo se había dado por vencido. Había sentido el terror cuando cayó en ese profundo hueco en la nieve. Por más que intentó asirse de algo simplemente fue resbalando y cayendo sin nada que lo frenara. Tragó nieve, se golpeó el cuerpo varias veces, hasta que de pronto chocó contra algo y perdió el conocimiento.

Había sentido frío, soledad, miedo y sobre todo desesperación mientras caía.

Intentó abrir los ojos pero no pudo, no sabía que le sucedía pero debía ser algo muy malo, ya que no podía mover ni un musculo.

—Está despertando.

Dijo una voz de mujer. Dulce pero a la vez fuerte.

—Sí está despertando.

Ahora, esa voz era distinta, gruesa, ronca y llena de preocupación. De pronto poco a poco sus sentidos fueron despertando a las sensaciones que lo rodeaban. Calor, tranquilidad y un aroma que lo golpeó quitándole el aliento. Su cuerpo debió haberse convulsionado porque sintió dos fuertes manos que lo sujetaron de los hombros impidiéndole que se moviera.

—Cálmate, estás con contusiones en casi todo el cuerpo.

Escuchó lo que aquella voz le dijo, pero no podía detener el temblor que en ese momento se le cruzó por el cuerpo. Era un éxtasis y a la vez era algo que lo asustó.

—Hanzon, no me digas que no te habías acercado aun a él.

Escuchó a la mujer regañar al hombre. “Hanzon” ese nombre...

—No pude acercarme a él, pero lo iba a hacer esta mañana cuando viniste por mí.

Le respondió el hombre reprochando lo que le dijo con un... ¿gruñido?

—Quítate, tienes que darle tiempo a que se adapte, el pobre ha sufrido un shock debido a la caída y ahora esto.

Otro gruñido extraño y las fuertes manos que lo sujetaban ahora lo dejaban. No pudo evitar el gemido agónico que se le escapó de los labios, al sentir que lo soltaba. No sabía que le pasaba pero se sintió desamparado cuando el calor de aquellas manos lo abandonaron.

—Cariño, debes relajarte y abrir los ojos, necesito saber si estas mejor o no.

Asustado pero a la vez intrigado, decidió obedecer a la mujer e intentó abrir los ojos.

En el primer intento, no pudo enfocar la visión. Todo era muy brillante y además estaba comenzando a sudar. Volvió a intentarlo luego que escuchó a la mujer pedir que bajaran la intensidad del fuego de la chimenea y que apagaran las lámparas. Ahora fue menos dolorosa para su visión tratar de enfocar.

Un techo de madera fue lo primero que su vista pudo apreciar. En ese techo se reflejaba imágenes distorsionadas de cosas o personas que tenía miedo de

saber quiénes eran. De pronto, ese aroma estaba cada vez más presente. Olor a bosque y madera, a río salvaje y monte silvestre. No sabía de donde había salido aquello, él no era un poeta, al menos eso pesaba que era ese pensamiento sobre aquel olor que lo tenía embriagado.

—¿Puedes verme?

Le dijo aquel hombre con la voz más ronca que alguna vez pudo escuchar. Su cuerpo vibró ante la pregunta. Buscó la fuente del sonido y casi se tragaba la lengua al ver al hombre más grande que pudo haber visto en su vida.

Grande no era la palabra, Gigante, sería más preciso para describirlo.

Parpadeó asustado y a la vez hechizado ante aquel hombre que lo miraba asustado.

«¿Asustado?» se preguntó al verlo.

—Estoy bien.

Dijo al fin, con la voz distinta a la que jamás se hubiera escuchado. Su garganta estaba como lija y su cuerpo adolorido.

—Bebe.

Le dijo la mujer que ahora podía ver. Ella era de mediana edad, pero no por eso menos hermosa. Tenía el cabello largo y trenzado y sostenía un vaso con un líquido que le hizo beber. Después de eso, dejó el vaso a un lado y luego de tocarle la mejilla en clara demostración de ternura maternal, se fue dejándolo solo con aquel monumental hombre.

/

Hanz miró como su pareja que poco a poco fue moviéndose hasta quedar apoyado en el respaldar de su cama. Se le veía confundido y algo perdido. Apretó los puños en un intento por calmar a su oso. Necesitaba abrazarlo, hacerle ver que ya no estaba sólo ni perdido, pero se contuvo.

—¿Porque estabas en esa hondonada? —le preguntó a su tonta pareja.

—Recuerdo haber ido en busca de alguien, pero no lo pude encontrar. Esperé pero ya estaba haciéndose tarde y decidí regresar a mi cabaña, hasta que de pronto, caí y luego desperté aquí.

Hizo una pequeña mueca de dolor, pero no dijo nada más.

—Viniste a mi cabaña, en busca de ayuda. Soy Hanzon Tompson. Te encontré en la hondonada y junto con mi primo Jax te trajimos aquí.

—Soy Fred Garden.

Se presentó pero no añadió nada más por un momento.

Vio a su pareja mirar su habitación antes de contarle por qué se había quedado sin alimentos y la razón por la que había comprado la cabaña y su intención de pasar las fiestas con una mujer que claramente, por lo que contaba, lo había abandonado.

Bien, porque él no aceptaría a un tercero en su relación.

—No sé porque te he contado todo esto, pero tienes que entender, no tomé en cuenta que una tormenta se desataría dejándome sin alimentos. Si me ayudas, prometo trabajar para pagar la comida que me puedas dar.

Hanz lo miró intentando comprender porque su pareja pensaba que él le cobraría algo a lo que le correspondía por derecho.

—No necesito que me pagues nada. Esta ahora es tu casa y yo no permitiré que vuelvas a pasar ningún apuro.

Con esto último, Hanz se levantó y se fue de la habitación.

«¿Estaba loco ese hombre? ¡Dios!, había caído en las garras de un sicópata o algún tipo enfermo que lo había secuestrado. ¿Qué haría?» pensó asustado.

/

Así pasaron dos días, en las cuales, la mujer que ahora sabía se llamaba Xana, era quien lo atendía. Tenía algunos cardenales y magulladuras en todo el cuerpo que sanarían un poco lento. Él deseaba levantarse pero ella no lo permitía, decía que no sabía que tan fuerte había sido el gran golpe que tenía en la cabeza así que, debía tomarse las cosas con calma.

Esa mañana, Jax, el primo de Hanzon había venido con un maletín lleno con sus cosas. Lo único que le dijo cuándo preguntó como hizo para saber que traerle, él sólo le dijo que fue Hanz quien se encargó de llenar la maleta y que el resto vendría en los próximos días.

Sin decirle nada más se fue.

Molesto al borde de echar humo por las orejas, se levantó de la cama, se puso las zapatillas que estaban a un lado y se puso de pie. Se sintió un poco inestable, pero pudo centrarse y caminar fuera de la habitación que ya la sentía pequeña.

Cuando llegó a la planta baja, vio que todo estaba hermosamente decorado. Había un enorme árbol de navidad a un lado de la chimenea prendida. Siguió caminando por el lugar y cada vez que miraba, encontraba un nuevo adorno navideño. La mayoría estaban hechos de forma artesanal, podía jurar incluso que estaba hecho por niños. Sonrió al ver a un reno con un gorro navideño y totalmente bizco.

En eso, escuchó un alboroto a fuera y salió intrigado al porche a mirar que sucedía. El grito de asombro que le salió de su garganta no lo pudo evitar. Se sujetó fuerte de la puerta que ahora estaba cerrada a su espalda, mientras tenía en su estómago las zarpas enfundadas de un pequeño osezno que lo estaba olisqueando.

Era hermoso y a la vez aterrador, De pronto, un segundo osezno se le subió a un lado y comenzó también a olerlo emitiendo pequeños bufidos, soltando un poco de saliva en el proceso.

Estaba muerto, esos osos se lo almorzarían.

/

A Hanz casi le da un infarto al ver a Fred tan pálido como la nieve que los rodeaba. Necesitó de todo su control no correr y sacar a los cachorros de una patada, pero ellos no tenían la culpa, solo estaban siendo curiosos.

—¡Hey! —gritó Hanz a los cachorros obteniendo su atención— ¡Vamos, Xana los está esperando!

Los cachorros emitieron sonidos de protestas, pero dejaron en paz a su asustada pareja y se fueron atrás de la cabaña. Cuando estuvo seguro que ellos no volverían, camino despacio hacia el porche e intentó tocarlo, pero Fred sólo dio un respingo asustado.

«Mierda»

—Cálmate, son sólo cachorros.

En lo que pareció un doloroso momento para Fred, lo miró con cara de incredulidad y sus palabras salieron temblorosas pero con furia.

—¡Estás loco! ¡Esos son cachorros de un puto oso! Su madre debe estar cerca y si nos ve...

Hanz no le dijo nada al ver como en su rostro pasaba de la comprensión a la incredulidad. Al parecer se avecinaba la tormenta y no tenía nada que ver con el clima.

—¿Por qué te hicieron caso? —le preguntó conmovido— ¿Los tienes domesticados? ¡Y si su madre viene! ¡O peor! ¡Si el padre los está buscando!

—Su madre sabe que están aquí y su padre los está cuidando. —Intentando calmarlo le hablo despacio— Fred, necesitamos hablar.

Respiró profundo y decidió que ya no podía esperar más, debía decirle la verdad. Ambos entraron juntos nuevamente a la cabaña y una vez que estuvieron en la habitación, Fred no se sentó, solo se le quedó mirando sin ninguna expresión en su rostro. Eso no era bueno.

—Habla. —La voz de su pareja era fría y seca, eso no le gustó.

—No sé si has escuchado sobre los cambiantes. En el pueblo algunos nos conocen y bueno, nosotros somos pacíficos y vivimos en estas montañas. Estamos protegidos, cuidamos de los nuestros, entendemos la naturaleza... — Hanz estaba desvariando y no encontraba la manera de cómo decirle la verdad.

—Lo sé, pero... espera un minuto. Dices “nos conocen...”, es decir, ¿es verdad lo que me dijo aquella anciana en el pueblo? ¿Hay hombres osos en esta montaña?.

Hanz vió cómo su pareja miraba asustado a todos lados intentando comprender, luego lo quedó mirando. En su rostro había miedo, no quería asustarlo pero era ahora o nunca.

—Nosotros... —continuó hablando con precaución— no hacemos daño a nadie, somos territoriales, pero sólo con los extraños...

—El oso que siempre veía en mi cabaña... era uno de ustedes.

No era una pregunta, era una afirmación y por su expresión estaba a punto de desmayarse, o peor, salir corriendo.

—Ese, ese era yo. —Le confesó.

—¿Tú? ¿Tú me has estado acosando, por qué?

Hanz vio como el cuerpo de su pareja se estremecía, él quería que lo hiciera de placer y no por miedo.

—Debido a que tú eres mi pareja. La pareja que el destino me ha dado para que vivamos juntos y felices.

Fred, estaba totalmente en estado de shock.

Su cerebro había entendido claramente lo que le intentó decir y algo en su pecho explotó de alegría y por primera vez en su vida se sintió completo. Como si

con esa sola revelación, toda la soledad y dolor que tenía en el pecho, hubiera desaparecido por arte de magia.

Sin embargo, todo quedó en penumbra al cabo de un instante.

/

—Eres un estúpido, ¿lo sabías?

—Cállate, trae otro paño frío. Mejor trae un pocillo con agua en vez de estar yendo a mojarlo.

—No me gruñas Hanz, solo intento ayudarte.

Fred escuchaba esa extraña conversación pero no entendía nada de lo que pasaba o por qué lo decían.

—Creo que está despertando.

—Vete imbécil.

—De acuerdo, pero te digo, te pateará el culo.

Aturdido, abrió los ojos y pudo ver a ese hombre, grande, tan grande como un yeti.

Hanz mediría sus jodidos dos metros de altura y era tan ancho como un peleador de lucha libre. Pero sin embargo, sus movimientos eran ágiles, tenía el cabello castaño y sus ojos eran de un hermoso color marrón claro. Por un momento, pensó que eran dos pozos llenos de dulce miel. Hasta que recordó la conversación que habían tenido unos momentos antes y todo el terror y ansiedad volvió como una avalancha de tormentosos sentimientos.

Intentó incorporarse pero todo le dio vueltas, unas fuertes manos lo tomaron de los hombros e intentaron que no se moviera. Ese toque fue como corriente eléctrica viajando por todas las terminaciones nerviosas que no sabía que su cuerpo tenía.

—Tienes que descansar, —le dijo con voz tranquila— recuerda que llevas un fuerte golpe en la cabeza y debes tomarte todo con calma. Eres mi pareja, no quiero que nada malo te pase.

—No soy tu puta pareja. —Explotó Fred— Déjame en paz que no soy gay y no dejaría que un mutante como tú me toque.

Las palabras fueron duras, fuertes y salieron de su boca sin pensarlo y sin tomar en cuenta los sentimientos que podía estar rompiendo. Al levantar la

mirada, vio solo dolor en ese rostro que lo miraba como si le hubiera lanzado un puñal en el pecho.

No pudo decir ni hacer nada más que salirse de esa cama y caminar hasta donde estaba su maleta. Al parecer, al perder el conocimiento Hanz lo había acomodado en la cama. Sin ninguna palabra más, Fred caminó lento hasta salir de esa habitación, luego llegó a la entrada de la casa y se puso su abrigo y los zapatos para la nieve que estaban ahí.

Tenía la certeza que todos estaban mirándolo.

«¿Porque Hanz no lo detenía?»

Se preguntaba sin voltear a verificar que lo estaban mirando

Estaba totalmente seguro de estar haciendo las cosas tan lentamente que tenía miedo de no moverse al final. Por fin, salió a fuera y pudo ver a dos niños que lo miraron desde el árbol que estaba a unos metros del porche. Sin decir nada, comenzó a caminar rumbo a su hogar, sintiéndose a cada paso más desdichado de lo que jamás se había sentido antes.

/

Hanz sintió morir al escuchar a su pareja repudiándolo. Estaba todo perdido, jamás encontraría a otra pareja en su vida y ahora viviría sólo por el resto de sus días.

—Cariño, tienes que darle tiempo. Es difícil que entienda el significado real de ser una pareja de un cambiante. El destino...

—El destino ya habló. Él me repudia y no puedo obligarlo a que esté conmigo.

Sin añadir nada más e ignorando el rostro angustiado de Xana y de Jax, caminó hasta su habitación y se encerró en ella. Sabía que Xana se ocuparía de los cachorros, en este momento, él solo necesitaba estar sólo y lamer sus heridas.

/

Había pasado ya casi una semana desde que Fred estuvo en la cabaña de Hanz y en todo ese tiempo no lo había vuelto a ver. Ni siquiera el oso había venido a verlo. Él caminó a través de la nieve, había estado moviendo la nieve que se había acumulado como todas las mañanas y ahora iba a su cabaña a comer algo.

Al estar dentro de su casa, miró su entorno y no pudo evitar soltar lágrimas de angustia.

«¿Por qué le dolía el pecho como si algo se hubiera muerto dentro de él?»

Se preguntaba una y otra vez, sin encontrar respuesta a la horrible sensación que sentía.

El mismo día que regreso a su cabaña, media hora después, había llegado Jax con raciones de comida. Él no le dijo nada, solo entró y llenó su despensa y parte de la bodega y luego sin ninguna palabra se había ido.

En su rostro no había visto nada. Era como si el hombre no tuviera sentimiento o no quisiera que supiera lo que realmente estaba pensando. Fred, tampoco había tenido ni ganas ni fuerzas para negarse a que entrara en su casa. Solo se había hecho a un lado y luego dejó que hiciera lo que quisiera en ella, era como si supiera donde estaba todo.

Tendría que hablar con el corredor inmobiliario que le vendió la casa para saber si Jax había sido el dueño o había conocido al antiguo propietario.

Cansado, fue a prepararse algo rápido para comer, pero al final, como todos los días desde que regresó de las montañas, no pudo comer más de dos o tres bocados. Triste y sin fuerzas se fue a sentar frente a la chimenea, a añorar lo que jamás podrá tener, gracias a su gran estupidez.

/

Era ya de noche y Hanz no había podido soportar más la separación, era noche buena y no podía dejar a Fred sólo, porque era su pareja así él lo repudiara. Caminó hacia la cabaña que ahora estaba con poca luz, seguro él estaría frente a la chimenea.

Al llegar a la ventana, pudo ver a través de ella que como había supuesto, su pareja estaba en vuelto en una manta con la vista perdida. Se veía tan vulnerable y sólo que le rasgó el pecho un dolor tan fuerte que no pudo soportarlo. Puso la mano en el vidrio de la ventana intentando llegar a él.

En ese momento, vio cómo su Fred volteaba a mirarlo y pudo ver en su rostro anhelo, pero también incredulidad. Era como si pensara que estaba viendo algo que no era real. Hanz dijo su nombre suavemente, como un susurro lleno de esperanza y promesa. Pudo ver claramente como Fred se estremeció pero no retiró la mirada. Eso era bueno, la danza de apareamiento estaba comenzando y él no lo dejaría irse.

/

En vuelto en la manta, Fred había sentido una fuerte presencia a su lado, asustado miró hacia la ventana y pudo ver a Hanz parado afuera, tan alto y tan grande, tenía la misma mirada atormentada que le vio cuando lo dejó hacia unos días en la montaña. De pronto, pudo escuchar como decía su nombre, un susurro que lo hechizó, una caricia en todo su cuerpo y un bálsamo para su alma lastimada.

Sin pensarlo se levantó y fue a abrir la puerta y ahí estaba su oso, grande y poderoso pareciendo más un cachorro apaleado. Se hizo a un lado y lo dejó pasar, luego cerró la puerta y vio como el gran hombre entraba a la sala ocupándola por completo.

Estaba vestido tan solo con unas botas de nieve, un pantalón y un abrigo muy grueso, pero nada más. Asustado y también aliviado, se paró frente a él e intentó ofrecer una disculpa, pero no pudo. De pronto, unos fuertes brazos lo habían envuelto en un abrazo demoledor.

Caliente y tierno, fuerte y dulce, así fue como sintió aquella pequeña demostración de cariño.

—Yo...

—No digas nada. —le dijo Hanz con una voz entrecortada— Por favor, deja que te demuestre que puedo estar a tu lado. No sé nada sobre gays o heterosexuales, en los cambiantes eso no es algo que nos preocupe, pero jamás te obligaré a nada que no desees.

—Cállate. —Susurró muy apenado Fred.

En la universidad había tenido algunos encuentros locos con un compañero de cuarto.

«¿Quién no había sucumbido a la curiosidad sexual de la juventud?» pensó.

En ese momento, había quedado claro que ellos —su compañero de cuarto y él— no irían más allá de simples encuentros rápidos. Después solo había tenido novias, pero no era como si hubiera estado buscando otra cosa, tampoco.

Poco a poco alzó sus brazos y rodeo la gran cintura de Hanz con ambas manos y lo apretó fuerte.

—Lo siento, no quise ofenderte. Sólo que no podía entender nada. —intentó Fred explicarse.

—Te prometo tener paciencia, no quiero forzarte a nada pero dame la oportunidad, sé que no eres gay, pero...

—Cállate. —Le volvió a decir Fred no pudiendo evitar una sonrisa y sintiéndose apenado. Su cara estaba contra el gran pecho del oso y pudo sentir como Hanz se relajaba ante lo dicho. —No es que no sea gay, —continuó Fred— no me importa si lo eres o si lo soy. Es que todo fue tan brusco. Primero eres él que me salvó, luego me enteró que eres un cambiante oso, y después, que soy tu pareja.

Sintió como Hanz lo abrazó un poco más fuerte y suspiró en su oído haciendo que se estremeciera por el placer que eso le provocó. Sentir su aliento caliente en el cuello, sus labios rozando su oreja, eso lo estaba llevando a una dulce locura.

—Deja que te explique.

Ambos se separaron un poco y Hanz lo guió al sofá y juntos se sentaron. Él le explicó todo lo referente a las parejas, y sobre los cambiantes osos. También le contó que esos dos oseznos habían sido sus hijos, eran gemelos y su madre vivía a unas cuantas millas de donde estaban y que Xana era la abuela de sus hijos. Eso lo asustó, pero Hanz le explicó que había sido un acuerdo entre ellos, que muchas veces los osos, tenían esos acuerdos para formar familia y así extender la manada.

Fred lo escuchó atentamente como le iba contando de los lazos de pareja, la forma en como luego sería su unión ante la manada de osos y como debía ser la ceremonia de enlace. Por un momento, Hanz se quedó callado y supo que debió haber puesto una cara de susto. Intentó sonreír y animarlo a que le siga contando, pero al parecer Hanz estaba cohibido. El gran oso estaba apenado.

«Joder si eso no era hermoso de ver.» pensó encantado de verlo.

—Entonces, —Fred habló intentando comprender todo lo que le contó— no puedo escapar de ti, por eso me sentía como una mierda por haberte dejado.

—Así es, pero no creas que yo me sentí bien, fue espantoso ser repudiado.

Fred abrió tanto los ojos que sintió que se saldrían de sus orbitas.

—No fue mi intención, pero tienes que entender que no es fácil.

—Nada es fácil, pero tengo que decirte que la danza de apareamiento es algo que no podemos evitar.

Fred no pudo evitar sonreír.

—¿Eso quiere decir que nos pondremos a bailar?

Lo dijo con un tono pícaro que Hanz claramente le comprendió. Sin decirle nada más, sujeto sus mejillas con ambas manos y le dio un beso tan abrazador que cuando rompieron el beso Fred pensó que había muerto del placer.

Con un barrido de su lengua, se había llevado los últimos temores que pudo haber tenido, ahora estaba tan caliente que sentía que su ropa se desintegraría. Hanz sonrió, aparentemente satisfecho al ver el efecto que había causado en él.

—Eres un maldito tramposo. —Dijo Fred con voz ronca.

—En la guerra y el apareamiento, todo vale.

Le respondió el muy cretino. Y sin darle opción a responder, lo volvió a besar tan arrolladoramente que sintió que su cabeza le iba a explotar. Cuando por fin lo dejó respirar, se dio cuenta que en algún momento del beso ambos se habían echado a lo largo del mullido y gran sofá y ahora tenía al gran oso sobre él. Para su sorpresa, no lo estaba aplastando.

/

Agitado y claramente mareado, Hanz, vio cómo su pareja se estremecía debajo de él. Era excitante verlo despeinado y con los labios húmedos e hinchados por los besos.

«¡Y eso que aún no hacían nada más!» se dijo al verlo.

Era un hecho, ya que lo había aceptado, ver sus ojos que le pedían más y sus manos en sus propias caderas se sentían calientes. No pudo evitar gemir del placer. Consiente o no, su pareja lo estaba seduciendo y eso le gustaba.

Bajó la cabeza y fue dejando besos a lo largo del cuello hasta que despacio fue quitándole la camisa que tenía puesta. Fred, debajo de ella no tenía absolutamente nada.

«*Que delicia.*» no pudo evitar pensar y agradecer a quien lo estuviera escuchado.

—Mucha ropa —escucho a Fred murmurar.

Hanz lo quedó mirando un poco confuso, su pareja estaba tan mareada que no se daba cuenta que él estaba punto de quitarle los pantalones.

—Hanz, tienes aún el abrigo puesto.

Le dijo con una media sonrisa que hizo que la erección que tenía Hanz le palpitara. Él se miró y vio que realmente no se había quitado el abrigo. Sonriendo

se levantó y pudo escuchar el gemido de protesta que hizo su pareja al retirar el peso de su cuerpo.

«De acuerdo, era hora de darle un espectáculo a su pareja.»

Pensó, mientras le sonreía prometiéndole en silencio que estaba de acuerdo en desnudarse para él.

/

Fred, no pudo evitar la protesta que salió de sus labios cuando sintió que Hanz lo dejaba sólo en el sofá. Pero luego se quedó callado al verlo como despacio el gran hombre estaba quitándose la ropa. Él comprendió que iba a morir por la anticipación. Mejor dicho, iba a matar a Hanz si seguía sacándose tan lentamente la ropa.

Cuando se quedó solo con los pantalones puestos, Fred, sentía la garganta totalmente seca y su cuerpo le quemaba como si estuviera en llamas. Vio como Hanz sonrió al verlo tragar cuando él simplemente se bajó el cierre y de un solo tirón se quitó el pantalón dejándolo en su gloriosa desnudez.

—Oh, santísima mierda...

Maldijo Fred en voz alta al ver semejante erección.

«Si eso entraba en él, lo partiría en dos» pensó entre asustado y ansioso.

Hanz, seguramente adivinando lo que pensaba, debido a la expresión que debía tener al quedarse mirándolo, caminó lentamente y volvió a su posición inicial sobre él.

—No te preocupes, el destino te escogió para mí, si no encajáramos juntos, no seríamos pareja.

—Y sí primero yo te tomé y así me voy acostumbrado a la idea de tu... tamaño.

Hanz soltó una risotada en contra sus labios y lo besó tan suave que sintió que se derretía con este hombre. Luego de lo que le pareció una eternidad, su oso lo quedó mirando y serio le habló.

—Fred, jamás te haría daño, pero si quieres tomarme primero, no tengo ningún problema en eso. Somos pareja y no importa quien toma a quien, lo importante es que somos iguales.

Fred quiso gritar de alegría y a la vez de miedo. Este hombre era un hombre de dos metros, un cambiante a oso, padre de gemelos y no le importaba que lo tomara primero. Se había sacado la lotería o estaba soñando.

Dejó que su cuerpo se relajara y sintió como Hanz entendía la indirecta. Despacio lo despojó del resto de la ropa que aún tenía puesta y se encargó de besarlo por sitios que jamás pensó que se pudieran besar, lamió todo lo que pudo haber lamido y más, finalmente, acarició todo su cuerpo como si fuera el mayor de los tesoros.

Piel contra piel, lo hizo temblar con cada toque, cada caricia y cada beso. al empezar a prepararlo para que lo pudiera recibir, estaba ya a borde de la locura. No era igual como cuando estuvo con su compañero de cuarto, esto era totalmente distinto, esto era el nirvana en la tierra.

«¡Y aún no lo penetraba!» su loca cabeza pensaba que estaba ya loco.

En lo que le pareció los minutos más deliciosos mientras era estirado para recibirlo y le daba interminables besos, sintió la punta roma del miembro de Hanz e inconscientemente se tensó.

—Hanz... creo que necesitamos lubricante y cond...

—Shhh.... No necesitamos nada, somos pareja y el destino se encarga de estos detalles. No necesitamos lubricante, porque yo lo género naturalmente gracias a que somos pareja y protección tampoco, porque no se me pegan enfermedades —le explicó entre beso y caricias— Ya te dije, nosotros encajamos perfectamente.

Luego que le dijo esto, empujó dentro de él y Fred sintió que su cuerpo se abría en dos, pero no fue doloroso sino extremadamente placentero. De un solo movimiento pasó el primer anillo de músculos y luego centímetro a centímetro, fue ganando terreno dentro de él. Vagamente escuchaba unos gritos de placer y le costó darse cuenta que esos gritos eran suyos.

En lo que pareció una deliciosa agonía, Hanz logró entrar tan profundo que se sentía tan lleno que estaba a punto de desmayarse por el deseo que lo quemaba por dentro. Sin embargo, ese sentimiento estaba sobre valorado en cuanto Hanz comenzó a moverse. Todo racionamiento coherente salió corriendo de su mente dejándolo en una bruma de éxtasis y placer que estaba seguro no salir ni vivo ni cuerdo.

En un ritmo salvaje y apasionado Hanz lo conquistó desde dentro hasta afuera, presionando los puntos exactos en su interior que lo hacía gritar y retorcerse debajo de él. Siguiendo los movimientos impuesto por su oso, sintió un zarpazo en su pecho que hizo que montara en una explosión multicolor de

sensaciones cuando sintió que llegó al orgasmo. Uno que lo dejó muerto e incapaz de poder atar una palabra coherente.

Había sido reclamado por el oso, había sido marcado como pareja y ahora era oficial. Era suyo por siempre.

Vagamente sintió como Hanz lamía su pecho y luego se retiraba de su interior. Después sintió una toalla tibia en su piel. Ese hombre lo estaba cuidando y eso le estrujó el corazón.

En lo que le pareció varios minutos o quizás segundos, nunca lo supo bien, Hanz se echó en el gran sofá y jaló su cuerpo casi inerte sobre el gran pecho velludo que tenía y de alguna manera logró que ambos estuvieran cubiertos con la manta.

—Feliz Navidad, Fred. —le escuchó decirle luego que le dio un beso en los labios.

—Feliz Navidad, oso. —respondió como pudo. Estaba satisfecho y exhausto.

Una risa profunda se escuchó de Hanz y sus fuertes brazos lo atraparon para nunca más dejarlo ir. Jamás estaría sólo de nuevo. Un sueño agradable y feliz lo tomó por sorpresa y se quedó dormido con una gran sonrisa en su rostro.

Es así, queridos lectores, es como Fred y Hanz comenzaron a conocerse mucho más en los siguientes días, semanas y años. Educaron a los gemelos y tuvieron una vida dichosa y feliz. Pero no estuvieron exentos de malos entendidos o discusiones; sin embargo, a pesar de eso, creo que esta historia tiene un buen final ya que incluso, hasta el día de hoy, cada navidad, van a esa cabaña y pasan la noche buena juntos, amándose y jurándose amor eterno.

¿Y cómo sé que esta historia tuvo ese final?

Bueno, lo sé porque esta es mi historia y la de Hanz, que ahora la compartimos para las futuras parejas que tengan miedo de no arriesgarse a entregarse al compañero que el destino les dé.



Feliz Navidad a todos.

Sobre el Autor notas

Soy de las que creen en la fantasía y la magia, pero que también entiende que la realidad es un mal necesario. Sueño con que mis lectores amen y vivan plenamente las historias que les cuento y vivan a través de ellas.

En cada relato, intento contar más que una simple historia de amor, drama o aventura. Me gusta mostrar a los personajes lo más real posible con respecto a personalidades y por qué no, también situaciones pero todo dentro de la misma ficción.

Espero que todas ellas sean de su completo y total agrado.

Visítame en: <http://elyg-pensadero.blogspot.com/>

